AGATHA CHRISTIE

PASAJERO PARA FRANCFORT

En un aeropuerto alemán, en Fráncfort, un diplomático británico de categoría menor es abordado por una mujer joven de forma sorpresiva. Ella le ruega que, mediante un astuto plan, él le ceda su identificación y su pasaje a Inglaterra, pues corre peligro mortal. El vuelo original de ambos iba a detenerse en Ginebra antes de proseguir hacia Londres, pero por el mal tiempo fue desviado a Fráncfort, donde se han detenido, y la misteriosa viajera, que lleva un nombre griego, debería abordar una nueva conexión a Ginebra. Sin embargo, no debe volar hacia Suiza si quiere seguir con vida, o ésa es la historia que le cuenta al diplomático…

Agatha Christie

Pasajero para Fráncfort

ePub r1.1
Titivillus 30.06.15

Título original: *Passenger to Frankfurt*
Agatha Christie, 1970
Traducción: Alberto Coscarelli

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Margaret Guillaume

GUÍA DEL LECTOR

En un orden alfabético convencional se detallan a continuación los principales personajes de esta obra:
ALTAMOUNT, Lord: Consejero gubernamental.
AMY: Secretaria y dama de compañía de *lady* Matilda.
BLUNT: almirante de la marina británica.
CLECKHEATON, *Lady* Matilda: Tía abuela de *sir* Stafford Nye.
CORTMAN, Milly Jean: Esposa del embajador norteamericano en Londres.
GRAN, Charlotte: Multimillonaria residente en Baviera.
HORSHAM, Henry: Agente del contraespionaje británico.
KLEEK, James: Secretario de lord Altamount.
NYE, *Sir* Stafford: Embajador volante del Foreign Office.
PIKEAWAY, Coronel: Jefe del servicio de contraespionaje.
ROBINSON: Empresario y financiero.
SHOREHAM, Robert: Físico de gran prestigio.
THEODOFANOUS, Daphne: Uno de los nombres de Mary Ann, también conocida como condesa Renata Zerkowski.

El liderazgo, además de ser una gran fuerza creativa,
puede ser diabólico.

Jan Smuts

INTRODUCCIÓN

Habla la autora:

La primera pregunta que se le plantea a un autor, ya sea personalmente o por carta, es:

«¿De dónde saca usted sus ideas?».

La tentación es responder: «Siempre voy a Harrods», o bien: «Por lo general, las consigo en el economato del Ejército y la Marina», o de una manera más desabrida: «Pruebe en Marks & Spencer», es una tentación prácticamente irresistible.

La opinión universal y más establecida es que existe un manantial mágico de ideas que los autores han descubierto cómo ordeñar.

No se puede enviar al curioso de regreso a los tiempos isabelinos para que pregunte junto con Shakespeare:

Decidme, dónde nace la fantasía.

¿En el corazón o en la cabeza?

¿Cómo llega, cómo crece?

Responde, responde.

Uno, sencillamente, se limita a contestar con firmeza: «En mi cabeza».

Eso, por supuesto, no le sirve a nadie de ayuda. Si le gusta el aspecto del interrogador, puede sentirse un poco más amable y añadir algo más:

«Si una idea en particular te parece atractiva y crees que puedes hacer algo con ella, entonces comienzas a darle vueltas, la estiras, la estrujas, la recortas, la amplías, hasta que poco a poco va tomando forma. Luego, por supuesto, tienes que comenzar a escribirla. Ésa es la parte menos divertida. Se convierte en un trabajo duro. Claro que también puedes dejarla aparcada, dejar que madure, para después utilizarla al cabo de un par de años».

Es probable que la segunda pregunta —o mejor dicho afirmación — sea la siguiente:

«Supongo que toma la mayoría de los personajes de la vida real».

Ante tal infame sugerencia sólo cabe una réplica indignada:

«No, no es así. Los personajes los invento. Son míos. Tienen que ser mis personajes, hacer lo que quiero que hagan, ser lo que quiero que sean, que cobren vida para mí y que en ocasiones tengan sus propias ideas, pero sólo porque yo los he convertido en reales».

Ahora que el autor ya tiene la idea y los personajes, nos enfrentamos al tercer elemento: la localización. Los dos primeros surgen de las fuentes interiores, pero el tercero es exterior, tiene que estar allí esperando. Ya existe, no te lo inventas, está allí, es real.

Quizá viajaste en un crucero por el Nilo, lo recuerdas, es el escenario que quieres para esta historia. Estabas cenando en un café de Chelsea. Un par de muchachas protagonizaban una pelea: una le arrancó un mechón de pelo a la otra. Un magnífico comienzo para el siguiente libro que vas a escribir. Viajas en el Orient Express. Qué divertido sería utilizarlo como escenario para la trama que tienes en mente. Vas a tomar el té con una amiga. Cuando llegas, el hermano de tu amiga cierra el libro que estaba leyendo, lo deja sobre la mesa y comenta: «No está mal, pero ¿por qué demonios no le preguntaron a Evans?».

Así que decides inmediatamente que escribirás en cuanto puedas un libro que se llamará: ¿*Por qué no le preguntaron a Evans*?

Todavía no sabes quién será Evans. No importa. Evans ya aparecerá en su momento. Tienes el título.

O sea que, en cierto sentido, no te inventas las localizaciones. Están a tu alrededor, en el exterior, existen, no tienes más que estirar la mano, recogerlas y elegir. Un tren, un hospital, un hotel de Londres, una playa del Caribe, un pueblo rural, un cóctel, un colegio de señoritas.

Pero hay un principio básico: tienen que estar allí, existir, ser gente real, lugares reales. Un lugar definido en el tiempo y el espacio. Si es aquí y ahora, ¿cómo consigues todo la información, aparte de lo que ves y oyes? La respuesta es sencillísima:

Es lo que la prensa te ofrece cada día, servido con el periódico

de la mañana, debajo de los titulares de las noticias de la primera plana. ¿Qué está pasando hoy en el mundo? ¿Qué es lo que todo el mundo dice, piensa y hace? Mira en el espejo de la Inglaterra de 1970.

Lee la primera plana todos los días durante un mes, toma notas, valora y clasifica.

Todos los días se comete un asesinato.

Una muchacha es estrangulada.

Una mujer mayor es asaltada para robarle sus magros ahorros.

Jóvenes y adolescentes que atacan o son atacados.

Edificios y cabinas de teléfono son destrozados y saqueados.

Tráfico de drogas.

Robos y asaltos.

Niños desaparecidos y cadáveres de niños asesinados, encontrados no muy lejos de sus casas.

¿Puede esto ser Inglaterra? ¿Inglaterra es realmente así? Uno siente que aún… aún no, pero podría llegar a serlo.

Comienza a surgir el miedo, el miedo de lo que puede llegar a ser, no tanto por los acontecimientos actuales, sino por las posibles causas que hay detrás, algunas conocidas, otras no, pero presentidas. Y no sólo en nuestro país. En las otras páginas, hay noticias más escuetas que nos informan de lo que sucede en Europa, en Asia, en las Américas, noticias de todo el mundo.

Secuestro de aviones.

Violencia.

Disturbios.

Odio.

Anarquía.

Todo cada vez más intenso.

Todo parece conducirnos al culto por la destrucción por el placer de la crueldad.

¿Qué significa todo esto? Una frase isabelina dice así, hablando de la vida:

… es un relato
narrado por un idiota, lleno de sonidos y de furia,
que no significan nada.

Sin embargo, uno sabe, por experiencia propia, que hay mucha bondad en este mundo: la bondad de corazón, la caridad, los actos

de compasión, la ayuda entre vecinos, la colaboración voluntaria de chicas y chicos.

Entonces, ¿por qué esta fantástica imagen de las noticias de cada día, de las cosas que ocurren, que son hechos concretos?

Para escribir una historia en este año del Señor de 1970, hay que llegar a un acuerdo con el escenario de fondo. Si el fondo es fantástico, entonces la historia debe aceptarlo. También debe ser un fantasía, una extravagancia. La localización debe incluir los fantásticos hechos de la vida cotidiana.

¿Se puede imaginar una causa fantástica? ¿Una campaña secreta para conseguir el poder? ¿Puede el maníaco deseo de la destrucción crear un mundo nuevo? ¿Se puede ir un paso más allá y sugerir que esto se consigue por medios fantásticos y que parecen realmente imposibles?

La ciencia nos ha enseñado que no hay nada imposible.

En esencia, esta historia es una fantasía. No pretende ser nada más.

Pero la mayoría de las cosas que ocurren en ella pueden suceder ahora o tienen muchas posibilidades de ocurrir en el mundo de hoy.

No es una historia imposible, sólo es fantástica.

Libro I

UN VIAJE INTERRUMPIDO

Capítulo 1

PASAJERO PARA FRÁNCFORT

«Por favor, abróchense los cinturones». Los pasajeros del avión tardaron en obedecer. Reinaba la sensación general de que era posible que ya estuvieran a punto de aterrizar en Ginebra. Los más somnolientos gimieron y bostezaron. Los que simplemente dormían tuvieron que ser despertados amablemente por una azafata autoritaria.

«Los cinturones, por favor».

La voz seca y firme sonó por el altavoz. Explicó en alemán, francés e inglés que estaban a punto de atravesar un frente tormentoso. *Sir* Stafford Nye dio un bostezo tremendo, se desperezó y luego se sentó bien erguido en el asiento. Había estado soñando tan feliz con un día de pesca en un río inglés.

Era un hombre de cuarenta y cinco años, de estatura mediana, con el rostro moreno y bien afeitado. En el tema del vestir era un tanto excéntrico. Miembro de una familia de rancio abolengo, se sentía muy a gusto disfrutando con sus caprichos de vestimenta. Los excesos eran para él una fuente de perverso placer si conseguía que sus colegas vestidos de forma convencional torcieran el gesto. Había algo en él que recordaba a un petimetre del siglo XVIII. Le gustaba llamar la atención.

Sus rarezas en materia de atuendos se reflejaba, cuando hacía algún viaje, en el uso de una capa de bandolero que había comprado en Córcega. Era de un color azul púrpura muy oscuro, con el forro rojo y una capucha que le permitía cubrirse la cabeza y evitar las corrientes de aire.

Sir Stafford Nye había sido una decepción en los círculos

diplomáticos. Desde muy joven se le había considerado como alguien que alcanzaría los más altos niveles, pero con el paso de los años se demostró incapaz de concretar un futuro tan promisorio. Era propenso a entregarse a un peculiar y diabólico sentido del humor, precisamente en aquellos momentos en que se necesitaba todo lo contrario. Tenía muy claro que era preferible disfrutar de su exquisita malicia a aburrirse. Era una figura bien conocida en la vida pública, aunque sin llegar nunca a destacar. Se daba por hecho que Stafford Nye, a pesar de su brillantez, no era, y seguramente nunca lo sería, un hombre prudente. En unos tiempos de vaivenes políticos y difíciles relaciones exteriores, la prudencia, sobre todo si alguien debía asumir la responsabilidad de una embajada, era preferible a la brillantez. *Sir* Stafford Nye se vio relegado al ropero, aunque de cuando en cuando lo sacaban para confiarle alguna misión en la que se necesitara dominar el arte de la intriga, pero que nunca era de una importancia relevante. Los periodistas algunas veces se referían a él como el «tapado» de la diplomacia.

Si el propio *sir* Stafford estaba desilusionado con su carrera, era algo que nadie sabía, probablemente ni siquiera él mismo. Era un hombre un tanto vanidoso, pero también una persona que disfrutaba muchísimo con su tendencia a las travesuras.

Ahora regresaba de Malasia donde había formado parte de una comisión investigadora que le había parecido carente de todo interés. Sus colegas, en su opinión, habían decidido de antemano cuáles serían sus conclusiones. Vieron y escucharon, pero sus ideas preconcebidas no variaron un ápice. *Sir* Stafford había puesto algún que otro palo en los engranajes, no tanto por convicción, sino por el sólo placer de fastidiar. En cualquier caso, al menos había animado un poco las cosas. Sus compañeros habían sido tipos sensatos, dignos de toda confianza e insoportablemente aburridos. Incluso la bien conocida Mrs. Nathaniel Edge, la única mujer del grupo y que estaba algo chiflada, no era ninguna tonta cuando se trataba de hechos concretos. Veía, escuchaba y juzgaba sobre seguro.

Se conocían ya de antes, cuando se planteó un problema en una de las capitales balcánicas. Fue allí donde *sir* Stafford Nye no pudo evitar embarcarse en unas interesantes propuestas. En el *Inside News*, un periódico muy aficionado a publicar escándalos, se había insinuado que la presencia de Nye en la capital balcánica tenía

mucho que ver con los problemas de la región y que su misión secreta requería la máxima delicadeza. Un buen amigo le había enviado a *sir* Stafford un ejemplar del periódico con la noticia debidamente subrayada. No le sorprendió en lo más mínimo. La leyó con una sonrisa de placer. Le resultó divertidísimo ver cuán errados iban los periodistas en esa ocasión.

Su presencia en Sofiagrado se debía a un interés inocente por unas exóticas flores silvestres y a la insistencia de una vieja amiga, *lady* Lucy Cleghorn, una persona infatigable en la búsqueda de rarezas florales, y que siempre estaba dispuesta a escalar un farallón o a saltar alegremente a un pantano al primer atisbo de una florecilla, con un nombre latino de aquellos cuya longitud era inversamente proporcional a su tamaño.

El pequeño grupo de entusiastas llevaba unos diez días dedicado a la investigación botánica a lo largo y ancho de las laderas de las montañas cuando a *sir* Stafford se le ocurrió que era una lástima que la noticias de marras no fueran ciertas. Estaba un poco —sólo un poco— harto de las flores silvestres y, a pesar de su indudable aprecio por Lucy, la capacidad de la buena mujer para subir montañas a paso ligero a pesar de sus sesenta y pico años y sacarle una buena ventaja, era algo que, en ocasiones, le irritaba. Estaba harto de tener siempre delante los fondillos de aquellos pantalones azul eléctrico y Lucy, aunque bastante enjuta en todo los demás, tenía, vaya uno a saber por qué, un trasero demasiado gordo como para permitirse llevar pantalones de pana azul eléctrico. «Un bonito pastel internacional —se había dicho—, en el que meter los dedos y divertirse un poco».

El sonido metálico del altavoz volvió a sonar en la cabina del avión. Informó a los pasajeros que debido a la espesa niebla en Ginebra, ahora volaban hacia el aeropuerto de Fráncfort para después continuar vuelo a Londres. Los pasajeros con destino a Ginebra serían reembarcados lo antes posible. A *sir* Stafford Nye le daba igual. Si había niebla en Londres, desviarían el avión a Prestwick. Esperaba que no fuera así. Había estado en Prestwick demasiadas veces. La vida, se dijo, y los vuelos eran tremendamente aburridos. Si tan sólo… no sabía el qué… si tan sólo algo… ¿el qué?

Hacía calor en la sala de espera del aeropuerto de Fráncfort, y Nye se echó hacia atrás la capa, permitiendo que el espectacular

forro rojo quedara a la vista. Bebía un vaso de cerveza y oía, sin prestar gran atención, los anuncios de las próximas salidas.

«Vuelo 4387 con destino a Moscú. Vuelo 2381 con destino a Egipto y Calcuta».

Vuelos a todas partes del mundo. Tenía que ser muy romántico, pero había algo en el ambiente de las salas de espera de cualquier aeropuerto que mataba el romanticismo. Había demasiada gente, demasiadas cosas para comprar, demasiados asientos de plástico iguales, demasiados seres humanos, demasiados niños llorones. Intentó recordar quién había dicho:

Ojalá amara a la raza humana;
ojalá amara su ridícula cara.

¿Chesterton quizá? No había duda de que era cierto. Reunías a un buen número de personas y todas se parecían tanto que resultaba difícil soportarlo. «Qué agradable sería —se dijo—, encontrar un rostro interesante para variar». Miró desconsolado a un par de jóvenes, impecablemente maquilladas, vestidas con el uniforme nacional de su país —dio por hecho que era Inglaterra— consistente en minifaldas cada vez más cortas, y otra joven guapísima e incluso mejor maquillada que las otras, que vestía una falda pantalón. Se había adelantado un poco más en los senderos de la moda.

No le interesaban mucho las chicas guapas que se parecían a todas las demás chicas guapas. Le hubiera gustado ver a alguien diferente. Una muchacha se sentó a su lado. Su rostro le atrajo la atención no porque fuera diferente, sino porque le pareció reconocer a alguien conocido. Aquí tenía a una persona que había visto antes. No conseguía recordar dónde ni cuándo, pero no había ninguna duda de que la conocía. Calculó que tendría unos veinticinco o veintiséis años. La nariz aquilina y una cabellera negra que le llegaba hasta los hombros. Sostenía una revista pero no la estaba leyendo. De hecho, le miraba a él con lo que parecía ansia. Sin previo aviso, le habló con una voz de contralto, casi tan profunda como la de un hombre. Tenía un muy débil acento extranjero.

—¿Puedo hablar un momento con usted?

Nye la observó un momento antes de responder. No, no era lo que cualquiera hubiera pensado, no era un ligue. Esto era otra cosa.

—No veo ninguna razón para que no pueda hacerlo. Por lo que parece, tenemos todo el tiempo del mundo.

—La niebla —señaló la muchacha—. Niebla en Ginebra, quizás en Londres. Niebla en todas partes. No sé qué hacer.

—No debe usted preocuparse —la animó *sir* Stafford—. Ya la llevarán donde sea sin problemas. Son muy eficientes. ¿A dónde va?

—Iba a Ginebra.

—Supongo que tarde o temprano llegará allí.

—Tengo que llegar allí ahora. Si consigo llegar a Ginebra, todo irá bien. Alguien me estará esperando. Estaré a salvo.

—¿A salvo? —Nye esbozó una sonrisa.

—«A salvo» es una expresión que no interesa mucho a la gente en estos tiempos. —Explicó la joven—. Sin embargo, significa mucho, al menos para mí. Verá, si no llegó a Ginebra, si tengo que abandonar el avión aquí o tengo que volar a Londres sin tener nada preparado, me matarán. —Le miró atentamente—. Supongo que no me cree.

—Me temo que no.

—Es la pura verdad. Matan a la gente. Todos los días matan a unos cuantos.

—¿Quién quiere matarla?

—¿Es importante?

—Para mí no.

—Puede creerme si le place. Le estoy diciendo la verdad. Necesito ayuda. Necesito que me ayude a llegar a Londres sana y salva.

—¿Por qué me ha escogido a mí para ayudarla?

—Porque creo que usted sabe algo sobre la muerte. Usted conoce la muerte, quizás incluso la ha visto.

Nye le dirigió una mirada aguda.

—¿Algún otro motivo?

—Sí. Éste. —La joven tendió una mano morena y delgada, y tocó los pliegues de la voluminosa capa—. Éste.

Por primera vez, *sir* Stafford sintió que se despertaba su interés.

—¿Qué ha querido decir con eso?

—Es poco habitual, llama la atención. No es algo que muchos se atreverían a llevar.

—Muy cierto. Digamos que es uno de mis caprichos.

—Un capricho que podría resultarme muy útil.

—¿A qué se refiere?

—Le pediré algo. Probablemente se negará, pero también es probable que no lo haga porque creo que es usted un hombre dispuesto a asumir riesgos, de la misma manera que yo soy una mujer que corre riesgos.

—Oiré su proposición —manifestó Nye con una sonrisa.

—Quiero llevar su capa. Quiero su pasaporte. Quiero su tarjeta de embarque. Dentro de unos veinte minutos más o menos, llamarán a los pasajeros para el vuelo a Londres. Tendré su pasaporte, vestiré su capa. De esa manera viajaré a Londres y llegaré a salvo.

—¿Quiere hacerse pasar por mí? Venga ya.

La joven abrió el bolso y sacó un espejito.

—Mírese. Míreme a mí y después mire su rostro.

Fue entonces cuando vio lo que le había estado rondando por la cabeza. Su hermana Pamela había muerto hacía unos veintitantos años. Siempre se habían parecido mucho. El parentesco era obvio. Ella había tenido un rostro levemente masculino, y él, de muy joven, había tenido un rostro un tanto femenino. Ambos tenían la misma nariz aquilina, las mismas cejas y la sonrisa algo torcida. Pamela había sido alta, un metro setenta y cinco, sólo un par de centímetros menos que él. Miró a la mujer que sostenía el espejo.

—¿Se refiere usted a que tenemos un cierto parecido? Pero, mi querida amiga, eso no engañaría a nadie que conociera a cualquiera de los dos.

—Por supuesto que no. ¿No lo entiende? No hace falta. Yo llevó una falda pantalón. Usted ha viajado con la capucha levantada. No tengo que hacer nada más que cortarme el pelo, envolverlo en una hoja de papel de diario y tirarlo en cualquier papelera. Dado que tendré su tarjeta de embarque, su billete y su pasaporte, sólo me faltará ponerme la capa, a menos que a bordo viaje alguien que le conozca bien y supongo que éste no es el caso porque ya habría hablado con usted. Así que puedo viajar tranquilamente ocupando su lugar. No tengo más que enseñar su pasaporte cuando me lo pidan, sin quitarme la capucha, para que sólo vean la nariz, los ojos y la boca. Podré marcharme sin problemas cuando el avión llegue a su destino porque nadie sabrá que iba a bordo. Saldré del

aeropuerto sana y salva, y desapareceré entre las multitudes londinenses.

—¿Qué haré yo mientras tanto? —preguntó Stafford.

—Puedo sugerirle algo si tiene usted el valor de aceptarlo.

—Sugiera. Siempre me han encantado las sugerencias.

—Usted se levanta, va hasta el quiosco y compra un periódico o una revista, o un regalo en la tienda. Deja la capa aquí en el respaldo. Cuando regresa con lo que sea que haya comprado, va y se sienta en otro lugar, digamos que en el extremo de aquel banco de allá. Habrá una copa al alcance de su mano, la misma que tiene ahora. Contendrá algo que le hará dormir. Se quedará dormido en un rincón discreto.

—¿Qué pasará a continuación?

—Habrá sido víctima de un robo. Alguien le ha echado un narcótico en la bebida y le ha robado la cartera. Cualquier historia por el estilo. Dirá quién es, que le robaron el pasaporte y todo lo demás. No tendrá ningún problema para establecer su identidad.

—¿Sabe quién soy? Me refiero a que si sabe cómo me llamo.

—Todavía no. No he visto su pasaporte. No tengo ni la menor idea de quién es usted.

—Sin embargo, acaba de decir que puedo identificarme sin problema.

—Tengo ojo para la gente. Sé quién es importante y quién no. Usted es una persona importante.

—¿Por qué voy a hacer todo esto?

—¿Tal vez para salvar la vida de un ser humano?

—¿No le parece una historia un tanto inverosímil?

—Por supuesto. Es difícil de creer. ¿Usted la cree?

—¿Sabe usted a quien me recuerda cuando habla de esa manera? —comentó Nye pensativo—. A una hermosa espía en una película.

—Sí, tal vez. Pero no soy hermosa.

—¿Tampoco es una espía?

—Quizá se me podría describir así. Llevo conmigo cierta información, una información que debo proteger. Tendrá usted que aceptar mi palabra al respecto. Es una información importante para su país.

—¿No cree que está siendo un tanto ridícula?

—Lo sé. Si esto lo viéramos escrito nos parecería absurdo. Pero hay tantas cosas absurdas que son ciertas, ¿no es así?

Sir Nye la miró una vez más. Se parecía mucho a Pamela. La voz, aunque con una entonación extranjera, era casi la misma. Lo que le estaba proponiendo era ridículo, absurdo, del todo imposible y, probablemente, peligroso para él. Por desgracia, también le resultaba muy atractivo. ¡Tener el descaro de proponerle algo semejante! Pero sin duda no dejaba de ser interesante descubrir cómo podría acabar este asunto.

—¿Qué saco yo de todo esto? Es lo que me gustaría saber.

—Divertirse —respondió la joven después de mirarle un instante —. Algo que se aparta de la rutina. Tal vez un antídoto contra el aburrimiento. No nos queda mucho tiempo. Usted decide.

—¿Qué pasará con su pasaporte? —replicó Stafford—. ¿Me compro una peluca, si es que las venden, en la tienda de regalos? ¿Tengo que hacerme pasar por una mujer?

—No. No se trata de un intercambio. A usted le han robado después de drogarle, pero sigue siendo usted mismo. Decídase. No falta mucho. El tiempo vuela. Tengo que ocuparme de hacer mi propia transformación.

—Usted gana. Nunca debe rehusarse lo extraordinario, cuando a uno se lo ofrecen.

—Esperaba esa respuesta, pero era una cuestión de cara o cruz.

Stafford Nye sacó su pasaporte. Lo metió en el bolsillo exterior de la capa. Se levantó, bostezó, miró a su alrededor, comprobó la hora y se dirigió al mostrador donde vendían los objetos más diversos. No miró atrás. Compró un libro y curioseó entre varios animalitos de peluche, un regalo muy adecuado para un niño. Por fin se decidió por un osito panda. Echó una ojeada a la sala y volvió a su asiento. La capa y la muchacha habían desaparecido, pero la copa de cerveza seguía sobre la mesa. «Aquí —se dijo— es cuando comienzan los riesgos». Cogió la copa y se bebió la cerveza. Sin prisas, poco a poco. Tenía prácticamente el mismo sabor de antes. «Vaya, vaya. Me pregunto si no habré hecho el tonto».

Cruzó la sala para ir hasta el rincón más apartado. Había allí una familia un tanto ruidosa, que no dejaba de charlar y de reírse. Se sentó cerca del grupo, bostezó y apoyó la cabeza en el respaldo. Anunciaron la salida de un vuelo a Teherán. Fueron muchas las que

personas que se levantaron para formar una cola delante de la puerta de embarque correspondiente. La sala de espera continuaba bastante llena. Abrió el libro. Volvió a bostezar. Ahora comenzaba a tener sueño, sí, mucho sueño. Debía buscar un lugar adecuado para quedarse dormido. Algún lugar donde no le molestaran.

Trans-European Airways anunció la salida de su avión, el vuelo 309 a Londres.

El trajín de los pasajeros que se levantaban en respuesta a los avisos y de los que entraban para esperar la salida de sus vuelos era constante. Se oyó el anuncio de que el aeropuerto de Ginebra continuaba cerrado a causa de la niebla y de más problemas en otros lugares. Un hombre delgado y de mediana estatura, vestido con una capa azul entreabierta que dejaba ver el forro rojo y con la capucha sobre la cabeza con el pelo cortado a tijeretazos de mala manera, como muchos jóvenes de hoy en día, ocupó su lugar en la cola del vuelo a Londres. Enseñó la tarjeta de embarque y le dejaron pasar por la puerta número 9.

Continuaron los anuncios de salidas. Swissair con destino a Zurich. BEA a Atenas y Chipre. Después sonó un aviso distinto:

«Se ruega a *miss* Daphne Theodofanous, pasajera del vuelo con destino a Ginebra que se presente en el mostrador de la compañía. El aeropuerto de Ginebra continúa cerrado por la niebla. Los pasajeros continuarán el vuelo vía Amsterdam. El avión está a punto de despegar».

Siguieron otros anuncios para los pasajeros con destino a Japón, Egipto, África del Sur, vuelos que cruzaban todo el mundo. Mr. Sidney Cook, pasajero con destino a África del Sur, debía presentarse en el mostrador de embarque donde le esperaba un mensaje. Volvieron a repetir la llamada para *miss* Daphne Theodofanous.

«Último aviso para el vuelo 309».

En un rincón de la sala, una niña miraba al hombre de traje oscuro que dormía profundamente, con la cabeza apoyada en el cojín de plástico rojo. En la mano tenía un panda de peluche. La niña tendió la mano para tocar el muñeco.

—Joan, no lo toques. El caballero está durmiendo.

—¿Adónde va?

—Quizá también vaya a Australia como nosotras.

—¿Tiene una hija como yo?

—Creo que sí —respondió la madre.

La niña exhaló un suspiro y volvió a mirar el osito. *Sir* Nye dormía como un bendito. Estaba soñando que intentaba cazar a un leopardo. Un animal muy peligroso, le decía al guía que le acompañaba. «Siempre me han dicho que es un animal muy peligroso. No se puede confiar en los leopardos».

El sueño cambió bruscamente, como suele ocurrir con la mayoría de los sueños, y ahora estaba tomando el té con su tía abuela Matilda y se desgañitaba para hacerse oír. ¡Cada día estaba más sorda! No había oído ninguno de los avisos exceptuando la primera llamada a *miss* Daphne Theodofanous.

—Siempre me he preguntado qué pasa con los viajeros que faltan —comentó la madre de la niña—. Es un aviso que se repite casi siempre, cada vez que estás en un aeropuerto. Una persona a la que no encuentran. Una persona que no ha oído la llamada, que no está en el avión o algo por el estilo. Siempre me he preguntado quién será, qué está haciendo y por qué no viene. Supongo que la señorita No-sé-cuantos acaba de perder su avión. Ahora, ¿qué harán con ella?

Nadie pudo responder a su pregunta porque nadie disponía de la información correcta.

Capítulo 2

LONDRES

Sir Stafford Nye disponía de una casa muy cómoda y agradable, con vistas a Green Park. Encendió la cafetera eléctrica y fue a ver qué le había dejado el correo esa mañana. Al parecer, no le había traído nada interesante. Fue pasando los sobres, un par de facturas, un recibo y cartas con matasellos carentes de todo interés. Las volvió a juntar y las dejó sobre la mesa donde ya se apilaba la correspondencia de dos días. Supuso que en cualquier momento tendría que ocuparse del tema. Durante la tarde aparecería su secretario.

Volvió a la cocina, se sirvió una taza de café y se sentó a beberla mientras ojeaba el par de cartas que había abierto la noche anterior. Sonrió mientras leía una.

«A las once y media —comentó en voz alta—. Una hora muy adecuada. Supongo que tendré que repasar un poco las cosas y estar preparado para soportar a Chetwynd».

Dejaron algo en el buzón de la puerta. Fue al vestíbulo y recogió el periódico de la mañana. Había muy pocas noticias. Una crisis política, una noticia del extranjero que quizá podía ser inquietante, aunque no lo creía. Sencillamente era un periodista que había dado rienda suelta a su imaginación en un intento por darle importancia a una cosa que no la tenía. Algo para entretener a los lectores. Habían estrangulado a una muchacha en un parque. Estrangular a las muchachas se había convertido en una práctica habitual en estos tiempos. Una cada día, pensó sin piedad. No habían secuestrado ni habían violado a ningún niño. Era una noticia agradable. Se preparó una tostada y se bebió el café.

Después de desayunar, dejó su casa y fue caminando a través del parque hacia Whitehall. Mantenía una expresión sonriente. Tenía la sensación de que esta mañana la vida era la mar de placentera. Comenzó a pensar en Chetwynd, un tonto de cuidado. Mucha fachada, con pinta de tipo importante, y con una mente bastante suspicaz. Disfrutaría hablando con Chetwynd.

Llegó a Whitehall al cabo de siete minutos. Disfrutaba porque se sentía muy superior a Chetwynd, se dijo. Entró en el despacho. Chetwynd estaba sentado detrás del escritorio lleno de documentos. Había una secretaria en el despacho.

—Hola, Nye —le saludó Chetwynd con una sonrisa en su rostro de efebo—. ¿Contento de estar de vuelta? ¿Qué tal Malasia?

—Calurosa.

—Sí. Supongo que allí siempre hace calor. ¿Supongo que te refieres climatológica y no políticamente?

—Era un comentario estrictamente climatológico.

Aceptó un cigarrillo y se sentó.

—¿Algún resultado digno de mención?

—No lo creo, al menos en lo que se considera estrictamente como resultados. Envié un informe. Un montón de cháchara como siempre. ¿Cómo está Lazenby?

—Un incordio como de costumbre. Nunca cambiará.

—No, eso sería esperar demasiado. Todavía no he hecho nada con Bascombe. Puede ser bastante divertido cuando quiere.

—¿De veras? No le conozco muy bien. Sí, supongo que puede serlo.

—Bueno, bueno, bueno. ¿Alguna otra noticia?

—No, nada. Al menos nada que pueda interesarte.

—En tu carta no mencionas muy claramente por qué querías verme.

—Nada importante. Sólo para comentar un poco las cosas. Ya sabes, por si te habías enterado de algo en particular. Cualquier cosa para la que debamos estar preparados. Preguntas en la cámara. Cosas así.

—Sí, por supuesto.

—Regresaste en avión, ¿no? Creo que tuviste algún problemilla.

Stafford Nye adoptó la expresión que había decidido poner de antemano. Era un tanto contrita, con la dosis justa de enfado.

—O sea que te has enterado —dijo—. Una tontería.

—Sí, tuvo que serlo.

—Es extraordinario como esas cosas siempre acaban apareciendo en los periódicos. Había un párrafo en las noticias de última hora del periódico de esta mañana.

—Supongo que hubieras preferido que no trascendiera, ¿verdad?

—Verás, te deja un poco como un burro —respondió Nye— tengo que admitirlo y, para colmo, a mi edad…

—¿Qué pasó exactamente? Me pregunto si la prensa no ha exagerado.

—Supongo que habrán tratado de sacarle el máximo de jugo. Ya sabes como son esos viajes. Tremendamente aburridos. Había niebla en Ginebra, así que tuvieron que desviar el avión a otro aeropuerto. Luego, tuvimos dos horas de demora en Fráncfort.

—¿Fue allí donde ocurrió?

—Sí. Te mueres de aburrimiento en los aeropuertos. Aviones que entran y salen. Los altavoces que no callan ni un momento. El vuelo 302 con destino a Hong Kong sale en ese momento. Vuelo 109 con destino a Irlanda. La gente que se levanta, gente que se marcha y, mientras tanto, tú sigues sentado sin hacer otra cosa que bostezar.

—¿Qué pasó exactamente? —Insistió Chetwynd.

—Verás, estaba tomándome una cerveza, una Pilsener, cuando se me ocurrió que necesitaba algo que leer. Había leído todo lo que llevaba así que me acerqué al mostrador y compré una novela para pasar el rato, una policíaca creo que era. Y también compré un osito de peluche para una de mis sobrinas. Volví a mi asiento, abrí el libro y me quedé dormido.

—Sí, entiendo. Te quedaste dormido.

—Es algo muy natural, ¿no? Supongo que anunciaron la salida de mi vuelo, pero si lo hicieron no la oí y, sin duda, había una razón para que no la oyera. Soy capaz de dormirme en cualquier aeropuerto en el instante que sea, pero también soy capaz de oír cualquier aviso que me concierna. Esta vez no fue así. Cuando me desperté o recuperé el conocimiento, como prefieras decirlo, estaba recibiendo atención médica. Al parecer, alguien había echado un narcótico en mi bebida. Tuvo que hacerlo mientras compraba el libro.

—Un acontecimiento un tanto extraordinario, ¿no crees?

—Nunca me había pasado antes —admitió Nye—, y espero que no se vuelva a repetir. Te hace sentir como un maldito imbécil, además de dejarte con una resaca espantosa. Me atendieron un médico y una enfermera. La cuestión es que no me causó ninguna consecuencia mayor. Me habían robado la cartera y el pasaporte. Eso fue una molestia, desde luego. Por fortuna, no había mucho dinero en la cartera. Los cheques de viaje los tenía en un bolsillo interior de la chaqueta. Como siempre, tuve que soportar los trámites de rigor y todo eso que pasa cuando pierdes el pasaporte. Tampoco fue muy difícil identificarme porque llevaba algunas cartas. Por fin se arreglaron las cosas y pude continuar mi viaje.

—No deja de ser un incordio —comentó Chetwynd—. Me refiero para una persona de tu nivel. —Su tono era de desaprobación.

—Sí. No me deja muy bien parado, ¿verdad? Demuestra que no soy tan listo como se espera de una persona de mi nivel. —La idea pareció divertirle.

—Es algo que ocurre a menudo.

—No creo que sea algo muy frecuente. Podría ser. Supongo que cualquier persona con veleidades de carterista podría ver a un tipo dormido y meterle la mano en el bolsillo y, si es bueno en el oficio, hacerse con la cartera o con alguna joya.

—Es bastante molesto perder el pasaporte.

—Sí, ahora tendré que pedir otro. Lo molesto será tener que dar un montón de explicaciones. Como te decía, todo el asunto es una solemne tontería. Afrontemos los hechos, Chetwynd: no me deja muy bien parado.

—No es culpa tuya, muchacho, en absoluto. Podría haberle pasado a cualquiera.

—Es muy amable de tu parte —manifestó Stafford con una sonrisa—. Me servirá de lección para la próxima vez.

—¿Crees que alguien podría tener un interés especial por tu pasaporte?

—No lo creo. ¿Para qué iban a querer mi pasaporte? A menos que alguien pretendiera buscarme molestias y eso parece poco probable. Tampoco creo que lo hicieran porque alguien se encaprichara de mi fotografía.

—¿Viste a alguien conocido en… en dónde fue… Fráncfort?

—No, no. A nadie en absoluto.

—¿Hablaste con alguien?

—Con nadie en particular. Le dije algo a una señora gorda muy amable que intentaba entretener a su hija pequeña. Creo que era de Wigan. Viajaba a Australia. No recuerdo a nadie más.

—¿Estás seguro?

—Había una mujer que quería saber dónde acudir para estudiar arqueología en Egipto. Le dije que no sabía nada del tema y que lo mejor era que lo preguntara al Museo Británico. Después hablé un par de minutos con un hombre que se oponía a la vivisección de animales, un apasionado del tema.

—Uno siempre tiene la sensación de que puede haber algo más detrás de cosas como éstas.

—¿Cosas como qué?

—Me refería a cosas como la que te ha ocurrido a ti.

—No veo qué puede haber detrás de esto —replicó *sir* Stafford —. Sólo diría que los periodistas disfrutarán inventándose alguna historia, son muy hábiles en esas cosas. No obstante, no es más que una tontería. Por todos los santos, olvidemos de una vez por todas este asunto. Supongo que ahora que se ha publicado en los periódicos, todos mis amigos no dejarán de darme la lata. ¿Cómo está el viejo Leyland? ¿En qué anda metido estos días? Oí un par de cosas sobre él en el viaje. Leyland siempre habla demasiado.

Los dos hombres charlaron amigablemente durante unos diez minutos. Después, Nye se levantó dispuesto a marcharse.

—Tengo muchas cosas que hacer esta mañana —explicó—. Comprar regalos para la familia. El problema cuando vas a Oriente, es que todos esperan que les traiga alguna cosa exótica. Creo que me daré una vuelta por
Liberty’s
. Tienen un excelente surtido de artículos orientales.

Salió alegremente, saludando con un gesto a un par de personas que conocía de vista. Mientras tanto, Chetwynd llamó a su secretaria.

—Pídale al coronel Munro que venga a mi despacho.

El coronel Munro no tardó en aparecer acompañado de un hombre alto y de mediana edad.

—No sé si conoce usted a Horsham —dijo—. Está en Seguridad.

—Creo que ya nos han presentado —manifestó Chetwynd.

—Nye acaba de salir, ¿no? —añadió el coronel—. ¿Dijo algo sobre esa historia de Fráncfort? Me refiero a si mencionó algo que merezca nuestra atención.

—Creo que no. Está un poco fastidiado. Cree que ha hecho el ridículo. Cosa muy cierta, por supuesto.

Horsham asintió.

—Es así como se lo ha tomado, ¿no?

—Intentó poner buena cara —dijo Chetwynd.

—En cualquier caso —añadió Horsham—, no es ningún tonto.

Chetwynd se encogió de hombros.

—Esas cosas ocurren.

—Sí, lo sé, sí, sí —intervino el coronel Munro—. La cuestión es que siempre he tenido la sensación de que Nye es un tanto impredecible, que en algunas cosas sus opiniones no son tan fiables.

—No hay nada en su contra —manifestó Horsham—. Nada, al menos hasta donde sabemos.

—No pretendía decir que lo hubiera —se apresuró a aclarar Chetwynd—, en absoluto. Sólo se trata de que… ¿cómo se lo diría…?, no siempre se toma las cosas muy en serio.

Mr. Horsham llevaba bigote. Era algo que, en ocasiones, le resultaba muy útil, sobre todo cuando trataba de ocultar una sonrisa.

—No es ningún estúpido —afirmó Munro—. Tiene cabeza. No pensará usted que puede haber algo dudoso en todo este asunto, ¿verdad?

—¿Por su parte? No lo creo.

—¿Lo ha investigado, Horsham?

—Todavía no nos hemos metido a fondo. Sin embargo, no parece haber nada anormal, excepto que utilizaron su pasaporte.

—¿Utilizado?

—¿De qué manera?

—Pasó por el control de Heathrow.

—¿Quiere usted decir que alguien se hizo pasar por *sir* Stafford Nye?

—No, no —contestó Horsham—, no es algo tan complicado. Pasó junto con otro montón de pasaportes. No se había dado la alarma. Creo que todavía no se había despertado del narcótico o lo que fuera que le echaron en la bebida. Él continuaba en Fráncfort.

—Pero la persona que le robó el pasaporte viajó en el avión y lo utilizó para entrar en Inglaterra, ¿no es así?

—Ése es nuestro punto de partida. Alguien le robó la cartera con el dinero y, de paso, el pasaporte, o bien alguien necesitaba un pasaporte y decidió robárselo a *sir* Nye. Había una copa delante de su asiento, le echó algo en la cerveza, esperó a que se quedara dormido, cogió el pasaporte y lo utilizó.

—Así y todo, se supone que en el control miran el pasaporte y a su dueño. Tuvieron que ver que no era la misma persona —protestó Chetwynd.

—Es indudable que debía haber un cierto parecido —admitió Horsham—, pero no es lo mismo que si se hubiera dado aviso de la desaparición, que tuvieran que estar atentos al uso de ese pasaporte. Un grupo numeroso de viajeros que desembarca de un avión que llega con mucha demora. Un hombre que se parece más o menos a la foto del pasaporte. Eso es todo. Una ojeada, se devuelve el pasaporte y el siguiente. Por lo general, lo que controlan es a los extranjeros que entran, no a los ingleses. Pelo oscuro, ojos azules, bien afeitado, casi un metro ochenta o lo que sea. Eso es todo lo que quieren ver. No aparece en la lista de extranjeros indeseables ni nada por el estilo.

—Lo sé, lo sé. Así y todo, yo diría que si alguien sólo quería robar una cartera, no se atrevería a utilizar el pasaporte. Demasiado riesgo.

—Sí —reconoció Horsham—. Sí, ésa es la parte más interesante del asunto. Por supuesto, estamos haciendo investigaciones, preguntamos aquí y allá.

—¿Cuál es su opinión personal?

—Prefiero no darla todavía. Hace falta un poco de tiempo. No se pueden apresurar las cosas.

—Todos son iguales —manifestó el coronel Munro, en cuanto Horsham abandonó el despacho—. Estos condenados tipos de seguridad nunca te dicen nada. Si creen que tienen la pista de algo, no abren la boca.

—Eso es algo natural —señaló Chetwynd—, porque pueden estar equivocados.

Era una opinión típicamente política.

—Horsham es de los buenos —dijo Munro—. Está muy bien

considerado. No es de los que se equivocan.

Capítulo 3

EL HOMBRE DE LA TINTORERÍA

Sir Stafford Nye regresó a su casa. Una mujer corpulenta salió lanzada de la pequeña cocina para darle la bienvenida.

—Veo que ha llegado bien, señor. Esos horrorosos aviones. Nunca se sabe, ¿verdad?

—Muy cierto, Mrs. Worrit. El avión llegó nada menos que dos horas tarde.

—Lo mismo que los coches, ¿no es así? Me refiero a que nunca se sabe, verdad, lo que les puede fallar. Sólo que es más preocupante, ¿verdad?, porque están arriba en el aire, ¿no es así? No puede aparcar en el arcén, de ninguna manera, ¿verdad? Quiero decir, que ahí estás. No me subiría a uno, ni hablar, por nada del mundo. —La mujer hizo una brevísima pausa para respirar y siguió de carrerilla—. He encargado algunas cosas. Espero que esté todo bien. Huevos, mantequilla, café, té. —Recitaba la lista con la locuacidad de un guía árabe en el palacio de un faraón—. Ya está. Creo que eso es todo lo que le hacía falta. También he pedido la mostaza francesa.

—No será Dijon, ¿verdad? Siempre intentan colarle Dijon.

—No sé quién lo intenta, pero ésta es Esther Dragón, la que le gusta a usted, ¿no es así?

—Bien hecho. Es usted una maravilla.

Mrs. Worrit enrojeció de placer. Desapareció una vez más en la cocina mientras Nye se disponía a entrar en el dormitorio.

—Supongo que he hecho bien en darle sus trajes al caballero que vino a buscarlos, ¿verdad, señor? —añadió la asistenta—. Usted no me avisó ni me dejó ninguna nota.

—¿Qué trajes?

—El caballero dijo que le habían enviado a buscar dos trajes. Venía de Twiss y Bonywork, creo que es la misma tintorería que llamamos la vez anterior. Si no recuerdo mal, dejamos de llamar a la White Swan porque nos estropearon unas prendas…

—¿Dos trajes? ¿Cuáles?

—Uno era el que traía puesto cuando llegó a casa, señor. Supuse que ése sería uno. No tenía muy claro cuál podía ser el otro, pero estaba el azul a rayas. Ya sé que usted no me dijo nada cuando se marchó, pero le hacía falta una limpieza a fondo, y había que hacerle un arreglo en el puño de la manga derecha. No quise hacerlo mientras usted estaba ausente. Ni se me ocurriría hacer algo así —añadió Mrs. Worrit virtuosamente.

—¿O sea que el tipo se llevó los trajes?

—Espero no haber hecho nada malo —manifestó la mujer un tanto preocupada.

—No me importa que se llevara el azul a rayas. Le hacía falta. Pero el traje que traía puesto cuando regresé a casa, no sé…

—Ese traje era demasiado fino, señor, para esta época del año. Estaba muy bien para los lugares donde ha estado porque hacía calor. Pero le hacía falta una limpieza. Dijo que usted había llamado. Eso fue lo que dijo el caballero cuando vino a buscarlos.

—¿Entró en mi dormitorio y los recogió él mismo?

—Sí, señor. Me pareció lo más conveniente.

—Muy interesante —comentó *sir* Stafford—. Sí, muy interesante.

Entró al dormitorio y echó una ojeada. Todo estaba limpio y ordenado. Se veía la mano de Mrs. Worrit. La cama estaba hecha, la máquina de afeitar eléctrica puesta a recargar, los objetos de tocador arreglados.

Se acercó al armario y miró en el interior. Hizo lo mismo con los cajones de la cómoda que había junto a la ventana. Todo estaba bien ordenado, más de lo que cabía esperar. La noche anterior había sacado sólo algunas cosas de la maleta y había hecho lo mínimo imprescindible. Había dejado la ropa interior en el cajón correspondiente pero no se había molestado en acomodarla. Lo había dejado para hoy o mañana. No esperaba que Mrs. Worrit lo hiciera por él. Sólo esperaba que dejara las cosas tal como las encontraba. Ya tendría tiempo de hacer los cambios impuestos por

el clima y otros detalles cuando regresara del extranjero. Por consiguiente, la deducción lógica era que alguien había curioseado en su habitación, había abierto los cajones para examinar el contenido deprisa y corriendo, pero precisamente por la prisa, había vuelto a acomodar las cosas de una forma más ordenada que antes. Había sido un trabajo rápido y meticuloso, y se había llevado dos trajes con una explicación plausible. El traje que él había usado en el viaje, y otro más liviano y adecuado para países cálidos. ¿Por qué?

«Indudablemente —se dijo Nye pensativamente—, alguien buscaba algo. ¿Qué? ¿Quién? ¿Por qué? Sí, era interesante».

Se sentó en una silla y analizó el tema. Por un momento, miró la mesilla de noche donde había dejado el pequeño osito panda de peluche. Se le ocurrieron nuevas ideas. Cogió el teléfono y marcó un número.

—¿Eres tú, tía Matilda? Soy Stafford.

—Ah, así que ya has vuelto, muchacho. Me alegro mucho. Leí en el periódico que había un brote de cólera en Malasia, al menos creo que era en Malasia. Siempre me confundo con esos lugares. ¿Vendrás a verme pronto? No me digas que estás ocupado. No puedes estar siempre ocupado. Eso lo entiendo de los ejecutivos y de los empresarios, que andan siempre metidos en temas de fusiones y opas. Tampoco tengo idea de lo que significa todo eso. Antes significaba que hacías bien tu trabajo, pero ahora todo está relacionado con las bombas atómicas y las fábricas —manifestó tía Matilda, desvariando un poco—. Para colmo de males, tenemos que aguantar a esos terribles ordenadores que siempre se equivocan con las cifras. La verdad es que nos ponen la vida cada vez más difícil. Tendrías que ver lo que han hecho con mi cuenta bancaria, y ya no te digo lo de mi dirección postal. Supongo que he vivido demasiado.

—¡No lo creas! ¿Te parece bien que vaya a verte la semana que viene?

—Ven mañana si quieres. Tengo al vicario a cenar, pero puedo decirle que no venga.

—No es necesario.

—Sí que lo es. Es un pesado y además quiere un órgano nuevo. El que tiene ahora funciona perfectamente. Quiero decir que el problema no es del órgano sino del organista. Un intérprete

abominable. El vicario le tiene lástima porque perdió a su madre, a la que quería mucho. Pero en realidad, querer a tu madre no te hace tocar mejor el órgano, ¿verdad? Hay que ver las cosas tal como son.

—Así es. Iré por allí la semana que viene. Tengo que ocuparme de algunos asuntos. ¿Cómo está Sybil?

—¡Encantadora! Muy traviesa pero la mar de divertida.

—Le he comprado un panda de peluche.

—Es muy amable de tu parte, querido.

—Espero que le guste —comentó Stafford, mirando el panda un tanto preocupado.

—De todos modos, es una niña muy bien educada —señaló tía Matilda, lo que parecía una respuesta un tanto ambigua y cuyo significado no acabó de entender.

Tía Matilda le mencionó varios trenes que podía coger, pero con la advertencia de que muchas veces no circulaban o cambiaban de horario. También le pidió que le llevara un Camembert y medio queso Stilton.

—Ahora es imposible conseguir nada por aquí. La tienda de siempre, la que atendía aquel señor tan amable, comprensivo y que siempre se ocupaba de conseguir todo lo que necesitábamos, se ha convertido de pronto en un supermercado enorme. Tienen infinidad de cosas que no necesitas y lo que compras tienes que cargarlo en cestos o en carritos. Las madres pierden a los niños, y comienzan a gritar y buscarlos como locas. Resulta agotador. Bueno, hasta la semana que viene, cariño.

El teléfono sonó inmediatamente.

—¿Hola? ¿Stafford? Soy Eric Pugh. Me dijeron que habías vuelto de Malasia. ¿Qué tal si cenamos juntos esta noche?

—Encantado.

—Bien. ¿A las ocho y cuarto en el Limpits Club?

Mrs. Worrit entró en la habitación cuando Nye colgaba el teléfono.

—Abajo hay un caballero que quiere verle, señor —anunció, con voz entrecortada por los jadeos—. Al menos, supongo que lo es. La cuestión es que dijo que a usted no le importaría.

—¿Cómo se llama?

—Horsham, señor, como ese lugar camino a Brighton.

—Horsham —repitió Nye ligeramente sorprendido.

Salió del dormitorio y bajó las escaleras hasta la gran sala de la planta baja. Mrs. Worrit no se había equivocado. Se trataba de Horsham, con el mismo aspecto que había tenido media hora antes: robusto, mejillas rubicundas, abundante bigote gris y una expresión imperturbable.

—Espero que no le importe —manifestó Horsham amablemente, mientras se levantaba.

—¿Que no me importe el qué?

—Volver a verme otra vez tan pronto. Nos cruzamos un momento cuando salía usted del despacho de Mr. Gordon Chetwynd. ¿Me recuerda?

—No me importa. —Nye le acercó la caja de tabaco—. Siéntese. ¿Nos hemos olvidado de algo, hubo alguna cosa que no se dijo?

—Mr. Chetwynd es un hombre muy agradable —comentó Horsham—. Creo que tuvimos que tranquilizarlo un poco. A él y al coronel Munro. Están un poco alterados por el tema. Me refiero a usted.

—¿En serio?

Sir Stafford se sentó. Dirigió una sonrisa a Henry Horsham mientras le observaba pensativamente.

—Ya tenemos el punto de partida —añadió—. ¿A dónde vamos a partir de aquí?

—Precisamente quería preguntarle, sin que sea una indiscreción, ¿a dónde irá?

—Encantado de responderle. Iré a pasar unos días con mi tía, *lady* Matilda Cleckheaton. Le daré la dirección si le interesa.

—La conozco. Bueno, espero que sea una buena idea. A ella le alegrará ver que ha regresado sano y salvo. Pudo haber salido mal, ¿no cree?

—¿Es eso lo que creen el coronel Munro y Mr. Chetwynd?

—Ya sabe usted como son estas cosas, señor —manifestó el visitante—. Lo sabe de sobra. Los caballeros de ese departamento siempre se ponen muy nerviosos. No tienen muy claro si pueden confiar en usted o no.

—¿Confiar en mí? —exclamó Nye, con un tono ofendido—. ¿Qué ha querido decir con eso, Mr. Horsham?

Mr. Horsham no pareció preocupado por la reacción del dueño

de la casa. Se limitó a sonreír.

—Verá, tiene usted fama de no tomarse las cosas muy en serio.

—Vaya. Por un momento, creía que se refería usted a que fuera un compañero de viaje o alguien pasado al otro bando, algo por el estilo.

—No, señor, de ninguna manera. Sólo creen que no es usted serio. Creen que a usted le gusta gastar bromas de vez en cuando.

—No se puede ir por la vida tomándose siempre en serio a los demás y a uno mismo —afirmó Nye con un tono de reproche.

—No. Pero, como le dije antes, asumió usted un riesgo demasiado grande.

—Yo diría que no tengo la menor idea de lo que está hablando.

—Yo se lo diré. Algunas veces las cosas pueden salir mal, señor, y no siempre salen mal porque sea culpa de nadie. Pero, en ocasiones, interviene lo que podríamos llamar la providencia divina, o quizás el otro caballero, me refiero al de la cola.

En el rostro de *sir* Nye apareció una expresión risueña.

—¿Se refiere usted a la niebla de Ginebra?

—Así es, señor. Tuvieron que cerrar el aeropuerto de Ginebra a causa de la niebla y eso estropeó los planes de algunas personas. Alguien se vio en una situación difícil.

—Háble me del asunto. Me gustaría saberlo.

—Faltaba una pasajera cuando el avión en que debía volar usted despegó ayer de Fráncfort. Usted se tomó una cerveza y se quedó dormido beatíficamente en un rincón. Una pasajera no se presentó en la puerta de embarque, a pesar de las repetidas llamadas. Al final, el avión despegó sin que esa mujer estuviera a bordo.

—Ah. ¿Puedo preguntar qué le sucedió?

—Sería interesante saberlo. En cualquier caso, su pasaporte llegó a Heathrow, aunque no con usted.

—¿Dónde está ahora? ¿Se supone que debo tenerlo?

—No, no lo creo. Eso sería trabajar demasiado rápido. El narcótico que le dieron era algo seguro. El más adecuado para la ocasión. Le durmió sin problemas y no le causó ningún efecto secundario importante.

—Tuve una resaca muy desagradable.

—Eso es algo inevitable dadas las circunstancias.

—¿Qué hubiera ocurrido, dado que usted parece saberlo todo al

respecto, de haberme negado a aceptar la proposición que quizá, sólo digo que quizá, me hicieron? —preguntó Nye.

—Es muy posible que eso hubiera representado el telón final para Mary Ann.

—¿Mary Ann? ¿Quién es Mary Ann?

—*Miss* Daphne Theodofanous.

—Ése es el nombre que me pareció oír cuando llamaban a la pasajera ausente.

—Sí, ése es el nombre que utilizaba. La llamamos Mary Ann.

—¿Quién es ella?

—Es una de las mejores en su línea de trabajo.

—¿Puedo preguntar cuál es su línea? ¿Es la nuestra o la de ellos, si es que sabe quienes son «ellos»? Admito que a mí me cuesta un poco distinguirlo cuando pienso en el asunto.

—Sí, no es fácil, ¿verdad? Además de los chinos y de los rusos, tenemos a esa curiosa pandilla que está detrás de las revueltas estudiantiles, aparte de los nuevos mañosos y los narco traficantes sudamericanos. También está ese grupo de banqueros que parece llevar algo entre manos. No, no es nada sencillo.

—Mary Ann —repitió *sir* Stafford pensativamente—. Me parece un nombre un tanto curioso para alguien cuyo nombre verdadero es Daphne Theodofanous.

—Su madre era griega, su padre un inglés y su abuelo un súbdito austriaco.

—¿Qué le hubiese sucedido si yo no le hubiera prestado cierta prenda?

—Podrían haberla matado.

—Venga, venga. No lo dirá usted en serio.

—Nos preocupamos mucho por el aeropuerto de Heathrow. Allí han ocurrido algunas cosas últimamente que necesitan una explicación. Si el avión hubiese ido vía Ginebra, tal como estaba planeado, no hubiese pasado nada. Teníamos a punto las medidas de seguridad. Pero, de esta otra manera, no dispusimos de tiempo para preparar nada y, en la actualidad, resulta muy difícil saber quién es quién. Todo el mundo está metido en un doble juego, cuando no un triple o un cuádruple.

—Me asusta usted. Pero ella está bien, ¿no? Es eso lo que me está diciendo, ¿no?

—Confío en que esté bien. No hemos recibido ninguna noticia que nos haga suponer lo contrario.

—Si le sirve de algo —manifestó Nye—, le diré que alguien vino aquí esta mañana mientras yo estaba hablando con mis amiguetes de Whitehall. Le dijo a la asistenta que yo había llamado a la tintorería y se llevó el traje que usé ayer y otro más. Por supuesto, bien podría ser que se encaprichara con el otro traje o que fuera un aficionado a coleccionar los trajes de caballeros que han regresado recientemente del extranjero. También podría ser… Quizá tenga usted alguna otra sugerencia.

—Es posible que estuviese buscando algo.

—Sí, eso mismo creo yo. Alguien buscaba algo. Lo dejó todo muy bien arreglado, mucho mejor de como lo había dejado yo. De acuerdo, buscaba algo. ¿Qué estaba buscando?

—No estoy muy seguro —respondió Horsham con voz pausada —. Ojalá lo supiera. Está ocurriendo algo en alguna parte. Hay cosas que destacan aquí y allá, como un paquete mal hecho. Ves una cosa aquí y otra allá. Piensas que algo está pasando en el festival de Bayreuth e, inmediatamente después, crees que se trata de algo en una hacienda sudamericana, pero entonces salta una pista en Estados Unidos. Hay muchos asuntos sucios en marcha en diferentes lugares, algo se está fraguando. Quizá sea una cuestión política, pero también podría ser algo muy distinto. Probablemente sea una cuestión de dinero. —Hizo una pausa y después añadió—: Conoce a Mr. Robinson, ¿no? Mejor dicho, creo que Mr. Robinson dijo que le conocía.

—¿Robinson? —*Sir* Stafford hizo memoria—. Robinson. Un nombre muy inglés. —Miró a Horsham—. ¿El rostro grande, la tez amarillenta? ¿Gordo? ¿Un tipo que tiene participaciones en todo lo que da dinero? ¿Él también está del lado de los ángeles? ¿Es eso lo que me está diciendo?

—No sé nada de ángeles. Ese tipo nos ha sacado del pozo en más de una ocasión. A las personas como Mr. Chetwynd no les cae muy bien. Creen que es demasiado caro. Mr. Chetwynd es bastante tacaño. Le gusta ahorrar precisamente en las cosas que no debe.

—Antes decíamos «pobre pero honrado» —comentó *sir* Nye, pensativo—. Supongo que usted lo diría de otra manera. Usted describiría a Mr. Robinson como caro pero honrado. —Exhaló un

suspiro—. Me gustaría saber algo más de todo esto —manifestó con voz quejumbrosa—. Estoy mezclado en un asunto sin tener la más mínima idea de lo que puede ser. —Miró a Horsham con una expresión ansiosa, pero el otro meneó la cabeza.

—Ninguno de nosotros lo sabe.

—¿Qué se supone que debo tener escondido aquí como para que alguien venga a buscarlo?

—Francamente, no tengo ni la menor idea, *sir* Stafford.

—Es una pena, porque yo tampoco.

—Hasta donde usted sabe, no tiene absolutamente nada. ¿Nadie le dio nada, ni le pidió que le guardara alguna cosa o algo por el estilo?

—Nada en absoluto. Mary Ann sólo me dijo que quería salvar la vida, nada más.

—Se la ha salvado, a menos que alguna noticia en los periódicos de la tarde diga lo contrario.

—Esto parece ser el final de un episodio, ¿verdad? Una lástima. Ahora me ha picado la curiosidad. Estoy muy interesado en saber qué pasará. Ustedes parecen bastante pesimistas.

—No lo niego. Las cosas van bastante mal en este país, ¿no le parece?

—Sé a lo que se refiere. A veces, yo también lo creo.

Capítulo 4

UNA CENA CON ERIC

—¿Te importa si te digo algo, muchacho? —dijo Eric Pugh. *Sir* Stafford Nye le miró. Conocía a Eric Pugh desde hacía muchísimos años, aunque nunca habían sido amigos íntimos. Eric, al menos en opinión de Nye, era un amigo bastante aburrido. En cambio, tenía la virtud de ser leal. Además, era la clase de hombre que, sin ser divertido, tenía la curiosa habilidad de enterarse de cosas. Las personas le comentaban esto o aquello, y él recordaba lo que le habían dicho. Lo almacenado todo como un archivo. Algunas veces, te ofrecía alguna información útil.

—Acabas de regresar de la conferencia de Malasia, ¿no?

—Así es.

—¿Sucedió algo interesante?

—Lo habitual.

—Ah. Me preguntaba si habría ocurrido algo, ya entiendes lo que quiero decir, algo así como si hubiera alguna zorra en el gallinero.

—¿Dónde? ¿En la conferencia? No, todo resultó tremendamente aburrido. Todos dijeron lo que ya se sabía que dirían, sólo que con muchísimas más palabras de lo necesario. La verdad es que no sé por qué voy a esas cosas.

Eric hizo un par de comentarios insulsos sobre las verdaderas intenciones de los chinos.

—La verdad es que no creo que se traigan nada entre manos —replicó *sir* Stafford—. Sólo circulaban los rumores habituales sobre las enfermedades del pobre Mao y quién intrigaba contra quién y por qué.

—¿Qué me dices del asunto árabe-israelí?

—Eso va de acuerdo con el plan. Me refiero a su plan, por supuesto. En cualquier caso, ¿qué tiene eso que ver con Malasia?

—No me refería especialmente a Malasia.

—Hablas como un enigmático oráculo. ¿A qué vienen esos circunloquios?

—Sólo me preguntaba si tú… perdona, sólo me preguntaba si tú no habrías hecho algo que pudiera manchar tu hoja de servicios en algún sentido.

—¿Yo? —exclamó *sir* Stafford, fingiéndose muy sorprendido.

—Tú eres así, Staffy. Te gusta escandalizar a la gente de vez en cuando.

—Mi conducta ha sido irreprochable últimamente. ¿Qué has oído contar de mí?

—Me enteré de no sé qué problema que te ocurrió en un aeropuerto cuando regresabas a casa.

—Vaya. ¿Quién te lo ha contado?

—Estuve hablando con Cartison.

—Un tipo de lo más plomo. Siempre se está imaginando cosas que no han ocurrido.

—Sí, lo sé. Ya sé que es de ésos. Pero comentó que alguien, por lo menos Winterton, parecía creer que andabas metido en algo.

—¿Metido en algo? Ojalá.

—Un asunto de espionaje está en marcha en alguna parte y eso preocupa a algunas personas.

—¿Quién creen que soy? ¿Otro Kim Philby o algo por el estilo?

—Ya sabes que a veces eres muy poco prudente con las cosas que dices, te gusta bromear sobre cosas que son muy serias.

—A veces resulta muy difícil evitarlo. Todos esos políticos, diplomáticos y todos los demás son condenadamente solemnes. De vez en cuando te entran ganas de darles una buena sacudida.

—Tu sentido de la diversión es francamente retorcido, muchacho. De veras que lo es. A veces me preocupas. Querían hacerte algunas preguntas más sobre algo que ocurrió en el vuelo de regreso, pues parecen creer que… bueno, que quizá no contaste toda la verdad.

—Ah, ¿así que es eso lo que creen? Interesante. Creo que deberé trabajar esa parte un poco más.

—No se te ocurra hacer ninguna de las tuyas.

—De vez en cuando, me merezco alguna pequeña diversión.

—Escucha, amigo mío, no se te ocurra ahora hacer algo que pueda arruinar tu carrera, sólo porque quieras divertirte un poco.

—Cada día me convenzo más de que no hay nada más aburrido que tener una carrera.

—Lo sé, lo sé. Siempre has mantenido ese punto de vista y, por eso mismo, no has obtenido lo que te merecías. En un momento dado eras el gran candidato para Viena. No me gusta ver como estropeas las cosas.

—Me estoy comportando con la máxima sobriedad y virtud, te lo aseguro —replicó *sir* Stafford—. Venga, anímate, Eric. Eres un buen amigo, pero la verdad es que no soy culpable de ninguna trastada.

Eric meneó la cabeza como queriendo expresar sus dudas.

Hacía una noche magnífica. *Sir* Stafford regresaba a su casa a través de Green Park. Mientras cruzaba la calle en Birdcage Walk, un coche se abalanzó sobre él y a punto estuvo de arrollarlo. Nye era un hombre atlético. Alcanzó la acera de un salto. El coche desapareció en la distancia. Pensó en el incidente. Por un momento, hubiera jurado que el conductor había intentado atropellarlo. Una idea interesante. Primero habían registrado su casa y, ahora, tal vez incluso se había convertido en un hombre marcado. Probablemente sólo era una coincidencia. No obstante, a lo largo de su vida, parte de la cual había transcurrido en lugares un tanto salvajes, había estado muchas veces en contacto con el peligro. Conocía, por decirlo de alguna manera, el olor del peligro. Ahora lo notaba. Alguien en algún lugar le había puesto en el punto de mira. ¿Por qué? ¿Cuál era el motivo? Hasta donde sabía, no había asomado la cabeza más de la cuenta.

Entró en su casa y recogió la correspondencia. No había gran cosa. Un par de facturas y un ejemplar de *Lifeboat*. Dejó las facturas sobre el escritorio y metió un dedo debajo de la faja de la revista. Era de una causa a la que solía contribuir de vez en cuando. Pasó las páginas sin prestar mucha atención porque seguía concentrado en sus pensamientos, pero entonces sus dedos tropezaron con un

obstáculo. Había algo entre dos páginas, algo pegado con cinta adhesiva. Lo observó atentamente. Acababan de devolverle el pasaporte por una vía poco habitual. Lo despegó de la revista. Comprobó los sellos de entrada y salida. El último era de la aduana del aeropuerto de Heathrow y correspondía al día anterior. Ella se había valido de su pasaporte, había entrado en el país sin problemas y ahora había escogido esta vía para devolvérselo. ¿Dónde estaría ahora? Era algo que le gustaría saber.

Se preguntó si la volvería a ver en alguna otra ocasión. ¿Quién era? ¿Adónde habría ido y por qué? Era como esperar el segundo acto de una obra, aunque tenía la sensación de que aún no había acabado el primero. ¿Qué había visto? Quizá la actuación de un telonero. A una muchacha que había tenido el capricho ridículo de disfrazarse y hacerse pasar por un hombre, alguien que había pasado por el control de pasaportes de Heathrow sin despertar la menor sospecha y que ahora se había perdido entre la multitud. No, lo más probable era que nunca más la volviera a ver. Le irritaba. «¿Por qué? —se preguntó—. ¿Por qué deseo volverla a ver? No era especialmente atractiva, no era nada». No, eso no era del todo cierto. Ella tenía algo, no sabía el qué, o no habría conseguido convencerle, sin dramatismos, sin valerse del sexo, sino sólo con una sencilla petición de auxilio, para que hiciera lo que ella deseaba. Una petición de un ser humano a otro porque, o así lo había insinuado, no en palabras, pero sin duda lo había insinuado, ella conocía a las personas y había adivinado en él a un hombre dispuesto a asumir riesgos para auxiliar a otro ser humano. Él había asumido el riesgo. Ella bien podría haberle echado cualquier cosa en la cerveza. De haber querido, hubieran podido encontrar su cadáver en un rincón de la sala de espera de un aeropuerto. Si ella tenía experiencia en el uso de drogas, algo que parecía obvio, su muerte bien podría haber pasado como la consecuencia de una parada cardíaca producida por la altitud, un fallo en la presión de la cabina o cualquier otra cosa por el estilo. Pero ¿qué sacaba con pensar ahora en lo que hubiera podido pasar? No volvería a verla y eso le enojaba.

Sí, estaba enojado y no le gustaba. Consideró el tema durante unos minutos. Después escribió un anuncio que se publicaría tres días seguidos: «Pasajero de Fráncfort. 3 de noviembre. Por favor,

comunique con compañero de viaje a Londres». Nada más que eso. Ella respondería o no. Si llegaba a leerlo, sabría quien había insertado el anuncio. Había utilizado su pasaporte, conocía su nombre. Podía buscarlo. Él recibiría alguna noticia. Quizá no. Probablemente no. Si no las tenía, la actuación de la telonera se quedaría sencillamente en eso, en un breve entretenimiento para dar tiempo a los retrasados para que se sentaran en las butacas antes de que comenzara la obra, algo muy práctico en los años anteriores a la guerra. Lo más probable era que no volviera a tener noticias de ella y una de las razones bien podría ser que, después de conseguir lo que había venido a hacer a Londres, ahora se hubiera marchado una vez más fuera del país, con rumbo a Ginebra, Oriente Medio, Rusia, China, Sudamérica o Estados Unidos. «¿Por qué incluyo Sudamérica?», se preguntó *sir* Stafford. Tendría que haber alguna razón. Ella no mencionó para nada Sudamérica. Nadie había mencionado Sudamérica, excepto Horsham. Pero incluso Horsham la había mencionado como uno de tantos otros lugares.

A la mañana siguiente, después de entregar el anuncio para su publicación, decidió regresar a su casa dando un paseo a través de St. James's Park. Mientras caminaba por uno de los senderos, se fijó vagamente en las flores otoñales. Los crisantemos se veían mustios, opacados el oro y el bronce de las corolas. El olor de las flores le llegó débilmente, un olor que siempre le había parecido a un olor a cabras, un olor que le recordaba las montañas de Grecia. Tendría que estar atento a los anuncios personales. Todavía no. Transcurrirían dos o tres días antes de que publicaran el anuncio y después tendría que esperar otros tantos o más para dar tiempo a la otra persona a que respondiera si es que veía el primero. No podía correr el riesgo de no ver la respuesta porque, después de todo, era una lata no saber, no tener ni idea de lo que estaba pasando.

Intentó recordar un rostro. No era el rostro de la muchacha del aeropuerto, sino el de su hermana Pamela. Habían pasado muchos años desde su muerte. La recordaba, claro que la recordaba, pero le resultaba muy difícil recordar su rostro. Le molestaba profundamente no poder hacerlo. Se detuvo cuando estaba a punto de cruzar uno de los caminos interiores. No había tráfico excepto un coche que avanzaba muy lentamente con el aire solemne de una viuda aburrida. Un coche antiguo. Una veterana limusina Daimler.

Sacudió la cabeza. ¿A qué venía esto de quedarse inmóvil como un papanatas, sumido en sus pensamientos?

Avanzó decidido y repentinamente la anciana limusina, que era como se imaginaba al Daimler, aceleró en una inesperada muestra de vigor. Salió disparado como un pura sangre. Se lanzó sobre él con tanta rapidez que a duras penas consiguió llegar a la acera opuesta. El vehículo se alejó sin disminuir la velocidad, y desapareció tras la siguiente curva haciendo chirriar los neumáticos.

«¿Me pregunto qué estará pasando? —se dijo *sir* Stafford—. ¿Es posible que alguien vaya a por mí, alguien que me está siguiendo, atento a la primera oportunidad?».

El coronel Pikeaway, con el corpachón repantigado en su sillón del pequeño despacho en Bloomsbury que ocupaba de diez a cinco, con una breve pausa para la comida, estaba rodeado como siempre por una densa nube de humo de tabaco. Mantenía los ojos cerrados y sólo algún que otro pestañeo indicaba que no dormía. Alguien había dicho que parecía un cruzamiento entre un viejo Buda y una enorme rana azul, con sólo unas gotas de sangre de hipopótamo, como había sugerido algún jovenzuelo insolente, entre sus antepasados.

El suave zumbido del intercomunicador que había sobre el escritorio le sacó de sus pensamientos. Parpadeó tres veces y abrió los ojos. Estiró el brazo con desgana para atender la llamada.

—¿Sí?

—El ministro está aquí —anunció la secretaria—. Quiere verle.

—¿Está aquí? ¿Se puede saber de qué ministro se trata? ¿Es el ministro de la iglesia baptista que está a la vuelta de la esquina?

—No, coronel Pikeaway, es *sir* George Packham.

—Una pena —manifestó el coronel, con un jadeo asmático—, una auténtica pena. El reverendo McGill es mucho más divertido. Tiene algo del fuego del infierno.

—¿Le hago pasar, coronel?

—Supongo que querrá ser recibido de inmediato. Los subsecretarios son mucho más quisquillosos que los secretarios de Estado —comentó Pikeaway lúgubremente—. Todos los ministros tienen la manía de venir por aquí como Pedro por su casa.

Sir George Packham entró en el despacho e inmediatamente comenzó a toser. Les pasaba a todos. Las ventanas estaban cerradas a cal y canto. El traje del coronel tenía un color gris por culpa de la ceniza esparcida. El aire resultaba irrespirable y, en los círculos oficiales, se referían al despacho como la «pequeña leonera».

—Ah, mi querido amigo —exclamó *sir* George con un tono enérgico y alegre que no se correspondía mucho con su apariencia ascética y melancólica—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.

—Siéntese, siéntese. ¿Un puro?

Sir George se estremeció sólo de pensarlo.

—No, gracias.

Miró con insistencia las ventanas. El coronel no hizo caso de la indirecta. *Sir* George se aclaró la garganta y volvió a carraspear antes de entrar en materia.

—Creo que Horsham ha venido a verle.

—Sí, Horsham vino aquí a decir lo suyo —admitió el coronel, dejando que sus párpados volvieran a cerrarse lentamente.

—Supuse que sería lo mejor. Me refiero a que viniera a verle. Es muy importante que las cosas no se divulguen por cualquier parte.

—Ah, pero es algo que siempre ocurre, ¿no le parece?

—¿Perdón?

—Se divulgarán.

—No tengo muy claro qué es lo que sabe usted de todo este asunto.

—Aquí lo sabemos todo —replicó Pikeaway en el acto—. Para eso estamos.

—Sí, sí, desde luego. Se trata de *sir* S. N. ¿Sabe usted a quién me refiero?

—Recientemente un pasajero en Fráncfort.

—Un asunto extraordinario. Muy extraordinario. Uno se pregunta si… en realidad uno no sabe si… ni siquiera se imagina…

El coronel le escuchaba amablemente.

—¿Qué debemos pensar? —insistió *sir* George—. ¿Le conoce usted personalmente?

—Me he cruzado con él en un par de ocasiones.

—No puedes dejar de preguntarte…

El coronel hizo todo lo posible por reprimir un bostezo. Estaba

aburrido de las cavilaciones de *sir* George. Tenía una opinión muy pobre de los razonamientos de *sir* George. Un hombre cauto, una persona que sin duda dirigía su departamento con la máxima cautela. No era un hombre de un intelecto brillante. «Quizá —se dijo Pikeaway—, eso fuera de agradecer». En cualquier caso, aquellos que vacilan y tienen sus dudas, son personas seguras en aquellos puestos para los que Dios y los votantes los han elegido.

—No se pueden olvidar del todo —continuó *sir* George— las decepciones sufridas en el pasado.

El coronel sonrió comprensivamente.

—Charleston, Conway y Courtauld —recitó—. Hombres de toda confianza, investigados y aprobados. Todos con apellidos que comienzan por C y todos ellos corruptos hasta la médula.

—Algunas veces me pregunto si podemos confiar en alguien —opinó *sir* George en un tono melancólico.

—La respuesta es muy sencilla —afirmó Pikeaway—. No se puede.

—Tomemos el caso de Stafford Nye: de buena familia, una familia excelente. Conocí a su padre, a su abuelo.

—Casi siempre hay algún problema en la tercera generación —comentó el coronel.

El comentario no ayudó mucho a *sir* George.

—Me resulta difícil no dudar… quiero decir que, en ocasiones, no parece muy serio.

—Me llevé a mis dos sobrinas a ver los castillos del Loira cuando era joven —manifestó Pikeaway en una digresión totalmente inesperada—. Había un tipo pescando en el río. Yo también llevaba mi caña. Me dijo: «*Vous pas un pecheur sérieux. Vous avez des femmes avec vous*
n'étes
».

—¿Quiere decir que cree que *sir* Stafford…?

—No, no, nunca se ha liado mucho con las mujeres. Su problema es la ironía. Le gusta sorprender a la gente. No puede evitar burlarse de todo el mundo.

—Ésa no es una conducta muy satisfactoria, ¿verdad?

—¿Por qué no? —replicó el coronel—. Es mucho mejor tratar con un tipo divertido que tener que vértelas con un traidor.

—Si tan sólo pudiera estar uno convencido de que es realmente íntegro. ¿Usted qué opina?

—Como dicen los jóvenes de ahora: «un tío legal». —Una vez más, le sonrió al ministro—. Yo, en su lugar, no me preocuparía.

Sir Stafford dejó a un lado la taza de café. Cogió el periódico, le echó una ojeada a los titulares y luego buscó la página de anuncios personales. Llevaba una semana consultando a diario la columna. Le parecía decepcionante pero no sorprendente. ¿Por qué demonios esperaba obtener una respuesta? Leyó uno tras otro los mensajes que acababan por ser una lectura fascinante. No todos eran estrictamente personales. La mitad o más eran ofertas más o menos disimuladas de compra y venta. Quizá tendrían que publicarlas entre los anuncios clasificados, pero acababan aquí porque el autor consideraba que así tendrían una mayor eficacia. Había algunos anuncios prometedores.

«Joven al que le desagrada el trabajo pesado y a quien le gustaría llevar una vida regalada está dispuesto a considerar una oferta conveniente».

«Señorita joven desea viajar a Camboya. Rehúsa cuidar niños».

«Arma utilizada en Waterloo. ¿Cuánto ofrecen?».

«Magnífico abrigo de piel. Se vende urgentemente por viaje al extranjero de la propietaria».

«¿Conoce a Jenny Capstan? Sus tartas y pasteles son exquisitos. Venga a 14 Lizzard Street».

El dedo de Stafford Nye se detuvo. Jenny Capstan. Le gustaba el nombre. ¿Existía Lizzard Street? Suponía que sí. Nunca la había oído mencionar. Exhaló un suspiró y siguió bajando por la columna. Volvió a detenerse casi de inmediato.

«Pasajero de Fráncfort. Martes, 11 de noviembre. Hungerford Bridge 7.20».

Martes, 11 de noviembre. Vaya, eso era… sí, era hoy. Nye se balanceó en la silla mientras bebía un poco más de café. Le dominaba el entusiasmo, la excitación. Hungerford. Hungerford Bridge. Se levantó para ir a la cocina. Mrs. Worrit pelaba patatas y después de cortarlas en rodajas las echaba en un gran bol lleno de agua. Miró a su patrón, sorprendida.

—¿Desea algo, señor?

—Sí. Si alguien le mencionara Hungerford Bridge, ¿adónde iría usted?

—¿Adónde iría? —Mrs. Worrit pensó unos instantes—. Se refiere usted a si yo quisiera ir, ¿no?

—Podemos tomarlo como punto de partida.

—Entonces, supongo que iría a Hungerford Bridge, ¿no le parece?

—¿Quiere usted decir que iría a Hungerford en Berkshire?

—¿Dónde está eso?

—A ocho millas más allá de Newbury.

—Newbury me suena. El año pasado, mi marido apostó a un caballo que corría allí y acertó.

—¿O sea que iría a Hungerford cerca de Newbury?

—No, por supuesto que no —replicó Mrs. Worrit—. Ir hasta allí, ¿para qué? Iría a Hungerford Bridge, desde luego.

—¿Se refiere usted a…?

—Verá, está cerca de Charing Cross. Usted sabe dónde está. Cruza el Támesis.

—Sí, sí. Sé muy bien donde está. Muchas gracias, Mrs. Worrit.

Había sido como tirar una moneda al aire. El anuncio en un periódico de la mañana se refería al puente ferroviario de Hungerford en Londres. Por lo tanto, era de suponer que el anunciante se refería a ese lugar, aunque *sir* Stafford no las tenía todas consigo tratándose de un anunciante muy particular. Sus ideas, por la breve experiencia que había tenido, eran originales. No se podía esperar una respuesta normal. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer? Además, probablemente había otros Hungerford, y también más puentes, en diversos lugares de Inglaterra. Bueno, hoy era el momento de salir de dudas.

Era un atardecer frío y ventoso con algún que otro chubasco. *Sir* Stafford se levantó el cuello de la gabardina y siguió adelante. No era la primera vez que cruzaba Hungersford Bridge, pero nunca lo había considerado como un paseo agradable. Bajo sus pies estaba el río y había muchas personas como él, enfundadas en sus gabardinas, que cruzaban el puente a paso ligero. El viento

levantaba los faldones de las prendas y amenazaba con arrancar los sombreros, mientras todos se daban prisa empujados por el deseo de llegar a sus casas y no tener que seguir soportando el viento y el frío. Resultaría muy difícil, se dijo Nye, reconocer a nadie en esta multitud. Las 7.20. Una hora muy mala para una cita. Quizás al final resultaría que el puente en cuestión era el de Berkshire. En cualquier caso, no dejaba de ser extraño.

Continuó caminando. Lo hacía a un paso regular, sin adelantar a los que tenía delante, pero tampoco sin dejar que le adelantaran los que venían detrás, aunque cualquiera hubiera podido hacerlo si lo deseaba. Tal vez esto no era más que una broma. No como las que él gastaba, pero que quizá le resultaba divertido a algún otro.

Claro que tampoco era la clase de broma que hubiera esperado de ella. Otras personas que venían de la dirección opuesta pasaron por su lado. Una mujer que caminaba casi a la par intentó adelantarle. Resbaló en los adoquines mojados, chocó con él y cayó de rodillas. Nye la ayudó a levantarse.

—¿Está usted bien?

—Sí, gracias.

Se alejó, pero antes de separarse, la mano de la mujer que había sujetado para ayudarla a levantarse, deslizó algo en la suya, cerrándole los dedos. Luego desapareció, tragada por la multitud. Nye siguió caminando. No podía adelantarla. Era obvio que ella no quería que la adelantara. Siguió la marcha al mismo ritmo mientras mantenía el puño bien cerrado. Por fin, llegó al otro extremo del puente en el lado de Surrey.

Buscó un pequeño bar, entró y pidió un café. Después miró lo que tenía en la mano. Era un sobre de tela aceitada. En el interior encontró otro sobre blanco. Lo abrió. Se llevó una sorpresa al ver el contenido. Era una entrada.

Una entrada al Festival Hall para el día siguiente.

Capítulo 5

UN TEMA WAGNERIANO

Sir Stafford se instaló cómodamente en la butaca y escuchó el persistente machacar de los nibelungos, que abría el programa.

Aunque disfrutaba con las óperas de Wagner, *Siegfried* no era su favorita entre las óperas que componían el Anillo. *Rheingold* y *Gótterdammerung* eran sus preferidas. La música del joven Sigfrido, que escucha el canto de los pájaros, siempre le había irritado, en lugar de producirle una melódica satisfacción, aunque no sabía el motivo. Quizá la razón estaba en que, siendo muy joven, había asistido a una representación en Munich donde el extraordinario tenor que interpretaba a Sigfrido tenía unas proporciones colosales y, en aquella oportunidad, había sido incapaz de separar el deleite de la música del escaso placer visual de ver a un Sigfrido que no conservaba el menor rastro de juventud. El hecho de ver a un tipo obeso rodando por el suelo del escenario en un ataque de infantilismo le había resultado repugnante. Además, tampoco era muy amante de los pájaros y de los sonidos del bosque. No, él prefería a las doncellas del Rin, aunque por aquellos tiempos, incluso las doncellas del Rin eran de proporciones considerables. Pero aquello le había importado menos. Llevado por el melódico fluir del agua y la alegría impersonal de la canción, no le había dado importancia a la cuestión visual.

De vez en cuando, miraba en derredor con expresión despreocupada. Había sido de los primeros en ocupar su asiento. La sala estaba llena como de costumbre. Llegó el intermedio. *Sir* Stafford se levantó. La butaca contigua a la suya no había sido ocupada. Alguien se había perdido la función. Era ésa la respuesta,

o sencillamente se trataba del caso de alguien a quien no le habían permitido la entrada por llegar tarde, una norma todavía vigente cuando se trataba de la representación de alguna obra de Wagner.

Salió al vestíbulo, fue al bar, se tomó un café, fumó un cigarrillo y regresó a la sala cuando sonó el primer aviso. Esta vez, mientras se acercaba a su hilera de butacas, vio que estaba ocupado el asiento contiguo al suyo. Volvió a embargarle la excitación. Sí, era la mujer de la sala de espera. Ella no le miró. Mantuvo la mirada fija en el escenario. Visto de perfil, el rostro mostraba la pureza de líneas que él recordaba muy bien. La muchacha volvió un momento la cabeza y miró fugazmente a Nye, sin hacer el menor gesto de reconocimiento. Fue algo tan intencionado que casi resultó un saludo. Éste era un encuentro que no debía ser considerado como tal. Al menos ahora. Se atenuaron las luces. La muchacha se volvió otra vez.

—Perdón, ¿podría dejarme su programa? Me temo que he perdido el mío cuando venía a ocupar mi butaca.

—Por supuesto.

Nye le entregó el programa. La muchacha abrió el programa y le echó un vistazo. Atenuaron las luces todavía más. La segunda parte del programa dio comienzo. La orquesta comenzó a interpretar la obertura de *Lohengrin*. Al finalizar la pieza, la mujer se lo devolvió, murmurando unas palabras de agradecimiento.

—Muchas gracias. Ha sido usted muy amable.

La siguiente interpretación fue la música del bosque de Sigfrido. *Sir* Stafford miró el programa que le acababan de devolver. Fue entonces cuando vio algo escrito a lápiz al pie de la página. No intentó leer la anotación porque era imposible en la penumbra.

Él no había escrito nada en el programa, y tampoco había visto que la muchacha lo hiciera. Por lo tanto, el programa que tenía ahora no era el suyo. Se dijo que ella tenía el programa con el mensaje escrito metido en el bolso, listo para pasárselo en el momento oportuno. Así y todo, le pareció que la sensación de intriga, de peligro, continuaba viva. El encuentro en Hungerford Bridge, el sobre con la entrada que le había pasado con mucho disimulo, el silencio de ahora. La miró de reojo en un par de ocasiones, con la mirada indiferente que se dirige a un desconocido sentado a nuestro lado. Vestía un vestido negro de cuello alto y una

gargantilla de oro. Llevaba el pelo muy corto. La muchacha no respondió a la mirada. ¿Había alguien sentado en las butacas del Festival Hall que pudiera estar vigilándola o era él el objetivo de la vigilancia? ¿Había alguien atento a lo que hacían? Era más que probable o por lo menos lógico. La joven había respondido al anuncio personal. Tendría que conformarse con eso. La curiosidad seguía tan viva como antes, pero ahora al menos sabía que Daphne Theodofanous, alias Mary Ann, estaba aquí en Londres. Siempre estaba la posibilidad de poder averiguar más adelante cuál era el juego. Pero el plan de campaña era responsabilidad de la muchacha. Debía seguir sus indicaciones. Lo había hecho en Fráncfort y haría lo mismo ahora. Debía reconocer que, desde aquel momento, su vida se había vuelto mucho más interesante. Esto era muchísimo mejor que el aburrimiento de las conferencias de política internacional. ¿Había algo de cierto en la idea de que habían intentado atropellarlo con un coche? Creía que sí. Además, habían sido dos los intentos y no uno. Claro que era muy fácil creerse el objetivo de un atentado. En la actualidad, se conducía con tanta temeridad que cualquiera podía pensar en un atentado, cuando en realidad no era así.

Plegó el programa sin mirarlo. Acabó de sonar la música. La mujer a su lado dijo algo. No volvió la cabeza ni pareció dirigirse a él, pero habló en voz alta, con una brevísima pausa entre las palabras, como si fuera un comentario para ella mismo.

—El joven Sigfrido —dijo, con un suspiro.

La función acabó con la marcha de *Die Meistersinger*. El público aplaudió a rabiar y después comenzó a levantarse. Nye esperó para ver si ella le daba alguna pista, pero no lo hizo. Recogió el chal, se unió a los demás que caminaban por el pasillo hacia la salida y, en cuestión de segundos, desapareció entre la multitud.

Sir Stafford fue a buscar su coche y regresó a su casa. En cuanto entró, lo primero que hizo fue prepararse un café, y a continuación se dedicó a examinar a fondo el programa.

No podía ser más frustrante. Al parecer no había ningún mensaje, excepto los trazos a lápiz que ya había visto antes al pie de una de las páginas. Pero no había palabras, letras o números. Tenían toda la apariencia de ser una anotación musical. Era como si alguien hubiese escrito un pasaje musical con un lápiz romo. Por un

momento, pensó que quizá se trataba de un mensaje secreto que podía leerse sometiéndolo a la acción del calor. Con mucha precaución y también avergonzado por sus fantasías melodramáticas, acercó el programa a la estufa eléctrica sin conseguir ningún resultado. Arrojó el programa sobre el escritorio. Tenía razones para sentirse enfadado. ¡Tanta pantomima, el encuentro en un puente azotado por el viento y la lluvia! Tener que soportar una ópera que le desagradaba junto a una mujer a la que quería formular un millar de preguntas. ¿Y qué había sacado en limpio? ¡Nada! Nada que le permitiera seguir adelante. Así y todo, ella había ido a su encuentro. ¿Por qué? Si no quería hablarle para concertar otro encuentro o darle alguna pista, ¿por qué se había tomado tantas molestias?

Miró distraído el estante de la biblioteca reservado a las novelas policíacas y de ciencia ficción. Meneó la cabeza. «La ficción —se dijo—, es infinitamente superior a la vida real. ¡Cadáveres, llamadas misteriosas, bellísimas espías extranjeras!». Sin embargo, aquella dama tan esquiva todavía no había acabado de mostrar sus bazas. La próxima vez, él se encargaría de hacer algunos arreglos. Los dos participarían en el juego que ella se traía entre manos.

Bebió un poco más de café y se acercó a la ventana. Contempló la calle durante unos momentos y después volvió a mirar las notas marcadas en el programa que tenía en la mano. Comenzó a tararearlas casi sin darse cuenta. Tenía buen oído para la música y no le costó leer las notas. La melodía le pareció familiar. Las repitió un poco más alto. ¿Qué era? Pam, pam, pa pam, pa pam. Pam. Pam. Sí, la conocía.

Volvió al escritorio. Dejó a un lado el programa y se ocupó de la correspondencia. Un par de invitaciones. Una de la embajada estadounidense, y la otra de *lady* Athlehampton para asistir a un festival de beneficencia. Se mencionaba que vendría alguien de la familia real y que pagar cinco guineas de entrada no se podía considerar un precio exagerado. Dudaba mucho de que le interesara aceptar cualquiera de las dos. Decidió que, en lugar de permanecer en Londres sin nada en que distraer sus ocios, bien podía cumplir la promesa hecha a su tía Matilda e ir a visitarla. Apreciaba a su tía aunque no la visitaba demasiado a menudo. Vivía en un ala rehabilitada de una gran mansión campestre que había heredado de

su abuelo.

Disponía de una hermosa y amplia sala, un pequeño comedor oval, una cocina construida en lo que había sido la antigua habitación del ama de llaves, dos dormitorios para invitados, un magnífico dormitorio con baño privado para ella, y otras dependencias adecuadas para el paciente compañero con quien compartía la vida cotidiana. También había alojamientos para lo quedaba del servicio doméstico. El resto de la mansión se mantenía cerrado y sólo se quitaban las fundas del mobiliario para la limpieza periódica. A Stafford Nye le gustaba el lugar, había pasado allí muchos veranos cuando era niño. Había sido una casa alegre. El mayor de sus tíos había vivido allí con su esposa y sus dos hijos. Sí, había sido un lugar muy agradable. Su mantenimiento no suponía la ruina familiar y se encontraban personas dispuestas a ocuparse de las tareas domésticas. En aquella época no había prestado mayor atención a los cuadros. Los lugares destacados los habían reservado para las obras de arte Victoriano de gran tamaño, tantas que casi no quedaba espacio libre, pero también había obras de otros grandes maestros: un Raeburn, dos Lawrence, un Gainsborough, un Lely, un par de Vandyke un tanto dudosos, además de un par de acuarelas de Turnen. Habían vendido algunos cuando la familia se vio necesitada de dinero. Disfrutaba con las obras cuando iba de visita y le interesaban sobre todo los retratos familiares.

Tía Matilda era una gran charlatana que siempre le recibía con los brazos abiertos. Él la apreciaba, pero ahora no tenía muy claro a qué venía este súbito deseo de ir a visitarla. ¿Por qué había recordado los retratos de la familia? ¿Quizá porque había un retrato de su hermana Pamela, pintado hacía ya veinte años, por uno de los mejores retratistas del momento? Admitió que le gustaría observar el retrato con mayor detenimiento. Tratar de descubrir hasta qué punto se parecían la extraña que se había cruzado en su camino de una forma tan escandalosa y su hermana.

Cogió el programa y, una vez más, leyó las notas. Entonces se le aclararon las ideas y reconoció de que se trataba. Era el tema de Sigfrido. El cuerno de Sigfrido. El tema del joven Sigfrido. Eso mismo era lo que había dicho la muchacha, aunque aparentemente no se había dirigido a él ni a ninguna otra persona. Sin embargo, ése había sido el mensaje, una comunicación sin un doble sentido

para nadie de los que asistían al concierto porque parecía referirse exclusivamente a la pieza que acababan de interpretar. Además, había escrito un fragmento en el programa. El joven Sigfrido. Tenía que significar algo. Bueno, quizá ya se enteraría de algo más. El joven Sigfrido. ¿Qué demonios significaba? ¿Por qué, cómo, dónde y cuándo? ¡Ridículo! Un sinfín de preguntas y ninguna respuesta.

Marcó el número de teléfono de tía Matilda.

—Por supuesto, Staffy querido, será estupendo tenerte en casa. Coge el tren de las cuatro y media. Todavía circula, aunque llega aquí una hora y media más tarde. Claro que también sale de Paddington más tarde: a las cinco y cuarto. Supongo que eso es lo que ellos consideran mejorar el servicio. Para en las estaciones más absurdas que te puedas imaginar. No importa. Horace te esperará en
King's
Marston.

—¿Todavía está contigo?

—Por supuesto que aún está aquí.

—Sí, supongo que así es.

Horace, en un tiempo mozo de cuadra y después cochero, se había reconvertido en chófer. «Debe de tener por los menos ochenta años», se dijo *sir* Stafford sonriendo.

Capítulo 6

EL RETRATO DE UNA DAMA

—Se te ve muy bien y con un bronceado precioso, querido —opinó tía Matilda, mirándole con cariño—. Es del viaje a Malasia, supongo. Fue en Malasia donde estuviste, ¿no? ¿O Tailandia? Todos esos lugares cambian de nombre cada dos por tres y nunca alcanzas a estar al día con los nombres. En cualquier caso, no fue Vietnam, ¿verdad? Sabes, no me gusta nada como suena Vietnam. Todo es muy confuso. Vietnam del Norte, Vietnam del Sur, el Vietcong y los Viet… lo que sea. No dejan de pelear entre ellos ni un momento y nadie tiene el menor interés en acabar con la guerra. No quieren ir a negociar a París, ni sentarse alrededor de una mesa redonda y discutir con sensatez. Tú no lo creerás, querido, pero he estado pensando en el problema y me parece que he encontrado una magnífica solución. Podrían construir un montón de campos de fútbol, donde podrían dedicarse a pelearse todo lo que quisieran pero con armas menos letales, sin necesidad de utilizar algo tan repugnante como el napalm. Se darían de puñetazos y patadas. Se lo pasarían en grande, todo el mundo se divertiría e incluso podrían cobrar entrada al público que fuera a los estadios. La verdad que nunca se nos ocurre dar a la gente lo que quiere de verdad.

—Es una idea excelente, tía Matilda —afirmó Nye, mientras le daba un beso en la tersa mejilla perfumada—. ¿Cómo estás, querida?

—Vieja —respondió *lady* Matilda Cleckheaton—. Sí, cada día estoy más vieja. Claro que tú no sabes lo que es ser viejo. Cuando no es una cosa es otra. Reuma, artritis, un poco de asma, laringitis o un tobillo torcido. Siempre es algo. Nunca nada importante, pero da

la lata. ¿Por qué has venido a verme?

Sir Stafford se sorprendió un poco ante la franqueza de la pregunta.

—Siempre vengo a verte cuando regreso de una viaje al extranjero.

—Tendrás que acercarte un poco más. La sordera ha ido en aumento desde la última vez que nos vimos. Se te ve diferente. ¿Por qué se te ve diferente?

—Por el bronceado. Tú misma acabas de decirlo.

—Tonterías, no me refería a eso. No me digas que por fin se trata de una muchacha.

—¿Una muchacha?

—Siempre he creído que acabaría por pasar. El problema contigo es que tienes demasiado sentido del humor.

—¿Por qué crees eso?

—Es lo que la gente cree de ti. Oh, sí, es lo que creen. Tu sentido del humor es lo que ha estropeado tu carrera. Estás mezclado con toda esas gentes. Diplomáticos y políticos. Lo que llaman jóvenes estadistas, estadistas maduros y estadistas de mediana edad. Además, tantos partidos diferentes. A mí me parece ridículo tener tantos partidos. En primer lugar, esa gente tan absolutamente deplorable del partido laborista. —Frunció su nariz de conservadora —. Cuando yo era una niña, no existía un partido laborista. Nadie hubiera entendido qué querías decir con eso. Hubieran dicho: «¡Tonterías!». Es una pena que no fuera una tontería. Después, por supuesto, están los liberales, pero ésos siempre han sido muy tontos, y luego nos quedan los *tories* o conservadores, como se llaman ahora otra vez.

—¿Cuál es su problema? —preguntó *sir* Stafford con una sonrisa un poco tensa.

—Demasiadas mujeres ansiosas. Les quita alegría.

—No creo que en la actualidad los partidos políticos estén mucho por la alegría.

—No te lo niego —afirmó tía Matilda—, y es ahí, por supuesto, donde te equivocas. Quieres alegrar un poco las cosas. Quieres ver un poco de diversión, y entonces te diviertes a costa de las personas y, desde luego, a ellas no les hace la menor gracia. Dicen: «*Ce pos un garlón serieux*

n'est
», como en el cuento del hombre que pescaba.

Sir Stafford se echó a reír mientras su mirada recorría la habitación.

—¿Qué estás mirando? —le preguntó su tía.

—Los cuadros.

—No querrás que los venda, ¿verdad? Todo el mundo parece estar vendiendo sus cuadros hoy en día. El anciano lord Grampon, sin ir más lejos. Vendió los Turner y también a algunos de sus antepasados. Lo mismo hizo Geoffrey Gouldman. Todos aquellos hermosos caballos. Obra de Stubbs, ¿verdad? Algo así. ¡Hay que ver los precios que se pagan!

»Pero no tengo intención de vender mis cuadros. Me gustan. Casi todos los que hay en esta habitación tienen un interés afectivo porque son nuestros antepasados. Sé que a nadie le gustan los antepasados en esta época, pero soy una mujer chapada a la antigua. Me gustan los antepasados, me refiero a los míos. ¿Cuál estás mirando? ¿El de Pamela?

—Sí. Precisamente el otro día estaba pensando en ella.

—Es asombroso lo mucho que os parecéis. No es que fuerais mellizos, aunque dicen que los mellizos de sexo diferente no pueden ser idénticos, si entiendes lo que quiero decir.

—O sea que Shakespeare tuvo que cometer un error con Viola y Sebastián.

—Los hermanos y las hermanas se pueden parecer. Tú y Pamela erais muy parecidos, me refiero al aspecto físico.

—¿No en ninguna otra cosa? ¿No crees que tuviéramos un carácter parecido?

—No, ni en lo más mínimo. Ésa es la parte más divertida del asunto. Pero, por supuesto, tú y Pamela tenéis lo que llamo el rostro de la familia, no el rostro de los Nye, sino el rostro de los Baldwen-White.

Sir Stafford nunca había podido competir con su tía abuela cuando se trataba de cuestiones genealógicas.

—Siempre he creído que tú y Pamela habíais salido a Alexa —añadió la anciana.

—¿Quién era Alexa?

—Tu tátara tátara, creo me falta un tátara, abuela. Húngara.

Una condesa, baronesa o algo así húngara. Tu no sé cuántos tátara abuelo se enamoró de ella cuando estaba en la embajada en Viena. Sí. Húngara. Eso es lo que era. Una mujer muy deportista. Los húngaros son muy deportistas. Participaba en las cacerías del zorro. Montaba de maravilla.

—¿Su retrato está en la galería?

—Lo encontrarás en el primer rellano. Casi delante mismo de las escaleras, un poco a la derecha.

—Tendré que mirarlo cuando me vaya a la cama.

—¿Por qué no subes ahora, le echas una ojeada y después bajas a hablar conmigo?

—Si es lo que quieres —respondió Nye, sonriendo.

Salió de la habitación y subió las escaleras. Sí, la vieja Matilda tenía buen ojo. Aquél era el rostro. La cara que había visto y recordado, no por el parecido con él mismo, ni tampoco por el parecido con Pamela, sino por un parecido todavía mayor con la mujer del cuadro. Una hermosa muchacha que su muchos tátara abuelo embajador se había traído a casa. Tenía unos veinte años. Vino a Inglaterra, era una amazona excelente, de espíritu indomable y alegre, y una gran bailarina. Los hombres se habían enamorado locamente de la bella húngara, pero ella siempre le había sido fiel, o así se decía, a su marido, un sobrio y concienzudo miembro del servicio diplomático. Le había acompañado en sus diversos destinos, habían regresado al país y habían tenido hijos; creía que tres o cuatro. A través de uno de estos hijos, su hermana Pamela y él habían heredado sus facciones, la nariz y la curva del cuello. Se preguntó si la joven que le había echado un narcótico en la cerveza y le había forzado a que le dejara la capa con el pretexto de que corría un peligro mortal si él no accedía a la petición, podía ser una prima quinta o sexta, una descendiente de la mujer retratada. Podría serlo. Quizá tenían la misma nacionalidad. En cualquier caso, los rostros se parecían muchísimo. Su postura en el teatro, tan erguida, la pureza del perfil, la nariz aquilina, y la sensación de misterio que transmitía.

—¿Lo has encontrado? —preguntó *lady* Matilda, en cuanto vio entrar a su sobrino en la habitación que ella insistía en llamar sala

—. Un rostro interesante, ¿verdad?

—Sí, y muy bello, además.

—Es mucho mejor que sea interesante que bello. Pero tú no has estado en Hungría ni en Austria, ¿o sí? ¿No me digas que has encontrado a alguien como ella en Malasia? Ella nunca hubiera estado sentada ante un escritorio tomando notas o corrigiendo discursos. Según todos los relatos, era una criatura salvaje. Unos modales perfectos y una educación excelente, pero salvaje. Libre como un pájaro. No sabía lo que era el peligro.

—¿Cómo es que sabes tanto?

—Admito que no fuimos contemporáneas, no nací hasta varios años después de su muerte, pero la cuestión es que siempre me interesó el personaje. Era una aventurera. Muy aventurera. Se contaban historias muy extrañas sobre ella, cosas en las que anduvo mezclada.

—¿Cuál fue la reacción de no sé qué tatarabuelo?

—Supongo que el pobre no ganaba para sustos —respondió *lady* Matilda—. Sin embargo, dicen que la adoraba. Por cierto, Staffy, ¿has leído *El prisionero de Zenda*?

—¿*El prisionero de Zenda*? Me suena mucho.

—Por supuesto que te suena. Es un libro.

—Sí, sí, me doy cuenta de que es un libro.

—Supongo que no tienes ni idea, no es de tu época, Pero cuando era una niña, era el primer contacto que teníamos con el romanticismo. Nada de cantantes pop ni de Beatles. Sencillamente una novela romántica. No se nos permitía leer novelas cuando era joven. Por lo menos, no por las mañanas. Podías leerlas por la tarde.

—Que normas más extraordinarias. ¿Por qué estaba mal leer novelas por la mañana y, en cambio, no lo era leerlas por la tarde?

—Verás, se suponía que, por las mañanas, las muchachas debían hacer algo útil. Ya sabes, arreglar las flores o sacarle brillo a los marcos de plata. La clase de cosas que hacíamos las muchachas. Estudiar un poco con la institutriz y todo eso. Por la tarde, se nos permitía sentarnos y leer algún libro y, por lo general, *El prisionero de Zenda* era uno de los primeros que caía en nuestras manos.

—Una historia muy entretenida y respetable, ¿verdad? Creo recordarla. Quizá sí que la leí. Todo muy casto, nada de sexo.

—Por supuesto que no. No había libros de esa clase. Sólo obras

románticas. *El prisionero de Zenda* era muy romántico. Una siempre acababa enamorándose del héroe: Rudolf Rassendyll.

—También me parece recordar el nombre. Un tanto extravagante, ¿no crees?

—Todavía creo que era un nombre romántico. Por aquel entonces yo tenía unos doce años. El verte subir para contemplar el retrato me lo ha traído a la memoria. La princesa Flavia.

Sir Stafford miró a su tía con una sonrisa.

—Se te ve muy joven y sentimental.

—Admito que es así como me siento. Las muchachas de hoy no sienten lo mismo. Están enamoradísimas, o se desmayan cuando alguien toca la guitarra o canta desgañitándose, pero no son nada sentimentales. Yo no estaba enamorada de Rudolf Rassendyll. Me había enamorado del otro, de su doble.

—¿Tenía un doble?

—Oh, sí, un rey. El rey de Ruritania.

—Ah, por supuesto, ahora lo recuerdo. De ahí viene la palabra Ruritania, que usamos con tanta frecuencia. Sí, creo que la leí. El rey de Ruritania. Rudolf Rassendyll era su doble y se enamora de la princesa Flavia que era la prometida del monarca.

Lady Matilda exhaló un suspiro tremendo.

—Así es. Rudolf Rassendyll había heredado el pelo rojo de una antepasada, y en algún pasaje del libro se inclina ante el retrato y dice algo sobre… ahora no recuerdo el nombre… la condesa Amelia o algo así de quien ha heredado las facciones. Por eso cuando fuiste a ver el cuadro de tu antepasada y vi que te recordaba a otra persona pensé en Rudolf Rassendyll. Así que estás metido en una historia romántica, ¿no?

—¿Por qué demonios se te ocurre pensar algo así?

—Verás, todas las personas se comportan más o menos de la misma manera. Los comportamientos se repiten y te das cuenta en cuanto aparecen. Es como un libro de bordados. Hay sesenta y cinco tipos de punto y, cuando ves alguno, lo reconoces enseguida. En este momento, yo diría que tu punto es la aventura romántica. —Suspiró—. Pero supongo que no me contarás ni una palabra.

—No hay nada que contar.

—Siempre has sido un mentiroso de primera. No importa. Tráela por aquí algún día y preséntamela. Me gustaría verla antes de que

los médicos consigan matarme con algún antibiótico que acaban de descubrir. ¡No quieras creer la cantidad de pastillas que me han hecho tomar!

—No entiendo por qué insistes en decir «ella».

—¿No? Sé distinguir muy bien cuando una muchacha es «la» muchacha. En estos momentos, hay una dando vueltas en tu vida. Lo que no acabo de tener claro es dónde la encontraste. ¿En Malasia, en la mesa de negociaciones? ¿La hija de algún ministro o de un embajador? ¿Una guapa secretaria de la embajada? No, ninguna de ellas encaja. ¿En el barco que te trajo de regreso a casa? No, ya nadie viaja en barco. Quizás en el avión.

—Te has acercado un poco —admitió *sir* Stafford sin poder evitarlo.

—¡Ah! ¿Una azafata?

El sobrino meneó la cabeza.

—Vale, de acuerdo. Guarda tu secreto. Ya lo descubriré. Siempre he tenido buen olfato para descubrir en qué andas metido y las cosas que te conciernen. Por supuesto, ahora estoy apartada de todo, pero de vez en cuando me reúno con los viejos amiguetes y es muy sencillo conseguir que te digan algo. La gente está preocupada. En todas partes, la gente está preocupada.

—¿Te refieres a que hay un descontento general, que está intranquila?

—No, no me refiero a eso en absoluto. Me refiero a la preocupación a más alto nivel. Nuestros deplorables gobernantes están preocupados. Nuestro viejo y mugriento Foreign Office está preocupado. Están ocurriendo cosas que no tendrían que ocurrir. Hay una agitación general.

—¿La agitación estudiantil?

—La agitación estudiantil no es más que una gota de agua en el mar. La hay siempre en todos partes. Hay una muchacha muy agradable que viene todas las mañanas y me lee los periódicos. A mí me fatiga leerlos. Tiene una voz muy bonita. Le dicto mis cartas, me lee los periódicos y es buena persona. Lee las cosas que a mí me interesan y no las que ella considera adecuadas para alguien de mi edad. Sí, por lo que sé todos están preocupados, y eso es algo que me ha llegado a través de un muy viejo amigo mío.

—¿Alguno de tus amiguetes militares?

—Es un capitán general, si es eso lo que quieres decir, retirado hace muchísimos años, pero que todavía está en el ajo. La juventud es lo que podríamos llamar la punta de lanza de todo el tema, pero eso no es lo que resulta más preocupante. Ellos, los que sean, trabajan a través de la juventud. Se valen de los jóvenes en todos los países. Incitan a los jóvenes. Los animan a recitar consignas que suenan muy excitantes, aunque no siempre saben su significado. Es tan sencillo iniciar una revolución. Es algo natural en la juventud. Los jóvenes siempre se han rebelado. Se rebelan, quieren cambiar el mundo. Pero, al mismo tiempo, van ciegos. Los jóvenes tienen los ojos vendados. No ven adonde les conducen las cosas. ¿Qué es lo que vendrá a continuación? ¿Qué tienen delante? ¿A quién tienen detrás, empujándolos? Eso es lo más preocupante de todo. Hay alguien que sostiene la zanahoria delante del burro y, al mismo tiempo, hay otro azuzando al animal con un palo.

—Te imaginas algunas cosas realmente fantásticas.

—No son fantasías, muchacho. Eso es lo que la gente decía de Hitler. De Hitler y de las juventudes hitlerianas. Pero todo respondía a una preparación muy meticulosa. Fue una guerra preparada hasta el último detalle. Fue la quinta columna implantada en muchos países trabajando para la llegada de los superhombres que serían la flor y nata de la nación alemana. Eso es lo que pensaban y en lo que creían apasionadamente. Ahora hay alguien más que cree en lo mismo. Es un credo que están deseosos de aceptar, si se lo presentan bien adornado.

—¿De quién estás hablando? ¿Te refieres a los chinos o a los rusos? ¿A qué te refieres?

—No lo sé. No tengo ni la menor idea. Pero hay algo en marcha en alguna parte y funciona más o menos de la misma manera. El mismo comportamiento, lo ves. ¡El mismo esquema! ¡Los rusos! Están empantanados hasta el cuello con el comunismo. Yo diría que los consideran anticuados. ¿Los chinos? Ésos han perdido el rumbo. Un exceso de maoísmo. No sé quiénes son las personas que lo están planeando. Como te dije antes, es saber el porqué, cómo, dónde y quién.

—Todo muy interesante.

—Da tanto miedo ver que se reproduce la misma idea. La historia se repite. El joven héroe, el rubio superhombre que todos

deben seguir. Es la misma idea, sabes. El joven Sigfrido.

Capítulo 7

UN CONSEJO DE TÍA ABUELA MATILDA

Tía Matilda le observó. *Sir* Stafford siempre había sido muy consciente de la perspicacia de su mirada y, en estos momentos, más que nunca.

—Veo que ya conoces el nombre.

—¿Qué significa?

—¿No lo sabes? —respondió la anciana, que enarcó las cejas en una expresión de sorpresa.

—Que me muera ahora mismo si lo sé —afirmó Nye, utilizando la vieja frase infantil.

—Sí, eso es lo que siempre decíamos, ¿verdad? ¿En serio que no sabes nada?

—Ni una palabra.

—Sin embargo, conoces las palabras.

—Sí, alguien me las dijo.

—¿Alguien importante?

—Podría ser, supongo que podría serlo. ¿A qué te refieres con eso de «alguien importante»?

—En los últimos meses has participado en varias misiones gubernamentales, ¿no es así? Has representado a este pobre y mísero país lo mejor que has sabido, lo que tampoco te sitúa por encima de los demás. Sólo sabéis sentaros alrededor de una mesa y charlar. Nunca he creído que se consiga gran cosa con tanta charla.

—Es probable que no —admitió el sobrino—. Después de todo, nunca vas a esas cosas con un talante optimista.

—Hay que intentar lo imposible —le corrigió *lady* Matilda.

—Un principio muy cristiano. En la actualidad, si lo haces lo

peor que sabes, los resultados suelen ser mucho mejores. ¿A qué viene todo esto, tía Matilda?

—No estoy muy segura.

—Siempre te enteras de muchas cosas.

—No lo creas. Sencillamente oigo esto y aquello y ato cabos.

—¿Y?

—Todavía me quedan algunos viejos amigos. Tú los conoces. Amigos que están en el ajo. Por supuesto, la mayoría de ellos están sordos como una tapia, medio ciegos, desvarían un poco o no pueden caminar erguidos, pero hay algo aquí que todavía les funciona. —La anciana apoyó un dedo en su cabeza cubierta de canas—. Hay una gran sensación de alarma y desolación. Más de lo que es habitual. Ésa es una de las cosas que he oído.

—¿No es lo mismo de siempre?

—Sí, lo sé, pero esta vez hay algo más. No sé como decírtelo. Activo en lugar de pasivo. Desde hace mucho tiempo, como he visto desde fuera, y tú, sin duda, desde dentro, tenemos la sensación de que las cosas están hechas un lío. Un embrollo de cuidado. Pero ahora hemos llegado a un punto en que comenzamos a ver claro que debemos hacer algo al respecto. Existe un peligro cierto. Algo está en marcha, hay algo que está fermentando. No sólo en un país, sino en varios. Están reclutando gente por su cuenta y el peligro es que buscan enrolar a los jóvenes, sobre todo a los dispuestos a ir a cualquier parte, a hacer lo que sea y que, desgraciadamente, se creen lo que sea, siempre y cuando les prometan que podrán destruir, destrozar, crear el caos. Son los que creen que ésa es la única manera de transformar el mundo en algo mejor. El problema es que no son creativos, su única meta es la destrucción. Los jóvenes creativos escriben poemas, libros, componen música o pintan cuadros como siempre han hecho. Ésos son los válidos. Pero en cuanto la gente comience a preferir la destrucción por sí misma, entonces los malvados tendrán su oportunidad.

—Hablas de «ellos». ¿Quiénes son?

—Ojalá lo supiera —respondió *lady* Matilda—. Sí, ojalá lo supiera. Si me entero de cualquier cosa útil, te lo diré. Entonces podrás hacer algo para remediarlo.

—Desgraciadamente, no tengo a nadie a quien decírselo. Me refiero a pasarle la información.

—Sí, no se lo puedes decir a cualquiera. No puedes confiar en la gente. No se lo puedes decir a ninguno de esos idiotas que están en el gobierno, o a los vinculados con el gobierno, ni a los que esperan formar parte del gobierno cuando esta pandilla de ahora acabe su mandato.

La anciana hizo una pausa para tomar aliento.

—Los políticos no tienen tiempo para mirar el mundo en que viven —añadió tía Matilda—. Miran el país donde viven y sólo lo ven como una inmensa plataforma electoral. Con eso ya tienen bastante. Hacen cosas que creen sinceramente que servirán para mejorar la vida de todos y después se sorprenden cuando lo hecho no sirve para nada porque no es lo que la gente quiere. Por otra parte, no puedes evitar la conclusión de que los políticos se sienten imbuidos del derecho divino a contar mentiras por una buena causa. Tampoco hace mucho que Mr. Baldwin hizo aquel famoso comentario: «Si hubiese dicho la verdad, hubiera perdido las elecciones». Eso es lo que creen los primeros ministros. De vez en cuando nos toca algún gran hombre, pero cada vez es menos frecuente.

—¿Qué sugieres que haga?

—¿Me estás pidiendo consejo? ¿A mí? ¿Sabes la edad que tengo?

—Alrededor de noventa —contestó *sir* Stafford.

—Tampoco soy tan vieja —replicó *lady* Matilda un tanto ofendida—. ¿Acaso los aparento, querido?

—En absoluto. Cualquiera diría que no tienes más de sesenta y seis.

—Eso está mejor. No es cierto, pero está mucho mejor. Si me entero de cualquier cosa por alguno de mis queridos almirantes, generales o mariscales del aire, te lo diré. Se enteran de muchas cosas, sabes, tienen amiguetes en todas partes, y los muchachos se reúnen y charlan. Es así como se saben las cosas. Siempre hay cotilleos y la gente cotillea, tenga la edad que tenga. El joven Sigfrido. Necesitamos una pista que nos lleve a descubrir lo que significa. No sé si es una persona, una contraseña, el nombre de un club, de un nuevo Mesías o de un cantante pop. Pero encubre algo. También está el tema musical. Casi no recuerdo mis días wagnerianos. —Entonó una melodía con su voz quebrada—. La llamada del cuerno de Sigfrido. ¿Por qué no te haces con una

flauta? Me refiero a una flauta dulce como la que usan los niños en las escuelas. Les enseñan a tocarlas. El otro día fui a una conferencia organizada por el vicario. Algo muy interesante, la historia de la flauta dulce, su evolución desde la época isabelina hasta el presente. Las hay de muchos tamaños y con toda clase de registros. Interesantísimo. Fue algo interesante de escuchar en todos los sentidos. Las flautas, como tales, algunas tienen un sonido precioso, y la historia… ¿por dónde iba?

—Me hablabas de que me hiciera con una flauta dulce.

—Sí. Consigue una flauta y aprende a tocar la llamada del cuerno de Sigfrido. Siempre has tenido buen oído para la música. Supongo que podrás aprenderlo, ¿no?

—Me parece una colaboración muy modesta para la salvación del mundo, pero diría que soy capaz de aprenderla.

—No te olvides de tenerla siempre a punto. —Tía Matilda repicó en la mesa con la funda de las gafas—. Puede llegar el momento en que la necesites para llegar hasta los malos. Puede ser muy útil. Te recibirán con los brazos abiertos y entonces quizá puedas averiguar algo más.

—Desde luego, eres una persona con ideas —manifestó *sir* Stafford admirado.

—¿Qué más se puede pedir a mi edad? —respondió la anciana —. No puedes ir de aquí para allá. No puedes reunirte con la gente, ni te dejan trabajar en el jardín. Lo único que puedes hacer es sentarte en una silla y tener ideas. Recuérdalo cuando tengas cuarenta años más.

—Hay un comentario que me ha llamado la atención.

—¿Sólo uno? Vaya desilusión. Pensaba impresionarte mucho más con tanta cháchara. ¿A cuál te refieres?

—Has dicho que podría llegar hasta los malos con la flauta. ¿A qué te refieres?

—Bueno, parece lo más lógico, ¿no? Los buenos no interesan, pero en cambio sí los malos. Tienes que descubrir cosas, ¿no es así? Tendrás que infiltrarte, actuar como un escarabajo que acecha a su presa —señaló tía Matilda pensativa.

—Entonces, ¿sugieres que me dedique a tocar la flauta en plena noche?

—Sí, podrías intentarlo. Aquí tuvimos una plaga de escarabajos

en el ala este. Nos costó una fortuna volver a ponerla en orden. Yo diría que también será muy caro poner el mundo en orden.

—De hecho, muchísimo más caro —afirmó *sir* Stafford.

—Eso no cuenta —replicó *lady* Matilda—. A la gente nunca le importa gastar fortunas. Les impresiona. Es cuando quieres hacer las cosas de una manera económica, que no te siguen el juego. Sabes, somos todos la misma gente, me refiero a este país. Somos la misma gente que siempre fuimos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Somos capaces de hacer grandes cosas. Fuimos muy buenos administrando un imperio. Lo que no supimos fue conseguir mantener el imperio, pero es que ya no lo necesitábamos. Nos dimos cuenta de que era muy difícil mantenerlo. Robbie me lo hizo comprender.

—¿Robbie? —repitió Nye. El nombre le resultaba conocido.

—Robbie Shoreham. Robert Shoreham. Es un viejo amigo mío. Tiene afectado todo el lado izquierdo por una parálisis, pero puede hablar y tiene un audífono bastante bueno.

—Además de ser uno de los más famosos físicos del mundo —comentó el sobrino—. Así que es otro de tus viejos amiguetes.

—Le conozco desde que era un crío —le informó la anciana—. Supongo que te sorprende saber que somos amigos, que tenemos muchas cosas en común y que disfrutamos muchísimo con nuestras conversaciones.

—Nunca hubiera pensado que…

—¿Qué tenemos mucho de qué hablar? Es muy cierto que nunca pude con las matemáticas. Afortunadamente, en mis tiempos, las niñas no teníamos ni siquiera que intentarlo. A Robbie ya se le daban bien las matemáticas cuando tenía cuatro años. Ahora dicen que es algo natural. Tiene mucha conversación. Siempre le he gustado porque yo era una frívola y le hacía reír. Además, me gusta escuchar y él a veces dice cosas muy interesantes.

—Me lo creo —admitió Nye con un tono desabrido.

—Ahora no te hagas el superior. Moliere se casó con su ama de llaves y no le fue nada mal, si es Moliere a quien me refiero. Si a un hombre le sobra cerebro no quiere hablar con una mujer a la que también le sobra cerebro. Le resultaría agotador. Prefiere a una encantadora tontuela que le haga reír. Yo no estaba nada mal en mi

juventud —manifestó *lady* Matilda con complacencia—. Sé que no tengo títulos académicos. No soy una intelectual en lo más mínimo, pero Robert siempre ha dicho que tengo muchísimo sentido común.

—Eres una persona encantadora. Disfruto cuando vengo a verte y me iré de aquí recordando todas las cosas que me has dicho. Supongo que hay muchísimas más que podrías decirme, pero que obviamente no me dirás.

—No hasta que llegue el momento oportuno, pero llevo tus intereses en mi corazón. De vez en cuando, mantenme al corriente de lo que haces. La semana que viene cenarás en la embajada norteamericana, ¿no es así?

—¿Cómo lo sabes? Sí, me han invitado.

—Tengo entendido que has aceptado.

—Bueno, forma parte de mis obligaciones. —Nye miró a su tía sin disimular la curiosidad—. ¿Cómo te las arreglas para estar tan bien informada?

—Oh, Milly me lo dijo.

—¿Milly?

—Milly Jean Cortman. La esposa del embajador norteamericano. Una criatura de lo más atractiva. Pequeña y casi perfecta.

—Ah, te refieres a Mildred Cortman.

—La bautizaron con el nombre de Mildred, pero prefiere el de Milly Jean. Me lo dijo cuando hablábamos por teléfono de una gala de beneficencia. Ella es lo que llamábamos una Venus de bolsillo.

—Un término muy atractivo —opinó Nye.

Capítulo 8

UNA CENA EN LA EMBAJADA

Mrs. Cortman vino a su encuentro con la mano extendida, y Stafford Nye recordó el término empleado por su tía abuela: una Venus de bolsillo. Milly Jean Cortman era una mujer entre los treinta y cinco y cuarenta. Tenía las facciones delicadas, grandes ojos azul gris y la cabeza exquisitamente modelada con el pelo teñido de un color idéntico al de los ojos. Era muy popular en Londres. Su marido, Sam Cortman, era un hombre corpulento, que estaba muy orgulloso de su esposa. Hablaba de una manera lenta y recalcaba mucho las palabras. A sus interlocutores les costaba mantener la atención cuando él explicaba hasta el aburrimiento algo que se podía resumir en dos palabras.

—Acaba de regresar usted de Malasia, ¿no es así, *sir* Stafford? Ha tenido que ser un viaje muy interesante, aunque no es la estación del año que yo hubiera elegido para ir allí. Estamos todos muy contentos de tenerle de regreso. Déjeme ver. Usted ya conoce a *lady* Aldborough y a *sir* John, a *Herr* von Roken, a *Frau* von Roken y a Mr. y Mrs. Staggenham.

Nye conocía más o menos a todas estas personas. Había un holandés y su esposa a quienes no conocía, porque hacía muy poco que habían ocupado sus cargos. Los Staggenham eran el ministro de Seguridad Social y su esposa. Siempre los había considerado como una pareja muy poco interesante y aburrida.

—La condesa Renata Zerkowski —añadió Mrs. Cortman—. Creo que me ha dicho que los habían presentado en otra ocasión.

—Si no recuerdo mal hará cosa de un año —manifestó la condesa—. La última vez que visité Inglaterra.

Allí estaba ella, la pasajera de Fráncfort. Muy tranquila, en su ambiente, impecablemente vestida con un traje de noche azul gris con adornos de chinchilla. Llevaba un peinado alto (¿una peluca?) y una cruz de rubíes de diseño antiguo colgada alrededor del cuello.

—El *signor* Gasparo, el conde Reitner, Mr. y Mrs. Arbuthnot.

Eran unos veintidós. Durante la cena, *sir* Stafford se sentó entre la aburrida Mrs. Staggenham y la *signora* Gasparo. Renata Zerkowski estaba sentada al otro lado de la mesa, delante de Nye.

Una cena diplomática. Una más de las tantas a las que asistía tan a menudo, con más o menos la misma clase de invitados. Varios miembros del cuerpo diplomático, un ministro, unos cuantos secretarios de Estado, un par de empresarios y el acostumbrado grupo de personas de la alta sociedad a los que se invita porque son buenos conversadores y saben animar cualquier fiesta, aunque había un par que Nye juzgó que podían ser otra cosa. Incluso mientras mantenía una conversación con la signora Gasparo, una mujer encantadora, muy charlatana y un tanto coqueta, su mirada y su mente no dejaban de trabajar ni un momento. Con mucha discreción iba observando a los comensales en un intento por aclarar las cosas. Le habían invitado. ¿Por qué? Había algún motivo especial o es que su nombre había aparecido automáticamente en las listas de invitados que preparan las secretarias y le había llegado el turno. O sólo se trataba de emparejar la mesa. Nunca dejaban de invitarle cuando faltaba alguien para completar un número par.

«Ah, sí —exclamaban las anfitrionas—, Stafford Nye nos vendrá de perlas. Lo sentaremos junto a Fulanita de Tal».

Probablemente le habían invitado sólo por ese motivo, aunque no dejaba de preguntarse si no habría algo más. Sabía por experiencia que había otras razones. En consecuencia, mientras se comportaba como el invitado perfecto, con el aire de no fijarse en nadie en particular, su mirada no perdía detalle.

Entre estas personas había una que, por algún motivo, era importante. Una persona a la que habían invitado, no como comparsa, sino todo lo contrario. Se había invitado a los demás en función del primero. Se preguntó quién sería.

Cortman lo sabía, por supuesto. Quizá Milly Jean también. Nunca se podía estar muy seguro con las esposas. Algunas eran mucho mejores diplomáticas que sus maridos. Se podía confiar en

algunas de ellas exclusivamente por su encanto, su capacidad de adaptarse, su disposición a gustar, su falta de curiosidad, pero claro que también las había que eran auténticos desastres para el trabajo de sus maridos. Anfitrionas que aportaban dinero o prestigio a un matrimonio diplomático, pero que eran muy capaces de hacer o decir algo incorrecto en el momento equivocado y crear una situación lamentable. Si había que prevenir algo así, entonces quizás uno, dos e incluso tres invitados serían los que se conocen como apaciguadores profesionales.

¿La cena de esta noche tenía alguna otra intención más allá de la puramente social? Su mirada alerta se fijó ahora en un par de personas a las que no había hecho mucho caso. Un empresario estadounidense, amable aunque no socialmente brillante. Un profesor de una de la universidad del Medio Oeste. Un matrimonio, el marido alemán, la mujer casi agresivamente norteamericana. Una mujer muy hermosa, sexualmente muy atractiva. ¿Alguno de ellos era importante? Una serie de iniciales desfilaron por su mente. El FBI. La CÍA. Quizás el empresario era un hombre de la CÍA, estaba aquí con un propósito. Ahora las cosas se hacían de otra manera, y no como antes. ¿Cómo era la frase? «El Gran Hermano te vigila». Bueno, ahora era mucho más. El primo transatlántico te vigila. Las altas finanzas de la Europa occidental te vigilan. Han invitado a alguien que representa un problema diplomático para que tú le observes. Oh, sí, es algo muy frecuente en estos tiempos. Pero ¿eso también era una moda como muchas otras? ¿Podía significar algo más, algo vital, algo realmente importante? ¿Cuál era la manera de abordar el tema de los asuntos europeos en la actualidad? El Mercado Común. Eso no era difícil ni comprometido. Sólo se trataba del intercambio comercial entre países.

Éste era el escenario. Pero ¿y detrás del escenario? ¿Había alguien esperando su entrada? ¿Alguien listo para darle la entrada si era necesario? ¿Qué estaba pasando en el gran mundo y detrás?

Sabía algunas cosas y otras las adivinaba. «Hay unas cuantas sobre las que no sé nada —se dijo— y nadie quiere que me entere».

Su mirada se posó por una fracción de segundo en su vis-á-vis. La barbilla alzada, con una sonrisa cortés en su rostro, y sus miradas se cruzaron. Los ojos no le dijeron nada, tampoco la sonrisa. ¿Qué estaba haciendo aquí? La muchacha estaba en su

elemento, encajaba en el ambiente, conocía este mundo. Sí, aquí estaba a gusto. Se dijo que no le costaría mucho averiguar dónde encajaba en el mundo diplomático, pero ¿eso le diría cuál era su verdadero lugar?

La joven vestida con pantalones que le había abordado en Fráncfort se había mostrado como una persona audaz e inteligente. ¿Aquélla había sido la mujer real o era ésta la auténtica? ¿Estaba interpretando un personaje? En ese caso, ¿cuál? También podía darse el caso de que fueran más de dos. Era algo que necesitaba descubrir.

Claro que también podía tratarse de una mera coincidencia. Milly Jean se levantó. Las demás damas hicieron lo mismo. Entonces, de pronto, se oyó un escándalo tremendo en el exterior del edificio. Gritos. Chillidos. El estrépito de cristales rotos. Unos estampidos que bien podían ser disparos de armas de fuego. La *signora* Gasparo cogió a *sir* Stafford por el brazo.

—¡Otra vez! —exclamó—. *¡Dio!* Otra vez esos terribles estudiantes. Pasa lo mismo en nuestro país. ¿Por qué atacan las embajadas? Luchan, se enfrentan a la policía, se manifiestan gritando consignas estúpidas, ocupan las calles. Sí, sí, también los tenemos en Roma, en Milán. Son como una plaga que se extiende por toda Europa. ¿Por qué los jóvenes nunca son felices? ¿Qué es lo que quieren?

Stafford Nye bebió un trago de *brandy* y escuchó el hablar pausado de Mr. Charles Staggenham, que pontificaba sobre el tema y se tomaba su tiempo. La manifestación había acabado. Seguramente la policía se había llevado a los más exaltados. Había sido uno de esos episodios que, en otros tiempos se hubieran tenido por extraordinarios e incluso alarmantes, pero que ahora se consideraban como algo habitual.

—Más policía. Eso es lo que nos hace falta. Una fuerza policial más grande. Los agentes se ven desbordados. Según dicen, pasa lo mismo en todas partes. El otro día estuve hablando con *Herr* Lurwitz. Tienen sus problemas, y también los franceses. Sólo en los países escandinavos las cosas parecen estar un poco más calmadas. ¿Qué es lo que quieren? ¿Crear problemas? Si me hicieran caso…

Sir Stafford pasó a otro tema mientras mantenía una expresión atenta a las explicaciones de Staggenham sobre algo que no se

apartaba de lo más trillado.

—Protestan por lo que ocurre en Vietnam. ¿Qué saben ellos de lo que pasa en Vietnam? Ninguno de ellos ha estado nunca allí, ¿verdad?

—Yo diría que es poco probable —manifestó Nye amablemente.

—Alguien me comentó hace un rato que tienen muchísimos problemas en California. En las universidades. Si tuviéramos una política sensata…

Los caballeros fueron a reunirse con las señoras en la sala al cabo de unos minutos. *Sir* Stafford se movió entre los invitados con su gracia tan particular, aquel aire de total despreocupación que siempre le era tan útil, y fue a sentarse junto a una mujer rubia y muy charlatana a la que había tratado con cierta frecuencia en las reuniones sociales. No era una persona que destacara por su ingenio o sus ideas, pero conocía al dedillo todos los chismes sobre las personas que se movían en su círculo. Nye no hizo ninguna pregunta directa, pero después de unos minutos de amable charla, sin saber cómo había surgido el tema, se encontró hablando de la condesa Renata Zerkowski.

—Sigue siendo muy guapa, ¿verdad? Ya no viene por aquí muy a menudo. Ahora pasa la mayor parte de su tiempo en Nueva York, o en aquella isla maravillosa. Ya sabe usted a cuál me refiero. No, no es Menorca. Es una de esas otras islas del Mediterráneo. Su hermana está casada con el rey de los detergentes; al menos creo que es el rey de los detergentes. No, no es griego, creo que es sueco. Está forrado. También pasa muchas temporadas en un castillo en las Dolomitas o cerca de Munich. Es una gran aficionada a la música. Siempre lo ha sido. Comentó que ustedes se conocían de antes, ¿no es así?

—Efectivamente. Si no recuerdo mal hará un par de años.

—Ah, sí, supongo que fue la vez anterior que estuvo en Inglaterra. Dicen que estuvo mezclada en el tema de Checoslovaquia, ¿o me refiero al problema polaco? Todo es tan complicado. Me refiero a los nombres. Tienen tantas zetas y kas. Es muy curioso y tan difícil de escribir. Ella es muy literaria. Ya sabe, redacta peticiones para que la gente las firme. Para dar asilo a los escritores en este país o lo que sea. No es que nadie les preste mucha atención. Quiero decir que nadie se preocupa de ninguna

otra cosa que no sea cómo arreglárselas para pagar los impuestos. El dinero que puedas sacar para los viajes ayuda un poco, pero no te soluciona nada. Me refiero a que necesitas tener el dinero antes de poder llevártelo al extranjero. No sé como nadie puede apañárselas para tener dinero ahora, pero la cuestión es que cada día hay más en circulación. Oh, sí, cada día hay más dinero.

La mujer se miró la mano izquierda con expresión complacida. Llevaba dos solitarios, uno con un diamante y el otro con una esmeralda, que parecían una demostración concluyente de que al menos había alguien dispuesto a gastar el dinero necesario para complacerla.

La velada llegaba a su fin. No había conseguido averiguar mucho más de lo que ya sabía sobre la pasajera de Fráncfort. Tenía una fachada prácticamente perfecta. Le gustaba la música. Bien, se había encontrado con ella en el Festival Hall, ¿no? Era aficionada a los deportes al aire libre. Tenía parientes ricos que eran dueños de islas en el Mediterráneo. Alguien con buenos contactos, bien relacionada, bien acogida en los círculos sociales. Aparentemente, sin filiaciones políticas, aunque quizás afiliada a algún grupo con mucha discreción. Alguien que se movía entre los ricos y los poderosos, entre las gentes con talento, entre los intelectuales, que iba de aquí para allá, de país en país.

Por un momento, pensó en el espionaje. Parecía la respuesta más lógica, pero no acababa de satisfacerle.

Llegó el momento de recibir las atenciones de la anfitriona. Milly Jean hacía su trabajo a la perfección.

—Hace siglos que deseaba hablar con usted. Quería que me hablara de Malasia. Soy tan tonta para todos esos lugares asiáticos. Los confundo. Dígame, ¿qué pasó? ¿Alguna cosa interesante, o todo resultó tan aburrido como de costumbre?

—Estoy seguro de que puede usted adivinar la respuesta, sin ayuda de nadie.

—Bueno, yo diría que debió ser un latazo. Pero quizás a usted no se lo permitan decir.

—No, se equivoca. Lo pienso y lo digo. No fue una de esas cosas que me gusten.

—Entonces, ¿para qué fue?

—Me gusta mucho viajar. Me encanta visitar países.

—Es usted un persona intrigante en muchos aspectos. Por supuesto, la vida diplomática es francamente aburrida, ¿verdad? No tendría que decirlo, es un secreto entre nosotros dos.

Ahora los ojos se veían muy azules, como las campánulas en un bosque. Los tenía un poco más abiertos y las cejas oscuras se bajaban levemente en las esquinas mientras que las interiores se alzaban un poco, haciendo que el hermoso rostro se pareciera un poco al de una gata persa. Se preguntó cómo sería la verdadera Milly Jean. Su voz tenía el suave acento de los sureños. La cabeza perfectamente modelada, el perfil nítido como el de una moneda. ¿Cómo sería en realidad? Evidentemente no era ninguna tonta. Alguien capaz de utilizar las armas sociales si hacía falta, alguien capaz de encantar si era necesario y que también podía mostrarse como una persona enigmática. Si quería sonsacar a alguien tenía todas las ventajas a su favor. Advirtió la fuerza de su mirada. ¿Quería algo de él? No lo sabía, ni le parecía probable.

—¿Conoce usted a Mr. Staggenham? —preguntó Milly Jean.

—Estuve hablando con él durante la cena. No nos conocíamos.

—Dicen que es una persona muy importante —manifestó la esposa del embajador—. Como usted sabe es el presidente del PBF.

—Tendría que estar al corriente de todas esas cosas —replicó Nye—. PBF, DVC, LYH y no sé cuántas siglas más.

—Es odioso. Sí, realmente odioso. Todas esas siglas. Ya no hablamos de personas, sólo de siglas. ¡Es un incordio! Eso es lo que me digo algunas veces. Me gustaría que fuera diferente, sí, muy diferente.

¿Lo decía de verdad? Por un momento, le pareció que así era. Interesante.

En Grosvenor Square reinaba la paz más absoluta. Quedaban algunos restos de cristales rotos, huevos, tomates y trozos de metal en el pavimento. En el cielo, las estrellas brillaban como siempre. En la puerta de la embajada, desfilaban los coches que llevarían a los invitados a sus casas. La policía ocupaba las esquinas de la plaza, pero con mucha discreción. Todo estaba bajo control. Uno de los invitados se demoró un momento para hablar con uno de los policías.

—No se han producido muchas detenciones. Ocho en total. Mañana por la mañana tendrán que presentarse ante el juez en Bow Street. Más o menos, los de siempre. Petronella es una, por supuesto, y Stephen con su grupo. Ah, bueno. Algún día se cansarán de todas esas pamplinas.

—Usted vive bastante cerca de aquí, ¿no es así? —manifestó una voz casi al oído de *sir* Stafford. Era un voz de contralto—. Puedo llevarle. Me queda de paso.

—No, no. Puedo ir a pie. No es más que un paseo de unos diez minutos.

—No será ninguna molestia, se lo aseguro —afirmó la condesa Zerkowski—. Me alojo en el St. James's Tower.

El St. James's Tower era uno de los hoteles más nuevos.

—Es usted muy amable.

El coche que les esperaba era una enorme limusina de alquiler. El chofer abrió la puerta. La condesa subió al coche y *sir* Stafford la siguió. Fue la mujer quien le dio la dirección al conductor. El coche se puso en marcha.

—¿Sabe usted dónde vivo? —preguntó Nye.

—¿Por qué no?

Stafford se preguntó cuál sería el significado de aquella respuesta: «¿Por qué no?».

—Es cierto, ¿por qué no? Usted sabe muchas cosas, ¿verdad? Fue usted muy amable al devolverme el pasaporte.

—Me pareció que le evitaría algunos inconvenientes. Quizá sería más sencillo si lo quemara. Supongo que le habrán dado uno nuevo.

—Así es.

—Encontrará usted la capa de bandolero en el último cajón de la cómoda. Lo han dejado allí esta noche. Estaba segura de que no le agradaría tener que comprar una nueva y, desde luego, es casi imposible encontrar otra igual.

—Ahora tiene para mí un significado especial ya que ha pasado por ciertas aventuras —manifestó *sir* Stafford—. Ha cumplido una misión.

El coche continuaba su marcha a buena velocidad.

—Sí. Ha servido a su propósito a la vista de que estoy aquí, viva —señaló la condesa.

Nye permaneció en silencio. Tenía toda la impresión de que ella

deseaba ser interrogada, que él insistiera, para saber algo más de lo que había estado haciendo, del destino que había evitado. Deseaba que él mostrara su curiosidad, pero no estaba dispuesto a hacerlo. Disfruta no haciéndolo. La oyó reír suavemente. Sin embargo, y no sin cierta sorpresa, comprobó que era una risa complacida, satisfecha.

—Creo que ha sido una fiesta muy agradable. Milly Jean siempre organiza unas veladas estupendas.

—Ah, ¿la conoce usted bien?

—La conocí en Nueva York cuando era una muchacha, antes de casarse. Una Venus de bolsillo.

La condesa le miró, sorprendida.

—¿Es así como la define?

—No, la definición no es mía. Repito el comentario de una vieja tía.

—Sí, no es una descripción que se aplique a una mujer con mucha frecuencia en estos tiempos. Le cuadra mucho. Sólo…

—¿Sólo qué?

—Venus es seductora, ¿no? ¿También es ambiciosa?

—¿Cree usted que Milly Jean Cortman es ambiciosa?

—Sí, por supuesto. Por encima de todo lo demás.

—¿Cree usted que ser la esposa del embajador en la corte de St. James no es bastante para satisfacer las ambiciones de una mujer?

—Claro que no —proclamó la condesa—. Eso es únicamente el principio.

Una vez más, *sir* Stafford optó por no responder. Miró a través de la ventanilla. Abrió la boca para decir algo, pero se contuvo. Advirtió la fugaz mirada de la joven, que también guardaba silencio. No fue hasta que cruzaron uno de los puentes sobre el Támesis, que Nye se decidió a hablar.

—Veo que no me lleva usted a mi casa y que no tiene intenciones de regresar al St. James Tower. Estamos cruzando el Támesis. Ya nos encontramos una vez cruzando un puente. ¿Puedo preguntar adónde me lleva?

—¿Le importa?

—Creo que sí.

—Sí, ya veo que le importa.

—Salta a la vista que está usted al día. El secuestro…

—Porque, como la vez anterior, le necesito. —La muchacha hizo una pausa y después añadió—: Hay más personas que le necesitan.

—Vaya.

—No le complace la idea.

—Me complacería si me lo hubieran preguntado primero.

—¿En ese caso habría venido?

—Quizá. No lo sé.

—Lo lamento.

—No estoy seguro.

Prosiguieron el viaje en silencio. No era un viaje por un camino solitario, sino que circulaban por una carretera principal. Los faros del coche iluminaban las señales que permitían a Stafford Nye saber cuál era la ruta. Atravesaron Surrey y las primeras zonas residenciales de Sussex. De vez en cuando, le pareció que tomaban un desvío o una carretera secundaria que les apartaba de la ruta más directa, pero no estaba seguro. Estuvo a punto de preguntarle a su compañera si lo hacían para despistar a alguien que pudiera haberles seguido desde Londres. Pero decidió atenerse firmemente a su política de silencio. Le correspondía a la condesa darle cualquier información. Cada vez le resultaba más enigmática.

Viajaban hacia el campo después de una cena en Londres, en uno de los coches más lujosos que se ofrecían en alquiler. Esto era algo planeado de antemano. No se había dejado nada en manos del azar. Se dijo que muy pronto descubriría el punto de destino, a menos que siguieran hasta la costa. Vio el cartel de Haslemere. Poco después rodearon Godalming. Todo muy claro y diáfano. La zona residencial más lujosa de los suburbios de la clase alta: elegantes residencias, jardines y bosques bien cuidados. El coche tomó un par de desvíos más y, por fin, el chofer aminoró la marcha. Al parecer, habían llegado al final del trayecto. Vio unas verjas. La pequeña casa blanca del guardia. Siguieron por la avenida interior, bordeada de rododendros. Más allá de la última curva se alzaba la mansión. «Estilo nuevo rico», murmuró Nye. Su compañera le interrogó con la mirada.

—Sólo ha sido un comentario —le explicó Stafford—. No me haga caso. Supongo que hemos llegado a nuestro punto de destino.

—¿No le gusta?

—Los jardines parecen bien cuidados —contestó Nye, mirando

la zona iluminada por los faros—. Hace falta mucho dinero para tener todo esto en orden. Diría que es una casa bastante cómoda para vivir.

—Cómoda pero no bonita —admitió la condesa—. El propietario prefiere la comodidad a la belleza.

—Quizá sea algo muy sensato. Aunque es obvio que también aprecia la belleza de otras cosas.

El coche aparcó delante del porche bien iluminado. *Sir* Stafford se apeó y después tendió la mano para ayudar a la condesa. Mientras tanto, el chofer fue a tocar el timbre de la puerta principal. Luego, miró a la muchacha.

—¿Volverá a necesitar de mis servicios esta noche, señora?

—No. Esto es todo por ahora. Ya le llamaremos mañana por la mañana.

—Buenas noches, señora. Buenas noches, señor.

Se oyeron pasos en el interior y se abrió la puerta. *Sir* Stafford esperaba encontrarse con un mayordomo, pero en cambio se vio delante de un ama de llaves que parecía un granadero. «El pelo gris, los labios apretados, una persona eminentemente fiable y competente. Algo muy difícil de encontrar en la actualidad. Digna de la máxima confianza y de la más total lealtad».

—Creo que nos hemos retrasado un poco —se disculpó Renata.

—El señor está en la biblioteca. Me ha dicho que usted y el caballero vayan a verle de inmediato.

Capítulo 9

LA CASA CERCANA A GODALMING

La mujerona comenzó a subir las escaleras y la pareja la siguió. «Sí —pensó Nye—, una casa muy cómoda». El empapelado tenía dibujos de flor de lis, las escaleras de roble tallado no eran agradables a la vista pero los escalones resultaban comodísimos. Los cuadros estaban elegidos con gusto, pero no tenían gran interés artístico. «La casa de un hombre rico —se dijo—. Un hombre que no tenía mal gusto, pero que no pasaba de lo convencional». Las alfombras eran gruesas y mullidas.

La criada llegó al primer piso, se dirigió sin tardanza hacia la primera puerta del rellano y la abrió, apartándose para permitir el paso de los recién llegados, aunque no anunció sus nombres. La condesa entró primero, Stafford la siguió y la mujerona cerró la puerta detrás de ellos.

Había cuatro personas en la habitación. Sentado detrás de un escritorio cubierto de documentos, un par de mapas desplegados y otros papeles que, seguramente, eran el tema de la discusión, estaba un hombre gordo con el rostro muy amarillo. Era un rostro que *sir* Stafford había visto antes, aunque ahora mismo no recordaba el nombre que le correspondía. Se trataba de un hombre con quien había conversado una vez de manera informal, a pesar de que la ocasión había sido importante. Él tenía que saberlo, sí, por supuesto que debía saberlo. Pero ¿por qué no recordaba ahora el nombre?

El hombre sentado detrás del escritorio se levantó no sin esfuerzo. Estrechó la mano que le tendía la condesa Renata.

—Ha llegado. Espléndido.

—Sí. Permítame que le presente, aunque creo que ya lo conoce.

Sir Stafford Nye, Mr. Robinson.

Desde luego. En la mente de *sir* Stafford encajaron las piezas. También encajó otro nombre: Pikeaway. Decir que lo sabía todo de Mr. Robinson no es cierto. Sabía de Mr. Robinson todo aquello que el personaje estaba dispuesto a divulgar. Su nombre, hasta donde todo el mundo sabía, era Robinson y, aunque bien podía ser cualquier otro nombre de origen extranjero, nunca nadie había sugerido nada por el estilo. También el reconocimiento venía dado por su apariencia personal. La frente despejada, los ojos oscuros y melancólicos, la boca grande y los impresionantes dientes de una blancura irreal. Probablemente se trataban de dientes postizos, pero como en el cuento de Caperucita Roja, servían para comerte mejor.

Nye también sabía lo que Mr. Robinson representaba. Bastaba una sola palabra para describirlo. Mr. Robinson encarnaba el dinero en todos sus aspectos: capitales internacionales, finanzas locales, industrias. Representaba el dinero de una manera distinta a lo que creía el hombre de la calle. Nunca se pensaba en él como un hombre muy rico. Sin duda lo era, pero eso no era lo más importante. Era uno de los que gobernaba el dinero, miembro del gran clan de los banqueros. Sus gustos personales quizás eran sencillos, pero Nye dudaba de que lo fueran. Mr. Robinson apreciaba la comodidad, incluso el lujo, aunque no mucho más. O sea que, detrás de todo este misterioso asunto, se movía el poder del dinero.

—El otro día oí hablar de usted —manifestó Mr. Robinson, mientras le estrechaba la mano—. A nuestro común amigo Pikeaway.

Eso también cuadraba, pensó *sir* Stafford, porque ahora recordaba que, en aquel único encuentro con Mr. Robinson, el coronel Pikeaway había estado presente. Horsham era otro de los que habían mencionado a Mr. Robinson. O sea que en este asunto estaban metidos Mary Ann (¿o era la condesa Zerkowski?), el coronel Pikeaway, sentado en su despacho en medio de una densa nube de humo de tabaco con los párpados entrecerrados como si estuviera a punto de quedarse dormido o acabara de despertar, y Mr. Robinson con su rostro grande y amarillento y, por lo tanto, en alguna parte había dinero en juego. Miró a las otras tres personas presentes para saber quiénes eran, a quién representaban y, si no lo

sabía, por lo menos intentar adivinarlo.

En dos de los casos no fue necesario que adivinara. El hombre que se sentaba en la silla conventual junto a la chimenea, una figura anciana enmarcada por la silla como si se tratara de un cuadro, era alguien cuyo rostro había sido muy conocido en toda Inglaterra. Por cierto, continuaba siendo muy conocido, aunque ahora se le veía en público sólo en contadas ocasiones. Un hombre enfermo, un inválido, una persona que únicamente hacia breves apariciones porque el esfuerzo físico que le suponían era tremendo. Lord Altamount. El rostro delgado y sufrido, la nariz prominente, el pelo canoso muy largo, las grandes orejas, que habían sido el tema preferido de los caricaturistas, y una mirada penetrante. Más que observar, calaba profundamente en la persona a la que estaba mirando. En este momento, se fijaba en *sir* Stafford Nye. Tendió una mano cuando Nye se acercó.

—No me levanto —dijo lord Altamount. Su voz era quebrada, la voz de un anciano que sonaba como muy distante—. Mi espalda no me lo permite. Acaba de regresar de Malasia, ¿no es así, Nye?

—Así es.

—¿El viaje valió la pena? Supongo que para usted no. Probablemente, tenga toda la razón. Sin embargo, necesitamos de esos adornos, los embellecimientos necesarios para engalanar las mentiras diplomáticas. Me alegro de que pudiera usted venir, o mejor dicho de que lo trajeran. Fue obra de Mary Ann, ¿no?

«Así que es así como la llama y piensa en ella», se dijo Stafford. También era el nombre que le daba Horsham. No había duda de que estaba metida en este asunto hasta el cuello. En cuanto a Altamount, ¿qué representaba en estos momentos? Representa a Inglaterra. Representará a Inglaterra hasta que lo entierren en la abadía de Westminster, en algún mausoleo en el campo, o donde haya dejado dicho que lo sepulten. «Ha sido la encarnación de Inglaterra, conoce este país y yo diría que sabe el valor de cada político y miembro del gobierno, aunque nunca haya hablado con ellos».

—Éste es nuestro colega *sir* James Kleek —manifestó lord Altamount.

Stafford Nye no conocía a Kleek. Ni siquiera había oído su nombre. Un tipo inquieto. Una mirada aguda que nunca descansaba

en nada determinado durante mucho tiempo. Tenía la ansiedad propia de un sabueso que espera una orden. Listo para lanzarse a hacer lo que fuera a una mirada de su amo.

¿Quién era el amo? ¿Altamount o Robinson?

La mirada de Nye se dirigió al cuarto hombre. Había abandonado la silla que ocupaba junto a la puerta. Un bigote abundante, las cejas enarcadas, vigilante, retraído, con la habilidad de pasar casi desapercibido.

—Así que es usted —dijo *sir* Stafford—. ¿Cómo está, Horsham?

—Me alegro mucho de volverle a ver, *sir* Stafford.

«Un grupo muy representativo», pensó Nye, echando una rápida ojeada a todos los presentes.

Habían reservado una silla para Renata junto a lord Altamount y cerca de la chimenea. Nye se fijó en cómo la muchacha tendía la mano izquierda al anciano y como él la retenía unos segundos entre las suyas.

—Eres muy aficionada al riesgo, hija mía. Diría que demasiado —manifestó Altamount.

—Fue usted quien me enseñó y ya no conozco otra manera de vivir —replicó la joven.

Lord Altamount se volvió hacia *sir* Stafford.

—No fui yo quien te enseñó a escoger a un hombre. Para eso tienes un talento natural. Conozco a su tía abuela, ¿o es bisabuela?

—Mi tía abuela Matilda —le aclaró Nye inmediatamente.

—Sí, eso es. Una de esas tremendas damas victorianas de los noventa. Por cierto, ella debe de rondar esa edad. No la veo muy a menudo, una o dos veces al año, pero siempre me sorprende la vitalidad que tiene, sobrepasa con mucho su fuerza física. Esas indomables victorianas conocen el secreto.

—¿Puedo servirle una copa, Nye? —intervino *sir* Kleek—. ¿Qué quiere beber?

—Ginebra con tónica.

La condesa rechazó la invitación con un discreto ademán.

Kleek preparó el *gin-tonic* y dejó la copa sobre una mesa cerca de Mr. Robinson. Nye no estaba dispuesto a ser el primero en hablar. Los ojos oscuros del hombre sentado detrás del escritorio perdieron la melancolía por un instante. De pronto se iluminaron.

—¿Alguna pregunta? —dijo, mirando a Stafford.

—Demasiadas —contestó Nye—. ¿No sería mejor escuchar primero las explicaciones y dejar las preguntas para después?

—¿Es eso lo que desea?

—Simplificaría las cosas.

—Bien, en ese caso empezaremos por exponer los hechos. Puede que le invitaran o no a venir aquí. Si fue lo último, supongo que estará algo molesto.

—Siempre prefiere que lo inviten —intervino la condesa—. Es lo que me dijo.

—Algo muy natural —confirmó Mr. Robinson.

—Me secuestraron —afirmó *sir* Stafford—, aunque de una manera muy elegante. Uno de nuestros métodos modernos —añadió con un tono informal.

—Algo que sin duda invita a hacer una pregunta, ¿no es así? —dijo Mr. Robinson.

—Basta con un par de palabras: ¿por qué?

—Muy preciso. ¿Por qué? Admiro su economía en el lenguaje. Éste es un comité privado, un comité investigador. Investigamos algo que puede tener una repercusión mundial.

—Parece interesante —señaló Nye.

—Es más que interesante. Es algo gravísimo y urgente —manifestó lord Altamount—. En esta habitación están representados en este momento cuatro estilos de vida diferentes. Me he retirado de la participación activa en los asuntos del país, pero todavía actúo como consejero. Me han consultado y me han pedido que presida esta investigación sobre lo que está ocurriendo en el mundo en este año del Señor, porque algo está pasando. James, aquí presente, tiene su propio cometido. Es mi mano derecha. También es nuestro portavoz. Por favor, Jamie, ¿tendrías la bondad de explicarle a *sir* Stafford cuál es la situación?

A Stafford le pareció ver temblar al sabueso. «¡Por fin! —Parecía decir su ansiedad—. ¡Por fin, ha llegado el momento de hablar y seguir adelante con el asunto!». Se echó un poco hacia adelante en la silla.

—Si ocurren cosas en el mundo, hay que buscarles una causa —comenzó Kleek—. Los signos exteriores son siempre fáciles de ver, pero no son importantes o por lo menos así lo cree nuestro presidente —hizo un gesto hacia lord Altamount—, Mr. Robinson y

Mr. Horsham. Siempre ha sido de la misma manera. Encuentras una fuerza natural, pongamos una catarata, que te permitirá hacer funcionar una turbina que producirá electricidad. Descubres uranio y, en su momento, tendrás la energía nuclear, algo con lo que ni siquiera habías soñado. Cuando encuentras carbón y minerales, tendrás transporte y energía. Son las fuerzas cuya aplicación te brindan ciertas cosas. Pero, detrás de cada una, hay alguien que la controla. Hay que descubrir quién controla los poderes que, poco a poco, van ganando terreno en prácticamente todas las naciones europeas y también en algunas partes de Asia. No ocurre lo mismo en las regiones africanas, pero sí que sucede en todos los países del continente americano. Hay que llegar al fondo de las cosas que ocurren y descubrir la fuerza motriz que las hace suceder. Una de esas fuerzas es el dinero.

Kleek señaló a Mr. Robinson con un ademán.

—Supongo que Mr. Robinson sabe más que nadie en el mundo cómo se mueve el dinero.

—Todo es muy sencillo. Hay grandes cosas en marcha. Tiene que haber dinero detrás de todas ellas. Debemos descubrir de dónde proviene el dinero. ¿Quién lo está utilizando? ¿Quién hace las operaciones? ¿Dónde lo consiguen? ¿Adónde lo envían? ¿Por qué? Es muy cierto lo que dice James: sé mucho sobre el dinero —afirmó Mr. Robinson—, tanto o más que cualquier persona. Después están lo que llamamos tendencias. Es una de las muchas palabras que usamos con frecuencia en la actualidad. No tienen exactamente el mismo significado, pero están muy relacionadas entre ellas. Digamos que hay una tendencia a que aflore una rebelión. Mire la historia. Verá como aparece una y otra vez, se repite de acuerdo a un mismo esquema. El deseo de una rebelión, los medios para que se produzca, la forma que adoptará. No es algo particular de ningún país determinado. Si surge en un país, también aparecerá en otros con más o menos energía. Es a eso a lo que usted se refería cuando me lo explicó, ¿no es así? —añadió el banquero, volviéndose hacia lord Altamount.

—Así es. Lo ha expresado usted muy bien.

—Es un esquema que surge y parece inevitable —manifestó Kleek—. Lo reconocerá en cuanto lo encuentre. Hubo un período en el que dominó el ansia por participar en las cruzadas. A lo largo y

ancho de Europa, la gente se embarcaba para ir a rescatar Tierra Santa. Todo muy claro, un esquema de conducta muy simple y determinado. Pero ¿por qué iban? Eso es lo interesante de la historia. Averiguar por qué surgen los deseos y esos esquemas de conducta. La respuesta no siempre es materialista. Hay muchísimas cosas capaces de provocar una rebelión: el deseo de ser libres, la libertad de expresión, la libertad de credos, una vez más toda una serie de esquemas de conducta estrechamente relacionados. Impulsó a las personas a emigrar a otros países, al establecimiento de nuevos cultos que a la postre resultaron ser tan tiránicos como los que habían dejado atrás. Pero en todo esto, si lo examina a fondo, si lo investiga hasta el final, encontrará la causa que puso en marcha éstos y muchos otros esquemas de conducta. En algunos aspectos es como una epidemia. El virus es transportado por todo el mundo, a través de los océanos, por encima de las montañas. Llega a un lugar y se propaga. Aparentemente se traslada sin haberse puesto en movimiento. Pero no se puede estar seguro, incluso ahora, de que siempre haya sido así. Pueden existir causas, motivos para que las cosas sucedan.

Kleek hizo una pausa para mirar a los demás que seguían sus palabras con mucha atención.

—Podemos ir un poco más allá. Hay personas. Una, diez, unos centenares que son capaces de poner en marcha una causa. Por lo tanto, no debemos mirar el resultado final. Hay que buscar al puñado de personas que pusieron en marcha la causa. Tenemos a los cruzados, a los fanáticos religiosos, a los partidarios de la libertad, tenemos todos los esquemas de conducta, pero hay que ir todavía más atrás, hasta la raíz. Detrás de los resultados materiales, se encuentran las ideas. Las visiones, los sueños. El profeta Joel lo sabía muy bien cuando escribió: «Vuestros ancianos soñarán sueños, vuestros jóvenes verán visiones». ¿Cuál de ambos es más poderoso? Los sueños no son destructivos. En cambio, las visiones pueden abrirnos mundos nuevos y también destruir los que ya existen.

James Kleek se volvió bruscamente hacia lord Altamount.

—No sé si tiene alguna relación, señor, pero una vez me contó una historia de alguien en la embajada de Berlín. Una mujer.

—¿Ah, aquello? Sí, en aquel momento me resultó interesante. Tenía algo que ver con el tema que discutimos ahora. La esposa de

un diplomático: una mujer inteligente, sensata, muy bien educada. Estaba muy ansiosa por asistir a un mitin del Führer y oír uno de sus discursos. Me refiero, por supuesto, a unos meses antes de que comenzara la Segunda Guerra Mundial. Sentía una gran curiosidad por averiguar los efectos de su oratoria. ¿Por qué todo el mundo se sentía tan impresionado? Así que fue y, al regresar, me comentó: «Es extraordinario. Nunca me lo hubiera creído. Desde luego, no entiendo muy bien el alemán, pero me sentí arrastrada. Ahora comprendo a todos los demás. Me refiero a que sus palabras parecían maravillosas. Las cosas que dice te enardecen, tienes la sensación de que no puedes pensar de otra manera, que un mundo nuevo y fantástico te espera si le sigues. No sé muy bien cómo explicarlo. Escribiré todo lo que recuerdo y después se lo traeré para que lo lea. Así entenderá usted mejor el impacto personal que me causó y que intento explicarle».

»Le respondí que me parecía una idea excelente. Sin embargo, al día siguiente, cuando vino a verme, me dijo: «No sé si creerá lo que voy a decirle. Comencé a escribir las cosas que oí, lo que dijo Hitler, su significado, pero me llevé un susto tremendo: no había absolutamente nada que escribir, me fue imposible recordar ni una sola frase que resultara estimulante o con algo de lógica. Transcribí las palabras, pero no parecían tener el mismo significado que cuando las oí. Son sencillamente, oh, lo que quiero decir es que no significaban absolutamente nada. No lo entiendo.

»Eso es un ejemplo de uno de los más grandes peligros que casi nadie tiene presente, pero que existe. Hay personas capaces de comunicar a otras un entusiasmo tremendo, la visión de una vida nueva. Lo consiguen aunque no por medio de lo que dicen o la idea propuesta. Es otra cosa. Es el poder carismático que tienen unos pocos hombres para incitar a algo, para transmitir una visión. Quizá se trate de su carisma personal, de su voz, tal vez de algo que emana directamente de su cuerpo. No lo sé, pero existe.

»Esas personas tienen poder. Los grandes profetas religiosos lo tienen y también lo posee el espíritu maligno. Se puede convencer a la gente a través de un movimiento, para que hagan ciertas cosas, actos que conducirán a la aparición de un nuevo cielo y de una nueva tierra. Habrá gente que lo creerá, que trabajará y luchará por conseguirlo, e incluso estarán dispuestos a morir por lograrlo.

El anciano hizo una pausa y después añadió en voz baja:

—Jan Smuts lo resumió en una frase. Dijo: «El liderazgo, además de ser una gran fuerza creativa, puede ser diabólico».

Sir Stafford se movió inquieto en la silla.

—Comprendo lo que ha dicho. Es muy interesante. Ahora quizá llegué a pensar que puede ser cierto.

—Por supuesto, también creo que es una exageración.

—No sé si me atrevería a tanto —replicó Nye—. Hay muchas cosas que nos parecen exageradas, pero que muy a menudo no lo son. Sólo son cosas en las que nunca has pensado antes, o de las que no has oído ningún comentario. La consecuencia es que te resultan tan extrañas que casi no puedes hacer nada al respecto más allá de aceptarlas. Por cierto, ¿puedo hacer una preguntita? ¿Qué se hace en estos casos?

—Si se tiene la sospecha de que está ocurriendo algo por el estilo, lo que se debe hacer es investigar —respondió lord Altamount—. Tiene que actuar como la mangosta de Kipling: Ir y averiguarlo. Descubrir de dónde viene el dinero, de dónde surgen las ideas y de dónde, si se puede decir así, procede la energía del mecanismo. ¿Quién está dirigiendo la maquinaria? Tiene que haber un jefe de estado mayor además de un comandante en jefe. Eso es lo que estamos intentando hacer. Nos gustaría contar con su colaboración.

Ésta fue una de las contadas ocasiones en la vida de *sir* Stafford Nye en que lo pillaron por sorpresa. Casi siempre se las había apañado para disimularlo, pero esta vez fue diferente. Miró a cada uno de los presentes. Al rostro impasible y amarillento de Mr. Robinson; a *sir* James Kleek, un portavoz un tanto atrevido, a juicio de Nye, pero que obviamente tenía sus usos; lo había clasificado como el perro de su amo. Miró a lord Altamount, enmarcado por el respaldo de la silla conventual. La luz era pobre y le daba el aspecto de un santo en un nicho de alguna catedral. Ascético, medieval, un gran hombre. Sí, Altamount había sido uno de los grandes hombres del pasado. *Sir* Stafford no lo ponía en duda, pero ahora era un anciano. De ahí, supuso, la necesidad de contar con los servicios de *sir* James Kleek y la confianza que depositaba en su brazo derecho. Después miró a la enigmática y calmada criatura que le había traído aquí: la condesa Renata Zerkowski, alias Mary Ann, alias Daphne

Theodofanous. Su rostro no le proporcionó ninguna pista. Por último, su mirada se posó en Mr. Henry Horsham.

Vio con cierta sorpresa que Horsham le sonreía.

—A ver si nos entendemos —manifestó Nye, abandonando el lenguaje formal, para dirigirse a ellos como un muchacho de dieciocho años—. ¿Qué demonios pinto yo en todo este asunto? ¿Cuáles son mis méritos? Con toda franqueza, no me he distinguido mucho en mi profesión. Nunca he gozado de mucha estima en el Foreign Office. Nunca se han fiado de mí.

—Lo sabemos —replicó lord Altamount.

Esta vez fue el turno de *sir* James Kleek para mostrar una sonrisa divertida.

—Algo muy conveniente —comentó, para después añadir con un tono de disculpa dirigiéndose a lord Altamount que le miraba con el entrecejo fruncido—: Lo siento, señor.

—Éste es un comité de investigación —intervino Mr. Robinson —. Aquí no se trata de lo que haya hecho en el pasado, o de la opinión que tienen otras personas de usted. Lo que estamos haciendo es reclutar a un nuevo miembro para el comité. Los integrantes no somos más que un puñado. Deseamos que se una a nosotros porque creemos que tiene ciertas dotes muy valiosas para nuestra investigación.

Sir Stafford miró al representante de la Seguridad del Estado.

—¿Qué dice usted, Horsham? Me resulta difícil creer que esté usted de acuerdo con la propuesta.

—¿Por qué no?

—¿Lo dice en serio? ¿Cuáles son «mis méritos» como dicen ustedes? Con toda sinceridad, ni yo mismo creo tenerlos.

—Usted no es de los que se dejan cautivar por el culto a los héroes —contestó Horsham—. Ése es nuestro principal motivo. Usted es de aquellos que ven más allá de la charlatanería. No se cree las valoraciones que pueden hacer los demás sobre una persona determinada. Usted sólo cree en sus propias valoraciones.

Ce n'est pas un gargon sérieux. Las palabras flotaron en la mente de *sir* Stafford. Un motivo harto curioso para participar en una tarea que se prometía difícil y peligrosa.

—Tengo que advertirles que mi defecto principal, algo que siempre se me reprocha y que me ha costado la pérdida de varios

buenos trabajos, es bastante notorio. Yo diría que no soy un tipo lo bastante serio como para hacer un trabajo tan importante como el que ahora nos ocupa.

—Créalo o no —replicó Mr. Horsham—, ésa es una de las razones por la que nos interesa. ¿No es así, señor? —añadió, buscando la confirmación de lord Altamount.

—¡El servicio público! —exclamó el anciano—. Permítame decirle que muy a menudo, una de las grandes desventajas es cuando las personas que ostentan una posición pública se toman a ellos mismos demasiado en serio. Estamos convencidos de que no es ése su caso. Bueno —añadió—, al menos eso es lo que cree Mary Ann.

Sir Stafford miró a la muchacha. Una vez más, había dejado de ser una condesa para transformarse en Mary Ann.

—Si no le importa que se lo pregunte —dijo—, ¿quién es usted? Me refiero a que si es una condesa de verdad.

—Por supuesto. *Geboren*, como dirían los alemanes. Mi padre era noble, un excelente deportista, un gran cazador, y era propietario de un muy romántico pero un tanto destartalado castillo en Baviera. El castillo todavía sigue en pie. Estoy relacionada con una gran parte de la alta sociedad europea que todavía se muestra muy esnob en lo que se refiere al nacimiento. Cualquier condesa por pobre que sea ocupa siempre la mejor mesa mientras que la millonaria norteamericana con una fortuna en dólares en el banco tiene que hacer cola.

—¿Qué me dice de Daphne Theodofanous? ¿Qué pinta en todo esto?

—Un nombre útil para un pasaporte. Mi madre era griega.

—¿Qué pasa con Mary Ann?

Fue casi la primera sonrisa que Stafford veía aparecer en su rostro. La mirada de la muchacha se posó en lord Altamount y después en Mr. Robinson.

—Quizás el Mary Ann sea porque soy una muchacha para todo. Voy a aquí y a allá, busco cosas, las llevo de un país a otro, barro debajo de la alfombra, hago de todo, voy a cualquier parte, arreglo estropicios. —Volvió a mirar al anciano—. ¿Me equivoco, tío Ned?

—No. Tienes toda la razón, querida. Tú has sido y siempre serás Mary Ann para todos nosotros.

—¿Llevaba algo en aquel avión? Me refiero a que transportaba algo importante de un país a otro.

—Sí. Era algo que se sabía. De no haber acudido usted en mi rescate, si no hubiera bebido una cerveza que podía estar envenenada y no me hubiera prestado su capa de bandolero para disfrazarme, ahora quizá no estaría aquí. A veces ocurren accidentes.

—¿Qué llevaba, o no debo preguntarlo? ¿Hay cosas que nunca sabré?

—Hay muchísimas cosas de las que nunca sabrá ni una palabra. Tampoco podrá hacer preguntas sobre otra multitud de aspectos, pero creo que responderé a la que acaba de formular. Le daré una respuesta sin agregar ningún otro detalle. Siempre que me autoricen, claro está —añadió la joven, mirando a lord Altamount.

—Confío en tu criterio —contestó el lord—. Adelante.

—Pásele la información —intervino el irreverente Kleek.

—Supongo que necesita usted saberlo —señaló Mr. Horsham—. Yo no se lo diría, pero eso es porque la seguridad es lo mío. Adelante, Mary Ann.

—Una sola frase. *Traía una partida de nacimiento*. Eso es todo. No le diré nada más y no le servirá de nada hacer más preguntas.

Stafford Nye miró a los reunidos.

—De acuerdo. Acepto la propuesta. Me halaga que me lo hayan pedido. ¿Qué hago ahora?

—Usted y yo nos marcharemos mañana —respondió Renata—. Nos vamos al continente. Quizás está al corriente de que se celebra un festival de música en Baviera. Es algo nuevo, sólo lleva dos temporadas. Tienen unos de esos típicos nombres alemanes larguísimos que significa: «La compañía de los cantantes jóvenes» y cuenta con el patrocinio de los gobiernos de diferentes países. Es algo opuesto a los festivales y producciones tradicionales de Bayreuth. Se interpretan muchas obras modernas, es una plataforma para que los compositores jóvenes den a conocer sus obras. Hay un público que los apoya pero los sectores más clásicos lo repudian con todas sus fuerzas.

—Sí —dijo *sir* Stafford—. He leído algo al respecto. ¿Asistiremos al festival?

—Tenemos entradas para dos de los conciertos.

—¿El festival tiene una importancia especial para nuestras investigaciones?

—No. Es más que nada para que nos vean —contestó la condesa —. Vamos allí por una razón obvia y verdadera. Después nos vamos para dar el segundo paso cuando llegue el momento oportuno.

—¿Instrucciones? —preguntó Nye, mirando a los demás—. ¿Alguna orden en particular? ¿Necesito saber algo más?

—No en ese sentido. Parte usted en un viaje de exploración. Se enterará de las cosas sobre la marcha. Irá usted como lo que es, sabiendo sólo lo que sabe hasta ahora. Se presentará como un aficionado a la música, como un diplomático un tanto desencantado por no haber recibido un cargo que creía merecer. Por lo demás, no sabrá usted nada. Así es más seguro.

—¿Ése es el resumen de todo lo que hay hasta el presente? Alemania, Baviera, Austria, el Tirol, ¿toda esa parte del mundo?

—Es uno de los centros de interés.

—Pero no el único.

—Así es. Ni siquiera es el principal. Hay otros lugares en el mundo que pueden ser más importantes y de mayor interés. Precisamente lo que deseamos averiguar es la importancia de cada uno.

—Sin embargo, no debo saber nada, o no se me quiere informar, sobre los otros centros.

—Sólo lo imprescindible. Creemos que uno de ellos, el más importante, tiene el cuartel general en Sudamérica. Hay otros con cuarteles generales en Estados Unidos: uno en California y el otro en Baltimore. Hay uno en Suecia, otro en Italia. En éste las cosas se han mostrado muy activas durante los últimos seis meses. Portugal y España también tienen los suyos, aunque son más pequeños. París, por descontado. Hay más puntos de interés que, digamos, están a punto de comenzar «la fase de producción», pero que todavía no han acabado de desarrollarse.

—¿Se refiere usted a Malasia o a Vietnam?

—No, no. Todo eso es agua pasada. Sirvió como consigna para la violencia y la protesta estudiantil, además de muchas otras cosas.

—Lo que se está promoviendo, y es algo que debe tener muy claro, es la creciente organización de la juventud de todos los países contra las formas de gobierno, contra las costumbres paternas, y

también muy a menudo contra las religiones que les han inculcado. Hay un insidioso culto a la permisividad, un aumento constante del culto a la violencia. No se trata de la violencia como un medio para obtener dinero, sino de un amor por la violencia por ella misma. Éste es uno de los puntos más importantes. Y averiguar las razones por las que se produce es, para las partes interesadas, algo de una importancia primordial.

—¿La permisividad es tan importante?

—No es más que una manera de vivir. Se presta a que se cometan algunos abusos pero no demasiados.

—¿Qué me dice de las drogas?

—El consumo de drogas ha sido fomentado con toda intención. Se han ganado grandes fortunas por esa vía, pero no es, o al menos eso creemos, un tema exclusivamente económico.

Todos miraron a Mr. Robinson, que meneaba la cabeza lentamente para manifestar su desacuerdo.

—No, eso es lo que parece. La policía está procediendo al arresto de los consumidores, para llevarlos ante los jueces. Muy pronto les seguirán los traficantes. Pero detrás de todo esto, hay algo más que el tráfico de drogas. Es un medio, perverso por supuesto, de hacer dinero. No obstante, aquí hay algo más.

—¿Quién…? —Comenzó *sir* Stafford, pero se interrumpió en el acto.

—¿Quién, cómo, dónde, cuándo y por qué? Averiguarlo es su misión, *sir* Stafford —dijo Mr. Robinson—. Es la tarea que le encomendamos a usted y Mary Ann. No será sencillo, y recuerde que una de las cosas más difíciles en el mundo es guardar nuestros propios secretos.

Nye miró con interés el rostro gordo y amarillento de Mr. Robinson. Quizás el dominio que ejercía el personaje en el mundo de las finanzas se basaba en eso. El secreto estaba en que sabía guardar los secretos. Una sonrisa apareció en el semblante de Mr. Robinson y, por un momento, sus grandes dientes quedaron a la vista.

—Cuando se sabe una cosa —añadió Mr. Robinson—, existe siempre la tentación de demostrar lo que sabes; en otras palabras, irte de la lengua. No es que desees dar una información, ni tampoco que te hayan ofrecido dinero para revelarla. Sólo pretendes

demostrar lo importante que eres. Sí, es así de sencillo. De hecho —dijo Mr. Robinson, entrecerrando los párpados—, todo en este mundo es rematadamente sencillo. Eso es lo que las personas no entienden.

La condesa se levantó y Nye siguió su ejemplo.

—Espero que duerma bien y encuentre cómoda su estancia —le deseó Mr. Robinson—. Creo que la casa es lo suficientemente cómoda.

Nye murmuró que no lo ponía en duda y no tardó en comprobar que la afirmación era cierta, porque se quedó dormido en cuanto apoyó la cabeza en la almohada.

Libro II

VIAJE A SIGFRIDO

Capítulo 10

LA MUJER DEL SCHLOSS

Salieron del teatro del festival, edificado en lo alto de una colina, y respiraron el vivificante aire nocturno. Más abajo, en una explanada, vieron un restaurante iluminado. En la ladera había otro más pequeño. El precio de una comida en cualquiera de los dos no era, desde luego, barato. Renata llevaba un vestido de noche de terciopelo negro. *Sir* Stafford vestía de rigurosa etiqueta, con corbata blanca.

—Un público muy distinguido —le comentó Nye a su compañera —. Mucho dinero y una gran mayoría de espectadores jóvenes. Nadie diría que pudieran permitirse el lujo.

—¡Oh! Eso es algo que se puede resolver, mejor dicho, que se ha resuelto.

—¿Un subsidio para la élite joven? ¿Algo así?

—Efectivamente.

Se dirigieron hacia el restaurante que había en las proximidades.

—Te dan una hora para comer, ¿no?

—Una hora, pero siempre se alarga quince minutos más.

—Por lo que he visto, el público, o por lo menos la mayor parte, es muy amante de la música.

—La mayoría lo es. Es algo importante.

—¿Qué quiere decir con importante?

—Que el entusiasmo debe ser genuino. Por los dos extremos de la escala.

—Otro galimatías. ¿No puede ser más clara?

—Quienes organizan y practican la violencia deben amarla, deben quererla, deben ansiarla. La impronta del éxtasis debe estar

en cada movimiento, en el placer de golpear, herir, destrozar. Lo mismo ocurre en el caso de la música. El oído tiene que aprender a apreciar la belleza de la armonía. En este juego no valen las simulaciones.

—¿Se pueden hacer las dos cosas? ¿Quiere usted decir que se puede combinar la violencia y el amor a la música, o al arte?

—Sí, aunque no creo que sea fácil. Hay muchos que pueden. En realidad es más seguro, siempre que no intenten combinar los personajes.

—Lo mejor es ir a lo sencillo, como diría nuestro gordo amigo Mr. Robinson. Dejemos que los melómanos amen la música y que los violentos practiquen la violencia. ¿Es eso lo que quiere usted decir?

—Creo que sí.

—Estoy disfrutando mucho con todo este asunto. Los dos días que llevamos aquí, las dos noches de concierto. No le diré que me ha gustado toda la música que han interpretado porque quizá mis gustos no son muy modernos. Pero encuentro muy interesante el vestuario.

—¿Se refiere usted al vestuario de los intérpretes?

—No, no, hablo del público. Usted y yo, los conservadores, los anticuados. Usted, condesa, con su vestido de noche; yo con la corbata blanca y el frac. Nunca ha sido una vestimenta muy cómoda que digamos. Después están los otros, las sedas y los terciopelos, las camisas con volantes de los hombres, encaje auténtico. Es algo que me ha llamado la atención en innumerables ocasiones. El pelo y el lujo de la *avant garde*, el boato versallesco, casi se podría decir isabelino o el que vemos en los retratos de Van Dyck.

—Sí, en eso tiene toda la razón.

—Sin embargo, no estoy ni siquiera cerca de saber lo que significa todo esto. No he averiguado nada. No he descubierto absolutamente nada.

—No debe ser impaciente. Éste es un festival carísimo, reclamado quizá por los jóvenes pero que está financiado por…

—¿Quién lo financia?

—Eso es algo que todavía no sabemos, pero lo averiguaremos.

—Me alegra mucho ver que está tan segura.

Entraron en el restaurante y ocuparon una mesa. La comida era

buena, aunque sin pretensiones. En un par de ocasiones se acercó alguien a saludarlos. Dos personas que reconocieron a *sir* Stafford se mostraron complacidas de verle. Renata fue quien más saludos recibió porque su círculo de conocidos extranjeros era más grande. Damas elegantemente vestidas, un par de caballeros, casi todos alemanes y austriacos, y dos norteamericanos. Una charla intrascendente. Comentarios sobre las obras interpretadas, dónde irían al finalizar la temporada y cosas por el estilo. Nadie perdió mucho tiempo porque el intervalo para la cena no era mucho.

Regresaron a sus asientos para oír las dos últimas interpretaciones del programa. Un poema sinfónico, *La desintegración en la alegría* de Solukonov, un compositor moderno, y luego la espectacular grandeza de la *Marcha de los maestros cantores*.

Salieron del auditorio. El coche que tenían a su disposición les esperaba para llevarles de regreso al pequeño pero exclusivo hotel del pueblo. Stafford le deseó buenas noches a Renata. La condesa le respondió en voz baja: «A las 4. Esté preparado».

Entró en su habitación y Nye se fue a la suya.

Unos golpes muy discretos sonaron en la puerta de Nye tres minutos antes de la hora señalada. Abrió la puerta, listo para partir.

—El coche nos espera —dijo la joven—. Vamos.

Comieron en un pequeño albergue de montaña. Hacía buen tiempo y el panorama era muy bello. *Sir* Stafford se preguntaba de vez en cuando qué demonios estaba haciendo allí. Cada vez entendía menos a su compañera de viaje. Era parca en palabras. Se vio a sí mismo admirando el perfil de la joven. ¿Dónde le llevaba? ¿Cuál era la razón verdadera? Por fin, cuando ya estaba poniéndose el sol, dijo:

—¿Puedo preguntar a dónde vamos?

—Puede preguntar.

—Pero usted no me responderá.

—Podría responderle, podría decirle algunas cosas, pero ¿significarían algo para usted? A mí me parece que si usted llega a nuestro punto de destino sin ninguna idea preconcebida, a la que podría llegar si le ofrezco alguna explicación, que dicho sea de paso, no significaría nada a la vista de la naturaleza de las cosas,

sus primeras impresiones tendrán un valor y un significado mucho más importante.

Sir Stafford volvió a mirarla con expresión pensativa. La joven vestía un abrigo de *tweed* con ribetes de piel, una prenda de viaje muy elegante, de corte y fabricación extranjeros.

—Mary Ann —murmuró Nye, con una leve insinuación de pregunta.

—No, en este momento no.

—Ah. Continúa usted siendo la condesa Zerkowski.

—Efectivamente. Por ahora sigo siendo la condesa Zerkowski.

—¿Es ésta la parte del país donde nació?

—Más o menos. Me crié en esta parte del mundo. Durante largas temporadas, cada año veníamos en otoño para alojarnos en un *Schloss* que no está a muchas millas de aquí.

—Es una palabra muy bonita. Un *Schloss*. Da la impresión de ser algo muy sólido —manifestó Stafford, esbozando una sonrisa meditabunda.

—En estos tiempos, ya no son tan sólidos que digamos. La mayoría se están derrumbando.

—Ésta era la región favorita de Hitler, ¿no es así? No debemos estar muy lejos de Berchtesgaden.

—Está hacia aquella dirección, hacia el nordeste —contestó la muchacha.

—¿Sus familiares, sus amigos, aceptaron a Hitler, creyeron lo que decía? Quizá no deba preguntarle algo así.

—Les disgustaba como persona y lo que representaba, pero gritaban «Heil Hitler» cuando hacía falta. Tuvieron que aceptar lo que estaba pasando en su país. ¿Qué otra cosa podían hacer? ¿Qué podía hacer cualquiera en aquella época?

—Viajamos hacia las Dolomitas, ¿verdad?

—¿Qué importancia tiene saber dónde estamos o la dirección que seguimos?

—Se supone que éste es un viaje de exploración, ¿no es así?

—Sí, pero no se trata de una exploración geográfica. Vamos a ver a una personalidad.

—Me hace usted sentir… —*Sir* Stafford contempló el impresionante panorama de las montañas que parecían tocar el cielo—… como si fuéramos a visitar al famoso Viejo de la Montaña.

—Se refiere usted al maestro de los asesinos, que mantenía drogados a sus discípulos para que fueran unos verdugos despiadados, para que asesinaran, conscientes de que también ellos morirían, pero convencidos de que la muerte los llevaría inmediatamente al paraíso: hermosas mujeres, hachís, la felicidad para toda la eternidad.

Se interrumpió un momento, para luego añadir con furia:

—¡Hechiceros! Supongo que siempre los ha habido a lo largo de la historia. Personas que convencen a los demás para que no sólo crean sino que estén dispuestos a morir por ellos. No sólo la secta de los asesinos. También los cristianos.

—¿Los mártires? ¿Lord Altamount?

—¿Qué tiene que ver lord Altamount?

—No sé por qué pero el otro día, en la reunión que mantuvimos, de pronto lo vi como una de esos santos esculpidos en piedra que vemos en una catedral del siglo XIII.

—Puede que muera alguno de nosotros. Quizá más —afirmó la muchacha, levantando una mano para hacerle callar antes de que pudiera abrir la boca—. Hay otra cosa en la que pienso algunas veces. Un versículo del Nuevo Testamento, creo que es de Lucas. Jesucristo en la última cena les dice a sus discípulos: «Sois mis compañeros y amigos, pero uno de vosotros me traicionará». Es muy probable que haya un traidor entre nosotros.

—¿Lo cree posible?

—Estoy casi segura. Alguien que conocemos y en quien confiamos, pero cuando se acuesta no sueña con el martirio, sino con las treinta monedas de plata y que se despierta sintiéndolas en la palma de la mano.

—¿El amor al dinero?

—Ambición es la palabra más exacta. ¿Cómo se reconoce a un traidor? ¿Cómo podemos descubrirlo? Un traidor no destaca entre la multitud, ni hace nada por destacar.

La condesa volvió a guardar silencio durante unos momentos.

—Tenía una amiga en el servicio diplomático que, según me contó, le dijo a una alemana lo emocionada que se había sentido al presenciar la representación de la Pasión en Oberammergau. La alemana le respondió con desprecio: «Usted no lo entiende. ¡Nosotros los alemanes no necesitamos a Jesucristo! ¡Tenemos a

Adolf Hitler con nosotros! Él es mucho más importante que cualquier mesías». Se trataba de una mujer normal y corriente, pero era así como se sentía. Era la emoción que experimentaban las masas. Hitler era un hechicero. Hablaba y ellos le escuchaban y, hechizados, aceptaban el sadismo, las cámaras de gas, las torturas de la Gestapo. —Renata encogió los hombros y añadió un poco más tranquila—: En cualquier caso, no deja de ser curioso que usted lo mencionara.

—¿Mencionara qué?

—Al Viejo de la Montaña. Al líder de los asesinos.

—¿Me está diciendo que aquí hay un Viejo de la Montaña?

—No, no hay ningún Viejo de la Montaña, pero quizá *sí* una Vieja de la Montaña.

—Una Vieja de la Montaña. ¿Cómo es?

—La verá esta noche.

—¿Qué haremos esta noche?

—Alternaremos en sociedad.

—Tengo la sensación de que ha pasado un siglo desde que era usted Mary Ann.

—Tendrá que esperar hasta que volvamos a encontrarnos en algún avión.

—Supongo que debe ser muy malo para la moral —comentó *sir* Stafford pensativamente—, vivir siempre en las alturas del mundo.

—¿Habla usted socialmente?

—No. Geográficamente. Si uno vive en un castillo levantado en el pico de una montaña y tiene el mundo a sus pies, llega un momento en que comienza a despreciar a la gente normal, ¿no le parece? Estás en la cima, eres el más grande. Eso es lo que Hitler sentía en Berchtesgaden, eso es lo que sienten muchísimas personas cuando escalan una montaña y miran a los demás seres humanos que se arrastran por los valles.

—Está noche tendrá que ir con mucho cuidado —le advirtió la muchacha—. Puede ser peligroso.

—¿Alguna indicación?

—Usted es un inconformista. Es quien está contra lo instituido, contra el mundo convencional. Es un rebelde, pero en secreto. ¿Puede hacerlo?

—Lo intentaré.

El lugar era cada vez más salvaje. El enorme coche avanzaba por una carretera empinada a la vera de un abismo y, de cuando en cuando, se veían a lo lejos el reflejo de las luces en un río, y los campanarios de los pueblos.

—¿Adónde vamos, Mary Ann?

—Al nido de un águila.

El coche circulaba ahora por un bosque. *Sir* Nye vio venados, ciervos y otros animales. De vez en cuando, también vio a unos hombres con chaquetas de cuero y armados con escopetas. Guardabosques, se dijo. Entonces, llegaron por fin a la vista de un enorme castillo al borde de un farallón. Había partes del edificio que estaban en ruinas, pero la mayor parte había sido reconstruida. Resultaba tan magnífico como impresionante pero no había nada de nuevo en su concepción ni en el mensaje que transmitía. Era la representación del poder, de un poder transmitido a lo largo de generaciones.

—Este lugar era antaño el Gran Ducado de Liechtenstolz. El castillo lo construyó el gran duque Ludwig en 1790 —le explicó la condesa.

—¿Quién vive aquí ahora? ¿El gran duque?

—No. La familia ya no existe.

—Entonces, ¿quién vive aquí?

—Alguien que tiene poder.

—¿Dinero?

—Sí. Muchísimo.

—¿Encontraremos a Mr. Robinson que ha volado hasta aquí para darnos la bienvenida?

—Le aseguro que la última persona que encontraría usted aquí sería a Mr. Robinson.

—Es una pena —replicó *sir* Stafford—. Me gusta Mr. Robinson. Es todo un personaje, ¿no le parece? ¿Quién es en realidad? ¿Cuál es su nacionalidad?

—No creo que nunca nadie lo haya adivinado. Todo el mundo dice una cosa diferente. Unos dicen que es turco, otros que es armenio, holandés, o sencillamente inglés. Están los que afirman que su madre era una esclava circasiana, una gran duquesa rusa o la esposa de un raja. Nadie lo sabe. Una persona me dijo que su madre era una tal *miss* McLellan de Escocia. Creo que es una posibilidad

tan válida como cualquier otra.

El coche aparcó delante del gran pórtico. Los lacayos con librea bajaron la escalinata. Saludaron con una reverencia a los invitados y, después, se encargaron del equipaje, que era abundante. *Sir* Stafford, cuando le dijeron lo que debía llevar, se había sorprendido muchísimo de que fuera tanto, pero ahora comenzaba a comprender que no le sobraría nada. Esta misma noche tendría que utilizar gran parte del amplio vestuario. Se lo preguntó a su compañera y ella se lo confirmó.

Se reunieron antes de la cena, anunciada por la nota sonora de un batintín. *Sir* Nye se detuvo en el vestíbulo y admiró la elegancia de Renata que bajaba las escaleras. La muchacha llevaba un vestido de terciopelo rojo oscuro, una diadema y un collar de rubíes. Un criado se adelantó para acompañarles. Abrió una puerta y anunció:

—La *grafin* Zerkowski, *sir* Stafford Nye.

«Allá vamos —se dijo *sir* Stafford—. Confío en que demos el pego». Miró complacido los botones de zafiro de la pechera y los gemelos de diamante. Un momento más tarde, a duras penas consiguió ahogar una exclamación de sorpresa. En ningún momento había esperado encontrarse con nada semejante. Se trataba de una sala inmensa, de estilo rococó, y un mobiliario realmente fabuloso. En las paredes colgaban cuadros entre los que había un Cézanne, un Matisse y, posiblemente, un Renoir. Pinturas de un valor incalculable.

Una mujer descomunal ocupaba un sillón que imitaba un trono. «Parece una ballena», pensó *sir* Stafford, incapaz de encontrar una palabra mejor para describirla. Una mujer que era una montaña de grasa, con una cuádruple papada. Llevaba un vestido de satén naranja, una diadema de piedras preciosas que imitaba una corona. También las manos, apoyadas en los brazos tapizados del sillón, eran enormes. En cada dedo, gordo como una salchicha, llevaba un solitario: un rubí, una esmeralda, un zafiro, un diamante, una gema color verde claro que no conocía, quizá se trataba de una crisoprasa, y otra piedra que, si no era un topacio, era un diamante amarillo. «Es horrible —se dijo Nye—. Es una inmensa bola de sebo». En el rostro de aquel esperpento, redondo como una tarta, destacaban unos ojos pequeños y negros como cuentas, unos ojos de mirada astuta, que miraban el mundo, que lo valoraban. Ahora

mismo, le estaban valorando a él y no a Renata. La muchacha era alguien conocido. Estaba aquí porque se lo habían ordenado, y Nye estaba seguro de que la orden había sido que lo trajeran aquí. Se preguntó cuál podía ser el motivo. No se le ocurría ninguno, pero no dudaba de su existencia. La mujerona le estaba evaluando. ¿Era él lo que quería? ¿Era él, por decirlo de alguna manera, el producto pedido por el cliente?

«Debo estar bien seguro de saber qué es lo que ella quiere —pensó—. Tendré que hacerlo lo mejor posible o si no…». Se imaginó a la mujer levantando una de sus enormes manos para llamar a uno de sus fornidos lacayos y decirle: «Cogedlo y arrojadlo al foso». «Eso es ridículo», se dijo. «Esas cosas ya no ocurren en nuestros días. ¿Dónde estoy? ¿En qué farsa o parodia me han metido?».

—Has llegado muy puntual, querida.

Se trataba de una voz áspera, asmática, que en su tiempo había tenido un tono de poder, incluso de belleza, pero que ahora había desaparecido. Renata se adelantó, dobló ligeramente la rodilla, cogió la mano tendida y se inclinó sobre ella.

—Permíteme que te presente a *sir* Stafford Nye. La *grafin* Charlotte von Waldsausen.

La enorme mano se extendió hacia el visitante y Nye se inclinó al estilo extranjero.

Entonces, la mujer dijo algo que le pilló totalmente por sorpresa.

—Conozco a su tía abuela.

La expresión de asombro de Nye fue casi ridícula y se dio cuenta en el acto de que a su anfitriona le resultaba divertido, pero también comprendió que ella había esperado sorprenderlo. La mujer se rió con una risa chirriante, muy desagradable.

—Digamos que la traté hace mucho tiempo. Han pasado muchos, muchos años desde la última vez que nos vimos. Éramos compañeras de colegio en Lausana. Matilda. *Lady* Matilda Baldwen-White.

—Se alegrará muchísimo cuando le diga que tuve el placer de conocerla —manifestó Nye.

—Ella es mayor que yo. ¿Está bien de salud?

—Goza de una salud excelente para alguien de su edad. Vive en el campo. Claro que tiene un poco de reuma y artritis, pero nada que la imposibilite.

—Ah, desde luego, los achaques propios de la gente mayor. Tendría que ponerse inyecciones de procaína. Eso es lo que recetan los médicos a los que vivimos en las montañas. Dan un resultado excelente. ¿Sabe que ha venido a visitarme?

—Supongo que no tiene ni la más mínima idea —respondió *sir* Stafford—. Sólo sabía que había decidido asistir al festival de música moderna.

—Espero que haya disfrutado.

—Muchísimo. Además, el teatro es algo soberbio.

—Uno de los mejores. A su lado, el viejo local de Bayreuth parece una chabola. ¿Sabe usted lo que costó construirlo?

Mencionó una cantidad de millones de marcos que dejó a Nye sin aliento. Tampoco esta vez tuvo que disimular su sorpresa. Era algo esperado.

—Si se tiene el dinero y se sabe cómo emplearlo, ¿qué no se puede lograr? Te permite conseguir lo mejor —manifestó la condesa.

Lo dijo con cierto recochineo, chasqueando los labios de una manera que a él le resultó desagradable y un tanto siniestra.

—Eso es algo que aquí resulta evidente —replicó Nye, mirando los cuadros.

—¿Le gusta el arte? Sí, veo que sí. Allí, en esa pared está el mejor de todos los Cézanne. Algunos dicen que el… ahora no recuerdo el nombre, el que tienen en el Metropolitan de Nueva York es el mejor, pero no es cierto. Aquí está lo mejor de Matisse, de Cézanne, lo mejor de lo mejor del arte, en mi nido de la montaña.

—Es maravilloso —afirmó *sir* Stafford—. Realmente maravilloso.

Sirvieron las bebidas. Nye observó que la Vieja de la Montaña, no bebía nada. «Es posible —se dijo— que prefiriera no correr riesgos con la presión arterial, dado su considerable peso».

—¿Dónde conoció usted a esta niña? —preguntó el dragón.

¿Era una trampa? No lo sabía, pero se decidió por lo más sencillo.

—En Londres, en la embajada norteamericana.

—Ah, sí, eso es lo que me dijeron. ¿Cómo está… se me acaba de olvidar el nombre… ah, sí, Milly Jean, nuestra millonaria sureña? Atractiva, ¿no cree?

—Encantadora. Tiene un gran éxito en Londres.

—¿Qué le pareció aquel pobre y aburrido de Sam Cortman?

—Un hombre capaz y de toda confianza —respondió *sir* Stafford cortésmente.

La mujer se echó a reír.

—Ah, un hombre discreto. Bueno, la verdad es que no lo hace nada mal. Cumple con lo que le dicen como corresponde a todo buen político. Además, es agradable ser embajador en Londres. Es obra de Milly Jean, por supuesto. Podía escoger cualquier embajada para su marido, con la bolsa tan repleta como tiene. Su padre es el dueño de la mitad del petróleo de Tejas, tiene tierras, minas de oro, todo. Un hombre rudo y bastante feo, por cierto. En cambio, ella da la impresión de ser toda una aristócrata. Discreta, modesta. Es muy inteligente por su parte, ¿no le parece?

—Algunas veces resulta sencillo —opinó Nye.

—¿Qué me dice de usted? ¿Es rico?

—Qué más quisiera.

—Digamos que, en la actualidad, el Foreign Office no es precisamente muy espléndido.

—No me atrevería a decir tanto. Después de todo, tienes ocasión de viajar, conoces a personas interesantes, ves mundo y, de vez en cuando, te enteras un poco de lo que pasa.

—Algo, sí. Pero no de todo.

—Eso sería muy difícil.

—¿Nunca ha deseado tener la ocasión de ver lo que está pasando en la trastienda?

—A veces te haces una idea —manifestó Nye sin comprometerse.

—Me han comentado que es usted un hombre con ideas propias, aunque a veces no sean precisamente convencionales.

—Reconozco que en ocasiones me han hecho sentir como la oveja negra de la familia —contestó *sir* Stafford con una carcajada.

La vieja Charlotte secundó la carcajada.

—Veo que no le molesta admitir los hechos.

—¿De qué sirve disimular? La gente siempre acaba enterándose de lo que ocultas.

La mujer le miró atentamente.

—¿Qué espera usted de la vida, jovencito?

Nye se encogió de hombros. Una vez más, tenía que improvisar.

—Nada.

—Vamos, vamos, ¿quiere que me lo crea?

—Sí, puede usted creérselo, no soy ambicioso. ¿Acaso doy la impresión de serlo?

—No, eso lo admito.

—Sólo pido divertirme, vivir con comodidad, disfrutar de la comida y la bebida, tener amigos con sentido del humor.

La vieja se inclinó hacia adelante. Parpadeó dos o tres veces. Luego le habló con otro tono, su voz adquirió un tono sibilante.

—¿Puede odiar? ¿Es usted capaz de odiar?

—Odiar es una pérdida de tiempo.

—Comprendo, comprendo. No hay huellas de descontento en su rostro. Eso es muy cierto. En cualquier caso, creo que está preparado para tomar un camino que le llevará a cierto lugar, y lo hará con una sonrisa, como si no le importara. Pero, así y todo, al final, si encuentra a los consejeros adecuados, a las personas que le pueden ayudar, le será posible obtener lo que desea, si es usted capaz de desear.

—En cuanto a eso, ¿y quién no? —respondió Nye. Meneó la cabeza con mucha suavidad—. Ve usted muchas cosas. Demasiadas.

Se abrió la puerta para dar paso a un criado.

—La cena está servida.

Todo era muy formal. Tenía el sello de la más rancia aristocracia. Se abrieron las grandes puertas al otro extremo de la sala, que comunicaban con un comedor de gala, con el techo pintado y tres candelabros enormes que alumbraban el recinto.

Dos mujeres maduras se acercaron a la *grafin*, una por cada lado. Vestían con elegancia, con el mismo peinado, y ambas llevaban un broche de diamantes. Sin embargo, a *sir* Stafford le dieron la impresión de ser unas celadoras. No eran, se dijo, guardianas sino algo así como criadas de lujo a cargo de la salud, el arreglo y otros detalles íntimos de la vida de la *grafin* Charlotte. Después de saludarle con una respetuosa reverencia, cada una de ellas deslizó una mano entre el brazo y el codo de la mujer sentada. Con la facilidad que da la práctica y todo el esfuerzo posible por parte de la interesada, la pusieron de pie con mucha dignidad.

—Ha llegado la hora de ir a cenar —manifestó Charlotte.

Abrió la marcha, sostenida por las dos ayudantes. De pie se

semejaba más que nunca a una montaña de gelatina, pero no por ello menos formidable. No se la podía descartar sencillamente como una vieja gorda. Era un personaje y lo sabía. *Sir* Stafford y Renata siguieron al grupo.

En el momento de cruzar la entrada al comedor, Nye tuvo la sensación de que entraba en un salón de banquetes. Había una guardia. Una compañía de jóvenes altos, rubios y apuestos, vestidos con algo que parecía un uniforme. Cuando entró Charlotte, los jóvenes desenvainaron las espadas que llevaban y las cruzaron en el aire para formar un pasillo. La mujer se desprendió de sus ayudantes y avanzó en solitario hacia una enorme silla tallada con tachonados de oro y tapizada con una tela dorada colocada en la cabecera de la mesa.

Sir Stafford se dijo que era como participar en el cortejo de una boda militar. En este caso, no había ninguna duda de que era algo típicamente castrense, aunque faltara el novio.

Todos los jóvenes poseían un físico excelente y ninguno de ellos superaba los treinta. Eran apuestos y rebosaban salud. En sus rostros no se veía ni una sola sonrisa, sino que todos mostraban una expresión grave, como si fueran acólitos en una ceremonia no precisamente militar sino religiosa. Aparecieron los criados, personas mayores que sin duda llevaban en el castillo desde antes de que comenzara la guerra en 1939.

Era como estar metido en una película histórica, donde la principal protagonista no era una reina o una emperatriz sino una vieja sentada en algo que pretendía imitar a un trono, y que sólo destacaba por su inmensa gordura y su extraordinaria fealdad. ¿Quién era? ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Cuál era el motivo?

¿A qué venía toda esta fantochada? ¿Y esa guardia? ¿Es que se trataba de guardaespaldas? Otros comensales entraron en el comedor. Saludaron a la monstruosidad que presidía la mesa y ocuparon sus asientos. Ninguno de ellos vestía de etiqueta. No se hicieron presentaciones.

Stafford Nye, que era experto en el tema, se dedicó a valorarlos. Varios eran abogados, otros ejecutivos de banca y un par de militares de paisano. Formaban parte de la familia, eran los paniaguados en el más puro estilo feudal.

Sirvieron la cena, una enorme cabeza de jabalí en gelatina,

venado, un refrescante sorbete de limón y un postre de milhojas de una textura perfecta.

La gorda comía con glotonería, hambrienta, disfrutando de la comida. Desde el exterior llegó un nuevo sonido. El rugido del poderoso motor de un coche deportivo que pasó por delante de las ventanas como un destello blanco. La guardia presente en el comedor comenzó a proferir: «¡Heil! ¡Heil! ¡Heil Franz!».

Los jóvenes se movieron para ejecutar una maniobra ensayada mil veces. Todos los comensales se habían puesto de pie, y sólo la vieja continuó sentada, con la cabeza erguida. Stafford Nye fue consciente del cambio que acababa de producirse en el comedor.

Los invitados, los paniaguados, o lo que fueran se apresuraron a esfumarse, escurriéndose como lagartijas por las grietas de un muro. Los jóvenes rubios formaron una nueva figura, con las espadas en alto para saludar a la vieja que les contestó inclinando la cabeza. De inmediato, la tropa envainó las espadas y salieron en formación. La mirada de la anciana los contempló marchar antes de volverse para mirar a Renata y Stafford.

—¿Qué opinión le merecen? —le preguntó a Nye—. Mis muchachos, mi guardia juvenil, mis hijos. Sí, mis hijos. ¿Tiene usted una palabra para describirlos?

—Creo que sí —contestó *sir* Stafford—. ¡Magníficos! —afirmó con el tono de quien se dirige a un personaje de la realeza—. Magníficos, mi señora.

—¡Ah! —La vieja inclinó la cabeza. Sonrió y el gesto multiplicó las arrugas de su rostro. Le dio todo el aspecto de un cocodrilo.

«Una mujer terrible —pensó Nye—. Espantosa. Increíble. Teatral». ¿Era posible que esto estuviera ocurriendo en la realidad? Se resistía a creerlo. Este lugar no era más que otra sala donde se representaba un espectáculo.

Las puertas se abrieron una vez más. La compañía de jóvenes superhombres rubios desfiló como antes, sólo que esta vez no llevaban espadas, sino que cantaban y lo hacían con unas voces y unos tonos de una belleza poco común.

Sir Stafford, después de muchos años de música pop, sintió un placer extraordinario. Éstas eran voces entrenadas y no un vocerío de borrachos, sino voces educadas por maestros de canto. Aquí no se trataba de forzar las cuerdas vocales, ni de berrear fuera de tono.

Podían ser los jóvenes héroes de un mundo nuevo, pero lo que cantaban no era nuevo. Era una música que había oído antes. Un arreglo de un *preislied*. Llegó a la conclusión de que debía haber una orquesta oculta en alguna parte, quizás en la galería que rodeaba el comedor. Se trataba de una unión de temas wagnerianos. Pasó del *preislied* a los ecos distantes de la música del Rin.

La compañía formó una vez más un pasillo por donde pasaría la persona a la que esperaban. Ahora no se trataba de la vieja emperatriz, que permanecía sentada en su trono, esperando como todos los demás.

Apareció el personaje, y la música cambió para acompañar la entrada. Ahora interpretaban un tema que Nye ya se sabía de memoria. La melodía del joven Sigfrido. La llamada del cuerno de Sigfrido, joven y triunfante, dispuesto a conquistar un mundo nuevo.

Uno de los jóvenes más hermosos que Stafford Nye hubiera visto antes cruzó el umbral y caminó por el pasillo formado por sus seguidores. Rubio, ojos azules, con un cuerpo perfectamente proporcionado, parecía un ser sacado de un mundo mitológico por la varita de un mago. En él se reunían los mitos de los héroes, la resurrección, el renacimiento. La belleza, la fuerza, la seguridad y la arrogancia del joven eran impresionantes.

Recorrió todo el pasillo hasta que llegó delante de la desagradable montaña de sebo sentada en el trono. Hincó una rodilla en tierra, acercó una mano de la anciana a sus labios, para después erguirse, levantar un brazo como un saludo y gritar la misma palabra que Nye había oído en boca de todos los demás: «¡Heil!». *Sir* Stafford no dominaba mucho el alemán pero le pareció distinguir las palabras: «¡Heil a nuestra gran madre!».

A continuación, el apuesto héroe miró a uno y otro lado. Su rostro no cambió de expresión, más allá de un vago y desinteresado reconocimiento de Renata, pero cuando su mirada se posó en Nye, se puso alerta.

«¡Cuidado!», se dijo *sir* Stafford. «¡Mucho cuidado!». Había llegado el momento de interpretar su papel. El personaje que se le había asignado. Sólo que ¿cuál demonios era su personaje? ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Qué se suponía que estaban haciendo aquí él y la muchacha?

—Así que tenemos invitados —dijo el héroe, que añadió sonriendo con la arrogancia de un joven que se sabe superior a cualquier otra persona en el mundo—: Bienvenidos, invitados, bienvenidos.

En algún lugar de las profundidades del castillo comenzó a sonar una campana. No tocaba a muerto, sino que tenía un sonido disciplinario. Era como si llamaran a algún oficio sagrado a los miembros de un convento.

—Ha llegado el momento de irse a dormir —manifestó la vieja Charlotte—. Mañana volveremos a encontrarnos a las once. —Miró a Renata y Stafford—. Os acompañarán a vuestras habitaciones. Espero que durmáis bien.

Era una despedida real.

Nye vio que Renata levantaba un brazo para hacer el saludo fascista, pero no iba dirigido a la vieja, sino al joven rubio. Le pareció que había dicho: «Heil Franz Joseph», e imitó el saludo acompañándolo con un sonoro «¡Heil!».

—¿Os parece bien que mañana comencemos el día con una cabalgata por el bosque? —preguntó Charlotte.

—Me parece perfecto —asintió Nye.

—¿Y tú, querida?

—Sí, a mí también.

—De acuerdo. Daré instrucciones para que lo tengan todo preparado. Buenas noches. Me alegra que estés aquí, Franz Joseph. Dame tu brazo. Iremos al boudoir chino. Tenemos mucho de que hablar y tú tienes que marcharte mañana a primera hora.

Los criados acompañaron a Renata y Stafford hasta sus habitaciones. Nye vaciló cuando estaba a punto de entrar. ¿Era éste el momento oportuno para intercambiar opiniones? Decidió que no. Mientras les rodearan los muros del castillo, tendrían que ir con mucho cuidado. Nunca se sabía, era probable que hubieran colocado micrófonos en las habitaciones.

Sin embargo, llegaría el momento en que tendría que formular sus preguntas. Algunas cosas habían despertado en su mente una nueva y siniestra aprensión. Le estaban convenciendo para que participara en algo. Pero ¿en qué? ¿Y quién estaba moviendo los hilos?

Los dormitorios eran cómodos y muy bien decorados; no

obstante, resultaban opresivos. Los tapices de satén y terciopelo, algunos muy antiguos, desprendían un ligero olor a descomposición, atemperado por los perfumes. Se preguntó cuántas veces Renata se habría alojado en estos aposentos.

Capítulo 11

JÓVENES Y ADORABLES

Sir Stafford desayunó en un pequeño salón de la planta baja, y al salir se encontró con Renata que lo esperaba junto a los caballos.

Ambos habían traído trajes de montar. Todo lo que podían necesitar había sido previsto.

Montaron y se dirigieron hacia el bosque por la calzada del castillo. Renata mantuvo una breve conversación con uno de los caballerizos.

—Preguntó si queríamos que nos acompañara pero le he dicho que no —le informó Renata a Nye—. Conozco los senderos de esta zona bastante bien.

—Entiendo. ¿Ha estado usted antes por aquí?

—No mucho en los últimos años, pero durante mi infancia conocía todo esto como la palma de mi mano.

Nye la observó con atención, pero la muchacha no le hizo caso. Mientras cabalgaba a su lado, *sir* Stafford miró su perfil, el porte orgulloso de su cabeza. Además, montaba muy bien.

Así y todo, esa mañana le dominaba una sensación de inquietud, pero no sabía por qué.

En su imaginación volvió a la sala de espera del aeropuerto. La mujer que había venido a su encuentro, la copa de cerveza sobre la mesa, nada que no debiera estar allí entonces ni después. Había aceptado un riesgo. ¿Por qué ahora, cuando ya todo era agua pasada, le provocaba esta inquietud?

Avanzaron un rato al trote después de un paseo entre los árboles. Era una finca preciosa, con un bosque muy bien cuidado. Vio ciervos y venados. Un paraíso para un deportista, un paraíso

para vivir como antaño, un paraíso que contenía ¿qué? ¿Una serpiente? Como al principio, con el paraíso iba incluida una serpiente. Tiró de las riendas y puso el caballo al paso. Ahora Renata y él estaban solos, sin micrófonos, ni paredes. Había llegado el momento de plantear sus preguntas.

—¿Quién es ella? —preguntó, impaciente—. ¿Qué representa?

—Son preguntas sencillas de responder. Tanto que parece increíble.

—¿Bien?

—Ella representa petróleo, cobre y yacimientos de oro en Sudáfrica, armamento en Suecia, depósitos de uranio en el norte, tecnología nuclear, cobalto… Es todas esas cosas.

—Sin embargo, nunca la he oído mencionar. No sé su nombre. No sé…

—No quiere que la gente sepa.

—¿Se puede callar algo así?

—Es la mar de sencillo cuando se tiene todo lo que ella tiene. El dinero puede conseguir que se mantengan los secretos, que se callen las cosas.

—¿Quién es ella?

—Su abuelo era norteamericano. Creo que hizo su fortuna con los ferrocarriles en el siglo pasado. Se casó con una mujer alemana. Supongo que a ella si la habrá oído mencionar. La llamaban la Gran Belinda. Armamentos, astilleros, toda la riqueza industrial europea. Fue la heredera única de su padre.

—Entre los dos, una riqueza incalculable —manifestó *sir* Nye—, y su consecuencia lógica: el poder. ¿Es eso lo que intenta decirme?

—Sí, no sólo heredó la fortuna. También hizo dinero. Heredó también la inteligencia de sus abuelos, se convirtió en una gran empresaria por derecho propio. Todo lo que tocaba se multiplicaba. Ganó fortunas y las invirtió. Escuchó los consejos de sus asesores, pero al final la decisión era exclusivamente suya. Prosperó cada vez más. Sumó más riquezas a las que ya tenía. Es aquello de que el dinero llama al dinero.

—Sí, eso lo comprendo. La riqueza debe multiplicarse. Pero ¿qué es lo que quiere? ¿Qué tiene?

—Usted mismo lo acaba de decir. Poder.

—¿Vive aquí o en algún otro lugar?

—De vez en cuando hace alguna visita a Estados Unidos o a Suecia. Sí, viaja, pero no con frecuencia. Es aquí donde prefiere estar, en el centro de una red como una enorme araña que controla todos los hilos. Los hilos de las finanzas y unos cuantos más.

—¿Cuáles son esos cuantos más?

—Las artes, los músicos, los pintores, los escritores. Seres humanos, personas jóvenes…

—Sí, eso es obvio. Tiene una magnífica colección de cuadros en el comedor.

—Hay galerías llenas en las plantas superiores del castillo.

Hay muchísimas obras de Rembrandt, Giotto, Rafael y vitrinas con joyas, algunas de las joyas más maravillosas del mundo.

—Todas y cada una de ellas pertenecientes a una vieja gorda y fea. ¿Está satisfecha?

—Todavía no, pero muy cerca de estarlo.

—¿Cuál es su meta, qué quiere?

—Adora la juventud. Ése es su modo de ejercer el poder. Controlar a la juventud. En este momento, el mundo está lleno de jóvenes rebeldes. Es algo en lo que colabora. Los filósofos modernos, el pensamiento moderno, los escritores y muchos otros a los que financia y controla…

—¿Pero cómo…? —Nye se interrumpió.

—No puedo decírselo porque no lo sé. Es un entramado enorme. Ella está detrás, apoya toda clase de organizaciones de beneficencia, a fundaciones ansiosas de dinero, a idealistas, otorga innumerables becas a estudiantes, artistas y escritores.

—Sin embargo, dice usted que todavía no…

—No, todavía no está satisfecha. Se está planeando una enorme revolución. Creen que traerá un nuevo paraíso a la tierra. Es lo mismo que vienen prometiendo los líderes desde hace miles de años, lo prometido por los profetas y por los mesías, por todos los que se han dedicado a enseñar que hay una vida mejor, como Jesús, Buda, etcétera. Lo prometido por los políticos. Un burdo paraíso fácilmente alcanzable como en el que creían los asesinos y que el Viejo de las Montañas prometía a sus seguidores y, desde su punto de vista, les concedía.

—¿También está detrás del tráfico de drogas?

—Sí, pero sin mucha convicción, por supuesto. Sólo como un

medio para someter a las personas a su voluntad. También es una manera de destruir a las personas. A las más débiles. A los que no considera válidos, aunque en algún momento prometieran. Las drogas son el medio más sencillo y natural para acabar con las personas débiles.

—¿Qué me dice de la fuerza? No se puede llevar a cabo algo así sólo con la propaganda.

—No, por supuesto que no. La propaganda es el primer paso y, mientras tanto, se van preparando los arsenales cada vez más grandes. Las armas van primero a los países pobres y luego a alguna otra parte. Se envían tanques, armamento nuclear, misiles a África, a los mares del Sur y a Sudamérica. En este último lugar es donde más activos están. Regimientos de jóvenes de ambos sexos se entrenan dispuestos para el combate. Cuentan con las armas más modernas, todo lo necesario para la guerra química.

—¡Es una pesadilla! ¿Cómo se ha enterado de todo esto, Renata?

—En parte porque me lo han contado, por las informaciones recibidas y, también, porque he participado en todo este asunto.

—¿Usted? ¿Usted y esa vieja?

—Siempre hay alguna idiota detrás de los proyectos más alucinantes. —La muchacha soltó una carcajada—. Una vez, Charlotte estuvo enamorada de mi abuelo. Una historia romántica. Él vivía en esta región. Tenía un castillo a unas dos millas de aquí.

—¿Era un hombre de genio?

—En absoluto. No era más que un buen deportista. Apuesto, disoluto y con un gran éxito entre las mujeres. Por esa razón, ella se convirtió en cierta manera en mi protectora. ¡Para ella soy una de sus fíeles esclavas! Trabajo para ella. Le busco personas. Transmito sus órdenes en diferentes partes del mundo.

—¿Lo hace usted?

—¿Qué ha querido decir con eso?

—Sólo me lo preguntaba.

Era muy cierto. Miró a Renata y pensó una vez más en el aeropuerto. Estaba trabajando para Renata, trabajaba con Renata. Ella le había traído a este castillo. ¿Quién le había dicho que le trajera aquí? ¿La gorda y vieja Charlotte agazapada en el centro de la telaraña? Él se había hecho con una reputación en ciertos círculos diplomáticos, la fama de ser una persona poco fiable. Quizá

podía ser útil para estas personas, pero de una manera secundaria y un tanto humillante. Le asaltó la duda. ¿Podía confiar en Renata? «Corrí el riesgo en el aeropuerto de Fráncfort y acerté —se dijo—. No me pasó nada, pero ¿quién es ella? ¿Qué representa? No lo sé. No puedo estar seguro. En la actualidad no hay nadie en el mundo que pueda estar seguro de nadie. Quizá le dijeron que trabara relación conmigo, conseguir tenerme comiendo en la palma de su mano. Si era así, todo aquello de Fráncfort no había sido más que una farsa muy bien planeada. Sabían que la atracción por el riesgo me haría picar. Era la mejor manera de conseguir que le dispensara mi confianza».

—Más vale que pongamos los caballos al trote. Llevan caminado al paso demasiado tiempo.

—Todavía no le he preguntado cuál es su papel en todo este entramado.

—Recibo órdenes.

—¿De quién?

—Existe una oposición. Siempre hay una oposición. Hay personas que sospechan lo que está pasando, de los planes que hay para conseguir cambiar el mundo, de como con dinero, armamentos, idealismo y grandes proclamas se puede hacer el cambio. Hay personas convencidas de que no debe permitirse que ocurra.

—¿Usted está con ellos?

—Eso es lo que digo.

—¿Qué quiere decir con eso, Renata?

—Eso es lo que digo —repitió la muchacha.

—El joven de anoche…

—¿Franz Joseph?

—¿Es ése su nombre?

—Es el nombre que utiliza.

—Pero tiene otro nombre, ¿verdad?

—¿Eso es lo que cree?

—Él es el joven Sigfrido, ¿no es así?

—¿Es así como le ve? ¿Usted se dio cuenta de lo que era, de lo que representa?

—Creo que sí. La juventud, la juventud heroica, la juventud aria. Tiene que ser la juventud aria tratándose de esta parte del mundo.

Todavía insisten en ese punto de vista. Una raza de superhombres. La flor y nata de los descendientes arios.

—Sí, es algo que dura desde los tiempos de Hitler. No es algo que se proclame mucho abiertamente y en otros lugares del mundo ni siquiera se le hace caso, pero yo diría que Sudamérica es uno de sus fuertes. También el Perú y Sudáfrica.

—¿Cuál es el cometido del joven Sigfrido? ¿Qué hace aparte de lucir el tipo y besar la mano de su protectora?

—Es un orador extraordinario. Su verbo consigue que los seguidores estén dispuestos a entregar la vida a una palabra suya.

—¿Es posible?

—Es lo que cree.

—¿Usted también?

—Supongo que podría llegar a creerlo —respondió Renata—. La oratoria puede tener un poder extraordinario. Es increíble lo que puede hacer una voz y las palabras, aunque sean palabras sin mucho sentido. Lo importante es cómo se dicen. Su voz es como un toque a rebato, y las mujeres chillan histéricas y se desmayan cuando le escuchan. Ya tendrá usted ocasión de comprobarlo.

»Usted ya vio anoche los vestidos de los guardias de Charlotte —añadió la muchacha—. En la actualidad, a la gente le encanta vestirse de manera llamativa. Se los ve por todo el mundo ataviados con las prendas de su elección, diferentes en cada lugar, muchos con el pelo largo y barbas, y las muchachas con los vestidos blancos, que hablan continuamente de la paz y la belleza, y lo maravilloso que será el mundo de los jóvenes cuando acaben de destruir el mundo de los mayores. Se dice que el país de los jóvenes estaba al oeste del mar de Irlanda, ¿no es así? Un lugar muy simple, un país de los jóvenes que no tiene nada que ver con el que estamos planeando ahora. Aquél tenía arenas blancas, sol, canciones.

»Ahora sólo nos interesa la anarquía, el derrumbamiento y la destrucción. La anarquía es lo que beneficiará a los que están detrás. Es aterrador, pero al mismo tiempo maravilloso, por la violencia, porque se consigue a través del dolor y el sufrimiento.

—¿Es así como ve usted el mundo de hoy?

—Algunas veces.

—¿Qué se espera de mí?

—Que siga a su guía. Yo soy su cicerone, igual que Virgilio con

Dante, yo le acompañaré en el descenso al infierno. Le mostraré las películas sádicas copiadas en parte de las viejas películas de las SS, le enseñaré el culto a la crueldad, la violencia y el dolor. También le haré ver los grandes sueños de un paraíso donde reinan la belleza y la paz. No sabrá distinguir entre la ficción y la realidad. Es ahí donde tendrá usted que decidirse.

—¿Debo confiar en usted, Renata?

—Eso es algo que sólo usted puede decidir. Puede escapar de mí si lo prefiere o quedarse conmigo para ver el mundo nuevo, el que están preparando ahora.

—Cartón piedra —exclamó *sir* Stafford Nye, con una violencia totalmente inesperada.

La muchacha lo miró con una expresión interrogativa.

—Como Alicia en el País de las Maravilla. Los naipes, los naipes de cartón piedra elevándose por los aires. Volando. Reyes, reinas y sotas. Toda clase de cosas.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que no es real. Es un engaño. Todo este maldito asunto es un engaño.

—Lo es en cierto sentido.

—Todos disfrazados, interpretando un papel, montando una farsa. Cada vez estoy más cerca de descubrir el verdadero significado de las cosas, ¿no es así?

—Sí, hasta cierto punto, pero en otras cosas me parece que se equivoca.

—Hay una cosa que deseo preguntarle porque me intriga. La gran Charlotte le ordenó que me trajera aquí. ¿Por qué? ¿Qué sabe ella de mí? ¿Para qué cree que puedo servirle?

—No lo sé, quizá lo quiere como una especie de eminencia gris, alguien que se mueva detrás de la fachada. Ése es un papel que usted podría interpretar muy bien.

—¡Pero si no sabe ni una sola palabra de mí!

—¡Ah, eso! —Renata pareció encontrar tan graciosa la opinión de *sir* Stafford que se echó a reír—. Todo es tan ridículo, la verdad es que siempre se repite la misma tontería.

—No le entiendo, Renata.

—Por favor, si es muy sencillo. Mr. Robinson lo entendería al momento.

—¿Sería tan amable de explicarme de qué está usted hablando?

—Es la misma historia de siempre. No se trata de lo que sea usted, sino de a quién conoce. Su tía abuela Matilda y la gran Charlotte fueron a la escuela juntas.

—¿Quiere usted decir que…?

—¡Fueron compañeras de escuela!

Sir Stafford la miró por unos instantes, antes de soltar él también una sonora carcajada.

Capítulo 12

EL BUFÓN DE LA CORTE

Dejaron el castillo a mediodía, después de despedirse de la anfitriona. Descendieron la larga y sinuosa carretera, con el *Schloss* dominando el panorama desde la cumbre más alta y, después de varias horas de viaje, llegaron a un lugar en las Dolomitas, a un anfiteatro edificado en la montaña, donde se celebraban encuentros, conciertos y reuniones de diversos movimientos juveniles.

Renata, en su papel de guía, le había traído aquí para que, desde su asiento tallado en la piedra, lo presenciara y lo escuchara todo. Ahora comprendía un poco más lo que habían hablado al comienzo del día. La manifestación había sido tan animada como todas las grandes manifestaciones, con independencia de que las convoque un pastor evangelista en el Madison Square Garden de Nueva York, en el recogido ambiente de un templo galés, en un estadio de fútbol, o en plena calle para atacar a las embajadas, a la policía, a las universidades y a lo que hiciera falta.

La muchacha le había traído hasta aquí para enseñarle el significado de aquella frase: «El joven Sigfrido».

Franz Joseph, si aquél era su verdadero nombre, se había dirigido a la muchedumbre. Su voz, dotada de los más sutiles registros, había dominado a la fervorosa y sumisa multitud de jóvenes de ambos sexos. Cada una de sus palabras había parecido cargada de significado, había tenido un atractivo especial. La muchedumbre había respondido como una orquesta, atenta a la batuta que era su voz.

Sin embargo, ¿qué había dicho en concreto el muchacho? ¿Cuál había sido el mensaje del joven Sigfrido? Ni una sola palabra había

quedado retenida en su memoria cuando se acabó el discurso, pero sabía que habían apelado a sus emociones básicas, que habían provocado su entusiasmo con grandes promesas. En cambio, la multitud se había abalanzado sobre el escenario de piedra, desgañitándose. El entusiasmo delirante de las muchachas había hecho que unas cuantas sufrieran desmayos.

«¿En qué mundo vivimos?», se preguntó. Todo se manipulaba para provocar emociones. ¿Qué se había hecho de la disciplina? ¿De la discreción? Ninguna de esas cosas contaba para nada. ¿Lo único importante era sentir? ¿A dónde iremos a parar si quieren construir un mundo nuevo sólo con esto?

Su guía le hizo una seña y se apartaron de la muchedumbre. Llegaron donde estaba aparcado el coche y el chofer les condujo por unas carreteras que conocía muy bien hasta la posada de un pequeño pueblo de montaña donde tenían reservadas habitaciones.

Dejaron el equipaje y, después de refrescarse, salieron para dar un paseo por un sendero que subía la montaña. Encontraron un banco y se sentaron. Permanecieron en silencio durante unos momentos, admirando el panorama.

—Cartón piedra —exclamó *sir* Stafford.

La muchacha pareció no hacer caso de la exclamación, pero al cabo de unos segundos, replicó:

—¿Qué?

—¿Me lo está preguntando?

—¿Qué piensa de todo lo que le he mostrado hasta el momento?

—No me convence.

Renata exhaló un fuerte suspiro.

—Eso es precisamente lo que esperaba que me dijera.

—Nada de todo esto es verdad, ¿no es así? No es más que un gigantesco espectáculo. Algo ofrecido por un director, quizás un grupo de directores. Aquella vieja siniestra paga a los actores, paga la producción, pero no hemos visto al director, sólo a la estrella del espectáculo.

—¿Qué opinión le merece?

—Tampoco es real —respondió Nye—. No es más que un actor. Muy bueno, por supuesto, y magistralmente dirigido.

Le sorprendió un sonido inesperado. Era la risa de Renata. La muchacha se levantó. De pronto parecía dominada por una gran

excitación, se la veía feliz.

—Lo sabía —manifestó con una expresión un tanto irónica—. Estaba segura de que lo descubriría. Sabía que es un hombre con los pies bien plantados en el suelo. Siempre ha tenido muy claro que es cada cosa, ¿no es así? Sabe lo que es pura charlatanería, no se deja engañar por la pura apariencia.

»No es necesario ir a Stratford y ver las obras de Shakespeare para saber cuál es el personaje que mejor le corresponde. Los reyes y los grandes hombres tienen un bufón, el bufón del rey que siempre le dice la verdad al monarca, que habla con sentido común y se burla de todas aquellas cosas que engañan a los demás.

—¿Es eso lo que soy? ¿El bufón del rey?

—¿Usted no lo siente? Es lo que queremos, lo que necesitamos. Usted mismo lo acaba de decir. «¡Cartón piedra! ¡Una enorme y muy bien montada farsa!». Tiene usted toda la razón. Pero la gente se deja engañar. Cree que es maravillosa o que es diabólica, que es terriblemente importante. Por supuesto que no lo es, sólo hay que buscar la manera de demostrárselo a la gente, abrirle los ojos para que vea lo ridículo que es todo esto. Una soberana tontería. Eso es lo que usted y yo vamos a hacer.

—¿Cree usted que al final conseguiremos desmontar toda esta inmensa farsa?

—Sé que parece muy difícil, pero en cuanto se le hace ver a la gente que algo no es real, que sólo se trata de una gigantesca tomadura de pelo, bueno…

—¿Está proponiendo que prediquemos el evangelio del sentido común?

—Claro que no —replicó la muchacha—. Nadie haría el menor caso, ¿no le parece?

—Al menos no en estos tiempos.

—Tiene razón. Tendremos que ofrecer pruebas, hechos, la verdad.

—¿Tenemos todas esas cosas?

—Sí. Las traje conmigo vía Fráncfort, cuando usted me ayudó a regresar sana y salva a Inglaterra.

—No lo entiendo.

—Todavía no. Ya lo sabrá en el momento oportuno. Por ahora, tenemos un papel que interpretar. Estamos dispuestos y ansiosos

por dejar que nos adoctrinen. Adoramos la juventud. Somos firmes seguidores y creyentes del joven Sigfrido.

—No dudo que usted podrá hacerlo, pero yo no lo tengo tan claro. Nunca he tenido mucho éxito como seguidor de nadie. El bufón del rey nunca lo es, sólo es el criticón por excelencia. No es algo que nadie vaya a apreciar mucho en estos momentos, ¿no le parece?

—Por supuesto que no. No debe mostrar esa parte de usted mismo, excepto, desde luego, cuando hable de sus jefes, de los políticos y diplomáticos del Foreign Office, del orden establecido, de todas esas cosas. En ese aspecto debe explayarse, mostrarse amargado, malicioso, ingenioso, un tanto cruel.

—Sigo sin entender mi personaje dentro de una cruzada mundial.

—Es uno muy antiguo, uno que todo el mundo comprende y aprecia. Pretende sacar algún provecho. Ése es el personaje. No ha sido justamente apreciado, pero el joven Sigfrido y todo lo que representa son la promesa de una futura recompensa. Porque usted le dará toda la información privada sobre su país que él necesita y recibirá un cargo importante cuando llegue el momento oportuno.

—Insinúa usted que se trata de un movimiento mundial. ¿Es posible?

—Claro que lo es. Es como uno de esos huracanes que tienen nombres: Flora o Anita. Llegan por cualquiera de los cuatro puntos cardinales, pero lo hacen de improviso y lo destruyen todo. Eso es lo que todos quieren. En Europa, Asia y América. Quizá también en África, aunque no creo que allí despierten mucho entusiasmo. Son gentes a las que el poder, la corrupción y todas esas cosas les pilla un poco por sorpresa.

Renata hizo una pausa para ordenar su discurso.

—Sí, por supuesto que es un movimiento mundial. Dirigido por los jóvenes y con toda la enorme vitalidad de la juventud. No tienen el conocimiento ni la experiencia, pero tienen la visión y la vitalidad, y cuentan con el respaldo del dinero. Inmensas cantidades de dinero. Hemos pasado por una etapa de tanto materialismo, que nos vimos empujados a pedir otra cosa y la tenemos. Pero a la vista de que se basa en el odio, no puede ir a ninguna parte. No puede despegar. ¿No recuerda que en 1919 todo el mundo andaba

entusiasmado proclamando que el comunismo era la panacea universal? La doctrina marxista traería un nuevo paraíso a un mundo nuevo. Había tantas ideas nobles. Pero ¿a quién se tenía para llevarlas a la práctica? A los mismos seres humanos de siempre. Ahora han creado una tercera vía, o al menos eso es lo que la gente cree, pero la tercera vía tendrá que apañárselas con la misma gente que la primera y la segunda vía, o como quiera llamarlas. Cuando se tiene a las mismas personas a cargo de las cosas, lo harán como lo han hecho siempre. No tiene más que mirar la historia.

—¿Es que hay alguien que mire la historia en la actualidad?

—No. Prefieren mirar hacia un futuro imprevisible. Se creía que la ciencia aportaría soluciones para todo, que las teorías freudianas y la promiscuidad sexual serían la panacea a las miserias humanas, que se acabarían las personas con trastornos mentales. Si alguien hubiese dicho que los manicomios estarían a rebosar como consecuencia de manifestar sus represiones nadie le hubiera creído.

—Quiero saber una cosa —le interrumpió *sir* Stafford.

—¿Qué?

—¿Cuál será nuestro próximo punto de destino?

—América del Sur. Posiblemente de camino pasaremos por Paquistán o la India. También tendremos que ir, desde luego, a Estados Unidos. Ahí se están gestando una serie de movimientos que son muy interesantes, sobre todo en California.

—¿En las universidades? —*Sir* Stafford exhaló un suspiro—. Llega un momento en que tanta universidad te aburre. Se repiten demasiado.

Volvieron a callar durante unos minutos. Les rodeaban las sombras del crepúsculo, pero en la cima de la montaña quedaba un poco de luz.

—Si ahora tuviéramos aquí a una orquesta ¿sabe lo que pediría que interpretaran? —preguntó Nye, con un tono nostálgico.

—¿Más Wagner? ¿O ya se ha quitado de encima a Wagner?

—No. Tiene usted razón. Pediría más Wagner. Tendría a Hans Sachs sentado en su árbol, diciéndole al mundo: «Locos, locos, todos están locos».

—Sí, eso lo expresa muy bien. Además, es una música preciosa. Pero nosotros no estamos locos. Estamos cuerdos.

—Evidentemente cuerdos —replicó Nye—. Creo que ahí radica la principal dificultad. Hay algo más que quiero saber.

—¿Diga?

—Quizá no quiera responderme, pero necesito saberlo. ¿Nos divertiremos en algún momento con toda esta locura en la que nos hemos metido?

—Por supuesto que sí. ¿Por qué no?

—Locos, locos, todos están locos, pero disfrutaremos muchísimo. ¿Crees que tendremos una larga vida, Mary Ann?

—Probablemente no.

—Ése es el espíritu que me gusta. Estoy contigo, mi camarada y guía. ¿Conseguiremos un mundo mejor gracias a nuestros esfuerzos?

—No lo creo, pero quizás un poco más solidario. Está lleno de creencias, pero hay muy poca solidaridad.

—De acuerdo —manifestó Nye—. ¡Adelante!

Libro III

EN CASA Y EN EL EXTRANJERO

Capítulo 13

CONFERENCIA EN PARÍS

Cinco hombres estaban reunidos en una habitación de París. Se trataba de una habitación que había sido escenario de otros encuentros históricos. El de hoy podía ser en muchos aspectos una reunión de una naturaleza diferente, aunque seguramente acabaría siendo histórico.

Monsieur Grosjean presidía la reunión. Era un hombre preocupado que hacía todo lo posible por enfrentarse a los hechos con la tranquilidad y la elegancia que tanto le habían servido en el pasado. Sin embargo, tenía la impresión de que hoy no le eran de gran ayuda. El *signor* Vitelli acababa de llegar de Italia hacía sólo una hora. Sus gestos eran febriles, se le veía desbordado.

—Es algo que está más allá de cualquier límite posible —manifestó el italiano—. Ha sobrepasado nuestras peores expectativas.

—¿Acaso no tenemos todos que soportar a esos revoltosos estudiantes? —replicó *monsieur* Grosjean.

—Esto es mucho más que una manifestación estudiantil. Está más allá de cualquier cosa que puedan hacer los estudiantes. No sé con qué se lo podría comparar. Con un enjambre de abejas. Una catástrofe natural multiplicada por cien o por lo que usted quiera. Han tomado las calles por asalto. Tienen ametralladoras. No sé donde han comprado aviones. Se proponen tomar todo el norte de Italia. ¡Eso es una locura! No son más que unos críos. No obstante, disponen de armas y explosivos. En Milán superan en número a la policía. ¿Qué podemos hacer? ¿Recurrir a los militares? El ejército también se ha declarado en rebeldía. Dicen que están con los

jóvenes. Afirman que no hay ninguna esperanza para el mundo que no sea la anarquía. Hablan de algo que denominan la tercera vía, pero eso, sencillamente, es algo que no puede suceder.

—La anarquía es algo muy popular entre los jóvenes —afirmó *monsieur* Grosjean después de exhalar un suspiro—. Creen en la anarquía. Es algo que conocemos desde los días de Argelia, de todos los conflictos que nuestra nación y nuestro imperio colonial ha tenido que soportar. ¿Qué podemos hacer? ¿Los militares? Se pliegan a los estudiantes.

—Ah, los estudiantes, ah, los estudiantes —exclamó *monsieur* Poissonier, con un tono lúgubre.

Era miembro de un gobierno francés para el que la palabra «estudiante» era anatema. Si le hubieran dado a escoger, hubiera manifestado una preferencia por la gripe asiática e incluso por un brote de peste bubónica. Para él cualquiera de las dos cosas era preferible a las actividades de los estudiantes. ¡Un mundo sin estudiantes! Era un tema recurrente y muy agradable en sus sueños, aunque no aparecía con toda la frecuencia deseada.

—En cuanto a los magistrados —opinó *monsieur* Grosjean—, ¿qué ha pasado con nuestras autoridades judiciales? La policía, sí, se mantiene leal, pero los jueces se niegan a dictar sentencias cuando se trata de acusados jóvenes, de jóvenes que han destrozado propiedades, gubernamentales, privadas, toda clase de propiedades. Uno se pregunta, ¿por qué no? He estado haciendo algunas averiguaciones. *La Préfecture* me ha sugerido algunas cosas. Dicen que es necesario que las autoridades judiciales tengan un mejor nivel de vida, sobre todo en las provincias.

—Vamos, vamos —replicó *monsieur* Poissonier—, ha de tener usted cuidado con sus sugerencias.

—*Ma foi*, ¿por qué he de tener cuidado? Hay que sacar las cosas a relucir. Hemos tenido fraudes en otras ocasiones, estafas gigantescas y ahora hay mucho dinero en circulación. Dinero que no sabemos de dónde procede, pero la policía me ha dicho, y me lo creo, que comienzan a tener una idea de a dónde va a parar. ¿Estamos ante la posibilidad de un estado corrupto subsidiado por una fuente exterior?

—Lo mismo está pasando en Italia —afirmó el signor Vitelli—. Si yo les contara. Sí, podría hablarles de nuestras sospechas. Pero

¿quién, quién está corrompiendo nuestro mundo? ¿Los empresarios, las multinacionales? ¿Cómo puede ocurrir algo así?

—Hay que poner coto a todo este asunto —dijo *monsieur* Grosjean—. Se deben tomar medidas. Emprender acciones militares. Llamar a la fuerza aérea. Nos enfrentamos a unos anarquistas, a unos vándalos que provienen de todas las clases sociales. Hay que acabar con esto de una vez por todas.

—La utilización de los gases lacrimógenos ha sido muy eficaz —comentó Poissonier, aunque su tono no parecía muy convencido.

—Los gases lacrimógenos no son suficientes —replicó *monsieur* Grosjean—. Se podría obtener el mismo resultado poniendo a los estudiantes a pelar cebollas. Llorarán a mares, pero nos hace falta algo más.

—¿No estará usted sugiriendo que utilicemos el armamento nuclear? —preguntó *monsieur* Poissonier atónito.

—¿Armamento nuclear? *Quel blague*! ¿Qué podemos hacer con el armamento nuclear? ¿Qué sería del suelo de Francia, del aire de Francia, si utilizamos armas nucleares? Todos sabemos que podemos destruir Rusia y también sabemos que Rusia puede destruirnos a nosotros.

—¿No estará diciendo que las manifestaciones estudiantiles pueden acabar con nuestras fuerzas armadas?

—Eso es precisamente lo que sugiero. He recibido una advertencia al respecto. Depósitos de armas convencionales, arsenales para la guerra química y otras cosas. También dispongo de informes de algunos de nuestros científicos más importantes. Se conocen algunos secretos. Han asaltado varios depósitos secretos de armas nuevas. ¿Qué pasará? Se lo pregunto a todos ustedes. ¿Qué pasará?

La pregunta recibió una respuesta inesperada y mucho más inmediata de lo que *monsieur* Grosjean hubiera creído posible. Se abrió la puerta y apareció su secretario privado con una expresión muy grave. Grosjean le miró molesto.

—¿No le dije que no quería interrupciones?

—Sí, por supuesto, *monsieur le Président*, pero esto es algo fuera de lo habitual. —Se inclinó para hablar a su jefe con mayor discreción—. El mariscal está aquí. Exige ser admitido.

—¿El mariscal? Se refiere a…

El secretario asintió con vigor y varias veces para no dejar ninguna duda. *Monsieur* Poissonier miró a su colega, perplejo.

—Exige ser admitido y no está dispuesto a aceptar un no por respuesta.

Los otros dos participantes en la reunión miraron primero a Grosjean y después al representante italiano.

—¿No sería mejor —señaló *monsieur* Coin, el ministro del Interior— si…?

Se interrumpió en el «si» porque la puerta se abrió una vez más y entró un hombre. Alguien muy conocido. Un hombre cuya palabra no había sido sólo la ley, sino que también había estado por encima de la ley en toda Francia durante muchos años. Verle aparecer en aquel momento fue una sorpresa poco grata para los que estaban reunidos.

—Ah, les saludo, mis queridos colegas —dijo el mariscal—. He venido a ayudarles. Nuestro país está en peligro. Se debe pasar a la acción. ¡Ahora mismo! Me pongo a vuestro servicio. Asumiré toda la responsabilidad de las acciones que se emprendan para resolver esta crisis. Puede haber peligro, lo sé, pero el honor está por encima del peligro. No importan los riesgos cuando está en juego la salvación de Francia. Ahora mismo marchan hacia aquí. Una enorme horda de estudiantes, de criminales que han sido liberados de las cárceles. Algunos de ellos han cometido terribles asesinatos, otros son pirómanos. Gritan consignas, cantan estribillos. Proclaman los nombres de sus maestros, de sus filósofos, de los que los han llevado a la senda de la destrucción, de los que acabarán con Francia a menos que se haga algo. Ustedes están sentados aquí, hablando, lamentándose. Hay que hacer algo más. He mandado poner en alerta a dos regimientos. He puesto en pie de guerra a la fuerza aérea, he enviado mensajes cifrados a nuestro vecino aliado, a mis amigos en Alemania, porque serán ellos los que nos ayudarán en estos momentos.

»Hay que acabar con los disturbios. ¡La rebelión! ¡La insurrección! Hay que enfrentarse al peligro que corren hombres, mujeres y niños, la propiedad. Ahora mismo iré a aplastar la insurrección, hablaré con ellos como su padre, su líder. Estos estudiantes, incluso los criminales, son mis hijos. Son la juventud de Francia. Les hablaré, escucharé sus quejas, y ellos me escucharán.

»Se cambiarán las políticas, reanudaran sus estudios con nuevos programas. Las becas han sido insuficientes, sus vidas se han visto privadas de atractivo, de liderazgo. Mi obligación es prometerles todo esto. Hablaré en mi nombre y también en el vuestro, en nombre del gobierno, porque habéis hecho todo lo posible, habéis actuado hasta el límite de vuestra capacidad. Pero ahora hace falta un líder de verdad. Se me necesita. Me voy. Tengo que enviar más mensajes cifrados, las armas nucleares se pueden utilizar en lugares poco frecuentados y de una manera que, si bien sembrarán el terror en la chusma, nosotros sabemos que no representan ningún peligro real. He pensado en todo. Mi plan funcionará. Vamos, mis leales amigos, acompañadme.

—Mariscal, no podemos permitir… Se pondrá usted en una situación muy peligrosa. Debemos…

—No malgastéis las palabras. Acepto mi destino. —El mariscal se dirigió hacia la puerta mientras añadía—: Mi plana mayor me espera, junto con mi guardia personal. Ahora iré a hablar con los jóvenes rebeldes, con la flor y nata de la belleza y el terror, para decirles cuál es su deber.

Cruzó la puerta con la grandeza de un gran actor interpretando su personaje favorito.

—¡*Bon dieu*, va en serio! —exclamó *monsieur* Poissonier.

—Arriesgará su vida —afirmó el *signor* Vitelli—. ¿Quién sabe lo que puede conseguir? Es un hombre valiente. Intrépido, sí, pero ¿no corre un tremendo peligro? Cualquiera de esos jóvenes exaltados podría matarlo.

Un suspiro de placer escapó de los labios de *monsieur* Poissonier. «Es una posibilidad —pensó— que quizá podría convertirse en una realidad».

—Sí, es posible —manifestó—. Es muy cierto que podrían matarle.

—Desde luego, es algo que no desearíamos —apuntó *monsieur* Grosjean con un tono cauto.

Monsieur Grosjean sí que lo deseaba. Desde luego que sí, pero su natural pesimismo le llevó a pensar que las cosas casi nunca resultaban tal como uno quería. Por cierto que se enfrentaba a una perspectiva mucho más desagradable. Era muy posible que, a la vista de otros logros en el pasado del mariscal, se las apañara para

conseguir que una turba de estudiantes sedientos de sangre escucharan sus palabras, confiaran en sus promesas e insistieran en devolverle el poder que había ostentado en otros tiempos. Era algo que había ocurrido un par de veces en la dilatada carrera del mariscal. Su carisma era tal que, en más de una ocasión, los políticos que se le habían enfrentado habían acabado mordiendo el polvo.

—Debemos impedirlo —gritó Grosjean.

—Sí, sí —asintió el *signor* Vitelli—, no podemos permitir que el mundo pierda a un gran hombre.

—Hay otro peligro —señaló *monsieur* Poissonier—. Tiene demasiados amigos en Alemania y todos sabemos como las gastan en Alemania cuando se trata de asuntos militares. Podrían aprovechar la oportunidad.

—*Bon dieu, bon dieu* —dijo *monsieur* Grosjean, enjugándose el sudor de la frente—. ¿Qué podemos hacer? ¿Qué es ese ruido? Son disparos de fusil, ¿no es así?

—No, no —le tranquilizó *monsieur* Poissonier—. Es el ruido de la vajilla en la cantina.

—Hay una cita muy oportuna —comentó *monsieur* Grosjean, que era un gran amante del teatro—. No la recuerdo muy bien. Una cita de Shakespeare. «¿Es que nadie me librará de este…?».

—«… turbulento sacerdote» —dijo Poissonier, acabando la cita —. Es de Becket.

—Un loco como el mariscal es mucho peor que un sacerdote. Al menos, se espera que un sacerdote sea inofensivo, si bien incluso Su Santidad el Papa recibió ayer a una delegación de estudiantes. Los bendijo. Hasta les llamó hijos míos.

—Un gesto cristiano sin duda —opinó *monsieur* Coin con un tono de duda.

—Incluso con los gestos cristianos se puede ir demasiado lejos — manifestó *monsieur* Grosjean.

Capítulo 14

CONFERENCIA EN LONDRES

Mr. Cedric Lazenby, primer ministro del gobierno de Su Majestad, ocupaba la cabecera de la mesa en la sala del gabinete en el 10 de Downing Street. Miró a los miembros del gobierno sin demostrar un excesivo entusiasmo. La expresión de su rostro no podía ser más lúgubre, algo que en cierta manera le proporcionaba un alivio. Comenzaba a pensar que sólo en la privacidad de las reuniones de gabinete podía mostrar sus sentimientos, y abandonar la habitual expresión de un tranquilo y moderado optimismo que exhibía ante el público y que siempre le había sido tan útil en los momentos de crisis de su vida política.

Miró a Gordon Chetwynd, que fruncía el entrecejo; a *sir* George Packham, siempre preocupado por todo; al coronel Munro, imperturbable; al mariscal del aire Kenwood, un hombre que apretaba los labios y no se molestaba en disimular su profunda desconfianza hacia los políticos. También estaba el almirante Blunt, un formidable gigantón que no dejaba de dar golpecitos en la mesa mientras esperaba que llegara su momento.

—Debemos admitir que la situación es bastante sombría —manifestó el mariscal del aire—. Han secuestrado a cuatro de nuestros aviones en la última semana. Se los llevaron a Milán, dejaron en libertad a los pasajeros y despegaron con un nuevo destino, concretamente a África. Tenían pilotos esperándolos en la ciudad italiana. Negros.

—El Poder Negro —murmuró el coronel Munro pensativamente.

—¿Por qué no el Poder Rojo? —sugirió Lazenby—. Tengo la sensación de que todas nuestras dificultades pueden tener su origen

en el proselitismo comunista. Si pudiéramos ponernos en contacto con los soviéticos… Creo sinceramente que una visita personal al máximo nivel…

—Quédese donde está, primer ministro —intervino el almirante Blunt—. No vuelva a mezclarse con los rusos otra vez. Lo único que quieren ellos en estos momentos es mantenerse apartados de todo ese lío. No han tenido tantos problemas con los estudiantes como nosotros. Lo único que les preocupa es no perder de vista a los chinos, no vaya a ser que les jueguen una mala pasada.

—Insisto en que la influencia personal…

—Usted quédese aquí y cuide de su propio país —afirmó el almirante sin pelos en la lengua.

—¿No sería mejor que oyéramos un informe preciso de lo que está sucediendo? —propuso Gordon Chetwynd, mirando al coronel Munro.

—¿Quieren hechos? De acuerdo. Son bastante desagradables. Supongo que no les interesan los detalles de lo que está pasando aquí, sino una visión global de la situación.

—Así es.

—Bien, en Francia el mariscal continúa ingresado. Recibió dos disparos en un brazo. Los círculos políticos están alborotados. Grandes zonas del territorio nacional están en poder de las tropas de lo que llaman Poder Joven.

—¿Quiere usted decir que tienen armas? —preguntó Chetwynd, con un tono de espanto.

—Las tienen a miles —contestó el coronel—. No sé de dónde las sacaron, aunque hay algunos indicios. Un gran cargamento de armas salió de Suecia con destino al África Occidental.

—¿Qué tiene que ver eso con todo esto? —replicó Mr. Lazenby —. ¿A quién le importa? Dejemos que tengan todas las armas que quieran en África Occidental. Así podrán seguir matándose entre ellos.

—La verdad es que hay algo curioso en este asunto si nos atenemos a los informes del servicio de inteligencia. Lo interesante es que el cargamento llegó allí, pero después lo reenviaron. Aceptaron el cargamento, firmaron los documentos, lo pagaron y, antes de que pasaran cinco días, lo reenviaron a algún otro lugar.

—¿Sabemos a dónde?

—Al parecer —contestó el coronel—, el cargamento nunca fue para los africanos. Después de efectuar el pago, lo enviaron a algún otro lugar. Es posible que saliera de África para ir a Oriente Medio. Al golfo Pérsico, a Grecia o a Turquía. También se envió una escuadrilla de aviones a Egipto, pero desde allí siguieron vuelo a la India para acabar en Rusia.

—Creía que los habían enviado desde Rusia.

—Desde Rusia los enviaron a Praga. Todo el asunto es una auténtica locura.

—No lo entiendo —dijo *sir* George.

—Por lo visto hay en alguna parte un organismo central que se encarga de los suministros. Aviones, armamento, bombas, explosivos, armas bacteriológicas. Todos los envíos se realizan hacia las direcciones más inesperadas. Emplean rutas poco frecuentadas para llegar a los sitios conflictivos, y el armamento lo emplean los líderes y los regimientos, si quiere usted darles esa denominación, del Poder Joven. Sobre todo van a parar a manos de los líderes de los movimientos guerrilleros juveniles, anarquistas declarados que predican la anarquía y aceptan, aunque uno duda mucho de que lo paguen, el armamento más sofisticado.

—¿Está usted diciendo que nos enfrentamos a algo así como una guerra a escala mundial? —Cedric Lazenby estaba atónito.

Un hombre de rasgos asiáticos que estaba sentado al otro extremo de la mesa y que, hasta entonces, no había dicho palabra, dirigió a los presentes una sonrisa oriental e intervino en la conversación.

—Eso es precisamente lo que nos vemos obligados a creer. Nuestros observadores nos informan de…

—Tendrán ustedes que dejar de observar —le interrumpió Lazenby—. Las Naciones Unidas tendrán que decidirse por la intervención militar y poner remedio a este desbarajuste.

El oriental no se inmutó ante la manifestación del primer ministro.

—Eso iría contra nuestros principios.

El coronel Munro alzó un poco la voz y continuó con su resumen de la situación mundial.

—Se registran combates en casi todos los países. El Sudeste asiático reclamó la independencia hace mucho tiempo y hay cuatro

o cinco diferentes facciones en Sudamérica: Cuba, Perú, Guatemala y algunas más. En cuanto a Estados Unidos, ya saben ustedes que Washington ha sido prácticamente pasto de las llamas. El oeste norteamericano está en poder de las fuerzas armadas del Poder Joven. En Chicago han decretado la ley marcial. ¿Se han enterado de lo ocurrido con Sam Cortman? Anoche le dispararon en la entrada de la embajada estadounidense.

—Hoy tenía que estar aquí —dijo Lazenby—. Nos iba a comunicar sus puntos de vista sobre la situación.

—No creo que nos hubiera ayudado gran cosa —opinó el coronel Munro—. Un buen tipo, pero no es precisamente una lumbrera.

—Lo que quiero saber es ¿quién está detrás de todo esto? —preguntó Lazenby, con creciente inquietud—. Claro que podrían ser los rusos. —Su expresión se animó un poco al imaginarse volando con destino a Moscú.

El coronel Munro meneó la cabeza.

—Lo dudo mucho.

—Una petición personal —insistió Lazenby cada vez más entusiasmado—. Toda una nueva esfera de influencia. ¿Los chinos…?

—No, no se trata de los chinos —dijo Munro—. Sin embargo, ahí está el gran resurgimiento del neofascismo en Alemania.

—¿No creerá usted que los alemanes podrían…?

—No creo que tengan que ser ellos por necesidad quienes estén detrás de todo esto, pero cuando usted dice posiblemente… sí, creo que cae dentro de lo posible. Ya lo han hecho antes. Prepararon las cosas con mucha antelación, lo planearon hasta el último detalle, lo tuvieron todo listo y no tuvieron más que esperar a que les dieran la orden de ponerse en marcha. Son grandes planificadores, disponen de las personas más capacitadas. Los admiro, sabe usted. No puedo evitarlo.

—Pero Alemania parece tan pacífica y bien administrada.

—Sí, por supuesto. Lo es hasta cierto punto. Pero debe usted comprender que Sudamérica está prácticamente poblada de alemanes, hay legiones de jóvenes neofascistas, y tienen montada una gran federación juvenil. Se dan el nombre de los Super-Arios o algo por el estilo. Un poco de toda aquella antigualla de las

esvásticas y los saludos. Hay alguien que está al mando, alguien conocido como el Joven Wotan o el Joven Sigfrido o lo que sea. Un montón de tonterías arias.

Llamaron a la puerta y entró una secretaria.

—El profesor Eckstein está aquí, señor.

—Considero conveniente recibirle —opinó Cedric Lazenby—. Después de todo, si hay alguien que pueda informarnos de cuáles son los últimos modelos de armas a nuestra disposición, ése es el profesor. Quizá tengamos algún as en la manga que nos ayude a resolver de una vez por todas estas tonterías. —Además de ser un viajero profesional a países extranjeros en su papel de negociador de la paz, Mr. Lazenby tenía una vena optimista que casi nunca se veía justificada por los resultados.

—No nos vendría nada mal disponer de alguna buena arma secreta —manifestó el mariscal del aire con un tono ilusionado.

El profesor Eckstein, considerado por una buena parte del país como el mejor científico de Gran Bretaña, tenía el aspecto de una persona insignificante. Era un hombre pequeño con un mostacho anticuado y una tos asmática. Tenía todo el aspecto de una de esas personas que parecen pedir perdón por existir. Hizo ruidos como «ah», «ummm», «chiss», se sopló la nariz, volvió a toser asmáticamente y estrechó las manos de los presentes con una expresión tímida, al tiempo que asentía. Se sentó en la silla que le indicaron y miró a los demás con la mirada un tanto perdida. Comenzó a morderse las uñas.

—Los jefes de las fuerzas armadas están aquí —dijo *sir* George Packham—. A todos nos interesa muchísimo saber su opinión sobre las medidas que se podrían adoptar.

—Ah —exclamó el profesor—. ¿Adoptar? Sí, sí, ¿ha dicho usted adoptar?

Se produjo un silencio que interrumpió *sir* George para añadir:

—El mundo está cayendo rápidamente en un estado de anarquía.

—Eso es lo que parece, ¿verdad? Al menos, por lo que he leído en el periódico. No es que me lo crea. En realidad, los periodistas son capaces de inventarse las cosas más inverosímiles. Nunca son precisos en sus afirmaciones.

—Tengo entendido que ha hecho usted algunos descubrimientos

de mucha importancia, profesor —manifestó Lazenby con un tono ilusionado.

—Ah, sí, así es, así es. —El profesor Eckstein se animó un poco —. Tenemos preparados un montón de productos para la guerra química verdaderamente repugnantes. Por si alguna vez los necesitamos: guerra bacteriológica, plagas, gas letal que se puede introducir en la red de gas natural, cosas para la contaminación atmosférica y envenenamiento del agua potable. Sí, si usted quiere, supongo que podríamos matar a la mitad de la población de Inglaterra si nos dan un plazo de tres días para hacerlo. —Se frotó las manos, alborozado—. ¿Es eso lo que quiere?

—No, por supuesto que no. Dios nos libre de hacer semejante cosa. —Mr. Lazenby parecía horrorizado.

—Bueno, es a eso a lo que me refería. No se trata de saber si tenemos armas letales suficientes. Tenemos demasiadas. Todo lo que tenemos es absolutamente letal. La dificultad estriba en conseguir que alguien sobreviva, incluso nosotros. Las personas que mandan. —Rió con una expresión feliz.

—Pero no es eso lo que queremos —insistió Lazenby.

—Aquí no se trata de lo que usted quiera, sino de lo que tenemos —le corrigió el profesor—. Todas nuestras armas son de un increíble poder destructivo. Si usted quiere borrar del mapa a todos los menores de treinta años, no creo que tengamos mayores problemas, siempre y cuando esté usted dispuesto a borrar también a unos cuantos miles de mayores. Es difícil separar un grupo del otro. Personalmente, estoy en contra. Tenemos algunos científicos jóvenes muy buenos. Tipos insoportables, pero muy inteligentes.

—¿Qué demonios ha pasado en el mundo? —preguntó Kenwood bruscamente.

—Ésa es la cuestión —respondió Eckstein—. No lo sabemos. No tenemos ni idea, a pesar de la mucha información de que disponemos sobre esto y lo otro. En la actualidad sabemos un poco más de la luna, sabemos muchas cosas de biología, hacemos trasplantes de corazones e hígados, supongo que no tardaremos mucho en trasplantar cerebros, aunque no sé cuál será el resultado. Lo que no sabemos es quién lo está haciendo. Hay alguien que lo hace. Detrás de todo este asunto hay un grupo con mucho poder. Hemos descubierto su rastro en muchas actividades. Organizaciones

delictivas, redes de narcotráfico, todo ese tipo de cosas. Sí, un grupo de mucho poder, dirigido por unos pocos escogidos que mueven los hilos. Lo hemos visto actuar en éste o aquél país, y a veces en una escala europea. Pero ahora ha ido más allá, al otro lado del planeta: al hemisferio sur. Supongo que llegará al círculo antártico antes de que hayamos acabado. —Pareció muy complacido con la perspectiva—. Personas de mala fe.

—Si lo quiere decir así. Mala fe por pura maldad o mala fe para conseguir dinero. Es difícil saber el verdadero motivo. Esos pobres desgraciados no lo saben. Quieren la violencia y les gusta. No les gusta el mundo, no les gusta nuestra actitud materialista. No les gustan algunas de nuestras repugnantes maneras de hacer dinero, no les gustan muchas de las cosas que hacemos. No les gusta ver la pobreza, quieren un mundo mejor. Quizá se pueda hacer un mundo mejor, si lo piensas con detenimiento. Pero el problema es que, si insistes en sacar algo de su lugar, tienes que poner alguna otra cosa. La naturaleza no acepta un vacío. Es un dicho antiguo, pero muy cierto. Maldita sea, es como un trasplante de corazón. Sacas el enfermo pero necesitas poner otro. Uno que funcione. Además, tienes que tenerlo preparado antes de sacar el corazón defectuoso. En mi opinión, lo mejor sería no meterse en tantos berenjenales, pero supongo que nadie me escucharía. En cualquier caso, no es mi especialidad.

—¿Un gas? —sugirió el coronel Munro. El profesor Eckstein se animó al momento.

—Oh, tenemos gases de todo tipo en los depósitos. Hay algunos, por cierto, que son bastante inocuos. Digamos que producen unos efectos moderados. Los tenemos si los necesitan. —Sonrió como el vendedor de una ferretería que se felicita por haber complacido al cliente.

—¿Armas nucleares? —preguntó Munro.

—¡No se meta usted con esas cosas! ¿No me dirá usted que desea una Inglaterra radioactiva, o un continente radioactivo?

—O sea que no nos puede ayudar —manifestó Munro.

—No hasta que alguien averigüe un poco más de todo este asunto —respondió el científico—. Lo lamento, pero debo insistir en que la mayoría de las cosas en las que estamos trabajando en la actualidad son peligrosas. —Hizo una pausa y repitió—: Muy

peligrosas.

Los miró a todos con una expresión ansiosa, como podría mirar un tío nervioso a un grupo de chiquillos que se quedan solos con una caja de cerillas y que muy bien podrían incendiar la casa.

—Muchas gracias, profesor Eckstein —dijo Mr. Lazenby, aunque no parecía estar muy agradecido.

El profesor interpretó correctamente que acababan de despacharlo, sonrió a los presentes y salió de la habitación.

Mr. Lazenby consiguió a duras penas aguantar hasta que se cerrara la puerta para ventilar sus sentimientos.

—Los científicos son todos iguales —protestó amargamente—. Nunca se les ocurre nada práctico. No te dan ninguna solución razonable. Lo único que saben hacer es romper el átomo, pero después te dicen que ni se te ocurra usarlo.

—En eso último estoy de acuerdo —manifestó el almirante Blunt —. Lo que aquí necesitamos es algo más hogareño y doméstico, algo así como un herbicida selectivo que conseguiría… —Se interrumpió bruscamente—. ¿Qué demonios…?

—¿Sí, almirante? —preguntó el primer ministro cortésmente.

—Nada, es que acabo de recordar una cosa, pero no sé muy bien qué es.

Él primer ministro exhaló un suspiro.

—¿Todavía nos queda algún otro experto científico haciendo antesala? —preguntó Chetwynd, mirando su reloj con una expresión esperanzada.

—Creo que está el viejo Pikeaway —contestó Lazenby—. Trae un cuadro, un dibujo, un mapa o algo así que quiere enseñarnos.

—¿De qué se trata?

—No lo sé. Parece ser algo así como burbujas —señaló Mr. Lazenby con un tono vago.

—¿Burbujas? ¿Por qué burbujas?

—No tengo ni la menor idea. —Exhaló un suspiro—. Creo que lo mejor será que le echemos un vistazo.

—Horsham también está aquí.

—Quizá tenga alguna novedad que comunicarnos —dijo Chetwynd.

El coronel Pikeaway entró en la habitación, cargado con un pizarra de hule enrollada. Horsham le ayudó a desenrollarla y, con

algunas dificultades, la colocaron en una posición adecuada para que los demás pudieran mirarla.

—Todavía no lo hemos dibujado a escala, pero nos dará una idea aproximada —comentó el coronel Pikeaway.

—¿Qué significa, si es que tiene algún significado?

—¿Burbujas? —murmuró *sir* George. Se le ocurrió una idea—. ¿Es un gas? ¿Se trata de algún gas nuevo?

—Será mejor que usted dé las explicaciones, Horsham —dijo Pikeaway—. Usted conoce la idea general.

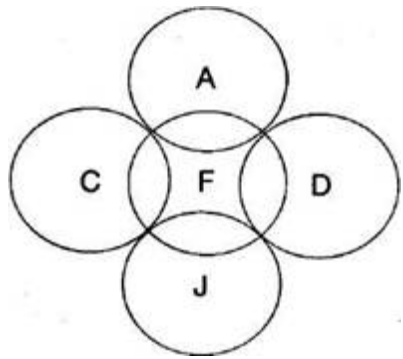
—Sólo sé lo que me han dicho. Es un diagrama aproximado de una asociación para el control mundial.

—¿Quiénes la forman?

—Grupos que poseen o controlan las fuentes de poder, las materias primas del poder.

—¿Qué significan las letras?

—Representan la persona o el nombre en código de un grupo determinado. Son círculos entrelazados que, en estos momentos, abarcaban el mundo entero.



—El círculo marcado con la letra «A» representa armamentos. Alguien, o algún grupo, tiene el control del armamento. Todo tipo de armamento. Explosivos, cañones, fusiles. En todo el mundo se están fabricando armas de acuerdo con un plan. Se envían a los países subdesarrollados, a las naciones más atrasadas, a las que están en guerra, pero no permanecen donde las envían, las vuelven a despachar casi de inmediato a otros lugares. A las guerrillas de Latinoamérica, a los grupos revolucionarios de Estados Unidos, a los arsenales del Poder Negro, a diversos países europeos.

»La «D» corresponde a las drogas. Una red de narcotraficantes se ocupa de la distribución. Disponen de todo tipo de drogas, desde las más inocentes a las auténticas asesinas. Parece probable que los cuarteles generales estén situados en Levante, y que la droga pasa por Turquía, Paquistán, la India y Asia Central.

—¿Ganan dinero con la droga?

—Verdaderas fortunas. Pero esto es algo más que un cártel de narcotraficantes. Tiene una vertiente mucho más siniestra. Se utiliza la droga para eliminar a los débiles entre los jóvenes, o convertirlos en esclavos. Personas que no pueden vivir, existir o trabajar sin inyectarse una dosis.

Kenwood soltó un silbido como manifestación de su sorpresa.

—Vaya montaje más infame, ¿no les parece? ¿Conocen ustedes las identidades de los narcotraficantes?

—Conocemos a algunos, pero son los subalternos. No a los que son los verdaderos amos. Los centros de la droga, hasta donde sabemos, se encuentran en Oriente y Asia Central. La distribución se hace ocultando la droga en los neumáticos de los coches, en sacos de cemento, en toda clase de maquinaria y productos industriales. Se reparte por todo el mundo y pasa las aduanas camuflada como bienes de consumo.

»La «F» designa a las finanzas. ¡Dinero! Una telaraña que maneja el dinero. Tendrán que llamar a Mr. Robinson para que les hable del dinero. Según un último informe, el dinero viene en gran medida de Estados Unidos y también hay un cuartel general en Baviera. Tienen una vasta reserva de diamantes y oro en Sudáfrica. La mayor parte del dinero acaba en Sudamérica. Uno de los principales controladores del dinero, si puedo usar la expresión, es una mujer muy poderosa y con un enorme talento. Es muy vieja, debe de estar muy cerca de la muerte, pero todavía se mantiene fuerte y activa. Se llama Charlotte Krapp. Su padre era el propietario de las industrias Krapp en Alemania. La mujer demostró en Wall Street ser un genio de las finanzas. Acumuló grandes riquezas invirtiendo en todas partes del mundo. Es propietaria de empresas de transporte, astilleros, fábricas de armamento, todas esas cosas. Vive en un inmenso castillo en Baviera y, desde allí, dirige las remesas de dinero a todos los lugares del mundo.

»La «C» es la inicial que indica la ciencia, los nuevos desarrollos

en la guerra química y bacteriológica. Varios jóvenes científicos han desertado. Creemos que hay un grupo de ellos en Estados Unidos, que han jurado dedicarse a la causa de la anarquía.

—¿Luchan por la anarquía? Aquí hay una contradicción en los términos. ¿Puede haber algo así?

—Crees en la anarquía cuando eres joven. Deseas un mundo nuevo y, para comenzar, tienes que tirar abajo el viejo, de la misma manera que tiras abajo una casa antes de comenzar a construir la nueva. Pero si no sabes adónde vas, si no sabes en qué te están metiendo, con engaños o a la fuerza, ¿cómo será ese mundo nuevo y dónde estarán los creyentes cuando lo consigan? Algunos de ellos serán esclavos, otros estarán cegados por el odio, o dominados por la violencia y el sadismo, teórico y práctico, y también los habrá, y Dios se apiade de ellos, que continuarán siendo idealistas, que continuarán creyendo lo mismo que la gente de Francia creía, en tiempos de la Revolución Francesa, que aquella revolución traería la prosperidad, la paz, la felicidad y la riqueza para el pueblo.

—¿Se puede saber qué estamos haciendo nosotros para resolver todo esto? ¿Puedo preguntar qué nos proponemos hacer? —manifestó el almirante Blunt.

—¿Qué estamos haciendo? Todo lo que podemos. Les aseguro a ustedes, a todos lo que están presentes aquí, que estamos haciendo todo lo que está a nuestro alcance. Tenemos personas trabajando para nosotros en todos los países. Tenemos agentes y colaboradores que recogen información y nos la envían.

—Algo que es muy necesario —afirmó el coronel Pikeaway—. En primer lugar necesitamos saber, enterarnos de quién es quién, saber quién está con nosotros y quién está en contra. Después, estaremos en condiciones de pensar en lo que se puede hacer, si es que se puede hacer algo.

»Le hemos dado a este dibujo el nombre de El Anillo. Aquí hay una lista de lo que sabemos sobre los líderes del Anillo. Los que aparecen con un signo de interrogación son aquellos de quienes sólo conocemos el nombre que utilizan, o de los que sospechamos que puedan ser quienes nos interesan.

EL ANILLO

F	La gran Charlotte	Baviera
A	Eric Olafsson	Suecia. Industrial. Armamento.
D	Demetrios	Esmirna. Drogas.
C	Dr. Sarolensky.	Colorado. Estados Unidos. Físico-químico. Sospechoso solamente.
J	Juanita	Una mujer. Se dice que es peligrosa. Se desconoce su verdadero nombre.

Capítulo 15

TÍA MATILDA SIGUE UNA CURA

I

Yo había pensado en una cura de algún tipo —aventuró *lady* Matilda—. ¿Una cura? —dijo el Dr. Donaldson. Por un instante, pareció un tanto intrigado y perdió aquel aire de omnisciencia médica que, por supuesto, según creía *lady* Matilda, era uno de los pequeños inconvenientes añadidos al hecho de verse atendida por un médico más joven, en lugar del viejo galeno al que había estado acostumbrada durante tantos años.

—Es así como las llamábamos —le explicó *lady* Matilda—. En mis años mozos, sabe usted, tomábamos una cura. Viajabas a Marienbad, a Carlsbad, a Baden-Baden y a todos los balnearios. Precisamente el otro día leí en el periódico una nota sobre un lugar que acaban de inaugurar. Muy nuevo y moderno. Dicen que tiene toda clase de nuevas ideas y cosas por el estilo. No es que me entusiasmen las nuevas ideas, pero tampoco me dan mucho miedo. Me refiero a que probablemente serán las mismas cosas de siempre con otro nombre. Agua con gusto a huevos podridos, la última palabra en dietas y caminatas para tomar la cura o las aguas, o como lo llamen ahora, a una hora muy inconveniente de la mañana. Supongo que también te dan masajes o algo así. Suele ser un masaje de algas. Pero este balneario está en las montañas, en Baviera, Austria o un lugar así. Por lo tanto, supongo que no usarán algas. Tal vez algún hongo repugnante, aparte, claro está, del agua mineral y la que huele a huevos podridos. Tengo entendido que la

edificación es soberbia. Lo único que te pone un poco nerviosa es que, en la actualidad, parecen poco partidarios de poner barandillas en los edificios modernos. Grandes escaleras de mármol y todo eso, pero nada en que sujetarte.

—Creo que sé cuál es el lugar al que se refiere —manifestó el doctor Donaldson—. Le han hecho mucha publicidad en la prensa.

—Bueno, ya sabe usted como es la gente de mi edad —comentó *lady* Matilda—. Nos gusta probar cosas nuevas. Creo que eso es sólo porque nos divierte. En realidad, no es que te mejore la salud en nada. Así y todo, a usted no le parece una mala idea, ¿no es verdad, doctor Donaldson?

El médico la miró. No era tan joven como lo catalogaba *lady* Matilda. Rondaba los cuarenta y era un hombre con mucho tacto y bondadoso, dispuesto a tolerar los caprichos de sus ancianos pacientes siempre y cuando lo considerara oportuno y no representara un riesgo.

—Estoy seguro de que no puede hacerle ningún daño —admitió —. Quizá sea una buena idea. Por supuesto, viajar cansa un poco, aunque en la actualidad se puede ir a todas partes en avión, es un medio rápido y poco fatigoso.

—Rápido sí, poco fatigoso no —replicó *lady* Matilda—. Hay rampas y escaleras mecánicas, tienes que subir y bajar de los autobuses desde la terminal al avión y del avión a la terminal, y del aeropuerto a otro autobús. Sin embargo, tengo entendido que en los aeropuertos tienen sillas de ruedas.

—Por supuesto. Una idea excelente. Si me promete que la usará en vez de pretender ir caminando a todas partes…

—Lo sé, lo sé —le interrumpió la paciente—. Usted me comprende. En realidad es usted un hombre muy comprensivo. Una tiene su orgullo y, mientras te las puedas apañar con un bastón o con un poco de ayuda, no quieres aparecer como una inválida. Sería mucho más sencillo si fuera un hombre —comentó—. Me refiero a que te puedes vendar una pierna con una de esas enormes vendas y cosas acolchadas como si tuvieras gota. Quiero decir que la gota queda muy bien para el sexo masculino, nadie piensa mal de ellos porque padezcan de gota. Puede que algunos de sus viejos amigos crean que le han estado dando demasiado al oporto, porque ésa es la idea de fondo, aunque no creo que sea cierta. El oporto no te

produce gota. Sí, una silla de ruedas y podré volar a Munich o algún lugar así. Podría pedir que me esperara un coche o algo parecido al otro lado.

—Se llevará usted a *miss* Leatheran, por supuesto.

—¿Amy? Oh, desde luego. No podría arreglármelas sin ella. En cualquier caso, usted no cree que pueda serme perjudicial, ¿verdad?

—En absoluto. Creo que puede hacerle mucho bien.

—Es usted un hombre encantador.

Lady Matilde le obsequió con un guiño no carente de cierta coquetería.

—Usted cree que me divertirá y me animará ir a un lugar nuevo, ver algunas caras nuevas y, por supuesto, tiene usted toda la razón. Pero la verdad es que prefiero creer que estoy haciendo una cura, aunque en realidad no tengo nada de que curarme. Es así, ¿no? No tengo nada, ¿verdad? Nada, excepto ser vieja. Por desgracia, la vejez no se cura. Te haces más vieja por mucho que quieras impedirlo.

—La cuestión importante es saber si se lo pasara bien. Yo creo que sí. Por cierto, si se cansa haciendo algo, deje de hacerlo.

—Le juro que no dejaré de beber vasos y más vasos de agua, incluso si el agua sabe a huevos podridos. No porque me guste, o francamente crea que me hará bien, sino porque tiene algo que ver con un sentimiento de mortificación. Es algo así como lo que sienten las viejas en los pueblos. Siempre quieren algún jarabe que sea de color negro, rojo o rosa intenso, y con un fuerte sabor a pipermín. Creen que es mucho más efectivo que una píldora o una botella que parece estar llenar de agua del grifo sin ningún color exótico.

—Sabe usted mucho de la naturaleza humana —opinó el doctor Donaldson.

—Es usted muy amable conmigo, y se lo agradezco. ¡Amy! —llamó la anciana.

—¿Sí, *lady* Matilda?

—Tráeme un atlas, por favor. Le he perdido la pista a Baviera y los países que la rodean.

—Deje que lo piense. Un atlas. Supongo que debe haber alguno en la biblioteca. Sin duda, tiene que haber más de uno, aunque creo que todos son del 1920 más o menos.

—¿Estás segura de que no tenemos ninguno un poco más moderno?

—Un atlas —murmuró Amy sumida en sus reflexiones.

—Si no hay, compra uno y tráelo mañana por la mañana. Será una tarea difícil porque todos los nombres ahora son diferentes, los países son diferentes y no sabré donde estoy. Pero tú ya me ayudarás con esa parte. Consígueme también una lupa, de las grandes. Creo recordar que el otro día usé una para leer en la cama. Seguramente, se cayó entre la cama y la pared.

Se tardó un poco en satisfacer sus requerimientos pero finalmente *lady* Matilda se hizo con el atlas nuevo, la lupa y otro atlas viejo para comprobar que se trataba de los mismos lugares, y Amy, amable como era, pensó *lady* Matilda, la ayudó mucho.

—Sí, aquí está. Por lo visto, continúa llamándose Monbrügge o algo parecido. Está en el Tirol o Baviera. Todo parece haber cambiado de lugar y tener otros nombres.

II

Lady Matilda echó una ojeada a la habitación que ocupaba en el balneario. Estaba muy bien amueblada y, por supuesto, era muy cara. Combinaba la comodidad con una apariencia austera que podía llevar al ocupante a identificarse con una ascética vida de ejercicios, dietas y dolorosas sesiones de masajes. El mobiliario era interesante, satisfacía todos los gustos. Había un ideario escrito en letras góticas y enmarcado. El alemán de *lady* Matilda no era tan bueno como lo había sido en su juventud, pero interpretó que tenía alguna relación con la encantadora idea de un regreso a la dorada juventud. No sólo la juventud tenía el futuro en sus manos, sino que se adoctrinaba a los viejos para que sintieran que también ellos podrían conocer un segundo rejuvenecimiento.

Había amables consejos para que se siguieran las doctrinas de cualquiera de los muchos caminos en la vida que atraían a diferentes clases de personas, suponiendo que tuvieran el dinero para pagárselo. Junto a la cama había una biblia Gideon como las que *lady* Matilda había encontrado en todas las habitaciones de

hotel durante sus viajes por Estados Unidos. La cogió satisfecha, la abrió al azar y apoyó un dedo en uno de los versículos. Lo leyó, asintiendo complacida y tomó nota en el bloc que había en la mesilla de noche. Era algo que había hecho muy a menudo en el curso de su vida, era su manera de conseguir la guía divina sin mayores molestias.

He sido joven y ahora soy viejo, pero todavía no he visto abandonados a los justos.

Hizo nuevas exploraciones. Colocado a mano pero no demasiado aparente había un *Almanach de Gotha*, modestamente situado en el estante inferior de la mesilla de noche. Un libro muy valioso para todos aquellos interesados en conocer a los integrantes de los niveles más altos de la sociedad desde hacía generaciones, y que continuaba siendo una obra de consulta imprescindible para aquellos que poseían un linaje aristocrático o se interesaban por el tema. «Puede serme útil —pensó—. Siempre te enteras de algo nuevo».

Cerca de la mesa, junto a la estufa de porcelana, había ediciones de bolsillo de los discursos y reflexiones de los profetas modernos. Aquellos que estaban ahora o habían estado clamando en el desierto se encontraban aquí para ser estudiados y aprobados por jóvenes seguidores con largas pelambreras, curiosas vestimentas y corazones ansiosos. Marcuse, Che Guevara, Lévi-Strauss, Fanón.

Se dijo que más le valdría echarles una ojeada si esperaba tener alguna conversación con representantes de la juventud dorada.

En aquel momento se oyó una tímida llamada. Se entreabrió la puerta y por la abertura asomó el rostro de la fiel Amy. A *lady* Matilda se le ocurrió de pronto que Amy tendría el aspecto de una oveja cuando cumpliera diez años más, una oveja dócil, fiel y amable que, por ahora, y se alegraba de que así fuera, mantenía el aspecto de una bonita y bien cebada cordera con ricitos, ojos de mirada pensativa y bondadosa, que seguía balando en vez de dar berridos.

—Espero que haya dormido bien.

—De maravilla, querida, como nunca. ¿Has traído esa cosa?

Amy siempre sabía interpretarla. Se la alcanzó a su patrona.

—Ah, la hoja con la dieta. —Le echó un vistazo—. ¡Vaya, que cosa más insípida y poco apetitosa! ¿Qué tal es el agua que debemos beber?

—No tiene muy buen sabor.

—No, ya me lo suponía. Espera un momento, no te vayas. Quiero que eches una carta al correo.

Lady Matilda apartó la bandeja del desayuno y se dirigió a la mesa. Pensó durante unos minutos en el contenido de la carta y después la escribió.

—Esto tendría que bastar —murmuró.

—Perdón, *lady* Matilda, ¿decía usted algo?

—Le escribía a la vieja amiga de la que te hablé.

—¿Aquella que no ve desde hace cincuenta o sesenta años?

Lady Matilda asintió.

—Confío en… —añadió Amy, con un tono de disculpa—. Me refiero a… que ha pasado mucho tiempo. En la actualidad, la gente no tiene buena memoria. Espero que ella recuerde quien es usted y todo lo demás.

—Por supuesto que se acordará —afirmó la anciana—. Las personas que no olvidas son aquellas que conociste cuando tenías entre los diez y los veinte años. Se te quedan grabadas en la memoria para siempre. Recuerdas los sombreros que llevaban, la manera de reírse, los defectos y las buenas cualidades, y todo lo demás. En cambio, si me preguntan por alguien que conocí hará unos veinte años, no podría decir quién es, aunque me lo expliquen o incluso si lo vuelvo a encontrar. Oh, sí, ella se acordará de mí y todo lo de Lausana. Tú ocúpate de enviar la carta. Tengo que hacer otras cosas.

Se hizo con el *Almanach de Gotha* y volvió a meterse en la cama. Comenzó a leer atentamente todos aquellos artículos que podían serle útiles. Relaciones familiares y diversos parentescos. Quién se había casado con quién, donde vivían algunos, las desgracias padecidas por otros. Por supuesto, la persona que tenía en mente no la encontraría en el *Gotha*, pero vivía en esta región, había venido a vivir a un castillo que había pertenecido a la nobleza, y se había hecho acreedora del respeto y la adulación de todos aquellos de linaje aristocrático. Por supuesto, como bien sabía *lady* Matilda, no podía reclamar un nacimiento de alcurnia. Había tenido que

compensarlo con dinero, montañas y montañas de dinero.

Lady Matilda Cleckheaton no tenía ninguna duda de que, siendo como era la hija de un duque, sería recibida con todo los honores. Quizá la invitaran a tomar café y a saborear unos pasteles deliciosos.

III

Lady Matilda Cleckheaton entró en una de las grandes salas de recibo del castillo. Había sido un viaje de quince millas. Se había vestido con esmero, aunque Amy no se había mostrado muy de acuerdo. Amy casi nunca daba consejos, pero le preocupaba tanto que su patrona causara buena impresión que esta vez se había atrevido a formular una ligera crítica.

—¿No cree usted que el vestido rojo está un pelín gastado? Usted ya me entiende. Me refiero a las axilas y… bueno, también hay dos o tres zonas en que la tela brilla demasiado.

—Lo sé, querida, lo sé. Es un vestido raído pero así y todo es un modelo de Patou. Es viejo pero costó una fortuna. No pretendo presentarme como una mujer rica o extravagante. Sólo soy un miembro de una familia aristocrática venida a menos. Cualquiera de menos de cincuenta me despreciaría, pero mi anfitriona lleva años viviendo en una parte del mundo donde los ricos tienen que esperar a que les sirvan la comida, mientras la dueña de la casa se desvive por una vieja pobretona de rancio linaje. Las tradiciones familiares son cosas que no se pierden con facilidad. Las llevas siempre contigo, incluso cuando vas a un lugar nuevo. Por cierto, en mi baúl encontrará una boa.

—¿Llevará una boa?

—Así es. Una boa de plumas de avestruz.

—Ay, madre, debe de ser antiquísima.

—Lo es, pero siempre la he guardado con mucho cuidado. Verás, Charlotte reconocerá lo que representa. Creerá que un miembro de una de las mejores familias de Inglaterra se ve obligada a vestir las viejas prendas que ha tenido guardadas durante años. También llevaré mi abrigo de piel de foca. Está un poco gastado, pero era un

abrigo soberbio en su momento.

Lady Matilda se puso en marcha ataviada de tal guisa, escoltada por Amy, que vestía con elegancia y mucha discreción como correspondía a una secretaria y dama de compañía.

Matilda Cleckheaton estaba preparada para lo que vio. Una ballena, le había avisado Stafford. Una ballena en seco, una mujer siniestra sentada en una enorme sala donde había una millonada en cuadros. La gorda se levantó con algunas dificultades de una silla parecida a un trono que bien podría haber formado parte del decorado del palacio de un acaudalado príncipe de la Edad Media.

—¡Matilda!

—¡Charlotte!

—¡Ah! Después de tantos años. ¡Qué extraño me resulta!

Comenzaron a charlar con gran entusiasmo, utilizando el alemán y el inglés. El alemán de *lady* Matilda flaqueaba un poco. Charlotte hablaba un alemán excelente, lo mismo que el inglés, aunque a ratos lo hacía con un fuerte acento gutural y otras con el tono nasal de los norteamericanos. *Lady* Matilda se dijo que hacía mucho que no veía a nadie tan siniestro. Por un momento, sintió un cierto aprecio que tenía sus raíces en el pasado, aunque también recordó que Charlotte siempre había sido un personaje más bien detestable.

Nadie la había apreciado como persona y ella todavía menos, pero existía un fuerte vínculo nacido en los recuerdos de los días de escuela. No sabía si Charlotte le profesaba aprecio alguno, pero recordaba que se le había pegado como una lapa desde el primer momento. Quizás había soñado con pasar una temporada en el castillo de un duque en Inglaterra. El padre de *lady* Matilda, si bien tenía un linaje digno de todo encomio, había sido uno de los duques más pobres de Inglaterra. Lo poco que tenía se había mantenido gracias al dinero de la mujer que era su esposa, a la que trataba con la mayor cortesía y que ella correspondía maltratándole cada vez que podía. *Lady* Matilda había tenido la fortuna de ser hija de su segunda esposa. La madre de Matilda había sido una persona encantadora y una actriz de renombre que sabía interpretar el papel de una duquesa mucho mejor que cualquier duquesa real.

Las dos mujeres intercambiaron recuerdos, los malos ratos que les habían hecho pasar a sus profesores, el éxito o el fracaso de los matrimonios de algunas de sus compañeras de colegio. Matilda

mencionó algunas alianzas y familias recogidas en las páginas del *Almanach de Gotha*: «Por supuesto que el casamiento de Elsa tuvo que ser algo terrible. Se casó con uno de los Borbones de Parma, ¿no es así? Sí, sí, bueno, ya se sabe como acaban esas cosas. Algo muy desafortunado».

Sirvieron el café acompañado con deliciosos milhojas y pasteles de crema.

—¡No tendría ni que tocarlos! —exclamó *lady* Matilda—. ¡De ninguna manera! Mi médico es muy severo. Dice que debo seguir la cura al pie de la letra mientras estoy aquí. Pero, después de todo, un día es un día, ¿no es así? La renovación de la juventud. Eso me interesa más que cualquier otra cosa. Mi sobrino nieto que te visitó no hace mucho, ahora no recuerdo quién le trajo aquí, la condesa… ah, comenzaba con zeta. No recuerdo su nombre.

—La condesa Renata Zerkowski.

—Ah, sí, ése era su nombre. Creo que es una joven realmente encantadora. Le trajo aquí para presentártelo. Fue muy amable de su parte. Stafford se quedó muy impresionado contigo y con todas tus hermosas posesiones. También le impresionó mucho tu estilo de vida y, desde luego, las cosas maravillosa que oyó decir de ti. Me dijo que tienes todo un movimiento de… no sé qué nombre darle… algo así como una galaxia juvenil. Jóvenes rubios y apuestos. Reunidos a tu alrededor, jóvenes que te adoran. Sin duda disfrutas de una vida fantástica. Yo no podría hacer algo así. Tengo que vivir con mucha mesura y discreción. La artritis reumatoide, además de las dificultades financieras. Ya cuesta lo suyo mantener la casa familiar. Bueno, tú ya sabes lo que tenemos que soportar en Inglaterra, siempre con problemas con el fisco.

—Recuerdo a tu sobrino. Un hombre muy agradable. Creo que pertenece al cuerpo diplomático, ¿no es así?

—Así es, pero la verdad es que, a mi juicio, su talento no recibe todo el reconocimiento que merece. No me cuenta gran cosa, no se queja, pero tiene la sensación de que no se le tiene en cuenta y se le posterga. ¿Tú qué opinas de la gente que ocupa los más altos cargos del gobierno? Al fin y al cabo, ¿qué son?

—¡*Canaille*! —afirmó la gorda.

—Intelectuales carentes de todo *savoir faire*. Hace cincuenta años todo hubiera sido muy diferente —opinó *lady* Matilda—, pero ahora

su ascenso no llega. Te diré más: han llegado al extremo de desconfiar de Stafford. Sospechan que es una persona con tendencias rebeldes, que ve con simpatía las teorías revolucionarias. Claro que todos debemos comprender lo que promete el futuro para un hombre capaz de abrazar ideas más avanzadas.

—¿Quieres decir que no está de acuerdo con eso que en Inglaterra llaman el Sistema?

—Calla, calla, no debemos decir esas cosas. Al menos, yo no debo.

—Eso que dices me interesa.

Lady Matilde exhaló un suspiro.

—Atribúyelo, si quieres, al cariño de una tía mayor. Staffy siempre ha sido mi sobrino favorito. Tiene encanto y mucho ingenio. Creo que también tiene ideas. Imagina un futuro que no tiene nada que ver con la realidad presente. Nuestro país, hay que reconocerlo, vive una situación política realmente lamentable. Stafford parece estar muy impresionado con las cosas que le dijiste y le mostraste. Tengo entendido que has hecho muchísimo en pro de la música. Lo que necesitamos, y cada vez estoy más convencida, es el ideal de la raza superior.

—Eso es indudable. Adolf Hitler estaba en lo cierto —afirmó Charlotte—. Como individuo no valía gran cosa, pero había talento artístico en su carácter y no hay ninguna duda de que era el líder por excelencia.

—Ah, sí. El liderazgo, eso es lo que necesitamos.

—Os equivocasteis de aliados en la última guerra, querida. Si Inglaterra y Alemania se hubieran unido compartiendo los mismos ideales de juventud, poder y la supremacía de la raza aria, piensa en lo que hubiese podido llegar a ser. No obstante, quizá sea un punto de vista un tanto limitado. En algunas cosas, los comunistas y los demás nos dieron una lección. «¿Trabajadores del mundo uníos?». Eso es conformarse con muy poco. Los trabajadores no son más que nuestro material. El lema es «¡Líderes del mundo uníos!». Jóvenes de buena raza, dotados para el liderazgo, pues no podemos empezar con esos hombres de mediana edad que se repiten a ellos mismos como discos rayados. Debemos buscar entre la población universitaria a los jóvenes con corazones valientes, con grandes ideas, dispuestos a marchar, dispuestos a morir pero también a

matar. A matar sin remordimientos, porque es muy cierto que, sin agresividad, sin violencia, sin ataque, no puede haber victoria. Quiero mostrarte algo.

Charlotte se puso de pie con algunas dificultades. *Lady* Matilda la imitó, exagerando sus esfuerzos porque en realidad era más ágil de lo que aparentaba.

—Fue en mayo de 1940 —le explicó Charlotte—, cuando las juventudes hitlerianas pasaron a la segunda etapa, cuando Himmler obtuvo de Hitler la autorización para fundar un cuerpo de élite, la famosa SS. Se constituyó para acabar con los pueblos orientales, los eslavos, la gente destinada a ser los esclavos del mundo. Era necesario eliminarlos para hacer lugar a la raza germana. Nacieron las SS como el brazo ejecutor. —La voz de la anciana adoptó un tono casi religioso.

Lady Matilde estuvo a punto de persignarse.

—La orden de la Calavera —añadió Charlotte.

Cruzó la habitación a paso lento para acercarse a la pared donde había un pergamino enmarcado. En la parte superior había dibujada una calavera y debajo aparecían los artículos que regían la orden de la Calavera.

—Ésta es mi posesión más preciada. La tengo aquí. Mi grupo de jóvenes la saludan cuando entran en esta sala. En los archivos del castillo se guardan las crónicas de la orden. Algunas sólo las leen los más valientes, pero se debe aprender a aceptar esas cosas. Las muertes en las cámaras de gas, las celdas de tortura. En los juicios de Nuremberg se denigraron todas esas cosas, pero constituyen una gran tradición. La fuerza a través del dolor. Se preparaba a los jóvenes para que no flaquearan, para que no se apiadaran. Incluso Lenin, cuando predicaba la doctrina marxista, declaró: «¡Acabemos con la piedad!». Fue una de sus primeras normas para la creación del Estado Perfecto. Pero fuimos demasiados estrechos de mira. Quisimos confinar nuestro gran sueño sólo a la raza germana. Pero hay otras razas. Ellas también pueden alcanzar la supremacía a través del sufrimiento, la violencia y una adecuada práctica de la anarquía. Debemos echar abajo, erradicar de una vez para siempre todas las instituciones piadosas. Debemos acabar con las religiones más humillantes. Existe una religión de los fuertes, la vieja religión vikinga. Contamos con un líder, un joven que cada día ostenta más

poder. ¿Quién fue el gran hombre que dijo: «Dadme las herramientas y haré el trabajo»? Si no fueron ésas sus palabras, fue algo muy parecido. Nuestro líder tiene las herramientas y tendrá más incluso. Tendrá los aviones, las bombas, todo lo necesario para la guerra química; tendrá los hombres para el combate; tendrá los transportes; tendrá los barcos y el combustible; tendrá lo que podríamos denominar la lámpara de Aladino. No tiene más que frotar la lámpara para que aparezca el genio. Todo está en sus manos. Los medios de producción, las finanzas… Y nuestro joven líder, el jefe supremo por nacimiento y carácter, los tiene.

La vieja gorda comenzó a toser.

—Deja que te ayude.

Lady Matilda la acompañó hasta la silla. Charlotte se sentó entre quejas y jadeos.

—Es muy triste ser vieja, pero viviré lo suficiente, asistiré al triunfo del mundo nuevo, de una nueva creación. Eso es lo que tú quieres para tu sobrino. Me ocuparé de que lo tenga. Desea el poder en su propio país, eso es lo que quiere, ¿no? ¿Estás dispuesta a colaborar con nuestra punta de lanza en tu país?

—En un tiempo tenía influencias, pero ahora… —*Lady* Matilda meneó la cabeza como muestra de su tristeza—. Todo se ha esfumado.

—La recuperarás, querida —afirmó Charlotte—. Has hecho bien en acudir a mí. Tengo ciertas influencias.

—Es una gran causa —admitió *lady* Matilda. Exhaló un suspiro —. El joven Sigfrido.

—Espero que haya disfrutado con la visita a su vieja amiga —comentó Amy, mientras regresaban al hotel.

—Te hubieras quedado pasmada si llegas a oír la cantidad de tonterías que he dicho —replicó *lady* Matilda Cleckheaton.

Capítulo 16

HABLA PIKEAWAY

Las noticias de Francia son muy malas —manifestó el coronel Pikeaway, quitándose de la solapa un montón de ceniza de puro—. Se lo oí decir a Winston Churchill en la última guerra. Era un hombre que hablaba con claridad y que no usaba más palabras de las necesarias. Era muy impresionante. Nos decía lo que necesitábamos saber. Bueno, ha pasado mucho tiempo, pero creo que hoy lo podemos repetir: las noticias de Francia son muy malas.

El coronel se interrumpió, ahogado por un súbito ataque de tos. Los demás esperaron sin decir palabra. Pikeaway acabó de toser, respiró un poco, se quitó más ceniza de la solapa, y reanudó el discurso.

—Las noticias de Italia son muy malas. Supongo que las noticias de Rusia también serán malísimas, aunque no han dicho esta boca es mía. Ya tienen sus problemas. Los estudiantes se han hecho con el control de las calles. Destrozan los escaparates, asaltan las embajadas. Las noticias de Egipto son muy malas. Las noticias de Jerusalén son muy malas. Las noticias de Siria son muy malas. Todo eso es más o menos normal, así que no debemos preocuparnos demasiado. Las noticias que llegan de Argentina son peculiares, yo diría que muy peculiares. Argentina, Brasil y Cuba se han unido. Ahora se llaman Federación de Estados de la Juventud Dorada o algo así. También disponen de un ejército bien entrenado, bien armado y bien dirigido. Tienen aviones, tienen bombas y tienen Dios sabe qué. La mayoría de ellos al parecer sabe utilizar el armamento, algo que complica aún más las cosas. Asimismo, parecen disponer de una multitud de cantantes: canciones pop,

viejas tonadas del folclore local y antiguos himnos de batalla. Actúan más o menos como lo hacía el Ejército de Salvación, no estoy diciendo ninguna blasfemia ni critico al Ejército de Salvación. Siempre hizo un trabajo magnífico. Ah, aquellas muchachas sí que eran un encanto con sus sombreros tan monos.

»Me han dicho que algo que sigue más o menos el mismo esquema está en marcha en los países civilizados, comenzando por nosotros. Supongo que a algunos de nosotros todavía se nos puede seguir llamando civilizados, ¿no? Recuerdo que el otro día uno de nuestros políticos dijo que éramos una nación extraordinaria, principalmente porque éramos permisivos, hacíamos manifestaciones, destrozábamos cosas, la emprendíamos a puñetazos con cualquiera si no teníamos nada mejor que hacer, nos desprendíamos de nuestros elevados valores a través de la violencia y de nuestra pureza moral desnudándonos en público. No sé si sabía de lo que hablaba, los políticos casi nunca saben lo que dicen, pero se las apañan para que suene bonito. Para eso son políticos.

Pikeaway hizo una pausa y miró con expresión interrogativa al hombre que había sido el principal destinatario de la larga parrafada.

—Preocupante, tristemente preocupante —manifestó *sir* George Packham—. Resulta muy difícil de creer, pero es preocupante. Si tan sólo pudiéramos… ¿Ésas son todas las noticias qué tiene? —preguntó con un tono de súplica.

—¿No le parecen bastantes? Es usted un hombre difícil de complacer. La anarquía mundial avanza a pasos de gigante, eso es lo que tenemos. Le flaquean un poco las piernas, todavía no está asentada del todo, pero le falta muy poco, poquísimo.

—¿No me dirá que no se pueden tomar medidas para poner coto a la situación?

—No es tan sencillo como usted cree. Los gases lacrimógenos han servido para detener las manifestaciones durante unas horas y darle un respiro a la policía. Naturalmente, disponemos de abundante material para la guerra bacteriológica, armas nucleares y otras armas secretas. ¿Qué cree usted que pasará si comenzamos a utilizarlas? Exterminaremos a todos los manifestantes, pero también acabaremos con las amas de casa que van a la compra, con los jubilados que están en sus casas, con una buena parte de nuestros

pomposos políticos que nos dicen que vivimos mejor que nunca, además de unos cuantos de los que estamos presentes en esta habitación.

»Por otra parte —señaló Pikeaway—, si sólo le interesan las noticias, creo que usted tiene algunas sensacionales que llegan hoy directamente desde Alemania. Todo muy secreto. Nada menos que *Herr* Heinrich Spiess en persona.

—¿Cómo demonios se ha enterado? Se supone que era algo muy secreto.

—Aquí lo sabemos todo —replicó el coronel, empleando su frase favorita—. Para eso estamos. Si no me equivoco, le acompaña un médico.

—Sí, un tal Dr. Reichardt. Supongo que será algún científico de primera fila.

—No. Es doctor en medicina. Se ocupa de los locos.

—Dios nos libre. ¿Un psiquiatra?

—Es probable. Casi todos los que están a cargo de los manicomios lo son. Si tenemos suerte, quizá venga para que examine las cabezas de algunos de nuestros jóvenes revolucionarios. Tienen un empacho de filosofía alemana, de pensamientos del Poder Negro, de los postulados de escritores franceses muertos y no sé cuántas tonterías más. Esperemos que también pueda examinar las cabezas de nuestras lumbreras judiciales que presiden nuestros tribunales que proclaman a voz en cuello que debemos hacer lo imposible para no dañar el ego de un joven porque quizá desee trabajar para ganarse la vida. Todos estaríamos mucho más seguros si cobraran del paro. Entonces podrían pasarse todo el día en sus habitaciones, entretenidos en la lectura de más filosofía y sin pegar sello. Claro está que soy un anticuado. Lo sé. No hace falta que me lo recuerden.

—Hay que tener en cuenta las nuevas corrientes de pensamiento —señaló *sir* George Packham—. Uno considera, mejor dicho uno confía… bueno, resulta un tanto difícil decir…

—Sin duda debe ser algo preocupante para usted —opinó el coronel Pikeaway— encontrar algo que le resulta difícil decir. — Sonó el teléfono. Atendió la llamada, y después le pasó al teléfono a *sir* George.

—¿Sí? ¿Sí? Ah, sí. Estoy de acuerdo. Supongo…, no, no en el

ministerio del Interior. No. Dice usted en privado. Bueno, supongo que podríamos utilizar… —*Sir* George miró en derredor cautelosamente.

—No hay micrófonos en esta habitación —le informó Pikeaway amablemente.

—El nombre en código es Danubio azul —dijo *sir* George con voz ronca—. Sí, sí, llevaré a Pikeaway conmigo. Ah, sí, por supuesto. Sí, sí. Llámelo. Sí, usted manifestó que tenía mucho interés en verle, pero recuerde que nuestro encuentro tiene que ser estrictamente privado.

—Entonces no podremos ir en mi coche —intervino Pikeaway—. Es demasiado conocido.

—Henry Horsham vendrá a buscarnos con el Volkswagen.

—Muy bien. Todo esto es muy interesante —comentó el coronel.

—No creerá que… —*Sir* George vaciló.

—¿No creo qué?

—En realidad sólo quería… bueno… no se molestará usted si le sugiero una cepillada, ¿verdad?

—Ah, esto. —El coronel Pikeaway dio un ligero golpe en el hombro de su chaqueta y la nube de ceniza de tabaco hizo toser a *sir* George.

—¡Nanny! —gritó el coronel, al tiempo que apretaba uno de los timbres que tenía en el escritorio.

Una mujer de mediana edad, provista de un cepillo, entró con una celeridad propia del genio de la lámpara de Aladino.

—Por favor, contenga la respiración, *sir* George —dijo—. Esto puede resultar un tanto molesto.

Mantuvo la puerta abierta y *sir* George se retiró al despacho de la secretaria, mientras la mujer cepillaba al coronel, que no dejaba de rezongar.

—Estas gentes son un verdadero incordio. Siempre quieren verte hecho un figurín.

—Yo no me atrevería a describir su apariencia precisamente como la de un figurín, coronel. Ya tendría que estar usted acostumbrado a que lo cepille. Además, sabe usted muy bien que el ministro del Interior padece de asma.

—Es culpa suya. No se ocupa de eliminar la contaminación de las calles de Londres. —El coronel salió en busca de *sir* George—.

Venga, es hora de ir a escuchar lo que ha venido decirnos nuestro amigo alemán. Por las prisas que tiene, cualquiera diría que es algo urgente.

Capítulo 17

HERR HEINRICH SPIESS

Herr Heinrich Spiess era un hombre preocupado. Tampoco hacía nada por disimularlo. Admitía, sin darle más vueltas, que la situación que discutían los cinco hombres reunidos aquí era muy grave. Al mismo tiempo, aportaba la sensación de seguridad que había sido su principal carta al enfrentarse a las recientes dificultades de la vida política en Alemania. Era un hombre fuerte, sereno, capaz de aportar sentido común a cualquier discusión. No daba la impresión de ser un hombre brillante y eso también resultaba tranquilizador. Los políticos brillantes habían sido los responsables de por lo menos dos tercios de las crisis nacionales vividas en más de un país. La otra tercera parte la habían causado aquellos políticos incapaces de disimular el hecho de que, a pesar de haber sido elegidos por gobiernos democráticos, carecían de juicio, sentido común y de cualquier otra señal visible de inteligencia.

—En primer lugar, quiero que quede muy claro que ésta no es una reunión oficial —manifestó el canciller.

—Por supuesto, por supuesto.

—Me ha llegado cierta información que considero esencial compartir con ustedes. Da un nuevo enfoque a ciertos acontecimientos que nos han tenido intrigados, además de profundamente inquietos. Éste es el Dr. Reichardt.

Se hicieron las presentaciones. El Dr. Reichardt era un gigantón de aspecto amable con la costumbre de repetir «*Ach, so*» de vez en cuando.

—El Dr. Reichardt está a cargo de una gran institución en las

afueras de Karlsruhe. Trata a enfermos con problemas psíquicos. Creo que no me equivoco si digo que trata usted entre quinientos y seiscientos pacientes.

—*Ach, so* —asintió el Dr. Reichardt.

—Tengo entendido que trata usted diversas enfermedades mentales.

—*Ach, so*. Trato diversas enfermedades, pero sin embargo, siento un interés especial, y casi me dedico de forma exclusiva a un trastorno psiquiátrico en particular. —Comenzó a hablar en alemán y *Herr* Spiess se encargó de hacer un resumen ante la posibilidad de que los colegas ingleses no lo hubieran entendido. Fue algo tan considerado como necesario porque dos entendieron una parte, otros dos un poco menos y el último no comprendió ni una sola palabra.

—El Dr. Reichardt —explicó *Herr* Spiess— ha tenido un gran éxito en el tratamiento de una enfermedad que los legos conocen como megalomanía. La creencia de ser otra persona distinta a la que se es. La convicción de ser más importante de lo que en realidad uno es. Unas ideas que, si se sufre de manía persecutoria…

—¡*Ach*, no! —exclamó el Dr. Reichardt—. No trato la manía persecutoria. En mi clínica no se trata la manía persecutoria, no entre el grupo donde se concentra mi mayor interés. Al contrario, conservan la ilusión de ser otras personas porque desean ser felices. Lo son y yo puedo mantenerlos felices. Pero si los curo, entonces ya no serán felices. Por lo tanto, debo encontrar una cura que les devuelva la cordura y, al mismo tiempo, continúen siendo felices. A este particular estado de la mente lo denominamos… —Pronunció una larga y feroz palabra alemana de por lo menos ocho sílabas.

—Para que nuestros amigos ingleses lo entiendan mejor, continuaré utilizando el término megalomanía, aunque sé —se apresuró a decir *Herr* Spiess— que no es el término que usted emplea en la actualidad, Dr. Reichardt. Bien, como iba diciendo, usted tiene en su clínica a seiscientos pacientes.

—En el momento al que me refería, tenía ochocientos.

—¡Ochocientos!

—Fue interesante, muy interesante.

—Usted ya tenía a esas personas desde el principio…

—Teníamos a Dios Todopoderoso —explicó el Dr. Reichardt—.

Usted ya me entiende, ¿no?

Mr. Lazenby pareció un tanto sorprendido.

—Oh, sí, sí, por supuesto. Muy interesante.

—Hay un par de jóvenes, desde luego, que creen ser Jesucristo, pero no es tan popular como ser el Todopoderoso. Después tenemos a los otros. En el momento al que quiero referirme teníamos veinticuatro que se creían Adolf Hitler. Tienen ustedes que comprender que Hitler entonces estaba vivo. Sí, teníamos dos docenas de Hitleres. —Sacó una agenda del bolsillo y consultó sus notas—. Aquí lo tengo apuntado: quince Napoleones (Napoleón siempre es uno de los favoritos), diez Mussolinis, cinco Julios César y muchos otros casos, muy curiosos e interesantes. Pero no quiero cansarles. Como no son ustedes especialistas en temas médicos, no les parecerán interesantes. Nos ocuparemos del tema que sí es importante.

El Dr. Reichardt inició la explicación y, después de pronunciar unas cuantas frases, esperó a que *Herr* Spiess las tradujera.

—Un día vino a verle un miembro del gobierno, un cargo muy alto de la jerarquía gobernante en aquel entonces. Fue durante la guerra. Por ahora, lo llamaré Martin B. Ustedes ya saben a quién me refiero. Le acompañaba su jefe. De hecho le acompañaba… bueno, dejémonos de rodeos, se presentó en compañía del Führer en persona.

—*Ach, so* —asintió el Dr. Reichardt.

—Fue un gran honor, como ustedes comprenderán, que viniera a visitar la clínica. Era muy amable nuestro Führer. Me comentó que había recibido excelentes informes de mis éxitos. Señaló que habían tenido algunos casos en el ejército. Oficiales que creían ser Napoleón o mariscales del emperador, y que se habían comportado como tales, dando órdenes disparatadas a las tropas, que causaron una gran confusión. Yo estaba muy dispuesto a ofrecerle toda mi experiencia profesional, pero Martin B. dijo que no sería necesario. Sin embargo, nuestro gran Führer —añadió el Dr. Reichardt, mirando con una cierta inquietud a *Herr* Spiess—, no quería ser molestado con los detalles. Manifestó que lo mejor sería llamar a consulta a médicos con experiencia como neurólogos. Lo que él deseaba era… bueno, lo que quería era dar una vuelta por la clínica y no tardé en descubrir qué era lo que más le interesaba. No tendría

que haberme sorprendido. La verdad es que tenía un síntoma reconocible. Las tensiones comenzaban a producir su efecto en el Führer.

—Supongo que comenzaba a creer que él mismo era Dios Todopoderoso —comentó el coronel Pikeaway y soltó una carcajada.

El Dr. Reichardt le miró atónito.

—Me preguntó ciertas cosas. Dijo que Martin B. le había mencionado que yo tenía un gran número de pacientes que creían ser Adolf Hitler. Le expliqué que no tenía nada de particular, porque, naturalmente, con el respeto y la admiración que le profesaban, era algo muy lógico que el enorme deseo de ser como él los llevara a identificarse con el Führer y asumir su personalidad. No niego mi ansiedad cuando se lo mencioné, pero me alegré al ver que él daba muestras de una gran satisfacción. Lo tomó, y me alegra decirlo, como un cumplido. Le complació saber que había personas dominadas por un apasionado deseo de ser ellos también Hitler.

»A continuación, me preguntó si podía conocer a algunos de los pacientes que padecían esta aflicción. Mantuvimos una breve consulta. Martin B. no parecía muy convencido, pero en un aparte me aseguró que *Herr* Hitler deseaba tener esta experiencia. Lo que le preocupaba era que *Herr* Hitler pudiera correr algún riesgo. Si cualquiera de los presuntos Hitler, convencido de que él era el auténtico, podía mostrarse un poco violento o peligroso.

»Le aseguré que no existía motivo alguno de preocupación. Dije que reuniría a un grupo de nuestros Führers más calmados para que mantuvieran un encuentro. *Herr* B. insistió que el Führer deseaba estar y conversar con ellos sin mi presencia. Los pacientes, señaló, no se comportarían con naturalidad si veían al director de la clínica en la sala, y si no había peligro… Le repetí que no había peligro alguno. Sin embargo, mencioné que sería muy oportuno que *Herr* B. le acompañara. No puso ningún reparo. Así que procedimos. Mandamos llamar a los pacientes elegidos, avisándoles de que había un visitante muy distinguido que deseaba discutir unos temas con ellos.

—*Ach, so*. Martin B. y el Führer entraron en la habitación donde les esperaban los pacientes. Yo me retiré y entretuve la espera charlando con dos ayudantes de campo que los acompañaban.

Quisiera recalcar que el Führer parecía encontrarse en un estado de gran agitación. Sin duda, tenía muchos problemas. Debemos recordar que esto ocurrió muy poco antes del final de la guerra cuando las cosas, con toda franqueza, iban muy mal. Los ayudantes me comentaron que el Führer vivía momentos de mucha tensión, pero que estaba convencido de que aún podía conseguir la victoria si el estado mayor se decidía de una vez por todas a aceptar las ideas que le presentaba y actuaba con la rapidez necesaria.

—Supongo que el Führer estaba en aquel momento —intervino *sir* George Packham— en un estado de… quiero decir…

—No es necesario que entremos en esas cuestiones —afirmó *Herr* Spiess—. Había perdido el juicio. Le habían despojado de toda autoridad en varios temas claves. Pero todo eso ustedes lo saben perfectamente bien por las investigaciones realizadas en mi país.

—Todos recordamos los juicios de Nuremberg.

—No hay ninguna razón para referirnos a los juicios de Nuremberg —señaló Mr. Lazenby, dando por zanjada la cuestión—. Todo eso es muy lejano. Ahora miramos hacia un brillante futuro en el Mercado Común con la ayuda de su gobierno, del gobierno de *monsieur* Grosjean y de sus otros colegas europeos. El pasado es el pasado.

—Así es —manifestó *Herr* Spiess—, y ahora toca hablar de nuestro pasado. Martin B. y *Herr* Hitler permanecieron muy poco tiempo en la habitación. Salieron al cabo de siete minutos. *Herr* B. le comunicó al Dr. Reichardt que había sido una gran y muy satisfactoria experiencia. Les esperaba un coche y debían marcharse inmediatamente porque llegaban tarde a otro compromiso. Se marcharon casi a la carrera.

Un silencio siguió a las palabras del canciller alemán.

—¿Qué más? —preguntó el coronel Pikeaway—. ¿Ocurrió algo, o ya había pasado?

—El comportamiento de uno de nuestros Hitler se volvió muy extraño —respondió el Dr. Reichardt—. Era un hombre que se parecía muchísimo a *Herr* Hitler, algo que siempre le había dado una gran seguridad en su identificación. Ahora insistía con mucha más vehemencia que él era el Führer, que debía regresar inmediatamente a Berlín para presidir una reunión del estado mayor. De hecho, se comportaba sin dar ninguna muestra de la leve

mejoría que había constatado en los últimos tiempos. Parecía tan distinto que realmente no alcanzaba a comprender las razones de un cambio tan súbito. No niego que sentí un gran alivio cuando dos días más tarde, se presentaron sus familiares para llevárselo a su casa, donde continuaría recibiendo la atención médica adecuada.

—Usted le dejó marchar —señaló *Herr* Spiess.

—Por supuesto que le dejé marchar. Tenían a un médico responsable con ellos, él era un paciente voluntario y, por lo tanto, estaba en su derecho. Así que se marchó.

—No veo que… —Comenzó *sir* George.

—*Herr* Spiess tiene una teoría.

—No es una teoría —replicó Spiess—. Lo que voy a decirles son hechos. Los rusos los ocultaron, nosotros también. Disponemos de muchas pruebas. Aquel día, Hitler, el Führer, permaneció en la clínica por decisión propia y un hombre que se parecía más al auténtico Hitler se marchó con Martin B. Fue el cuerpo del paciente el que se encontró en el búnquer. No me andaré con rodeos y no hace falta entrar en detalles innecesarios.

—Todos queremos saber la verdad —señaló Lazenby.

—El verdadero Führer fue sacado de incógnito por una ruta secreta y trasladado a Argentina, donde vivió algunos años. En aquel país tuvo un hijo con una bella muchacha aria de buena familia. Algunos dicen que era inglesa. La salud mental de Hitler fue de mal en peor, y murió loco, convencido de que estaba mandando a sus ejércitos en el campo de batalla. Era el único plan posible para escapar de Alemania y él lo aceptó.

—¿Quiere usted decir que durante todos estos años no se produjo ninguna filtración, que nadie supo nada de la fuga?

—Corrieron mil y un rumores. Es algo inevitable. No sé si usted lo recuerda, pero se dice que una de las hijas del zar escapó a la muerte cuando ejecutaron a toda su familia.

—Eso es una gran mentira —afirmó Packham—. Es una falsedad.

—Un grupo de personas demostró que era falso, pero otros lo aceptaron como cierta. Muchos aceptaron que la mujer que decía ser Anastasia, la gran duquesa de Rusia, lo era de verdad. En cambio para otros no era más que una campesina. ¿Cuál de las dos historias es la verdadera? ¡Rumores! Cuanto más duran, menos cree

la gente en ellos. Sólo los que sienten pasión por las historias románticas las aceptan como verdaderas. A menudo se ha rumoreado que Hitler estaba vivo. No hay nadie que haya podido afirmar que examinara su cadáver. Los rusos lo dijeron pero sin aportar ni una sola prueba.

—¿Está usted diciendo que…? Dr. Reichardt, ¿usted confirma esta historia tan inverosímil?

—*Ach*. Usted me lo pregunta, pero ya le he dicho todo lo que sé. Desde luego que fue Martin B. quien vino a mi sanatorio. Fue Martin B. quien trajo con él al Führer. Fue Martin B. quien le trató de Führer, que le habló con el respeto debido al Führer. En lo que a mí respecta, he vivido con varios centenares de Führers, Napoleones y Julios César. Ustedes deben comprender que todos los Hitler que vivían en mi clínica se parecían, casi todos ellos podían haber sido el verdadero Adolf Hitler. Ninguno de ellos hubiera creído en ellos mismos con tanta vehemencia, con tanta pasión, de no haber tenido una gran semejanza física, reforzada por el maquillaje, el vestuario y la interpretación continua del personaje.

»No había tenido ningún encuentro personal con Hitler hasta ese momento. Había visto los fotos en los periódicos, tenía una idea aproximada del aspecto de nuestro gran genio, pero no eran más que las fotografías que él permitía mostrar. Así que el que vino debía ser el Führer. Martin B., el hombre que mejor le conocía, manifestó que era el Führer. No, no tengo ninguna duda. Obedecí las órdenes. *Herr* Hitler quiso entrar solo en la habitación para conocer a una selección de sus… réplicas.

Entró. Salió. Pudo haber un cambio de vestuario, tampoco eran prendas muy diferentes.

»¿Fue él o uno de los otros Hitleres quien salió de la habitación? Martin B. se lo llevó de prisa y corriendo mientras el verdadero se quedaba atrás, interpretándose a él mismo, consciente de que era la única oportunidad para escapar de un país que podía rendirse en cualquier momento. Ya estaba medio loco, perturbado mentalmente por la rabia y la frustración al ver que las órdenes que daba, que los alucinantes mensajes que enviaba al estado mayor para decirle lo que debían hacer, las locuras que debían intentar, no se atendían como antaño. Tenía la sensación de que ya no era el comandante supremo.

»Sin embargo, tenía un pequeño grupo de leales, unas personas que habían elaborado un plan para sacarlo del país para llevárselo fuera de Europa y a otro continente donde pudiera reunir a los seguidores nazis, a los jóvenes que creían en él con tanta pasión. La bandera con la esvástica volvería a ondear. Interpretó su papel. No dudo de que disfrutó haciéndolo. Sí, eso estaría en consonancia con alguien cuyas facultades mentales menguaban. Demostraría a los demás que podía interpretar el personaje de Hitler mejor que cualquiera de ellos. De vez en cuando se reía y los médicos de guardia y las enfermeras echaban una ojeada para ver si se había producido algún cambio. Un paciente que parecía más excitado de lo habitual, algo sin ninguna importancia, un suceso frecuente. Da lo mismo que se trate de Napoleones, Julios César o cualquier otro. Hay días en los que, como diría un lego, están un poco más locos. No se me ocurre otro manera de explicárselo. Ahora le cedo la palabra a *Herr* Spiess.

—¡Fantástico! —exclamó el ministro del Interior.

—Sí, fantástico —admitió *Herr* Spiess con un tono paciente—, pero las cosas fantásticas ocurren en la historia, también en la actualidad y sin importar lo fantásticas que sean.

—¿Nadie lo sospechó, nadie lo supo?

—Todo estaba muy bien planeado, con una meticulosidad germana. La ruta secreta estaba preparada. No se conocen muy bien los detalles exactos, pero podemos hacernos una idea muy aproximada. Cuando investigamos el tema, descubrimos que algunas de las personas participantes en la fuga, las que se ocuparon de pasar a cierto personaje de un lugar a otro con diferentes disfraces y diversos nombres, no habían tenido una vida muy larga.

—¿Quiere usted decir que los mataron ante la posibilidad de que revelaran el secreto o se fueran de la lengua?

—Los de la SS se ocuparon del asunto. Cuantiosas recompensas, obsequios, promesas de altos cargos en el futuro y, después, la muerte es una solución mucho más sencilla. Los de la SS estaban habituados a la muerte, conocían todas las maneras posibles de matar a una persona y de hacer desaparecer el cadáver.

»Oh, sí, les diré que llevamos algún tiempo investigándolo. Poco a poco hemos ido reconstruyendo los hechos, hemos indagado, hemos conseguido documentos y, finalmente, hemos llegado a la

verdad. No hay ninguna duda de que Adolfo Hitler llegó a Sudamérica. Se dice que contrajo matrimonio, que tuvo un hijo. Al niño se le marcó en un pie con el tatuaje de la esvástica. Se le marcó recién nacido. Me lo han dicho agentes de plena confianza que vieron el tatuaje en el pie. El niño fue educado con gran esmero, protegido de las influencias del mundo exterior, con una preparación similar a la que se somete al futuro Dalai Lama para que lleve a cabo su gran destino.

»Precisamente ésta es la idea que hay detrás del movimiento de los jóvenes fanáticos, algo que supera ampliamente la idea de partida. Esto no es solamente el rebrote de un nazismo nuevo, la aparición de una nueva raza superior alemana. Es esto, pero también muchas cosas más. Lo que se pretende es reunir a los jóvenes de muchas otras naciones, a la raza superior de los jóvenes de casi todos los países de Europa, para que se sumen a las filas de la anarquía, a la destrucción del viejo mundo materialista y dar paso a una hermandad de asesinos. En primer lugar se dedicarán a la destrucción y después se harán con el poder.

»Ahora tienen a un líder. Un jefe por cuyas venas corre la sangre correcta, un líder que, si bien no se parece en nada a su difunto padre, es un hermoso muchacho rubio, un ario de pura cepa, que ha salido a su madre. Un muchacho de oro. Un personaje aceptable para todo el mundo. Sobre todo para los alemanes y los austriacos porque es su gran artículo de fe, la figura central de su música: el joven Sigfrido.

»Creció como el joven Sigfrido que los conduciría a la tierra prometida. No a la tierra prometida de los judíos, a los que desprecian, el lugar donde Moisés llevó a los suyos. Los judíos están muertos y enterrados, fusilados o asesinados en las cámaras de gas. Ésta sería una tierra por derecho propio, una tierra conquistada con sus esfuerzos. Los países europeos se unirán con los sudamericanos. Ya tienen sus avanzadillas en el terreno: los anarquistas, los Che Guevara, los Castro, los guerrilleros, sus seguidores, todos perfectamente entrenados en la crueldad, la tortura, la violencia y la muerte, con los que después gozarán de una vida gloriosa. ¡La libertad! Como gobernantes de un nuevo estado mundial. Los conquistadores.

—¡Vaya estupidez! —exclamó Mr. Lazenby—. En cuanto

pongamos coto a las algaradas callejeras, todo este asunto caerá por su propio peso. Todo esto es ridículo. ¿Qué pueden hacer? —añadió Cedric Lazenby con un tono quejoso.

Herr Spiess meneó la cabeza.

—Usted pregunta y yo le doy la respuesta que es la siguiente: no lo saben. No saben cuál será su destino. No saben lo que se hará con ellos.

—¿Quiere usted decir que no son los verdaderos líderes?

—Ellos son los jóvenes héroes que marchan por el sendero de la gloria, adoquinado con las piedras de la violencia, el dolor y el odio. Ahora no sólo tienen seguidores en Sudamérica y Europa. El culto ha viajado hacia el norte. También en Estados Unidos, los jóvenes se han echado a la calle para desfilar detrás del estandarte del joven Sigfrido. Se les prepara para la nueva cultura, se les enseña a matar, a disfrutar con el dolor, se les enseñan las reglas de la orden de la Calavera, las reglas de Himmler. Verá usted, se les entrena, se les adoctrina en secreto, pero no saben para qué se los entrena. En cambio, nosotros lo sabemos. Al menos, algunos de nosotros. ¿Ustedes lo saben?

—Cuatro o cinco de nosotros —respondió el coronel Pikeaway.

—En Rusia lo saben, en Estados Unidos comienzan a saberlo. Saben que hay seguidores del joven héroe Sigfrido, que se basa en las leyendas escandinavas, y que un joven Sigfrido es su líder. Aceptan que es su nueva religión. El dogma del joven glorioso, el dorado triunfo de la juventud. Él es la encarnación de los viejos dioses escandinavos.

»Pero ésa, desde luego, no es la simple y prosaica verdad. —*Herr* Spiess adoptó un tono de voz más tranquilo—. Hay algunas personalidades muy poderosas detrás de todo este asunto. Hombres perversos y de una inteligencia de primera clase. Un financiero de altos vuelos, un empresario de primera fila, alguien que es dueño de grandes recursos de materias primas y que cuenta con un plantel de científicos destacados, ésos son los hombres, un comité de hombres que en ellos mismos no tienen nada de particular o extravagante, pero que tienen el control. Dominan las fuentes de poder, y controlan a través de ciertos medios propios a los jóvenes que asesinan y a los jóvenes que son sus esclavos. Consiguen los esclavos a través de las drogas. Esclavos en todos los países que,

poco a poco, pasan de las drogas blandas a las duras, y se convierten en seres sumisos, sometidos totalmente a unos hombres que no conocen pero que son los amos secretos de sus cuerpos y almas. Su desesperado sometimiento a una droga determinada les convierte en esclavos y, a su debido tiempo, cuando estos esclavos ya no sirvan para nada, porque debido a su dependencia, sólo serán capaces de estarse sentados en un estado de apatía, sumidos en dulces sueños, entonces los dejarán morir e incluso les ayudarán a morir. No heredarán el reino prometido. Se les están inculcando deliberadamente religiones extrañas. El culto a los viejos dioses disfrazados con visos de modernidad.

—¿Supongo que en esto también interviene la permisividad sexual?

—El sexo se puede destruir a sí mismo. Ya ocurrió en tiempo de los romanos, cuando los hombres se entregaban a los vicios más licenciosos. No pensaban en otra cosa que en el sexo, lo practicaban hasta la muerte o hasta que, hastiados de las orgías sexuales, huían al desierto para convertirse en anacoretas como San Simón Estilita. El sexo se agotará a sí mismo. Funciona en el primer momento, pero no te puede gobernar de la misma manera que las drogas. Las drogas, el sadismo, el ansia de poder y el odio. El deseo de producir dolor. Se están educando a ellos mismos en los placeres perversos. En cuanto alguien se convierte en adicto a los placeres perversos, ya no hay manera de echarse atrás.

—Mi querido canciller, se me hace muy difícil creerlo. Me refiero a que si hay estas tendencias, se pueden controlar adoptando medidas severas. Quiero decir que no podemos tolerar algo así. Es necesario actuar con la firmeza necesaria.

—Cállate, George. —Mr. Lazenby sacó la pipa del bolsillo, la miró y la volvió a guardar—. Creo que el mejor plan es —añadió, volviendo a su idea fija— que vuele a Rusia. Tengo entendido que los rusos están al corriente de todos estos hechos.

—Conocen la mayor parte —señaló *Herr* Spiess—, pero habrá que ver hasta qué punto están dispuestos a admitir que lo saben. —Encogió los hombros—. Eso es algo difícil de adivinar. Nunca es sencillo conseguir que los rusos hablen con claridad. Tienen sus propios problemas en la frontera china. No creen, como nosotros, que este movimiento juvenil esté tan avanzado.

—La mía será una misión especial —afirmó Lazenby.

—Yo en tu lugar me quedaría aquí, Cedric —intervino lord Altamount con voz sosegada—. Te necesitamos aquí, Cedric —añadió con un tono suave, pero de firme autoridad—. Tú eres el jefe de nuestro gobierno, tienes que permanecer aquí. Tenemos agentes entrenados, nuestros propios correos que son especialistas en misiones en el extranjero.

—¿Agentes? —replicó *sir* George Packham, con un tono de duda —. ¿Qué pueden hacer los agentes a estas alturas? Necesitamos un informe de… Ah, Horsham, está usted aquí, no le había visto. Díganos, ¿qué agentes tenemos? ¿Pueden hacer algo?

—Tenemos algunos agentes muy buenos —afirmó Horsham sin alzar la voz—. Los agentes traen información. *Herr* Spiess también ha traído información, informaciones que le han conseguido sus agentes. El problema es, siempre lo ha sido (no tiene usted más que leer las cosas ocurridas en la última guerra), que nadie quiere creer las noticias que traen los agentes.

—No me dirá usted que la Inteligencia…

—¡Nadie quiere aceptar que los agentes son inteligentes! Pero lo son, sabe usted. Están muy bien preparados y sus informes, nueve de cada diez veces, son verídicos. Entonces, ¿qué ocurre? Los jefazos se niegan a creerlos, no quieren creerlos e incluso se niegan a tomar ninguna medida en base a dichos informes.

—La verdad, mi querido Horsham, no puedo…

Horsham se volvió a dirigir al canciller alemán con agresividad.

—¿Acaso no ocurre también en su país, señor? Se recibieron informes muy precisos, pero no siempre se actuó en consecuencia. Muchas personas no quieren saber nada cuando la verdad es desagradable.

—Admito que es algo que ocurre no demasiado a menudo, se lo aseguro, pero sí ocurre en ocasiones.

Mr. Lazenby manoseó su pipa de nuevo.

—No discutamos sobre la información. Ahora se trata de actuar, de tomar medidas a partir de la información que tenemos. Esto no es sólo una crisis nacional, es una crisis internacional. Se deben adoptar decisiones al más alto nivel. Debemos actuar. Munro, hay que reforzar a la policía con el ejército. Hay que emprender acciones militares. *Herr* Spiess, la suya siempre ha sido una gran

nación militarista. A las fuerzas armadas les corresponde aplastar las rebeliones antes que se desmadren. Estoy seguro de que comparte usted esta política.

—La política, sí. Pero estas insurrecciones, como usted ha dicho, ya se han desmadrado. Tienen herramientas, fusiles, ametralladoras, explosivos, granadas, bombas, armas biológicas y otros gases.

—Sin embargo, con nuestro arsenal atómico… Bastará la amenaza de un ataque nuclear para que…

—Esta vez no se trata de escolares enfadados. En el ejército de la Juventud Dorada hay científicos jóvenes: biólogos, químicos, físicos. O lo atajamos o nos veremos involucrados en una guerra nuclear en Europa… —*Herr* Spiess meneó la cabeza—. Ya hemos tenido un intento de envenenar el suministro de agua en Colonia con el virus de la fiebre tifoidea.

—Todo este asunto parece increíble. —Lazenby miró a los demás como si alguno pudiera darle una solución mágica—. ¿Chetwynd, Munro, Blunt?

Para gran sorpresa del primer ministro, Blunt fue el único que respondió.

—No sé qué pinta el Almirantazgo en todo esto, no es asunto nuestro. Yo te recomendaría, Cedric, si quieres hacer lo más conveniente para ti mismo, que cogieras la pipa y una buena provisión de tabaco, y te alejaras todo lo posible de cualquier guerra nuclear que te propongas iniciar. Vete y acampa en la Antártida, o en cualquier otro sitio donde la radioactividad tarde en alcanzarte. El profesor Eckstein nos lo advirtió, y él sabe muy bien de lo que habla.

Capítulo 18

POSDATA DE PIKEAWAY

La reunión acabó en este punto, y los presentes se dividieron en dos grupos claramente definidos. El canciller alemán con el primer ministro, *sir* George Packham, Gordon Chetwynd y el Dr. Reichardt se marcharon para ir a comer a Downing Street.

El almirante Blunt, los coroneles Munro y Pikeaway, y Henry Horsham permanecieron en la sala para comentar la situación con toda libertad ahora que los políticos se habían retirado.

Los primeros comentarios fueron un tanto dispersos.

—Agradezco que se llevaran a George Packham con ellos —manifestó el coronel Pikeaway—. Duda, vacila, se aturrulla. Hay momentos en que no le soporto.

—Usted tendría que haber ido con ellos, almirante —opinó el coronel Munro—. No veo a Gordon Chetwynd o a George Packham con la capacidad necesaria para evitar que nuestro Cedric se largue a una consulta de alto nivel con los rusos, los chinos, los etíopes, o los argentinos.

—Tengo que ocuparme de otros asuntos —respondió el almirante con voz áspera—. Me voy al campo a visitar a una vieja amiga mía. —Miró con cierta curiosidad al coronel Pikeaway.

—¿Todo ese asunto de Hitler fue una sorpresa para usted, Pikeaway?

El coronel meneó la cabeza.

—La verdad es que no. Estábamos al corriente de todos los rumores sobre la presencia de Adolfito en Sudamérica y de sus correrías para mantener en alto la esvástica. Había un cincuenta por ciento de posibilidades de que fuesen ciertos. No sabemos quién era

el tipo, si era un loco, un impostor o el verdadero Hitler, pero no tardó en palmarla. También corrieron algunas historias bastante desagradables sobre su muerte. No fue un ejemplo para sus partidarios.

—Saber de quién era el cadáver que encontraron en el búnquer sigue siendo un buen tema de conversación —señaló Blunt—. Nunca se consiguieron pruebas de una identificación positiva. Los rusos se encargaron de eliminarlas.

El almirante se levantó, saludó con un gesto y se dirigió hacia la puerta.

—Supongo que el Dr. Reichardt conoce la verdad, pero no está dispuesto a soltar prenda —opinó Munro—. ¿Cree que el canciller está enterado?

—Es un hombre sensato —contestó el almirante desde la puerta —. Estaba llevando a su país por la senda adecuada, cuando comenzó todo este ataque de los jóvenes contra el mundo civilizado. ¡Es una pena! —Miró al coronel Munro—. ¿Qué me dice de la maravilla rubia? El hijo de Hitler. ¿Sabemos algo del personaje?

—No hay de que preocuparse —afirmó el coronel Pikeaway, para sorpresa de todos.

El almirante dio media vuelta y volvió a sentarse.

—Hitler nunca tuvo un hijo —añadió Pikeaway.

—Usted no puede saberlo a ciencia cierta.

—Claro que lo sabemos. Franz Joseph, el joven Sigfrido, el líder ario, no es más que un fraude, un impostor. Es el hijo de un carpintero argentino y de una belleza rubia, una alemana que cantaba óperas. El muchacho heredó la belleza y la voz de su madre. Lo eligieron cuidadosamente para el papel que debía representar, lo prepararon para el estrellato. En su juventud era un actor profesional, le tatuaron la esvástica en un pie, le inventaron una personalidad llena de detalles románticos. Lo criaron con tanto mimo como al Dalai Lama.

—¿Dispone de alguna prueba?

—Toda la documentación necesaria. —El coronel Pikeaway sonrió—. La consiguió uno de mis mejores agentes. Fotocopias, declaraciones juradas, incluida una de la madre, certificados médicos sobre la fecha del tatuaje, una copia de la partida de

nacimiento a nombre de Karl Aguileros y pruebas confirmadas de su identidad como Franz Joseph. No nos falta nada. Mi agente consiguió escapar con la documentación justo a tiempo. La perseguían, y estuvieron a punto de atraparla de no haber sido por un golpe de suerte en Fráncfort.

—¿Dónde están ahora esos documentos?

—En un lugar seguro, a la espera del momento oportuno para desenmascarar a un impostor de primera.

—¿El gobierno está enterado? ¿Lo sabe el primer ministro?

—Nunca les digo todo lo que sé a los políticos a menos que me vea forzado, o esté bien seguro de que adoptarán las medidas correctas.

—Pikeaway, es usted un viejo zorro —afirmó el coronel Munro.

—Alguien tiene que serlo —replicó Pikeaway con un tono triste.

Capítulo 19

SIR STAFFORD NYE TIENE VISITAS

Sir Stafford Nye agasajaba a sus invitados. Eran personas a las que no había conocido hasta ahora excepto uno a quien conocía bastante bien de vista. Se trataba de jóvenes apuestos, serios e inteligentes, o al menos eso parecían. Iban bien peinados, con trajes de buen corte pero no pasados de moda. Mientras les observaba, admitió para sus adentros que le agradaba su aspecto. Al mismo tiempo, se preguntaba a qué venía este interés por su persona. Sabía que uno de ellos era hijo de un magnate del petróleo. Otro se había dedicado a la política en cuanto acabó la universidad. El tercero se trataba de un joven con unas cejas descomunales y una expresión de desconfianza que parecía ser algo habitual.

—Ha sido usted muy amable al recibirnos, *sir* Stafford —manifestó el joven rubio que, aparentemente, era el líder del grupo.

Se llamaba Clifford Bent y tenía una voz agradable y bien modulada.

—Éste es Roderick Ketelly y él es Jim Brewster —añadió Bent—. Todos estamos muy preocupados por el futuro. ¿Le parece bien que lo exprese así?

—Supongo que la repuesta más sencilla a la pregunta es: «¿No lo estamos todos?» —replicó Nye.

—No nos gusta el giro que están dando las cosas —manifestó Clifford—. La rebelión, la anarquía, y todo lo demás. Está muy bien como cuestión teórica, como una filosofía. Francamente, creo que todos hemos pasado por esto en algún momento, pero lo hemos superado. Queremos personas que sean capaces de cursar una carrera universitaria sin interrupciones. No tenemos nada en contra

de las manifestaciones, pero deseamos que sean por motivos justos y sensatos, y no demostraciones de vandalismo y violencia. También queremos, o por lo menos así lo creo, crear un partido político nuevo. Jim Brewster ha estudiado a fondo las nuevas ideas y los planes referentes a los temas sindicales. Han intentado rebatir sus propuestas y hacerle callar, pero ha podido con todos ellos, ¿no es así, Jim?

—La mayoría de ellos son unos tontos de remate —afirmó Jim Brewster con rotundidad.

—Queremos una política seria y sensible con la juventud, un sistema de gobierno más económico. Deseamos ideas diferentes en materia de educación pero nada fantástico o imposible. También queremos, si ganamos los escaños suficientes, y llegamos a formar gobierno, llevar estas ideas a la práctica. Hay muchísima gente en nuestro movimiento. Representamos a la juventud, tanto o más que los violentos. Estamos en favor de la moderación y pretendemos tener un gobierno sensato, con una reducción en el número de escaños y, ahora mismo, buscarnos hombres que ya estén en la política sea cuál sea su filiación, si consideramos que son personas con sentido común.

»Hemos venido aquí para saber si podíamos interesarle en nuestros objetivos. En estos momentos todavía nos estamos formando, pero sí tenemos muy claro los hombres que queremos. Le diré que no deseamos los que tenemos en el presente ni tampoco queremos a los que podrían ocupar sus lugares. En cuanto al tercer partido, parece que ha quedado fuera de carrera, aunque cuentan con un par de buenas personas que tendrán que pasar por el trance de ser una minoría. Así y todo, creo que si hablamos con ellos se plegarán a nuestra ideología. Queremos interesarle. Queremos, cuando llegue el momento, que quizá no está tan lejano como acaso usted cree, a una persona que comprenda y defienda una política exterior correcta y exitosa. El resto del mundo está sumido en una confusión mucho peor que la nuestra. Washington ha sido arrasada, Europa vive sumida en un caos de acciones bélicas y algaradas, no paran de destruir aeropuertos. Bien, tampoco se trata ahora de darle un boletín de los sucesos de los últimos seis meses, pero nuestro objetivo no es tanto salvar al mundo sino que Inglaterra vuelva a ser lo que era, pues cuenta con los hombres capaces de hacerlo.

Queremos a los jóvenes, a todos los jóvenes posibles, y tenemos a muchísimos jóvenes que no son revolucionarios, que no son anarquistas, que están dispuestos a dirigir el país de una manera provechosa.

»También nos interesan algunos hombres mayores, no me refiero a los hombres de sesenta y tantos, sino a los hombres de cuarenta o cincuenta, y por eso hemos acudido a usted; bueno, hemos oído algunas cosas sobre usted. Sabemos quien es y que usted es la clase de hombre que necesitamos.

—¿Cree usted que son prudentes? —preguntó *sir* Stafford.

—Creemos que lo somos.

El segundo joven soltó una carcajada.

—Confiamos en que usted estará de acuerdo con nosotros en ese punto.

—No estoy tan seguro. Hablan ustedes con mucha libertad en esta habitación.

—Es su sala de estar.

—Sí, sí. Es mi casa y mi sala de estar. Pero lo que usted dice, y de hecho lo que usted dirá, puede ser poco prudente. Me refiero tanto a usted como a mí.

—Ah, ya comprendo dónde quiere ir a parar.

—Usted me está ofreciendo algo. Un cambio de vida, una nueva carrera al tiempo que me sugiere que corte algunos lazos. Lo que usted sugiere sería algo desleal.

—No estamos sugiriendo que usted se convierta en un traidor al servicio de otro país, si es a eso a lo que se refiere.

—No, no, ésta no es una invitación para ir a Rusia, a China o a alguno de los otros lugares mencionados en el pasado, pero creo que es una invitación vinculada con algunos intereses extranjeros. Hace poco que he regresado del extranjero. Un viaje muy interesante. He pasado las últimas tres semanas en Sudamérica. Hay algo que me gustaría comunicarles. Estoy convencido de que me están siguiendo desde mi regreso a Inglaterra.

—¿Que le siguen? ¿No cree que son imaginaciones suyas?

—No, no creo que sean imaginaciones mías. Es una de esas cosas que he aprendido a descubrir en el curso de mi carrera. He estado en lugares bastante lejanos y… digamos… sitios muy interesantes del mundo. Ustedes han decidido hacerme una visita para

sondearme respecto a una propuesta. Sin embargo, creo que hubiera sido más seguro reunimos en algún otro lugar.

Sir Nye se levantó, fue hasta el lavabo y abrió el grifo.

—Recuerdo que, en las películas que vi hace algunos años —comentó—, siempre que alguien deseaba disfrazar la conversación en un cuarto con micrófonos espías, abría los grifos. No tengo ninguna duda de que soy algo anticuado y de que hay otros métodos mucho mejores para solucionar estos problemas. En cualquier caso, quizás ahora podamos hablar con un poco más de tranquilidad, aunque así y todo considero que debemos ser precavidos. Sudamérica es una parte muy interesante del mundo. La Federación de Naciones Sudamericanas (también conocida como El Dorado Español) comprende ahora a Cuba, Argentina, Brasil, Perú y uno o dos países que todavía no se han definido pero que están a punto de hacerlo. Sí. Es muy interesante.

—¿Cuáles son sus puntos de vista sobre el tema? —preguntó el siempre suspicaz Jim Brewster—. ¿Qué tiene usted que decir al respecto?

—Seguiré siendo precavido —replicó *sir* Stafford—. Ustedes confiarán más en mí si no me voy de la lengua. Pero creo que ya no será necesario tener el grifo abierto.

—Ciérralo, Jim —dijo Cliff Bent. Jim sonrió y fue a cerrar el grifo del lavabo. Stafford Nye abrió un cajón del escritorio y sacó una flauta dulce.

—Todavía no soy un intérprete experto —aclaró. Se llevó la flauta a los labios y comenzó a tocar una tonada. Jim Brewster salió del lavabo y frunció el entrecejo al oír la melodía.

—¿Qué es esto? ¿Acaso se le ha ocurrido montar algún maldito concierto?

—¡Cállate! —le ordenó Bent—. Eres un ignorante, no sabes nada de música.

Nye esbozó una sonrisa.

—Veo que comparte mi afición por la música wagneriana —manifestó—. Asistí al festival de la Juventud de este año y disfruté mucho con los conciertos. Volvió a interpretar la tonada.

—No es una tonada que me suene —afirmó Brewster—. Podría ser La internacional, Bandera Roja, Dios salve al rey, Yankee Doodle, o Barras y estrellas. ¿Qué diablos es?

—Es un motivo de una ópera —le explicó Ketelly—. Ahora haz el favor de callarte. Ya sabemos lo que queríamos.

—La llamada del cuerno del joven Sigfrido —dijo Nye. Levantó la mano en un movimiento rápido, repitiendo un saludo del pasado que significaba «Heil Hitler»—. El nuevo Sigfrido —añadió Nye en voz baja.

Los tres visitantes se levantaron.

—Tiene usted toda la razón —opinó Clifford Bent—. Creo que todos debernos ser muy cuidadosos.

Bent le estrechó la mano.

—Nos alegra mucho saber que está usted con nosotros. Una de las cosas que este país necesitará en el futuro, y confío en que será un futuro esplendoroso, es un ministro en el Foreign Office de primera fila.

Los jóvenes salieron de la habitación. *Sir* Stafford vigiló su marcha por la puerta entreabierta.

Esbozó una sonrisa, cerró la puerta, echó una ojeada al reloj de pared y se sentó a esperar.

Su mente regresó al día, hacía ya una semana, en que Mary Ann y él habían tomado caminos distintos en el aeropuerto Kennedy. Los dos se habían quedado como tontos en la sala de espera, sin saber muy bien qué decir. Él había sido el primero en hablar.

—¿Crees que volveremos a encontrarnos?

—¿Hay alguna razón para que no nos encontremos?

—Yo diría que todas las del mundo.

La joven le había mirado por una fracción de segundo.

—Estas separaciones son inevitables. Forman parte del trabajo.

—¡El trabajo! Contigo lo primero siempre es el trabajo.

—Tiene que serlo.

—Tú eres una profesional y yo un aficionado. Tú eres… —Se interrumpió—. ¿Quién eres? La verdad es que no lo sé, ¿o sí?

—No.

Nye la miró. Le pareció ver una expresión de tristeza en su rostro. Algo que se asemejaba mucho al dolor.

—O sea que… supongo que tú consideras que debo confiar en ti.

—No, no es tan sencillo. Ésa es una de las cosas que he

aprendido, que me ha enseñado la vida. No se puede confiar en nadie. Recuérdalo, nunca confíes en nadie.

—¿Así es tu mundo? Un mundo donde imperan la desconfianza, el miedo, el peligro.

—Quiero seguir viva. Estoy viva.

—Lo sé.

—También quiero que tú sigas vivo.

—Confié en ti en Fráncfort.

—Aceptaste el riesgo.

—Fue un riesgo que valía la pena aceptar. Lo sabes tan bien como yo.

—¿Te refieres a…?

—Porque hemos estado juntos. Ahora… Creo que acaban de anunciar mi vuelo. Por lo visto, nuestra amistad comenzó y terminará en un aeropuerto. ¿Adónde vas? ¿Qué harás?

—Haré lo que debo hacer. Voy a Baltimore, Washington y Tejas, a hacer lo que me han dicho que haga.

—¿Qué haré yo? No me han dicho nada. Debo regresar a Londres y, una vez allí, ¿qué?

—Esperar.

—¿Esperar a qué?

—Esperar a que alguien venga a verte con el propósito de hacerte una propuesta.

—¿Qué se supone que debo contestar?

Mary Ann le había sonreído, con aquella alegre sonrisa que él conocía tan bien.

—Tendrás que improvisar sobre la marcha. Tú sabes mejor que nadie como hacerlo. Te gustarán las personas que irán a verte. Los escogerán bien. Es importante, muy importante, que sepamos quienes son.

—Debo irme. Adiós, Mary Ann.

—*Auf Wiedersehen*.

Sonó el teléfono en su casa. Stafford Nye se dijo que no podía ser en un momento más oportuno, abandonando los recuerdos en el instante del adiós. «*Auf Wiedersehen*», musitó al levantarse para ir a atender la llamada.

Una voz, acompañada por unos pitidos y jadeos que la hacían inconfundible, preguntó:

—¿Stafford Nye?

—No humo sin fuego —respondió Nye. Era la contraseña convenida.

—Mi médico dice que tendría que dejar de fumar. Pobre hombre —dijo el coronel Pikeaway—, no sé por qué insiste. ¿Alguna noticia?

—Oh, sí. Treinta piezas de plata. Claro que, de momento, sólo es una promesa.

—¡Malditos cerdos!

—Sí, sí, no se sulfure.

—¿Qué les respondió?

—Les interpreté una tonada en mi flauta. El tema del cuerno de Sigfrido. Lo hice siguiendo el consejo de una vieja tía. Dio un resultado excelente.

—¡A mí me parece una locura!

—¿Conoce usted una canción llamada Juanita? Tendré que aprenderla porque quizá la necesite.

—¿Sabe usted quién es Juanita?

—Eso creo.

—Los últimos informes la situaban en Baltimore.

—¿Qué se sabe de la muchacha griega, de Daphne Theodofanous? ¿Dónde anda ahora?

—Probablemente sentada en algún aeropuerto de Europa, esperándole a usted.

—Al parecer, la mayoría de los aeropuertos europeos están cerrados por los atentados con bombas, o están en unas condiciones lamentables después de tantos secuestros y manifestaciones de protesta.

Niños y niñas salid a jugar,
la luna alumbra como si fuera de día.
Dejad la cena, no os vayáis a la cama
porque al compañero tenéis que matar.

—La cruzada de los niños puesta al día.

—No es que sepa gran cosa de aquella cruzada. Sólo conozco la cruzada en la que participó Ricardo Corazón de León. Pero, en cierto modo, todo este asunto es un poco como la cruzada de los

niños. Empieza con el idealismo, comienza con las ideas de un mundo cristiano que rescata la ciudad santa de mano de los paganos, y acaba con muertes y más muertes. Casi todos los niños murieron o los vendieron como esclavos. Esto acabará de la misma manera si no encontramos la forma de rescatarlos.

Capítulo 20

EL ALMIRANTE VISITA A UNA VIEJA AMIGA

—Pensaba que aquí se habían muerto todos —manifestó el almirante Blunt con un tono de enfado. El comentario se lo hizo no al mayordomo que le hubiera gustado ver abriendo la puerta, sino a una joven cuyo apellido nunca recordaba pero cuyo nombre de pila era Amy.

—Llamé por lo menos cuatro veces durante la semana pasada. Me informaron que estabais de viaje por el extranjero.

—Efectivamente, hemos estado en el extranjero. Acabamos de llegar.

—Matilda no tendría que andar dando vueltas por esos mundos de Dios. Ya no tiene edad. Morirá de un ataque de hipertensión, de un paro cardíaco o algo así en uno de esos aviones modernos. Volar ya no es nada seguro porque los árabes, los israelíes y muchos más no dejan de poner bombas en los aviones.

—Se lo recomendó su médico.

—Bueno, todos sabemos como las gastan los médicos.

—La verdad es que ha vuelto muy animada.

—¿Dónde ha estado?

—En un balneario, haciendo una cura. Creo que en Alemania. Nunca tengo muy claro si es Alemania o Austria. Fuimos a un lugar nuevo: el Golden Gasthaus.

—Ah, sí. Lo conozco. Es carísimo, ¿verdad?

—Bueno, dicen que las curas producen unos resultados más que notables.

—Lo más probable es que sólo sea otra manera de morirse más rápidamente —manifestó el almirante Blunt—. ¿Disfrutó usted con su estancia?

—La verdad es que no mucho. El panorama era muy bonito, pero…

Una voz imperiosa sonó en el piso superior.

—¡Amy, Amy! ¿Qué estás haciendo? Llevas horas charlando en el vestíbulo. Trae aquí al almirante Blunt ahora mismo. Le estoy esperando.

—Así que vagabundeando —manifestó el almirante, después de saludar a su vieja amiga—. Es así como acabarás matándote el día menos pensado, tenlo presente.

—De ninguna manera. En la actualidad, viajar no representa ningún problema.

—¡Qué dices! Tienes que ir corriendo de aquí para allá por los aeropuertos, las rampas, las escaleras y los autocares.

—En absoluto. Utilicé una silla de ruedas.

—La última vez que nos vimos, hará cosa de un par de años, no querías oír hablar del tema. Decías que tu orgullo te impedía siquiera pensar en que necesitabas una.

—Verás, ha llegado la hora de renunciar a mi orgullo. Ven aquí, siéntate y dime por qué has venido a verme con tanta urgencia. Si mal no recuerdo el año pasado ni siquiera llamaste por teléfono.

—He tenido algún que otro problemilla de salud. Además, me han tenido muy ocupado con otras cosas. Tú ya sabes. Te piden consejo pero no están dispuestos a seguirlo ni aunque los maten. Son incapaces de dejar a la marina en paz. Siempre están queriendo meter las narices donde nadie les llama.

—Te veo bastante bien —opinó *lady* Matilda.

—A ti tampoco se te ve nada mal, querida. Tienes una mirada juvenil.

—Estoy un poco más sorda desde la última vez que nos vimos. Tendrás que hablar un poco más alto.

—De acuerdo. Gritaré un poco más.

—¿Quieres un *gin-tonic*, *whisky* o ron?

—Veo que tienes una bodega bien surtida. Si no te parece mal, me tomaré un *gin-tonic*.

Amy salió de la habitación para ir en busca de las bebidas.

—Cuando vuelva con el *gin-tonic* dile que desaparezca por un rato. Necesito hablar contigo. Quiero decir hablar en privado.

Amy regresó con la copa. *Lady* Matilda le indicó con un gesto que se retirara y la muchacha se marchó con el aire de alguien que se va por propia voluntad y no porque se lo manden. Era una persona muy discreta.

—Bonita muchacha —opinó el almirante—. La mar de agradable.

—¿Es por eso que me has pedido que le ordenara marcharse y cerrara la puerta? ¿Para que no te oyera decir algo amable de su persona?

—No. Quería consultarte.

—¿Sobre qué? ¿Tu salud, dónde conseguir criados o lo que puedes plantar en tu jardín?

—Quiero consultarte algo muy grave. Creí que quizá tú podrías recordar una cosa para mí.

—Querido Philip, me resulta conmovedor ver que todavía crees que soy capaz de recordar lo que sea. Mi memoria empeora con los años. He llegado a la conclusión de que una sólo recuerda a lo que se llama «los amigos de la juventud». Incluso a algunas de aquellas compañeras tan horribles que tenías en la escuela. Precisamente, es allí donde he estado.

—¿Dónde has estado? ¿Has ido a visitar escuelas?

—No, no, no. Fui a ver a una vieja compañera a la que no veía desde hace más o menos cincuenta años.

—¿Qué tal está?

—Convertida en una ballena y mucho más desagradable de lo que la recordaba.

—Tienes gustos muy raros, Matilda.

—Venga, dime, ¿qué es lo que quieres que recuerde?

—Me preguntaba si recordarías a otro amigo tuyo. Robert Shoreham.

—¿Robbie Shoreham? Claro que lo recuerdo.

—Me refiero al científico.

—Por supuesto. No es un hombre de los que una olvida así como así. ¿A qué se debe tu interés por Robbie?

—El interés público.

—Es curioso que digas eso —manifestó *lady* Matilda—. Yo

también lo estaba pensando el otro día.

—¿Qué pensabas?

—Que lo necesitábamos, o por lo menos que necesitábamos a alguien como él, si es que hay alguien que se le parezca.

—No lo hay. Oye, Matilda, la gente habla contigo, te cuenta cosas. Yo mismo te he hecho partícipe de algunos temas.

—Siempre me he preguntado la razón, aunque supongo que no creerás que soy capaz de entenderlas o de repetirlas. Diría que eso es algo que se aplica incluso más a Robbie que a ti.

—Nunca te he revelado ningún secreto naval.

—Él tampoco me hablaba de sus secretos científicos. Me refiero a que, si me contaba algo, siempre era de una manera muy vaga.

—De acuerdo, pero sí que te las mencionaba, ¿no es así?

—Algunas veces me hacía algunos comentarios que, francamente, me dejaban con la boca abierta.

—Muy bien. Vayamos a la pregunta. Quiero saber si alguna vez te mencionó, en los tiempos en que todavía podía hablar correctamente, pobre diablo, algo llamado el proyecto B.

—Proyecto B. —Matilda Cleckheaton se tomó un momento para pensar—. Me suena conocido. Me hablaba de este proyecto o aquel otro, o de la operación no-sé-cuántos, pero debes tener en cuenta que nada de lo que me decía tenía ningún sentido para mí y él lo sabía muy bien. Robbie disfrutaba sorprendiéndome. Era como un mago explicándote cómo sacar tres conejos de una chistera sin que tú supieras cómo lo hacía. ¿Proyecto B? Sí, de eso han pasado muchos años. Estaba muy entusiasmado con el tema. A veces se lo preguntaba: «¿Qué tal va el proyecto B?».

—Lo sé, lo sé, siempre has sido una mujer con mucho tacto —afirmó el almirante—. Siempre has sido capaz de recordar lo que la gente hacía o lo que te interesaba. Además, aunque no entendieras ni una palabra, demostrabas un gran interés. Recuerdo que una vez te describí un nuevo modelo de cañón naval, y no dudo de que te aburrí muchísimo, pero tú me escuchabas con una expresión radiante, como si nunca hubieras oído nunca nada más entretenido.

—Ya te lo he dicho. Siempre he sido una mujer discreta y buena oyente, aunque admito que no se puede decir que la inteligencia sea mi fuerte.

—Lo que me interesa saber es un poco más de lo que Robbie dijo

del proyecto B.

—Me dijo… bueno, es muy difícil recordarlo ahora. Lo mencionó después de hablar sobre una operación que hacían en el cerebro de las personas. Ya sabes, las personas que estaban muy melancólicas, que pensaban en el suicidio o que estaban tan preocupadas y neurasténicas que sufrían unos estados de angustia horrorosos. Cosas de ésas, como las que se solían mencionar cuando se hablaba de Freud. Dijo que los efectos secundarios eran increíbles. Me refiero a que las personas se sentían muy felices, se mostraban tranquilas y dóciles, se olvidaban de sus preocupaciones y les desaparecían las ganas de suicidarse, pero el problema consistía en que se despreocupaban hasta el punto de que los atropellaban los coches y cosas así. No tenían noción del peligro y, por lo tanto, no hacían nada por evitarlo. Sé que te lo he explicado muy mal, pero estoy segura de que tú me entiendes. Me comentó que ahí estaba el principal defecto del proyecto B.

—¿No te dio ningún otro detalle?

—Dijo que yo le había dado la idea —respondió *lady* Matilda inesperadamente.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que un científico, un tipo tan brillante como Robbie comentó que tú habías aportado una idea a su mente científica? Si tú no sabes ni una palabra de ningún tema científico.

—Claro que no, pero siempre he sabido introducir un poco de sentido común en las mentes de las personas. Cuanto más inteligentes son, menos sentido común tienen. En realidad, lo que quiero decir, es que las personas importantes de verdad son aquellas que piensan en las cosas sencillas como el dentado en los sellos de correo, o el tal Adam, no, creo se llamaba MacAdan, que fue el que inventó aquella cosa negra que se echó en las carreteras de Estados Unidos para que los agricultores pudieran llevar las cosechas hasta la costa y ganar más dinero.

»Todas esas personas hacen mucho más por el bienestar que todos los científicos de altos vuelos. Los científicos sólo piensan en cosas para destruirte. Bueno, eso es más o menos lo que le dije a Robbie muy amablemente, desde luego, sólo como un comentario divertido. Él acababa de comentar algo sobre algunas cosas espléndidas que se habían conseguido en el mundo científico en el

campo de la guerra bacteriológica, los experimentos biológicos y las cosas que se podían hacer con los fetos si los pillabas en las primeras etapas.

»También mencionó unos gases especialmente mortíferos y desagradables, y comentó que la gente era muy tonta al protestar contra las bombas nucleares porque eran una bendición si se las comparaba con algunas de las otras cosas que se habían inventado desde entonces. Entonces le dije que sería mucho más sensato si alguien como él, o algún otro con su inteligencia, inventara algo útil de verdad. Robbie me miró de aquella manera, ya sabes, con aquella mirada de picardía, y me preguntó: «¿Tú qué consideras algo más sensato?». Le respondí: «Verás, en lugar de inventar tantas bombas de gérmenes, gases repugnantes y todo lo demás, ¿por qué no inventas algo que haga a la gente sentirse feliz?». A mí no me parece que sea algo tan difícil.

»Dices que hacen unas operaciones en que te quitan una parte del cerebro, no sé si delante o detrás, pero que la gente cambia muchísimo, se transforman en otras personas, dejan de preocuparse y no quieren suicidarse. Si podéis cambiar a las personas quitándole un trocito de hueso, de músculo, algún nervio o poniéndole algo más o quitándole un poco de una glándula, ¿por qué no inventar algo que haga a las personas más agradables o que les haga dormir? No me refiero a un somnífero, pero sí a algo que consiga que las personas se sienten en una silla y tengan sueños bonitos, que duerman veinticuatro horas y sólo se despierten para que les den de comer. Le dije que ésa sería una gran idea.

—¿En eso consistía el proyecto B?

—Por supuesto, nunca me dijo exactamente qué era, pero estaba muy entusiasmado con la idea y dijo que yo se la había dado, o sea que debía ser alguna cosa agradable. Me refiero a que nunca le hubiera dado una idea para inventar alguna cosa desagradable para matar a la gente. Ni siquiera me gusta ver llorar a la gente como ocurre con los gases lacrimógenos o algo así. No tengo nada contra el gas de la risa; sí, creo que se lo mencioné. Cuando vas para que te quiten una muela, te hacen oler tres veces el gas y comienzas a reír. Bien podrías inventar algo así pero que dure un poco más, le dije, porque el efecto del gas de la risa sólo dura unos cincuenta segundos. Recuerdo que a mi hermano tuvieron que quitarle una

muela. El sillón del dentista estaba muy cerca de una ventana, y mi hermano se reía tanto mientras estaba inconsciente, que estiró la pierna derecha, atravesó el cristal de la ventana, y todos los trozos cayeron a la acera. El dentista se lo tomó a la tremenda y se enfadó muchísimo.

—Tus historias siempre tienen algún detalle curioso —manifestó el almirante—. La cuestión es que Robbie Shoreham se puso a trabajar en algo acorde con tu idea.

—No sé qué era exactamente. Quiero decir que no era algo para hacer dormir o reír a las personas. Era algo… pero tampoco se llamaba proyecto B. Tenía otro nombre.

—¿Otro nombre?

—Creo que me lo mencionó en un par de ocasiones. Algo que sonaba a Benger's Food —señaló *lady* Matilda con un tono pensativo.

—¿Algún producto para una mejor digestión?

—No creo que tuviera nada que ver con la digestión. Me parece que era algo que se olía, o quizás era una glándula. Hablábamos de tantas cosas que nunca sabía muy bien del todo de qué hablaba en un determinado momento.

Benger's

Food. Ben, Ben. Comenzaba con Ben, y tenía asociada alguna palabra agradable.

—¿Es todo lo que recuerdas?

—Creo que sí. Sólo fue una charla que tuvimos en una ocasión y, después, al cabo de mucho tiempo, me comentó que yo le había dado la idea para el proyecto Ben algo. Recuerdo que, de vez en cuando, le preguntaba si aún continuaba trabajando en el proyecto Ben. A veces se enfadaba muchísimo y me decía que no, que se había encontrado con una pega y que lo había dejado correr de momento porque el problema era que… entonces me soltaba una frase larguísima con esas palabras que sólo usan los científicos, que no recuerdo y que tú tampoco comprenderías si te las repitiera.

»Al final, creo… vaya, si de todo esto han pasado ya ocho o nueve años; se presentó un día y me preguntó: «¿Recuerdas el proyecto Ben?». «Claro que lo recuerdo. ¿Todavía estás trabajando en él?», respondí. Me comentó que había decidido abandonarlo. Le dije que lamentaba que hubiera renunciado a seguir adelante. «No

es que no pueda conseguir lo que buscaba. Ahora sé que podría conseguirlo. Sé dónde me equivoqué. Sé exactamente cuál es la pega y sé cómo corregirla. Tengo a Lisa trabajando conmigo. Sí, podría funcionar. Habría que experimentar con algunas cosas, pero funcionaría». «Bueno, ¿qué es lo que te preocupa?». Robbie me respondió que no sabía los efectos que produciría en las personas. Le pregunté si tenía miedo de que las matara o de que les produjera consecuencias para el resto de sus vidas. «No, no es nada de eso». Dijo… ah, ahora lo recuerdo. Lo llamaba proyecto Benvo. Sí, tenía algo que ver con la benevolencia.

—¡Benevolencia! —exclamó el almirante muy sorprendido—. ¿Benevolencia? ¿Te refieres a la caridad?

—No, no. Creo que sencillamente se refería a que podía conseguir que las personas fueran benevolentes. Que se sintieran benevolentes.

—¿Paz y buena voluntad entre los hombres?

—No lo expresó con esos mismos términos.

—No, eso queda reservado para los líderes religiosos. Lo predican y, si haces lo que predican, entonces todos viviríamos en un mundo feliz. Pero, por lo que se ve, Robbie no estaba predicando. Se proponía hacer algo en su laboratorio que consiguiera el mismo resultado a través de medios exclusivamente físicos.

—Más o menos fue así. También me comentó que nunca sabes cuando las cosas son buenas o perjudiciales para las personas. Lo son de una manera, pero siempre hay alguna pega. Habló de la penicilina, de las sulfamidas, de los trasplantes y de cosas como las píldoras para las mujeres, aunque entonces nosotras no teníamos «la píldora». Pero, ya sabes, hay cosas que parecen fantásticas, esas drogas y gases maravillosos, pero después resulta que hay algo que no funciona y entonces deseas que nunca las hubieran inventado. Eso es lo que parecía querer decirme. Todo era muy difícil de entender.

»«¿Quieres decir que no quieres correr el riesgo?», pregunté y él me contestó: «Tienes toda la razón. No quiero correr el riesgo. Ése es el problema porque no tengo la menor idea de cuál puede ser el peligro. Eso es lo que siempre nos pasa a los científicos. Asumimos los riesgos y los riesgos no están en lo que hemos descubierto, sino

en lo que harán las personas con lo que hemos producido». «¿Me estás hablando otra vez de las bombas atómicas y de las armas nucleares?». Robbie me respondió: «Al infierno con las armas nucleares y las bombas atómicas. Hemos progresado mucho más».

»«Pero si vas a conseguir que las personas tengan mejor humor y sean benevolentes, ¿por qué te preocupa tanto?». «Tú no lo entiendes, Matilda. Nunca lo comprenderás y es probable que mis colegas tampoco lo entiendan, no hablemos ya de los políticos. Por lo tanto, el riesgo es enorme. Es un tema que habría que pensar muy a fondo». «¿No podrías conseguir que fuera algo pasajero como el gas de la risa? Me refiero a que puedas conseguir que las personas fuesen benevolentes durante un tiempo y, después, vuelvan a sentirse bien, o mal, según como se mire». «No, esto sería permanente. Una cosa definitiva porque afecta…». Volvió a meterse en la jerga científica. Ya sabes, palabras larguísimas y números. Fórmulas, cambios moleculares o algo así. Supongo que es algo parecido a lo que hacen con los cretinos. Consiguen que dejen de ser cretinos dándoles tiroidina o quitándosela. Algo así. Supongo que en alguna parte hay una bonita glándula y que, si se la quitas, la eliminas o le haces alguna cosa drástica… Pero el problema es que entonces las personas serán para siempre…

—¿Benevolentes? ¿Estás segura de que utilizó esa palabra? ¿Benevolencia?

—Sí. Por eso le puso el nombre de Benvo.

—Me pregunto qué dijeron sus colegas cuando decidió abandonar el asunto.

—No creo que fueran muchos los enterados de su trabajo. Lisa no sé cuantos, la muchacha austríaca; ella trabajaba en el proyecto; y había un joven llamado Leadenthal o algo así, pero murió de tuberculosis. Además, hablaba como si las demás personas que trabajan con él no fueran más que ayudantes que no sabían nada de su proyecto. Ah, ya veo dónde quieres ir a parar —afirmó Matilda —. La verdad es que no creo que nunca se lo dijera a nadie. Creo que destruyó las formulas, las notas o lo que fuera y renunció al tema. Después tuvo el ataque, cayó enfermo y, ahora, pobrecito mío, no puede hablar muy bien. Tiene paralizada la mitad del cuerpo. Por fortuna, no tiene problemas de oído. Escucha música. No hace otra cosa.

—¿Crees que ya no está en condiciones de continuar con su trabajo?

—Ni siquiera ve a sus amigos. Creo que le resulta muy doloroso verles. Siempre pone alguna excusa.

—Pero está vivo —señaló el almirante Blunt—. Continúa vivo. ¿Tienes su dirección?

—La tengo apuntada en mi agenda. Sigue viviendo en el mismo lugar. En algún pueblo del norte de Escocia. Tienes que comprenderlo, era un hombre maravilloso, pero ahora ya no lo es. A todos los efectos es como si estuviera muerto.

—Siempre queda la esperanza —replicó el almirante Blunt—, las creencias y la fe.

—Y no olvides la benevolencia —le recordó *lady* Matilda.

Capítulo 21

PROYECTO BENVO

El profesor John Gottlieb observó con mucha atención a la elegante joven sentada delante de su escritorio. Se rascó la oreja con un gesto simiesco que era uno de sus gestos característicos. En realidad, tenía el aspecto de un mono. La mandíbula prognata, la cabeza grande y el cuerpo pequeño.

—No es algo que ocurra con mucha frecuencia —manifestó el profesor Gottlieb—, que una joven se presente con una carta del presidente de Estados Unidos. Sin embargo —añadió con un tono alegre—, los presidentes no siempre saben muy bien lo que hacen. ¿De qué trata todo este asunto? Doy por supuesto que viene usted avalada por las más altas autoridades.

—He venido para preguntarle qué sabe usted o lo que pueda decirme de algo llamado el proyecto Benvo.

—¿Es usted de verdad la condesa Renata Zerkowski?

—Lo soy, digamos que técnicamente, pero se me conoce más por el nombre de Mary Ann.

—Sí, eso es lo que me informaron en un mensaje aparte. Así que quiere usted saber cosas acerca del proyecto Benvo. Efectivamente, existe ese proyecto. Claro que ahora está muerto y enterrado, y supongo que también lo está el hombre que lo creó.

—Se refiere usted al profesor Shoreham.

—Eso es. Robert Shoreham. Uno de los más grandes genios de nuestra era, junto con Einstein, Niels Bohr y algunos más. Pero Robert Shoreham no vivió todo lo que se esperaba. Una gran pérdida para la ciencia. Es lo que Shakespeare dice de *lady* Macbeth: «Tendría que haber muerto a partir de ahora».

—No está muerto —dijo Mary Ann.

—Vaya. ¿Está usted segura? No se ha sabido nada de él en mucho tiempo.

—Es un inválido. Vive en el norte de Escocia. Está paralítico, apenas puede caminar y habla con enormes dificultades. Pasa la mayor parte de las horas escuchando música.

—Sí, ya me lo supongo. Bueno, me alegra saberlo. Si puede escuchar música, no lo pasará tan mal. De lo contrario, sería un infierno para un hombre que ha sido tan brillante y que ahora se ve imposibilitado en una silla de ruedas.

—¿Existió algo llamado proyecto Benvo?

—Sí. Él estaba muy entusiasmado con la idea.

—¿Estaba usted al corriente de sus trabajos?

—Solía hablar con nosotros en aquellos días. Supongo que usted, jovencita, no es una científica, ¿verdad?

—No, yo soy…

—Usted es sólo una agente. Espero que esté usted en nuestro bando. Todavía seguimos confiando en los milagros, pero no creo que se pueda conseguir nada con el proyecto Benvo.

—¿Por qué no? Dice usted que trabajó en el proyecto. Tenía todos los visos de ser una gran invención, ¿no es eso? ¿O un gran descubrimiento o como sea que llaman ustedes a estas cosas?

—Sí, hubiera sido uno de los grandes descubrimientos de nuestra era. No sé exactamente qué fue lo que salió mal. Ya ha ocurrido otras veces. Una cosa funciona correctamente y, de pronto, falla en las últimas etapas, no se comporta como se esperaba y acabas renunciando, sumido en la desesperación, a menos que hagas lo que hizo Shoreham.

—¿Qué hizo?

—Lo destruyó. Hizo pedazos todas las notas. Me lo dijo él mismo. Lo quemó todo, las fórmulas, las anotaciones, no dejó ni un papel. Tres semanas más tarde sufrió una embolia. Lo siento mucho. No puedo ayudarla. Nunca conocí los detalles, sólo estaba enterado de la idea principal. No recuerdo absolutamente nada, excepto que Benvo correspondía a benevolencia.

Capítulo 22

JUANITA

Lord Altamount dictaba el texto de un discurso. La voz que en otro tiempo había sido sonora y dominante tenía ahora una suavidad que no dejaba de darle un encanto especial. Parecía provenir de las sombras del pasado, pero que, emocionalmente, se movía en una dirección que un tono más dominante no hubiese podido reflejar.

James Kleek escribía el texto y sólo se detenía cuando Altamount hacía una pausa para ordenar sus ideas. El secretario esperaba pacientemente a que se reanudara la fluidez del dictado.

—El idealismo —dictó lord Altamount— aparece y, por cierto, lo hace cuando lo alienta un antagonismo natural ante la injusticia. Es un rechazo natural al materialismo. El idealismo natural de la juventud se alimenta cada vez más por el deseo de destruir esas dos fases de la vida moderna: la injusticia y el materialismo.

»Este deseo de destruir lo que es malo a veces conduce a un amor por la destrucción en sí misma. Puede llevar a refocilarse en la violencia y a infligir dolor. Todo esto puede ser propiciado y reforzado desde el exterior por los que son líderes naturales. Este idealismo nada en una etapa no adulta. Tendría y podría conducir al deseo de un mundo nuevo. También tendría que conducir hacia el amor y la buena voluntad entre los hombres. Pero aquellos que una vez aprendieron a amar la violencia por la violencia nunca llegarán a ser adultos. Se quedarán en aquella etapa del desarrollo y no la superarán en lo que les quede de vida.

Sonó un timbre. Lord Altamount hizo un ademán y su secretario atendió la llamada.

—Mr. Robinson está aquí.

—Ah, sí. Hágale pasar. Ya seguiremos con esto más tarde.

Kleek dejó el cuaderno y el lápiz sobre la mesa y se levantó.

Mr. Robinson entró en la habitación. El secretario buscó una silla adecuada para acomodar el corpachón del visitante. Mr. Robinson le agradeció la atención con una sonrisa y se sentó junto al dueño de la casa.

—¿Tiene usted alguna noticia para nosotros? —preguntó lord Altamount—. ¿Diagramas? ¿Círculos? ¿Burbujas?

En el rostro del anciano había una expresión risueña.

—No exactamente —respondió Mr. Robinson imperturbable—. Es algo así como trazar el curso de un río.

—¿Río? —preguntó Altamount—. ¿Qué clase de río?

—Un río de dinero —manifestó Mr. Robinson con el leve tono de disculpa que empleaba cuando se mencionaba su especialidad—. Es como un río, me refiero al dinero, que viene de alguna parte y va a otra muy determinada. Resulta muy interesante, siempre, claro está, que le interesen a usted estas cosas. Verá, el dinero te cuenta su propia historia.

James Kleek no parecía verlo muy claro, pero Altamount dijo:

—Le comprendo. Continúe.

—Fluye desde Escandinavia, de Baviera, de Estados Unidos, del sudeste asiático, y se alimenta de afluentes menos importantes a lo largo de su curso.

—¿Dónde desemboca?

—La desembocadura principal está en Sudamérica, y atiende las necesidad del ahora firmemente establecido cuartel general de la juventud militante.

—Representa a cuatro de los cinco círculos entrelazados que nos mostró: armamentos, drogas, ciencia y misiles para la guerra bacteriológica además de las finanzas, ¿no es así?

—Sí. Ahora estamos casi seguros de conocer la identidad de los que controlan los diversos grupos.

—¿Qué hay del círculo J? ¿Juanita? —preguntó Kleek.

—La identidad de Juanita continúa siendo un misterio —respondió Mr. Robinson.

—James tiene algunas ideas al respecto —manifestó lord Altamount—. Espero y confío en que esté en un error. La J resulta interesante. ¿Qué representa? ¿Justicia? ¿Juicio?

—Representa a una asesina profesional —dijo Kleek—. Las hembras de esta especie son mucho más letales que el macho.

—Hay precedentes históricos —admitió Altamount—. Jahel sirviéndole a Sisera la mantequilla en una fuente principesca, para después atravesarle la cabeza con un clavo. Judit que mató a Holofernes y que fue aplaudida por sus compatriotas. Sí, es posible que haya algo de cierto en su opinión.

—¿O sea que usted cree saber quién es Juanita? —intervino Mr. Robinson—. Eso es interesante.

—Bueno, quizás esté equivocado, señor, pero hay algunas cosas que me han hecho pensar…

—Sí —le interrumpió Mr. Robinson—, todos hemos tenido motivos para pensar, ¿no es así? Será mejor que nos diga qué es lo que cree, James.

—Creo que es la condesa Renata Zerkowski.

—¿Cuáles son sus motivos para acusarla?

—Los lugares donde ha estado, las personas con las cuales ha mantenido contactos. Existen demasiadas coincidencias entre los hechos ocurridos y su presencia en los lugares donde han tenido lugar. Ha estado en Baviera. Fue a visitar a la gran Charlotte. Lo que es más, llevó a Stafford Nye como acompañante. Creo que eso es significativo.

—¿Cree que están compinchados en este asunto? —preguntó lord Altamount.

—No me atrevería a decir tanto —replicó Kleek—. No conozco a *sir* Nye lo suficiente como para…

—Sí —dijo el anciano—, siempre hemos tenido nuestras dudas. Ha sido sospechoso desde el primer momento.

—¿Henry Horsham sospecha de Nye?

—Es probable que Horsham sospeche de Stafford Nye. Supongo que el coronel Pikeaway tampoco lo tiene muy claro. Lo han tenido bajo vigilancia y lo más probable es que Nye se diera cuenta. No es ningún tonto.

—Otro compañero de viaje —manifestó Kleek furioso—. Es extraordinario como podemos formarlos, confiar en ellos, hacerles partícipes de nuestros secretos, dejar que sepan lo que estamos haciendo y, sin embargo, proclamar tan tranquilos: «Si hay una persona en la que podemos confiar ciegamente, ésa debe ser

McLean, Burguess, Philby o cualquiera de esa pandilla». Ahora, tenemos que sumar a Stafford Nye a la lista.

—Stafford Nye, adoctrinado por Renata, alias Juanita —señaló Mr. Robinson.

—Recuerden aquel curioso episodio en el aeropuerto de Fráncfort —añadió Kleek— y la visita a Charlotte. Tengo entendido que, desde entonces, *sir* Nye viajó con la condesa a Sudamérica. Por cierto, ¿sabemos dónde está ella ahora?

—Yo diría que Mr. Robinson lo sabe —dijo lord Altamount—. ¿Lo sabe usted, Mr. Robinson?

—La condesa está en Estados Unidos. Por lo que sé, después de visitar a unos amigos en Washington o en los alrededores, viajó a Chicago, luego a California y, por último, a Austin donde se entrevistó con un científico de primera fila. Esto es lo último que he sabido.

—¿Qué ha estado haciendo?

—Cualquiera diría —respondió Mr. Robinson, con voz plácida—, que buscaba información.

—¿Qué clase de información?

Mr. Robinson exhaló un suspiro.

—Eso es algo que todos quisiéramos saber. Damos por hecho que es la misma información que nos interesa y que ella intenta conseguir de nuestro hombre. Pero nunca se sabe. Quizá lo hace para el otro bando.

El financiero se volvió para mirar a lord Altamount.

—Tengo entendido que esta noche viaja usted a Escocia, ¿es eso correcto?

—Así es.

—No creo que sea prudente hacer ese viaje, señor —le comentó el secretario a Mr. Robinson. Luego miró a su patrón con una expresión preocupada—. Está usted delicado de salud, señor. Puede resultar un viaje agotador, independientemente del medio de transporte que escoja, en avión o en tren. ¿No puede dejar que Munro y Horsham se hagan cargo del asunto?

—A mi edad, cuidarse es una pérdida de tiempo —proclamó lord Altamount—. Como dice el refrán, si puedo ser útil, prefiero morir al pie del cañón.

El anciano obsequió a Mr. Robinson con una sonrisa.

—Será mejor que venga usted con nosotros, Robinson.

Capítulo 23

VIAJE A ESCOCIA

El jefe de escuadrilla se preguntó de qué se trataría esta vez. Estaba acostumbrado a que sólo le informaran de una pequeña parte de las operaciones. Suponía que esto sería algo vinculado a la seguridad nacional. No querían correr ningún riesgo. Ya había hecho esto varias veces. Pilotar un avión hasta algún lugar poco habitual, transportando a unos pasajeros un tanto especiales y siempre atento a no hacer más preguntas que las estrictamente vinculadas a la misión. Conocía a algunos de los pasajeros, pero no a todos.

Reconoció a lord Altamount, un hombre viejo y muy enfermo, que sólo se mantenía vivo a fuerza de voluntad. Le acompañaba un hombre nervioso que parecía ser su secretario particular y que, además de su seguridad, se ocupaba de su bienestar. Un perro fiel que nunca se separaba de su amo. Seguramente llevaba un maletín con toda clase de medicamentos. El jefe de escuadrilla se preguntó por qué no llevaban a un médico con ellos, pues hubiera sido una precaución digna de agradecer. El anciano parecía estar a las puertas de la muerte y su cabeza tenía el aspecto de un busto en un museo. El piloto conocía bien a Henry Horsham y también a varios del servicio de contraespionaje. El coronel Munro no tenía su aire feroz de costumbre. Se le veía profundamente preocupado. También había un hombre corpulento y de rasgos achinados. ¿Un asiático? ¿Qué hacía un asiático en un vuelo con destino al norte de Escocia? El jefe de escuadrilla se dirigió al coronel Munro:

—Todo está preparado, señor. El coche les espera.

—¿Cuál es exactamente la distancia que recorremos?

—Diecisiete millas, señor. El camino es duro pero no está mal.

Hay mantas para todos en el coche.

—¿Ha recibido usted las órdenes? Repítalas, por favor, jefe de escuadrilla Andrews.

El jefe de escuadrilla repitió las órdenes y el coronel asintió satisfecho. El jefe de escuadrilla contempló el coche que se alejaba y se preguntó por qué demonios aquellas personas se arriesgaban a un viaje por un páramo solitario, sólo para ir hasta un vetusto castillo donde un hombre enfermo vivía como un recluso sin amigos ni nadie que le visitara. Supuso que Horsham lo sabría. Horsham sabía muchísimas cosas extrañas. En cualquier caso, pensó Andrews, Horsham no se las diría.

El chofer era un experto. Llevó a sus pasajeros hasta el castillo y detuvo el coche delante de la entrada. Dos farolas alumbraban la entrada. La puerta se abrió antes de que necesitaran tocar el timbre o dar voces para que les admitieran.

Una escocesa de unos sesenta y tantos años, con una expresión agria en su rostro delgado, apareció en el portal. El chofer abrió la puerta del coche.

James Kleek y Horsham ayudaron a lord Altamount a bajar del vehículo y le acompañaron en el ascenso de los escalones de la entrada. La vieja escocesa se apartó mientras saludaba al lord con una reverencia.

—Buenas noches, Su Señoría. El amo le aguarda. Le comunicaron su visita. Tenemos las habitaciones preparadas y las chimeneas encendidas.

Otra figura hizo su aparición en el vestíbulo. Se trataba de una mujer alta, cincuentona, pero todavía de buen ver. Llevaba el pelo peinado con la raya al medio, tenía la frente despejada, la nariz aquilina y la tez bronceada.

—*Miss* Neumann se encargará de atenderles —les informó la criada.

—Muchas gracias, Janet —dijo *miss* Neumann—. Cuide de que las chimeneas permanezcan encendidas en los dormitorios.

—Ahora mismo.

Lord Altamount estrechó la mano de la mujer.

—Buenas noches, *miss* Neumann.

—Buenas noches, lord Altamount. Confío en que no esté usted demasiado fatigado por el viaje.

—Disfrutamos de un vuelo excelente. Le presento al coronel Munro. *Miss* Neumann, éste es Mr. Robinson, *sir* James Kleek y Mr. Horsham de la Seguridad Nacional.

—Creo recordar a Mr. Horsham de un encuentro anterior, hace ya algunos años.

—No lo he olvidado —manifestó Horsham—. Fue en la fundación Leveson. Usted ya era, eso creo, la secretaria del profesor Shoreham, ¿no es así?

—Primero fui su ayudante de laboratorio y, después, su secretaria. Todavía desempeño este último cargo cuando se presenta la ocasión. Tenemos aquí a una enfermera que vive en el castillo de forma más o menos permanente. De vez en cuando, hay algún cambio. *Miss* Ellis es la enfermera que acaba de reemplazar a *Miss* Bude hace un par de días. Le he dicho que permanezca cerca de la habitación donde celebraremos el encuentro. Sé que ustedes desean la máxima privacidad, pero no vendría mal tenerla a mano por si surge alguna emergencia.

—¿Tan mal está de salud? —preguntó el coronel Munro.

—En realidad, ya no sufre —contestó *miss* Neumann—, pero tienen que estar prevenidos si llevan tiempo sin verlo. Prácticamente es un esqueleto que respira.

—Por favor, una pregunta antes de que nos lleve con el profesor. ¿Sus procesos mentales no estarán gravemente afectados? ¿Puede entender lo que se le dice?

—Sí, por supuesto. Entiende perfectamente, pero tiene paralizado medio cuerpo y no puede hablar con mucha claridad, aunque depende de los días. Tampoco puede caminar sin ayuda. En mi opinión, su cerebro no ha perdido ni un ápice de claridad. La única diferencia es que ahora se cansa con mucha facilidad. ¿Quieren ustedes beber una copa?

—No —contestó lord Altamount—. No quiero esperar más. Hemos venido por un asunto urgente y preferiría que nos condujera hasta el profesor ahora mismo. Tengo entendido que nos espera, ¿verdad?

—Les espera —afirmó la secretaria.

Les precedió en las escaleras que llevaban al primer piso. Recorrió un pasillo y abrió la puerta de una habitación bastante amplia. Tapices y cabezas de ciervo disecadas formaban parte del

mobiliario. Era obvio que la habitación había sido en otros tiempos la sala de los trofeos de caza. La única cosa moderna en la sala era un gran tocadiscos.

El hombre alto ocupaba una silla junto al fuego. Le temblaban un poco la cabeza y la mano izquierda. Tenía un costado de la cara deformada. Sólo se le podía describir de una manera: era una ruina. Un hombre que había sido fornido y vigoroso. No obstante, conservaba algunos de los rasgos del genio. En los ojos, casi ocultos por las abundantes cejas, brillaba la luz de la inteligencia. Dijo algo. La voz no era débil, los sonidos eran claros, aunque costaba entenderlos. Había perdido sólo en parte la capacidad de hablar, pero se le entendía.

Lisa Neumann se situó a su lado, atenta al movimiento de sus labios, para oficiar de intérprete si era necesario.

—El profesor Shoreham les da la bienvenida. Se alegra mucho de verles a todos ustedes, lord Altamount, coronel Munro, *sir* James Kleek, Mr. Robinson y Mr. Horsham. Quiere que les diga que oye bastante bien. Entenderá cualquier cosa que le digan. Si hay alguna dificultad, yo les ayudaré. Desea añadir que yo seré su voz si se cansa demasiado y no puede articular las palabras. Sé leer los labios y también podemos comunicarnos perfectamente por el lenguaje de los sordomudos.

—Procuraré no hacerle perder el tiempo y cansarle lo menos posible, profesor Shoreham —manifestó el coronel Munro.

El hombre sentado en la silla asintió para comunicar que le había entendido.

—Hay algunas preguntas que se las puedo formular a *miss* Neumann.

La mano de Shoreham señaló con un gesto débil a la secretaria. Volvieron a oírse unos sonidos que ninguno de ellos entendió, pero que la mujer tradujo inmediatamente.

—Dice que depende de mí para decirles las respuestas a sus preguntas.

—Creo —dijo el coronel Munro— que recibió usted la carta que le envié.

—Así es —contestó *miss* Neumann—. El profesor Shoreham recibió la carta y conoce el contenido.

Una enfermera abrió la puerta y asomó la cabeza. Preguntó en

voz baja:

—¿Necesita usted algo, *miss* Neumann? ¿Los invitados o el profesor desean algo más?

—No creo que necesitemos nada de momento, *miss* Ellis. Le agradecería que esperara usted en su habitación al final del pasillo, por si acaso necesitamos llamarla.

—Desde luego. —La enfermera cerró la puerta suavemente.

—No debemos perder tiempo —repitió el coronel Munro—. Sin duda el profesor Shoreham está al corriente de los últimos acontecimientos.

—El profesor está enterado de todo aquello que le interesa —afirmó *miss* Neumann.

—¿Sigue los adelantos científicos y todas esas cosas?

Robert Shoreham meneó la cabeza y esta vez sí que los presentes entendieron la respuesta:

—He acabado con todo eso.

—Sin embargo, ¿está usted enterado, aunque sea someramente, de la situación que vive el mundo en estos momentos, del éxito de lo que se llama la revolución de la juventud, de la toma del poder por ejércitos de jóvenes armados?

—El profesor está enterado de todo lo que ocurre, en un sentido político, claro está —tradujo *miss* Neumann.

—El mundo se ha rendido a la violencia, al dolor, a los revolucionarios dirigidos por una minoría anarquista inspirada por una extraña e increíble filosofía.

Una expresión de impaciencia apareció en el rostro demacrado de Shoreham.

—Él ya sabe todo eso —intervino Mr. Robinson para sorpresa de todos—. No es necesario que le repitamos un montón de cosas. Es un hombre que está al corriente de todo lo que sucede. ¿Conoce usted al almirante Blunt?

Una vez más, el profesor asintió. Algo parecido a una sonrisa apareció en su rostro.

—El almirante Blunt recordó los trabajos que usted había realizado en cierto proyecto. Creo que ustedes los denominan proyectos, ¿no? El proyecto Benvo.

Todos advirtieron la mirada alerta en los ojos de Shoreham.

—El proyecto Benvo —dijo *miss* Neumann—. Se remonta usted a

un pasado muy lejano, Mr. Robinson.

—Era un proyecto del profesor y usted colaboró en el mismo, ¿me equivoco?

—Efectivamente, era su proyecto y yo colaboré como su asistente —admitió *miss* Neumann, que ahora hablaba con más tranquilidad.

—No podemos emplear armas nucleares, tampoco podemos utilizar explosivos, armas químicas o gases, pero sí que podemos utilizar su proyecto. El proyecto Benvo.

Un prolongado silencio siguió a las palabras de Mr. Robinson. Por fin, los sonidos extraños y distorsionados que eran las palabras del profesor se oyeron otra vez en la sala.

—Dice que, por supuesto —interpretó *miss* Neumann—, el proyecto Benvo sería la solución ideal en las circunstancias actuales… —Se interrumpió porque el inválido le decía algo más—. Quiere que les explique que el proyecto B, llamado más tarde proyecto Benvo, fue algo en lo que trabajó muchos años pero que, al final, decidió abandonarlo por razones personales.

—¿Por qué no consiguió materializar sus ideas?

—No, no fracasó —replicó Lisa Neumann—. Nosotros no fracasamos. Trabajé con él en este proyecto. Lo dejó de lado por motivos personales, no porque fracasara. Al contrario, fue un éxito. Escogió el camino correcto desde el primer momento, desarrolló la idea y la comprobó en diversos experimentos de laboratorio.

La mujer se volvió una vez más hacia el profesor y se tocó los labios, una oreja y la boca en un extraño código de señales.

—Le preguntaba si quiere que les explique en qué consistía el proyecto Benvo.

—Queremos que nos lo explique.

—También quiere saber cómo se enteraron ustedes.

—Nos enteramos a través de una persona amiga suya desde hace muchísimos años, profesor Shoreham. No me refiero al almirante Blunt, sino a otra persona con la cual usted habló del tema en diversas ocasiones: *lady* Matilda Cleckheaton.

Miss Neumann observó los labios de su patrón y esbozó una sonrisa.

—Dice que creía que Matilda había muerto hacía años.

—Está viva y rebosante de salud. Fue ella quien nos puso en la

pista del descubrimiento.

—El profesor Shoreham les explicará los puntos principales de lo que desean saber, aunque les advierte que este conocimiento no les servirá de nada. Los documentos, las notas, las fórmulas y los resultados de los experimentos realizados fueron destruidos. Pero, a la vista de que la única manera de dar cumplida respuesta a sus preguntas es que ustedes conozcan los fundamentos del proyecto Benvo, yo les daré una visión bastante clara de sus objetivos. Ustedes ya conocen los usos y el propósito del gas lacrimógeno que emplea la policía para controlar a las multitudes violentas, los motines callejeros y todo lo demás. Produce ataques de llanto, inflamación de los ojos y de los senos nasales.

—¿Todo esto es algo del mismo tipo?

—No, no se parece en lo más mínimo, pero sí que puede producir el mismo resultado. Se les ocurrió a los científicos que no sólo se pueden cambiar las reacciones principales y los sentimientos de los hombres, sino también sus características mentales. Se puede modificar el carácter de un hombre. Los efectos de los afrodisíacos son bien conocidos: estimulan el deseo sexual. Hay varios tipos de drogas, gases y hormonas glandulares. Cualquiera de estas cosas pueden producir un cambio en el vigor mental, se aumenta la energía por medio de alteraciones en la glándula tiroides, y el profesor Shoreham desea decirles que hay un proceso, no les dirá si es glandular o si es un gas, que se puede fabricar, pero hay algo capaz de cambiar la visión de la vida en las personas, sus reacciones ante los demás y ante la vida en general. Un hombre puede encontrarse sumido en un estado de furia homicida, quizá sea patológicamente violento y, sin embargo, a través de la influencia del proyecto Benvo, se convierte en algo, o mejor dicho en alguien, muy diferente. Se convierte en… creo que sólo hay una palabra adecuada y que está incluida en el nombre… en alguien más benevolente. Desea beneficiar a los demás. Rebosa bondad. Le aterra la idea de causar dolor o cometer actos violentos. Benvo se puede esparcir en un área muy extensa, puede afectar a centenares, a miles de personas si se fabrica en grandes cantidades y se distribuye eficazmente.

—¿Cuánto duran los efectos? —preguntó el coronel Munro—. ¿Veinticuatro horas? ¿Más?

—Usted no lo comprende —replicó *miss* Neumann—. Es permanente.

—¿Permanente? ¿Cambia la naturaleza de un hombre, altera un elemento físico, desde luego, de su ser, consigue el efecto de un cambio permanente en su carácter y que no permite la vuelta atrás? ¿No puede volver a ser como antes? ¿No hay otra solución que no sea aceptarlo como un cambio permanente?

—Así es. Al principio, fue un descubrimiento de interés médico, pero el profesor Shoreham lo había concebido como un arma para ser utilizada en la guerra, en los motines, algaradas, revoluciones e intentos anarquistas. No lo consideró como algo exclusivamente médico. No produce ninguna felicidad en el sujeto, sólo un intenso deseo de hacer felices a los demás. Es un efecto, dice, que todo el mundo siente en algún momento de su vida. Siente el deseo de conseguir que una persona, o muchas, vivan felices, gocen de buena salud y todas esas cosas. A la vista de que las personas sienten ese deseo, llegamos a la conclusión de que hay un elemento que controla ese deseo en los seres humanos y que, si se ponía en marcha dicho elemento a través de algún medio externo, continuaría su acción por un tiempo indefinido.

—¡Maravilloso! —opinó Mr. Robinson con un tono más pensativo que entusiasta—. Maravilloso. Vaya descubrimiento. Es fantástico conseguir poner algo en marcha si… pero ¿por qué?

La cabeza apoyada en el respaldo de la silla se volvió lentamente hacia Mr. Robinson.

—Dice que usted lo comprende mucho mejor que todos los demás —tradujo *miss* Neumann.

—¡Pero si es la respuesta! —proclamó James Kleek—. ¡Es la solución ideal! ¡Es fantástico! —La expresión de su rostro reflejaba el más vivo entusiasmo.

Miss Neumann meneó la cabeza.

—El proyecto Benvo no está a la venta. Ha sido abandonado definitivamente.

—¿Me está usted diciendo que la respuesta es no? —preguntó el coronel Munro incrédulo.

—Sí. El profesor Shoreham dice que la respuesta es no. Decidió que iba en contra… —Hizo una pausa para mirar al hombre sentado en la silla, que hacía unos débiles gestos con la cabeza y una mano,

al tiempo que unos pocos sonidos guturales salían de su boca. La mujer esperó y luego tradujo—: Se lo dirá él mismo. Tenía miedo, le asustaba lo que había logrado con la ciencia en su momento de gloria, las cosas que había encontrado y conocido, las cosas que había descubierto y había dado al mundo. Los medicamentos maravillosos que no siempre habían sido tan maravillosos, la penicilina que había salvado vidas, pero que también se había cobrado muchas, los trasplantes de corazón que han evitado el desconsuelo y la desilusión de una muerte no esperada.

»Él ha vivido el período de la fisión nuclear; las nuevas armas que matan; las tragedias de la radiactividad; la polución que acompaña a los nuevos descubrimientos industriales. Siempre ha tenido miedo de las consecuencias que podían acompañar al uso indiscriminado de la ciencia.

—Aquí estamos hablando de un beneficio, de algo que será un beneficio para todos —protestó Munro.

—Lo mismo que tantas otras cosas recibidas como benefactoras de la humanidad, como grandes maravillas. Pero después están los efectos secundarios y, lo que es todavía peor, el hecho de que algunas veces no han aportado ningún beneficio, sino que han sido un desastre. Por esa razón, él decidió abandonarlo. Dice —*miss* Neumann leyó el papel que tenía en la mano, mientras el profesor asentía desde la silla—: «Me satisface haber logrado lo que me proponía, conseguir mi descubrimiento, pero decidí no ponerlo en circulación. Había que destruirlo y eso fue lo que hice. Por lo tanto, la respuesta es no. No hay benevolencia a la carta. Pudo haberla habido, pero ahora todas las fórmulas, todos los conocimientos, las notas y la relación del procedimiento a seguir se han esfumado convertidos en cenizas. He acabado con mi hijo predilecto».

El profesor les dirigió la palabra en cuanto *miss* Neumann acabó la lectura.

—He destruido el fruto de mis esfuerzos y nadie en el mundo sabe como lo conseguí. Me ayudaba un hombre que ahora está muerto. Murió de tuberculosis al año siguiente de haber acabado los experimentos. Tienen que marcharse. No les puedo ayudar.

—Su descubrimiento podría significar la salvación del mundo.

El hombre sentado en la silla emitió un sonido curioso. Se reía. Era la risa de un inválido.

—¡Salvar el mundo! ¡Salvar el mundo! ¡Vaya frase! Eso es lo que creen que hacen todos esos jóvenes. Se entregan a la violencia y al odio para salvar al mundo. ¡Pero no saben cómo hacerlo! Tendrán que hacerlo por ellos mismos, desde lo más hondo de sus corazones, desde lo más profundo de sus mentes. No podemos darles un medio artificial para que lo hagan. No. ¿Una bondad artificial? ¿Un sucedáneo de la felicidad? No existe nada de eso. No sería real. No significaría absolutamente nada. Iría contra la naturaleza. —Hizo una pausa para después añadir lentamente—: ¡Iría contra Dios!

Estas últimas palabras sonaron con toda claridad. Giró la cabeza para mirar a sus oyentes. Era como si les estuviera rogando que le comprendieran, pero al mismo tiempo, sin que tuviera la menor esperanza de lograr conseguirlo.

—Tenía derecho a destruir lo que había creado.

—Lo dudo mucho —señaló Mr. Robinson—. El conocimiento es el conocimiento. Aquello que usted alumbró, a lo que usted dio vida, no puede destruirse.

—Tiene usted todo el derecho a manifestar su opinión, pero tendrá que aceptar los hechos.

—No —replicó Mr. Robinson con voz tonante.

Lisa Neumann se enfrentó al financiero con una expresión de furia en el rostro.

—¿Qué quiere decir con ese «no»?

Le brillaban los ojos. Una mujer bonita, pensó Mr Robinson. Una mujer que había estado enamorada de Robert Shoreham toda su vida. Le había amado, había trabajado con él y ahora vivía a su lado, ayudándole con su inteligencia, expresándole su amor en la forma más pura sin ninguna piedad.

—Hay algunas cosas que se aprenden a lo largo de la vida —manifestó Mr. Robinson—. Supongo que la mía no será demasiado larga. Para empezar, peso demasiado. —Exhaló un suspiro de resignación—, pero sé algunas cosas. Tengo razón, Shoreham, y tendrá usted que admitir que la tengo. Usted es un hombre honesto. Usted nunca destruiría su trabajo. Le hubiera sido imposible hacerlo. Todavía lo tiene guardado en alguna parte, escondido, aunque no en esta casa. Supongo, y sólo es una suposición, que lo tiene guardado en alguna caja fuerte o en un banco. *Miss* Neumann sabe que usted lo tiene. Usted confía en ella. Es la única persona en

el mundo que merece su confianza.

—¿Quién es usted? —preguntó el profesor y esta vez su voz se oyó con toda claridad—. ¿Quién demonios es usted?

—Sólo soy un hombre que sabe de dinero y de las cosas que surgen del dinero. Las personas, su idiosincrasia y sus prácticas. Si usted quisiera, seguro que podría poner la mano en ese trabajo que tiene escondido. No estoy diciendo que usted pudiera hacer ahora el mismo trabajo, pero creo que lo tiene en alguna parte. Usted nos ha manifestado sus opiniones y, personalmente, no puedo decir que las considere equivocadas.

»Es probable que esté usted en lo cierto. Las cosas que pueden beneficiar a la humanidad son siempre peligrosas. El pobre Beveridge, con sus ideas de librar a los hombres del temor, convencido de que podría conseguir el paraíso en la tierra con sólo decidirlo, planearlo y llevarlo a la práctica. Pero no consiguió recrear el paraíso y no creo que su Benvo o como lo llame (tiene nombre de comida envasada) tampoco nos lo traiga. La benevolencia tiene sus peligros como todo lo demás. Lo que conseguirá es evitar un montón de sufrimientos, dolores, anarquía, violencia y sometimiento a las drogas. Sí, podría evitar que ocurrieran muchas cosas malas y quizá consiga salvar algo importante. Podría, sólo digo que podría, representar una diferencia para las personas, para los jóvenes. Su Benvo, ahora me suena a limpiador, haría benevolentes a las personas y admito que quizá también les hiciera condescendientes, orondos y pagados de ellos mismos, pero también existe la posibilidad de que si cambia la naturaleza de las personas por la fuerza y ellas tienen que seguir utilizando esa nueva naturaleza hasta su muerte, un par de ellos, no muchos, podrían descubrir que tienen una vocación natural para la humildad, no para el orgullo, sino hacia lo que han sido forzados a hacer. Me refiero a un cambio real antes de morir, sin tener ninguna posibilidad de librarse de los nuevos hábitos que han adquirido.

—No entiendo ni una sola palabra de lo que dice —afirmó el coronel Munro.

—No son más que tonterías —intervino *miss* Neumann—. Tendrán ustedes que aceptar la respuesta del profesor Shoreham. Puede hacer lo que se le antoje con sus descubrimientos. Ustedes no pueden obligarlo.

—No —señaló lord Altamount—. No pensamos coaccionarte ni torturarte para que nos digas donde lo ocultas. Tú harás lo que consideres correcto. En eso estamos de acuerdo.

—¿Edward? —preguntó Shoreham. Le falló el habla, apeló a las manos y *miss* Neumann prestó en el acto sus servicios de intérprete.

—¿Edward? Pregunta si es usted Edward Altamount.

El profesor añadió algo y la secretaria lo trasmitió.

—Pregunta, lord Altamount, si está usted pidiéndole con toda sinceridad que ponga el proyecto Benvo a su disposición. Dice —la mujer miró al profesor— que es usted la única persona en la vida pública en la que ha confiado. Si ése es su deseo…

James Kleek se levantó de un salto. Corrió a situarse junto a lord Altamount. En su rostro se reflejaba una expresión ansiosa.

—Por favor, permítame que le ayude, señor. Está usted enfermo. No se encuentra usted bien. Apártese un momento, *miss* Neumann. Tengo que atenderle. Aquí tengo todo lo necesario. Sé muy bien lo que debo hacer.

Metió la mano en un bolsillo y sacó una jeringuilla.

—A menos que le inyecte esto ahora mismo, será demasiado tarde. —Sujetó el brazo de lord Altamount, le levantó la manga, le pellizcó la carne y, una vez más, cogió la jeringuilla.

Alguien más se movió. Horsham se lanzó a través de la habitación, apartando al coronel Munro. Sujetó a James Kleek al mismo tiempo que le arrebataba la jeringuilla. Kleek se resistió, pero Horsham era mucho más fuerte. Además, contaba con la ayuda de Munro.

—Así que era usted, James Kleek. Usted es el traidor, el fiel discípulo que no es tal.

Miss Neumann había abierto la puerta de la sala y llamaba a voz en cuello:

—¡Enfermera! ¡Venga aquí! ¡Rápido, rápido!

Apareció la enfermera. Miró al profesor Shoreham, pero el inválido le señaló con un gesto a Horsham y Munro que continuaban sujetando a Kleek. La mujer metió una mano en el bolsillo de su bata.

—Es Altamount —tartamudeó Shoreham—. Un ataque.

—No es ningún ataque —gritó Munro—. Ha sido un condenado intento de asesinato. Sujete a este tipo —le dijo a Horsham y se

apresuró a cruzar la habitación—. Vaya, si es Mrs. Cortman, Milly Jean Cortman. ¿Desde cuándo ejerce usted de enfermera? Le habíamos perdido la pista desde que nos dio esquinazo en Baltimore.

Milly Jean continuaba buscando algo en su bolsillo. Cuando sacó la mano, empuñaba una pequeña pistola automática. Miró hacia Shoreham, pero Munro se encontraba en la línea de tiro y Lisa Neumann protegía con su cuerpo al profesor.

—Mata a Altamount, Juanita —chilló Kleek—. Ya. Mata a Altamount.

La asesina levantó el arma con un movimiento velocísimo y disparó.

—¡Buen disparo! —exclamó Kleek.

Lord Altamount había recibido una educación clásica. Murmuró débilmente con la mirada puesta en su secretario:

—¡Jamie! *Tu quoque, Brutus?* —El noble cerró los ojos y se desplomó en la silla.

El Dr. McCulloch miró en derredor sin tener muy claro qué debía decir o hacer a continuación. La velada había sido una experiencia un tanto extraña. Lisa Neumann se acercó con una copa.

—Un ponche bien caliente.

—Siempre he tenido muy claro que es usted una mujer entre un millón, Lisa —manifestó, después de beber un trago de la tonificante bebida—. Debo decir que me gustaría saber de qué va todo este asunto, pero supongo que es una de esas cosas supersecretas y que nadie me dirá ni una palabra.

—El profesor se encuentra bien, ¿verdad?

—¿El profesor? —McCulloch miró el rostro ansioso de la secretaria—. Está bien. Creo que todo esto le ha sentado la mar de bien.

—Creía que el *shock*…

—Estoy muy bien —manifestó Shoreham—. Un tratamiento de *shock* es precisamente lo que necesitaba. Me siento, no sé muy bien como decirlo, vivo otra vez. —Parecía sorprendido.

—¿Se da usted cuenta de lo fuerte que es su voz ahora? —le

preguntó el médico a Lisa—. La apatía es el verdadero enemigo en estos casos. Lo que necesita es volver a trabajar, necesita el estímulo del trabajo intelectual. La música está muy bien, le mantiene tranquilo y le hace disfrutar de la vida sin sobresaltos, pero en realidad es un hombre con un enorme poder intelectual y echa de menos la actividad mental que para él es la esencia de la vida. Ayúdele, si está a su alcance, a volver al trabajo.

El doctor asintió enérgicamente como si quisiera disipar las dudas de la mujer.

—Creo, Dr. McCulloch —dijo el coronel Munro—, que le debemos algunas explicaciones de lo ocurrido aquí esta noche, aunque, como usted podrá suponer, todo esto se mantendrá en secreto. El fallecimiento de lord Altamount… —Munro se interrumpió.

—La bala no le mató —señaló el médico—. La muerte se debió a un *shock*. Por supuesto, el contenido de la jeringuilla que tenía el joven era… estricnina.

—Conseguí arrebatársela justo a tiempo —comentó Horsham.

—¿O sea que, desde el principio, él era el negro en la carbonera? —preguntó McCulloch.

—Sí, siempre tratado con la máxima confianza y afecto a lo largo de siete años. El hijo de uno de los más viejos e íntimos amigos de lord Altamount.

—Ocurre. También la dama, si no he entendido mal, estaba implicada en todo este asunto.

—Así es. Se hizo con el puesto, valiéndose de credenciales falsas. Hace tiempo que se la busca por asesinato.

—¿Asesinato?

—El asesinato de su marido, Sam Cortman, el embajador norteamericano. Le disparó en la entrada del recinto diplomático, y después se inventó una historia sobre jóvenes enmascarados.

—¿Por qué le mató? ¿Motivos políticos o personales?

—Creemos que él descubrió sus actividades.

—Yo diría que el difunto sospechaba de la fidelidad de su esposa —intervino Horsham—. En cambio, descubrió un nido de espías y conspiradores, y que su mujer era la jefa de todo el montaje. Cortman no supo afrontar la situación, era un hombre un poco corto, pero ella tuvo la desfachatez de actuar sin vacilaciones.

Estuvo maravillosa en ese oficio inmemorial.

—Memoria… —balbuceó el profesor Shoreham.

Todos se giraron un tanto sorprendidos.

—Es una palabra difícil de decir, pero la digo con toda sinceridad. Creo, Lisa, que tú y yo volveremos al trabajo.

—Pero, Robert…

—He revivido. Pregúntale al doctor sí debo tomarme las cosas con calma.

Lisa interrogó a McCulloch con la mirada.

—Si lo hace, acortará su vida y volverá a sumirse en la apatía —afirmó el médico.

—Ya lo ves —dijo Shoreham—. Es lo que está de moda entre los médicos. Hacer que todo el mundo trabaje aunque esté a las puertas de la muerte.

El Dr. McCulloch festejó la salida con una carcajada y se levantó.

—No va muy desencaminado. Le enviaré unas píldoras que le ayudarán.

—No me las tomaré.

—Claro que se las tomará. —Ya había abierto la puerta cuando se volvió para preguntar—: Hay algo más que quiero saber. ¿Cómo llegó tan pronto la policía?

—El jefe de escuadrilla Andrews se encargó del asunto —contestó el coronel Munro—. Llegó en el momento oportuno. Sabíamos que la mujer estaba por aquí, pero no teníamos ni idea de que ya estuviera en la casa.

—Bien, me marcho. ¿Es cierto todo lo que me ha contado? Tengo la sensación de que me despertaré en cualquier momento y descubriré que todo ha sido un sueño de espías, asesinatos, traidores, científicos y todo eso.

El médico se marchó y se produjo un silencio que rompió el profesor.

—De vuelta al trabajo —manifestó con voz pausada.

—Tienes que tener mucho cuidado, Robert —dijo Lisa, repitiendo lo que siempre dicen las mujeres.

—Ni hablar. Tenemos poco tiempo —replicó Shoreham, y añadió—: Memoria.

—¿A qué te refieres? Ya lo has dicho antes.

—¿Memoria? Sí. En memoria de Edward. Siempre he creído que

tenía el rostro de un mártir. —El profesor se hundió por un instante en sus pensamientos—. Me gustaría contar con Gottlieb. Quizás esté muerto. Un buen hombre. Con él y contigo. Lisa. Habrá que sacar los documentos del banco.

—El profesor Gottlieb está vivo. Trabaja en la fundación Baker, en Austin, Tejas —le informó Mr. Robinson.

—¿Qué te propones hacer? —preguntó Lisa.

—¡Poner en marcha el proyecto Benvo! Un homenaje a la memoria de Edward Altamount. Murió por ello, ¿no es así? No es justo que nadie muera en vano.

EPÍLOGO

Sir Stafford Nye escribió el telegrama por tercera vez:

ZP 354XB91 Dep S.Y.

HE ARREGLADO CEREMONIA NUPCIAL PARA MARTES SEMANA PRÓXIMA EN SAN CRISTÓBAL VALE LOWER STAUNTON 14.30 STOP SERVICIO ORDINARIO IGLESIA INGLATERRA STOP SI SE DESEA ORTODOXO O CATÓLICO POR FAVOR TELEGRAFIAR INSTRUCCIONES STOP DÓNDE ESTÁS Y QUÉ NOMBRE DESEAS UTILIZAR EN CEREMONIA STOP SYBIL PÍCARA SOBRINA CINCO AÑOS EDAD MUY DESOBEDIENTE PERO MUY DULCE DESEA ASISTIR COMO DAMA DE HONOR STOP LUNA DE MIEL LOCAL DEMASIADOS VIAJES ÚLTIMAMENTE STOP FIRMADO PASAJERO DE FRÁNCFORT.

PARA STAFFORD NYE BXY 42698

ACEPTO SYBIL DAMA DE HONOR STOP SUGIERO TÍA ABUELA MATILDA MADRINA DE HONOR STOP TAMBIÉN ACEPTO PROPOSICIÓN MATRIMONIO AUNQUE NO HECHA OFICIALMENTE STOP SERVICIO IGLESIA INGLATERRA SATISFACTORIO ASÍ COMO LUNA MIEL STOP INSISTO PRESENCIA PANDA STOP INÚTIL COMUNICAR PARADERO PORQUE NO ESTARÉ CUANDO LLEGUE TELEGRAMA STOP MARY ANN.

—¿Qué tal estoy? —preguntó Stafford nerviosamente, mientras volvía la cabeza para mirarse en el espejo.

Estaba probándose el traje para su boda.

—No peor que cualquier otro novio —respondió *lady* Matilda—. Siempre están nerviosos. No como las novias que siempre están contentísimas.

—Supongamos que no viene.

—Vendrá.

—Siento una sensación muy extraña en el estómago.

—Tú tienes la culpa por comer tanto *pâté de foie gras*. Sólo tienes los nervios típicos del novio. No armes tanto escándalo, Staffy. Estarás perfectamente la noche de… quiero decir cuando llegues a la iglesia.

—Eso me recuerda…

—No te habrás olvidado de comprar el anillo, ¿verdad?

—No, no, es sólo que me había olvidado decirte que tengo un regalo para ti, tía Matilda.

—Eso es muy amable de tu parte, muchacho.

—Dijiste que el organista se había marchado.

—Sí, loado sea el Señor.

—Te he traído otro organista.

—¡Qué idea tan extraordinaria, Staffy! ¿Dónde lo conseguiste?

—En Baviera. Canta como los ángeles.

—No necesitamos que cante. Tendrá que tocar el órgano.

—También lo toca. Es un músico de mucho talento.

—¿Por qué quiere dejar Baviera y venir a Inglaterra?

—Murió su madre.

—Vaya, es lo mismo que le pasó al otro. Por lo que se ve, las madres de los organistas son personas muy delicadas. ¿Necesitará cuidados maternales? Es algo que no se me da muy bien.

—Yo diría que bastará con las atenciones que le pueda dispensar una abuela.

La puerta se abrió bruscamente y una criatura de aspecto angelical vestida con un pijama rosa, entró como una tromba y anunció con la voz de alguien que espera una calurosa bienvenida:

—Soy yo.

—Sybil, ¿por qué no estás en la cama?

—Las cosas no van muy bien en el cuarto de los niños…

—Eso significa que te has portado mal y Nannie se ha enfadado contigo. ¿Qué has hecho?

Sybil miró el techo y se echó a reír.

—Era una oruga, una muy peluda. Se la puse en el hombro y se metió por aquí.

El dedo de Sybil señaló su garganta y trazó un recorrido hasta el centro del pecho.

—No me extraña nada que Nannie se enfadara. Repugnante —opinó *lady* Matilda.

La niñera entró en aquel momento y explicó que *miss* Sybil estaba muy excitada, se había negado a rezar sus oraciones y no quería irse a la cama.

Sybil se acercó a *lady* Matilda.

—Quiero rezar mis oraciones contigo, Tilda.

—Muy bien, pero después derechita a la cama.

—Oh sí, Tilda.

Sybil se puso de rodillas, unió las manos y emitió diversos sonidos muy peculiares que parecían ser los preliminares necesarios para dirigir sus oraciones al Todopoderoso. Suspiró, gimió, estornudó y, por fin, comenzó a rezar.

—Por favor, Dios, bendice a papá y a mamá en Singapur, a la tía Tilda, al tío Staffy, a Amy, Cook, Ellen, Thomas, a todos los perros, a mi *pony* Grizzle, a Margaret y Diana que son mis mejores amigas, y a Joan, que es la última de mis amigas, y haz que yo sea una niña buena, amén. Por favor, Dios, haz que Nannie sea más benevolente.

Sybil se levantó, miró a Nannie con la seguridad de haber obtenido la victoria, dio las buenas noches y se marchó.

—Alguien ha debido hablarle de Benvo —comentó *lady* Matilda —. Por cierto, Staffy, ¿quién será tu testigo?

—Me había olvidado. ¿Necesito uno?

—Es lo habitual.

Sir Stafford Nye recogió el muñeco de peluche.

—El osito panda será mi testigo. Sybil y Mary Ann estarán de acuerdo. El osito panda ha estado en esto desde el principio, desde Fráncfort.

AGATHA CHRISTIE. Escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable *miss* Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La ratonera* ha permanecido en cartel más de 50 años con más de
23 000
representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max

Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos, Asesinato en el Orient Express, Tres ratones ciegos, Muerte en el Nilo, El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de misterio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.